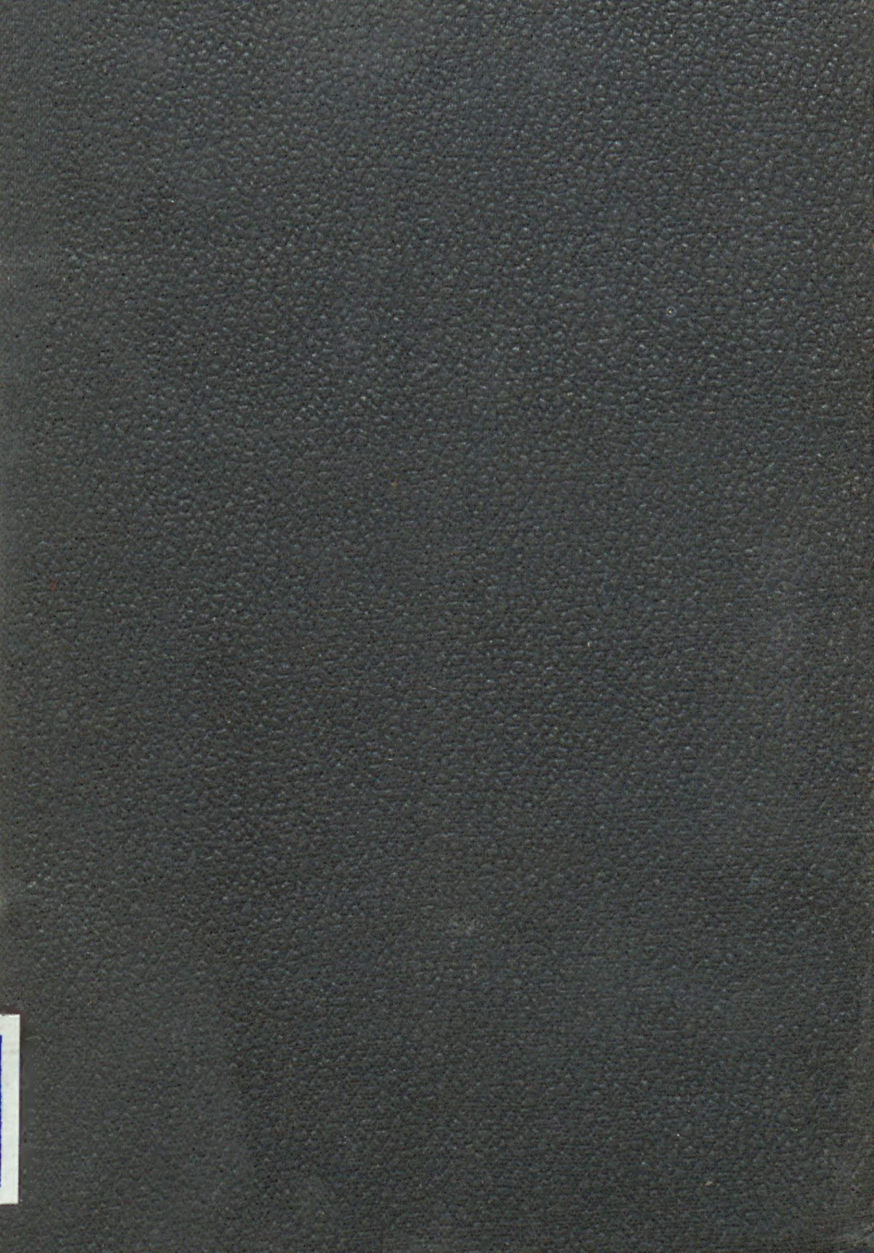


BELLEZAS

DE

LAS CARTAS EDIFICANTES.

BELLEZAS

DE

LAS CARTAS EDIFICANTES

ANTIGUAS Y MODERNAS,

POR A. CAILLOT;

seguidas de un compendio de la historia de los Calmuecos, extractado de los viajes de Pallas y de B. Bergmann.

MADRID;
IMPRENTA DE LA PROPAGANDA CATÓLICA DE ESPAÑA,
Á CARGO DE D. F. RODRIGUEZ.
Calle del Fomento, número 15, cuarto principal.



REFLEXIONES PRELIMINARES

SOBRE

LA PREDICACION EVANGÈLICA.

Cuando hubo llegado el momento de fundar el reino de Jesucristo sobre las ruinas del paganismo, los apóstoles, animados por el Espíritu Santo, se repartieron el orbe entonces conocido. Si seguimos á Pedro y Pablo en sus peregrinaciones apostólicas, los oiremos anunciar el Evangelio en la capital del mundo, aquella vasta metrópoli de la idolatría; los veremos combatir con el valor mas grande las preocupaciones mas arraigadas, las pasiones armadas de todo el poder de los emperadores, de toda la cor-

rupcion de los pueblos, de toda la saña de los sacerdotes de los falsos dioses; los veremos asombrar á los sábios y á los doctos tanto por el heroismo de sus virtudes, cuanto por la novedad de su doctrina y la sublimidad de su moral.

Si desde las siete colinas de Roma recorremos con la vista las otras partes de la tierra, adonde otros apóstoles llevaron la divina luz, veremos á san Juan en el Asia Menor y la Grecia, á san Márcos en Alejandría, á santo Tomás en las Indias, á los otros y á sus discípulos en todas las regiones que cupieran en parte á su celo, predicando unas misma verdades, estableciendo un mismo culto, administrando unos mismos sacramentos, sujetando sus prosélitos á una misma legislacion moral, y fundando en todas partes unas mismas iglesias sobre unas mismas bases. En todas partes los veremos renunciándose á sí mismos y no considerándose si no como los instrumentos de las divinas misericordias, atribuir sus triunfos solo á la omnipotencia de aquel que los ha enviado.

Discípulos de un Dios muerto en la cruz, se regocijan de sus propias fatigas

y de sus propios padecimientos; discípulos de un Dios pobre, miran la pobreza como el mas precioso tesoro; en fin, todos sus deseos son de imitar á aquel Hombre-Dios que, por salvar al género humano, tomó la forma de un esclavo y cargó con nuestros dolores. ¡Qué espectáculo tan admirable! ¡qué prodigios, que es imposible atribuir sin locura, á causas naturales! ¿Cómo puede explicarse sino por la intervencion directa de la Divinidad, la resolucion que tomaron doce hombres pobres, sin educacion ni instruccion, de sustituir en todo el universo el culto del verdadero Dios á aquel culto antiguo y casi universal de los ídolos del paganismo? ¿Y cómo puede explicarse además el fruto extraordinario de su predicacion?

De tres siglos acá, los misioneros, nuevos apóstoles, han ofrecido al mundo en sus trabajos y en el buen logro de ellos, un espectáculo lleno de interés para todos cuantos anhelan mas por instruirse y edificarse, que no por satisfacer una vana curiosidad. ¡Qué celo, qué sacrificio no presentan á nuestra admiracion las misiones de la China! ¡qué olvido de sí

mismo, qué generosa abnegacion de los sentimientos humanos, por dilatar el reino de Jesucristo! Pues lo que Dios con la omnipotencia de su gracia ha obrado en los misioneros de aquel vasto imperio, eso mismo ha obrado con el mismo buen suceso y por los mismos medios en favor de todos los ministros de su Evangelio que ha enviado al Levante, á las Indias y á América.

Si reparamos algunas diferencias en el modo como han cumplido su mision, diferencias que hacian necesarias los lugares, todos han seguido y siguen aun el mismo régimen, que siempre es aquel espíritu de paz y de piedad que en los primeros siglos de la religion era el distintivo del ministerio apostólico y le aseguraba el vencimiento. En todas las misiones los hombres que se han dedicado á ellas, persuadidos de que solo en la oracion pueden cobrar aquellas luces y aquella fortaleza que necesitan, no dejan nunca de ocuparse en una práctica tan saludable y tan fortificante. Si sus obligaciones no les dejan lugar de dia, la noche se les vuelve tiempo para la contemplacion.

En todas las misiones estos nuevos apóstoles entregados con frecuencia á las mas penosas privaciones, encuentran en su amor á la pobreza, deleites infinitamente mas sabrosos que cuantos podrian acompañar á una situacion donde no les quedase nada mas que desear. El mantenerse con algunas frutas y legumbres, y á veces con yerbas y raices, es un placer mas vivo para ellos que si estuvieran sentados á la mesa de algun grande de la tierra. Ellos son pobres, y hé ahí porqué los pobres los escuchan con respeto y vienen al fin á abrazar la santa doctrina que los misioneros les anuncian: *non multi divites.*

Aquellos de entre nosotros que no han conservado casi nada de la creencia de sus padres, esos presumidos de sábios que no habiendo estudiado nunca ni los fundamentos ni las verdades del cristianismo, blasfeman de lo que ignoran, no ven en esos héroes del Evangelio mas que á unos hombres encendidos de tan piadoso entusiasmo, y por consiguiente, mas dignos de lástima que de admiracion. ¡Cómo se engañan! no saben, pues, que el entusiasmo es una

exaltacion nada mas que pasagera, que puede producir mientras dure, los rasgos mas estupendos de heroismo, pero que al cabo de algunos grandes esfuerzos, se debilita y se extingue; no saben que la vida de los misioneros solo se compone de actos de valor, de caridad, de paciencia y de resignacion, constantemente repetidos con una tranquilidad de alma inalterable, con reflexiones seguidas, con aquella perseverancia que no puede caber en meros entusiastas. Pero bien: ¡concedamos á esos filósofos que tal denominacion convenga á los misioneros; ese entusiasmo, pues, los animará, los exaltará, los transportará durante diez, veinte, treinta años! ¡Qué fenómeno! ¡Qué triunfo del espíritu de Dios! ¡Qué golpe tan terrible á la impasibilidad filosófica!

Aquellos misioneros de quienes tantos rasgos dignos de admiracion nos ofrecen las *Cartas edificantes*, no son los únicos ministros de la religion que sean dignos de su hermoso título. Todo pastor de las almas debe ser mirado como misionero. El espíritu apostólico pertenece á toda la Iglesia, así como en las naciones que

no han sido convertidas aun á la fé, va inherente á la predicacion del Evangelio. Ese cura de aldea, como aquel pastor de una parroquia de una gran capital, como estotro prelado que gobierna una vasta diócesis, como el sumo pontífice, gefe venerable de todo el catolicismo, ese cura es tambien un misionero, porque aquellas palabras de Jesucristo: *prædicabitur hoc Evangelium in toto orbe*, le imponen en su reducido edificio pastoral el mismo deber que los pastores de órden mas elevado en la gerarquía tienen que cumplir en una dilatada region y aun en los últimos confines de la tierra.

Pero además de este ministerio ordinario de los pastores en los pueblos cristianos, hay otro que los pontífices pueden delegar y delegan frecuentemente á hombres animados del espíritu de Dios, para reanimar la fé de los habitantes de las ciudades y de las aldeas, predicar la penitencia á los cristianos que han violado los santos empeños que contrajeron en las segundas fuentes del bautismo, fortalecer á aquellos cuya fé y cuyas costumbres pueden haber quebrantado los

embates de las malas doctrinas y de los perniciosos ejemplos, y sacar triunfante la cruz de Jesucristo á los ojos de sus enemigos, como á los de sus adoradores. Estos misioneros no están en verdad expuestos á las privaciones, á las persecuciones, á los padecimientos de los mas de aquellos que predican el Evangelio en las naciones idólatras; pero ¡á cuántas otras pruebas están sujetos! ¡Cuántos desprecios, cuántas calumnias, cuántos ódios combaten su útil ministerio! Ya hay pecadores endurecidos por treinta ó cuarenta años de irreligion y de quebrantamiento de las santas leyes de Dios y de su Iglesia, que es menester reducir á la piedad y á la virtud á esfuerzos incesantemente repetidos de la persuasion y de la dulzura evangélicas; sin dejarse vencer nunca por la explosion de su cólera ó de su desprecio, ni por sus injuriosas repulsas; ya hay espíritus soberbios que es menester humillar bajo el yugo de la cruz, espíritus orgullosos de una vana ciencia á quienes es preciso convencer, y que temen ser convencidos, porque no aman menos sus errores que sus vicios; ora se encuentran

indiferentes, á quienes es necesario sacar de una apatía mas peligrosa aun que una oposicion sistemática á las verdades y á la moral del cristianismo; almas muertas, digámoslo así, á quienes hay que restituir el movimiento y la vida; ora, en fin, son hombres virtuosos segun el mundo y religiosos á su modo, á quienes es menester hacer virtuosos segun Jesucristo, y religiosos conforme á su doctrina. Los misioneros de la América, de las Indias y de la China siquiera no tienen que combatir si no contra los vicios y los errores de unos pueblos que no ha corrompido todavía bastante una civilizacion extremada; pero ¿quién puede decir todos los obstáculos que esta civilizacion opone á las obras de los misioneros, todos los miramientos que les impone por ley para con los grandes, los ricos, los pobres mismos, en las ciudades y en los lugares? ¿No parece que en cada poblacion, en cada iglesia, en cada auditorio deben variar de lenguage, y ponerse, por decirlo así, en consonancia con los pecadores á quienes quieren convertir? Por eso en lugar de los truenos en que deberian romper

á sus oidos, tienen que bajar la voz como pidiendo perdon; y en lugar de aterrarlos con las pinturas mas vivas de los terribles juicios de Dios, se ven reducidos muchas veces, por temor de ofender su delicadeza, á no hablarles sino de su misericordia y su clemencia. Ya se sabe que la palabra *infierno* es de aquellas que ciertos auditorios repelerian como ridículas y caducas, y que en su lugar puede emplearse, cuando mas, la perífrasis de las penas eternas.

Pero no por estas molestias ni por estos embarazos se desalienten los ministros del altar que se dedican á misioneros. La semilla evangélica que esparcen en el reino de san Luis ha fructificado ya mucho mas que los fieles esperaban, y nuevos esfuerzos de su celo impedirán sin duda que el reino de Dios sea mudado á otras naciones.

BELLEZAS

DE

LAS CARTAS EDIFICANTES.

MISIONES DEL LEVANTE.

Viaje de dos jesuitas misioneros al monte Líbano.

El 13 de Octubre de 1721 salimos de Trípoli de Siria el P. Bonamour y yo. Llevabámos de guias á tres maronitas del monte Líbano, y caminamos cuatro dias seguidos para ir á Argés, aldeita á la falda de las montañas del Líbano y á seis leguas de los cedros, adonde por mas aprisa que anduvimos, no pudimos llegar hasta las diez de la noche con la luz de la luna. Hubimos de pasar la noche en el terrazo de una miserable choza hecha de cañas, azotados continuamente de un viento de los mas agudos. Al dia siguiente nuestros guias nos condujeron por caminos escabrosísimos, que nos fatigaban mucho.

Pasamos por un lugarcito llamado Anturin, cuyo

señor, así que nos vió, salió á encontrarnos y nos convidó á comer en su casa. Pronto nos tuvimos que arrepentir de no haber aceptado su agasajo, porque no habiamos andado media legua, cuando nos sorprendió una lluvia muy abundante y muy fria, acompañada de granizo y truenos que duraron dos horas sin discontinuar y sin que encontráramos abrigo. En un instante se nos caló la ropa; andábamos con el fango á la rodilla, atravesando torrentes de agua á peligro de ahogarnos. La lluvia que formaba á nuestros pies un rio, se volvia nieve en las montañas vecinas. Por fin, despues de indecibles fatigas, llegamos á Manfenkis, monasterio de los padres carmelitas, donde los socorros de su caridad nos vinieron muy apropósito, proporcionándonos cuanto nos era necesario en el lastimoso estado en que nos hallábamos. Descansamos un dia en su casa, que está al pie de una roca tan alta, que no es accesible si no á las águilas y á los buitres. Al otro dia hicimos que nos guiasen á los cedros del Líbano y los consideramos á sabor. Están en una montañuela, cuya cima forma un llano bastante extenso que coronan otras montañas mas altas. En aquel llano crecen en gran número los cedros, tan famosos en todo el mundo; pero son mas los que hay allí pequeños y nuevos que grandes y antiguos. No conté si no una docena de corpulencia extraordinaria. Medimos los mas gruesos, y tenian seis brazos de circuito. Algunos vimos de cuyo tronco, despues que se ha levantado algo, se forman cinco ó seis árboles tan gruesos cada uno que dos hombres apenas los pueden abrazar; pero cuando estos árboles se reunen en la copa, tienen una anchura que sorprende, y su altura es proporcionada á su anchura. Varios viajeros que acostumbran á poner su nombre por todas partes donde pasan, para grabarle en los cedros mas procerosos, les han abierto incisiones, de donde mana un excelente

bálsamo en forma de goma, cuyo efecto es admirable para curar las heridas, como lo experimentamos nosotros entonces en el sitio mismo.

Al pié de los cedros mas corpulentos hay cuatro altares de piedra, adonde va, el dia de la transfiguracion del Señor, el patriarca de los maronitas, acompañado de muchos obispos, sacerdotes y religiosos, y seguido de cinco ó seis mil maronitas que de todas partes acuden á celebrar lo que llaman la fiesta de los cedros.

Las montañas del Líbano se extienden, por el lado del mar, desde las fuentes del Jordan ó el monte Carmelo hasta una ó dos jornadas de Damasco. Las montañas del Anti-Líbano llegan mas tierra adentro, y están separadas de la cabeza del Líbano por una vasta llanura que empieza á una ó dos jornadas de Damasco, hacia el lado de Balbec, y se llama comunmente la Boca. El Anti-Líbano es llamado así porque mira al Líbano, enfrente del cual se halla situado.

El llano donde están los cedros grandes conserva un aire tan frio, que nadie quiere morar allí. Su situacion, sin embargo, es primorosa: se hallan en él multitud de plantas medicinales y simples muy raras, y abunda la caza de toda especie sin tener mas enemigos que las aves de rapiña. Su suelo que seria muy fértil, si estuviera cultivado, se cubre de muchedumbre de matas que producen una especie de gracejo negro de muy buen sabor.

El Líbano estaba antiguamente cubierto de cedros, mas hoy dia no se encuentran ya sino en el llano que he dicho y en otra montaña cercana á Canobia. Todas las obras de ebanistería que se hacen en esta poblacion son de madera de cedro y muy primorosamente trabajadas.

Origen y religion de los drusos.

Este pueblo habita una parte del monte Líbano, las montañas encima de Seida y de Balbec, el pais de Gebait y de Trípoli, y se extiende hasta cerca de los confines de Egipto.

Si se pregunta á los drusos por su orígen, dirán que sus ascendientes eran los que siguieron á Godofredo de Bullou á la conquista de Tierra Santa en 1099, y que despues de perdida Jerusalen se retiraron á las montañas para guarecerse del furor de los sarracenos, porque estos los perseguian en todas partes para degollarlos y destruir los restos del cristianismo, cuyo nombre odiaban.

Algunos escritores les dan otro orígen: y pretenden que habiendo sido derocado por Saladino cierto conde de Dreus, sus soldados huyeron á las montañas y se fortificaron en ellas: que habiéndose multiplicado, construyeron allí habitaciones, formaron lugares y tomaron el nombre de *drusos* en memoria del conde de Dreux que era su gefe. Pero como es cierto que antes de las cruzadas esta nacion tenia ya su nombre actual, consta que su orígen es mas antiguo que ella se da, ó que varios escritores le atribuyen.

La religion de los drusos es un compuesto monstruoso de máximas y de prácticas tomadas del cristianismo, que profesaban antiguamente, y de costumbres mahometanas que han ido adoptando, ya por su contínuo c omercio con los turcos, o mas bien por política, para conciliarse su amistad. Las mujeres gozan fama entre ellos de ser lo mejor instruido de su religion; lo cual les proporciona un grande influjo. A cargo de ellas corre el instruir á las personas de su sexo, y explicarles el contenido de los li-

bros de sus legisladores, de quienes el primero fué ese soldan de Egipto de la dinastía de los Fatimitas, y el segundo un discípulo de aquel. Las mujeres guardan tan exactamente el secreto del contenido de los libros, que cuanto de ellos ha podido saberse hasta ahora es que están llenos de fábulas é historias extravagantes.

Los drusos aman á los cristianos y aborrecen á los turcos, que nunca han podido sojuzgarlos, y aunque gastan turbante verde, prefieren el trimer dictado al segundo.

Ceremonias de los curas sirios para administrar la Eucaristía y la Extrema-Uncion.

Estos curas mandan cocer un pan grande el jueves santo; le consagran estando aun caliente, le empapan en las especies del vino consagrado, y le ponen luego al sol á que se seque; despues le pulverizan en un molinillo, y conservan el polvo en un saco, ordinariamente harto sucio. Cuando los llaman á dar el santo viático á los enfermos, toman un poco de aquel polvo con una cuchara, y le van dejando caer poco á poco en la boca del enfermo.

Por lo que hace á la Extrema-uncion, preparan y administran este sacramento de la manera siguiente: toman un pedazo de la masa con que hacen el pan comun, la ponen en un plato, y vierten aceite encima. Cuando la masa se ha impregnado bien del aceite, le hincan un palo del que atan tres mechas encendidas. Luego recitan largas oraciones, y leen algunos lugares de la sagrada Escritura. Acabadas las oraciones y leyendas, se llegan al enfermo, y tomando un poco del aceite del plato, le ungen con él en el rostro, pecho y manos, sin olvidarse de hacer lo mismo á los asistentes.

Jerusalen.—Iglesia del Santo Sepulcro.—Oficios de la semana santa.

Jerusalen ya no es célebre sino por los santos lugares que los cristianos van á visitar, y por el Santo Sepulcro que posee. Los franceses tienen un hermoso hospicio habitado por religiosos franciscos, italianos, españoles y franceses. El convento de los armenios es capaz de hasta mil peregrinos. La infeliz ciudad no ha conservado siquiera su asiento antiguo. El monte Calvario, sobre el cual se ha edificado la iglesia del Santo Sepulcro, estaba fuera de la ciudad, y hoy en medio de ella. El monte de Sion, en cuya cima estaba el templo, hoy se ve excluido del recinto, y el templo destruido enteramente.

El sepulcro de los reyes, situado al pié del monte María, es un monumento antiguo muy notable. Está cortado en la roca viva, y su entrada conduce á una torre rodeada de la misma roca. Al lado de mediodia hay un pórtico adornado de esculturas, entre los cuales se distinguen aun flores y frutos. Desde la extremidad se baja á los sepulcros, que consisten en seis salas de un mismo tamaño, pero cuyo techo y lados están tan perfectamente cuadrados, los ángulos son tan exactos y el todo se conserva tan bien, que se cree estar viendo una habitacion practicada en un trozo de mármol. Las salas, excepto la primera, contienen ataudes de piedra colocados en nichos á los lados; pero las piedras han sido rotas. No queda ya al edificio mas que una sola puerta hecha de una piedra sola y tan artísticamente cortada como lo pudiera estar un trozo de madera.

El P. Neret, misionero en Siria, entra en pormenores que no pueden menos de inspirar vivo interés religioso.

La iglesia del Santo Sepulcro se compone de tres iglesias; que son la del Calvario, la del Santo Sepulcro y la de la Invencion de la Santa Cruz. En la primera está la capilla de la crucifixion. El pavimento de esta capilla es un mosáico de piedras de varios colores. Allí arden de dia y de noche muchas lámparas de oro y plata. La piedra en que es tradicion que José de Arimatéa puso el cuerpo de Jesus crucificado, está alumbrada de ocho ó nueve lámparas, sembrada de flores de lis la una, que es ofrenda de los reyes de Francia.

Siguiendo á la derecha las paredes del coro, se llega á la capilla del Sepulcro: su cúpula es de vigas de cedro, que pasan de ciento, y de mas de sesenta palmos cada una, colocadas verticalmente, y formando arcos de trecho en trecho para que se exhale el humo de las lámparas que arden sin interrupcion. Estas lámparas, ofrecidas por la piedad de los cristianos, son de gran precio: algunas han costado mas de veinte mil escudos.

En la iglesia de la Invencion de la Santa Cruz hay un altar alumbrado de una infinidad de lámparas, en el sitio donde la emperatriz Elena descubrió la cruz del Salvador. Los turcos permiten que en ella se celebren los sagrados misterios, así como en los otros santos lugares; cobran por esto tan gruesos derechos á los cristianos, que no tienen tentaciones de ponerles impedimento. En los dias solemnes, el padre guardian de la Tierra Santa, religioso observante de san Francisco, oficia con mitra y báculo.

Yo asistí, continúa el P. Neret, á las ceremonias de la semana santa. El oficio del jueves santo se celebra con una pompa, una dignidad, una piedad, una magnificencia, que arroban el alma de los concurrentes. Se ven los altares adornados con los presentes de todos los príncipes cristianos y los *exvoto* de los fieles; obras, en general de rara hermosura y de riqueza inmensa. El

R. P. guardian ofició toda la semana santa con mitra y báculo. Los religiosos, los peregrinos y otros católicos recibieron de su mano la comunion. Aquel mismo dia se llevó el Santísimo Sacramento al Santo Sepulcro, donde permaneció hasta el dia siguiente.

Empleóse el viernes santo en oraciones públicas y en diferentes acciones de penitencia. Por la mañana se celebró el oficio divino con ceremonias no menos patéticas: por la tarde hubo procesion en que todos los religiosos y sacerdotes de sobrepelliz, y los asistentes con un cirio en la mano y los pies descalzos fueron á andar las estaciones á los santos lugares.

El sábado santo, el P. guardian y sus religiosos hicieron los oficios y celebraron nuestros sagrados misterios con la mayor solemnidad.

El santo dia de la Pascua asistí al oficio de la mañana y de la tarde: todo es en ellos augusto. La iglesia del Santo Sepulcro se adorna con ricas colgaduras y los mas hermosos tapices de la Persia, y se ilumina con una infinidad de luces. El altar se viste de la mas primorosa tapicería que puede imaginarse. Entre otras cosas se admira una cruz perfectamente hermosa, que fué dada por los reyes de Francia. Los reyes de España han regalado á esta iglesia muchas lámparas muy ricas. Los ornamentos que sirven en el altar son de telas de oro y plata, mas magníficos que cuantos he visto en Francia.

Acabado el oficio, volví al convento de san Salvador con los P. P. de la Tierra Santa y me preparé á ponerme en camino al otro dia para ir, como es costumbre, en peregrinacion á Belen, que no dista de Jerusalen sino dos leguas.

Peregrinacion del P. Neret á Belen.—Descripcion de la iglesia y de la gruta en que nació Jesucristo.

Belen no pasa de ser un lugar bastante grande y poblado, edificado sobre un cerro en situacion muy agradable. Los habitantes son parte cristianos y parte mahometanos. Los unos y los otros trabajan continuamente en hacer rosarios, cruces y figuras del sepulcro de Nuestro Señor y del de Nuestra Señora. Todas estas obras se hacen con madera del campo de los pastores y huesos blancos imitando el marfil, con adornos de nácar, y producen bastante en venta.

La iglesia y la gruta de la Natividad del Salvador yacen al extremo oriental del pueblo. Se entra á la iglesia por un patio cercado de altas paredes. A su mediodia hay un edificio antiguo que llaman la Escuela de san Gerónimo, y que contiene una sala de treinta ó cuarenta pasos de largo y quince ó diez y seis de ancho, sostenida la bóveda por cinco ó seis columnas de mármol.

La iglesia es grande y hermosa. Cincuenta columnas de mármol, todas de una pieza y muy altas, separan de las alas la nave, y forman el coro. El friso que reina sobre las columnas, no es sino de madera, pero perfectamente trabajada. Sobre el friso se abren grandes ventanas dando mucha luz á la iglesia. En otro tiempo se pintaron en las paredes todos los misterios de nuestra santa religion; mas hoy no se ven ya sino vestigios de las pinturas.

El coro está tres gradas mas alto que la nave. En la ventana hay un altar dedicado á los reyes magos en el mismo sitio donde la tradicion dice que se apearon para rendir su homenage al Salvador.

La gruta donde nació está debajo del coro de la

iglesia: puede tener cuarenta pies de largo y doce de ancho, y se baja á ella desde los dos lados del coro por muchos escalones de mármol y de pórfido. Las puertas son de bronce y bien trabajadas. Se entra descalzo, por respeto, en este santuario. Esta gruta no tiene mas luz que la de unas lámparas siempre encendidas. En representacion del pesebre, hay un pedazo de mármol, que se levanta del suelo un pié, ahondado y cortado á cincel, para darle la figura del pesebre, y colocado en el parage mismo en que dicen estaba el pesebre. Este lugar, que el Hijo de Dios habia elegido para nacer, es objeto de la veneracion de los cristianos.

Todo cuanto en él se vé, excita la piedad y fortifica la fé. El contínuo llegar de las caravanas de todas las naciones cristianas, que van á adorar al Salvador en su nacimiento, las oraciones públicas, las prosternaciones y otras muestras de síncera devocion, la riqueza misma de las ofrendas que los cristianos han enviado para que sean monumentos públicos de su religion, todo esto excita en el alma sentimientos que no se pueden expresar.

En medio de la santa gruta está un altar de mármol, en que se dice misa: yo tambien tuve la dicha de celebrar en él dos veces. No me sorprende el que san Gerónimo escogiese aquel santo lugar para morada, porque no hay en el universo otro que inspire mas devocion.

Allí se ven su oratorio y su sepulcro, el de san Eustoquio, el de san Eusebio, abad de Beleso y el de santa Paula.

Esta ilustre señora romana, honra de las familias de los Gracos y de los Scipiones, de quienes descendia, prefirió, dice san Gerónimo, la mansion de Belen á la de la ciudad capital del mundo, y su pobre ermita á los aposentos soberbios de Roma.

Montañas de Judea.—Monasterio de san Sabas.—Nazaret.—El monte Tabor.—El monte Carmelo.

De Belen nos condujeron, prosigue el P. Neret á las montañas de Judea. En ellas se habia edificado antiguamente una iglesia, en el sitio mismo donde nació el santo precursor del Mesías; posteriormente la habian profanado los infieles; pero Luis XIV la recobró de ellos, y la mandó reedificar y adornar; de modo, que hoy es una de las mas bellas iglesias del Levante. Los padres de la Tierra Santa la sirven con toda la decencia y la edificacion posibles.

No debe admirar el que el santo precursor, que no iba á buscar de comer muy lejos, se contentára con langostas, que abundan muchísimo en el pais. Es de creer que usaria tambien de las extremidades de ciertos árboles á que llaman aquí langostas, que las gentes del campo comen muy comunmente. En cuanto á la miel, de que cuenta la Escritura que él se alimentaba, se encuentra en los huecos de los árboles donde las abejas la elaboran. Las montañas de Judea que nos recuerdan la memoria de la vida austera de san Juan, predican aun hoy dia, despues de él, el bautismo de la penitencia.

El célebre monasterio de san Sabas está sobre una montaña, á tres leguas de Belen y cuatro de Jerusalen. La montaña es muy larga y llena de rocas abiertas en una infinidad de parages. Estas rocas cóncavas habian servido ya de oratorios y de celdas á muchos anacoretas antes de san Sabas.

Al pié de la montaña corre el torrente de Cedron, cuya vista que trae á la memoria el principio de la pasion del Salvador, pareció muy propio al santo solitario para mantener en su corazon el amor de la

penitencia. Hoy viven en aquel monasterio religiosos del rito griego, que observan ayunos muy rigorosos, y cantan el oficio divino gran parte del dia y de la noche.

El 27 de abril de 1713 salimos de allí con la carabana, y fuimos sucesivamente de Ramá á Jafa y á san Juan de Acre, que solo dista de Nazaret una jornada. Todos los años el 25 de marzo, fiesta de la Anunciacion, acude á Nazaret gran concurso de peregrinos á honrar á la madre del Verbo Encarnado. En el tiempo de las cruzadas, S. Luis fué tambien allá con todos los señores de su comitiva: así que descubrió la santa capilla, se apeó del caballo y anduvo á pie lo que faltaba del camino; se preparó con ayuno á pan y agua, á recibir la adorable Eucaristía, y pasó muchos dias en oracion ante los santos altares.

Despues que hubimos concluido nuestras devociones en Nazaret, recorrimos parte de la Galilea. El monte Tabor dista dos leguas de aquella ciudad, ó mas bien de aquel lugar. Nos hallábamos, pues, demasiado cerca para privarnos del consuelo de trepar á aquella montaña, tan célebre en nuestras escrituras. Es de una altura maravillosa: nos aseguraron que se ve desde quince leguas. Domina sobre dos llanuras de vasta extension, es de forma redonda, y se levanta en el aire como un gran cimborrio. Una hora tardamos á subir por una senda muy áspera y angosta.

San Gerónimo refiere que santa Paula tuvo el valor de andar á pié todo el camino hasta la cima.

Hay apenas siete leguas desde el Tabor al monte Carmelo. Es una cadena de muchas montañas que se enlazan una con otra en un espacio de siete leguas de nordeste á subdoeste. El mar baña el pié de la montaña por un lado, y por el otro el rio Ginon lleva sus aguas á lo largo del Carmelo. Los car-

melitas descalzos están en posesion de esta santa montaña, donde viven una vida muy solitaria y muy austera. Su monasterio consiste en diferentes grutas que ellos mismos se han abierto.

Concilio de los obispos maronitas.

Desde que los maronitas se reunieron á la Iglesia romana habian asistido algunas veces á las juntas generales de la Iglesia: en 1516 su patriarca estuvo en el quinto concilio de Letran; pero no habian tenido ellos nunca concilio nacional. En este, de que vamos á dar cuenta, se hizo todo con cuanto esplendor y cuanta decencia se pueden apetecer en medio de una tierra infiel.

Habíase relajado la disciplina entre los maronitas, y se habian introducido abusos que importaba destruir. Pareció el remedio mas conveniente un concilio nacional, y se adoptó este partido. Roma poseia en aquella época al sábio y virtuoso Assemani, maronita de nacimiento, educado en el seminario de su nacion, canónigo de la iglesia de san Pedro y bibliotecario del Vaticano. El sumo Pontífice le nombró su legado en Siria, y le encargó una carta dirigida al patriarca de los maronitas.

Estos eran los principales artículos que habia de fallar el concilio.

Las dispensas para contraer matrimonio se vendian por dinero. Para alzar una excomunion, un entredicho, una censura cualquiera, se hacia pagar una suma determinada por una tarifa siempre odiosa.

No se conservaba el santísimo Sacramento en las iglesias parroquiales, sino en las iglesias de los religiosos.

Contra la antigua costumbre, se permitia á los sacerdotes viudos que se volvieran á casar.

Las iglesias estaban desnudas de los ornamentos necesarios á la decencia del culto, y los pobres carecian de socorro.

El patriarca se habia arrogado el derecho exclusivo de bendecir los santos óleos, y los distribuia á los obispos sufragáneos y á los curas, mediante una retribucion pecuniaria de que no habia nadie exento.

Los maronitas de Alepo habian introducido desde diez ó doce años antes, el uso de no celebrar el oficio divino sino en lengua árabe, contra la antigua costumbre de cantar y de recitar todas las oraciones en siriaco.

En fin, existia un abuso antiguo ya y que cuesta dificultad concebir en un pueblo de tan excelentes costumbres: algunos obispos maronitas tenian contiguo á su morada un monasterio de religiosas, cuya habitacion solo separaba de la del obispo una puerta de comunicacion. Habia religiosos que daban tambien vivienda á religiosas dentro del recinto de su monasterio. ¿Podria creerse que una costumbre tan escandolosa en sí misma no escandalizaba casi á nadie? Menester era tener alta idea de la virtud de los prelados y de los religiosos para no levantarse contra este abuso, en un pais cabalmente en que las mujeres rara vez se ponen en presencia de los hombres, y que el menor trato entre los dos sexos empañan la vida mas irreprensible.

Assemani encontró algunas dificultades para ejecutar las órdenes del Papa; pero, en fin, las venció con su prudencia y actividad.

Abrióse el concilio el 30 de Setiembre de 1735. Habíase adornado la iglesia del monasterio de Louaisé con la mayor magnificencia que se habia podido. En el coro se habian colocado dos altos tronos: el uno, al lado del evangelio, para el patriarca; el otro,

al lado de la epístola, para el legado apostólico. Fuera del coro y cerca de la balaustrada, á derecha é izquierda, reinaban dos filas de asientos para los obispos. Despues de ellos y en las mismas filas, pero en asientos mas bajos, estaban los misioneros, convidados al concilio en calidad de teólogos del Papa. Enfrente de los misioneros se sentaban los religiosos maronitas con su superior á la cabeza. Entre los teólogos del Papa y los religiosos, los párrocos maronitas estaban sentados tambien en una línea. Detrás de todas aquellas filas de asientos se mantenia de pié lo mas escogido de la nobleza maronita. Para evitar todos los altercados que se hubiesen podido originar sobre la precedencia, declaró el legado que no queria perjudicar de ningun modo los derechos con que se creyese cada uno, y que los misioneros se sentarian segun su antigüedad en el pais. En conformidad de este arreglo, los padres de la Tierra Santa tomaron los asientos inmediatos á los obispos: en el mismo lado y despues de ellos se colocaron los jesuitas; á continuacion de estos los capuchinos; y en último lugar los carmelitas, como que habian llegado los últimos. Este buen órden, que atajaba toda competencia, hizo que renaciesen en toda la junta gran silencio y compostura.

Media hora despues de nacido el sol, salieron del monasterio en procesion para ir á la iglesia. Componian la augusta junta el patriarca de los maronitas, el legado apostólico, y los arzobispos de Damasco, de Baruth, de Arga, de Patron, de Gebail, de Tiro, de Laodicéas, de Banias, de Alepo, y de Nablos, prelados todos maronitas. Tambien fueron convocados por respeto á su ancianidad otros tres arzobispos de la misma nacion, á saber: el de Trípoli, el de Keidan y el de Acne. Además de estos prelados, fueron convidados y asistieron al concilio otros arzobispos católicos.

Aunque no hablemos aquí sino de arzobispos, no por eso se deben tomar por otros tantos metropolitanos, porque segun el uso del pais, los obispos toman este título sin que nadie se lo dispute.

En este concilio, todos los eclesiásticos estaban revestidos de vestiduras sacerdotales, los unos con capa y los otros con casullas; los obispos, de pontifical. Los prelados maronistas se distinguian de los que no lo eran, en que llevaban ricas mitras que les habia enviado el Santo Padre.

En medio de la iglesia se habia puesto un púlpito bastante alto, desde el que el padre Fromage, autor de esta relacion, dirigió á los miembros del sínodo, un discurso análogo á la circunstancia, y en el cual lució la energía de los pensamientos unida á la uncion del hombre apostólico.

El concilio celebró seis sesiones. Quedando todo arreglado de comun acuerdo, se terminó la última con las aclamaciones ordinarias, dando al legado el encargo de extender las actas del concilio y de enviarlas á Roma.

Religion de los persas.—Conversacion de un misionero jesuita con un dervis.

La religion dominante en Persia es el islamismo ó religion de Mahoma; pero la nacion está dividida en diferentes sectas, de modo que la creencia del artesano no es la del letrado, y el artesano tiene tambien la suya propia.

El simple pueblo sigue el Coran al pié de la letra, sosteniendo que los misterios en él contenidos, son tan superiores al hombre, que nadie debe emprender el penetrarlos. Esta preocupacion es un obstáculo para convertirle, casi insuperable. Cuando los misioneros han demostrado á uno lo absurdo de algunos

puntos de su creencia, responde que esos son misterios que nadie es capaz de comprender, y que Dios se ha reservado el conocimiento de ellos solo á sí y á sus profetas.

Los letrados explican el Coran, estudian sus interpretaciones, y gustan de disputar sobre su religion. Pero cuando los ha convencido un misionero, todo el fruto de su victoria se reduce ordinariamente á algunos elogios que le dan. *Tienes mucho ingenio;* le dicen, *queria que fueras de nuestra religion, que en tí tendria un defensor muy hábil.*

Las gentes de corte instruidas no son muy adictos á Mahoma ni á las ilusiones de su Coran; mas no por eso dejan de profesar el mahometismo. Los misioneros se insinúan mas fácilmente en su ánimo que en el del pueblo; y ellos escuchan de buena gracia y gusto de hablar de religion con los misioneros.

Para empeñarlos á que oigan hablar de Jesucristo se ha menester mucha suavidad y moderacion. El ímpetu de un celo demasiado ardiente seria grande obstáculo, sobre todo si el misionero diese muestras de complacerse algun tanto de haberlos embarazado con sus raciocinios; porque creen que un hombre que manifiesta calor y pasion, no puede estar animado del espíritu de Dios. Como ellos son de genio muy flemático, los disgustan los modos demasiado vivos. Puede aconsejárseles la lectura de los sagrados libros que traen entre manos, y ellos mismos descubren cuan diferentes son las historias allí escritas, de las fábulas del Coran.

Visitando yo un dia á cierto señor persa, continúa el misionero de quien tomamos estos pormenores, un dervis, hombre de buen discernimiento, hábil filósoso y versado en las sagradas Escrituras, dejó caer la conversacion sobre materias de religion. Empezó haciendo grande elogio del cristianismo, y confesando que le encontraba muy conforme á la razon, sino en

el punto en que enseña que Jesucristo es Dios. "Verdad es, le dije, que nosotros creemos en la divinidad de Jesucristo: este punto es el fundamento de nuestra religion; pero lo que me admira es que vosotros mismos lo digais en vuestro Coran, y no lo creais: porque, de buena fé, ¿qué significa *Ruk-Alá*, que es el nombre que da Mahoma á Jesucristo?— "Esa voz árabe, me respondió, significa el espíritu ó el alma de Dios.—¿Ese espíritu ó ese alma de Dios, le repliqué, es diferente de Dios, ó es una cosa misma con Dios?—El alma y el espíritu de Dios, me contestó, no pueden ser diferentes de Dios. —Con que, proseguí, Jesucristo es Dios, porque lo que es una misma cosa con Dios, es Dios." Mostróse movido de esta consecuencia, y yo alabé la buena fé con que habia declarado el verdadero sentido de la voz *Ruk-Alá*.

"Nosotros reconocemos á Jesucristo por un hombre divino, continuó el dervis, y le profesamos gran respeto; en vez de que vosotros los cristianos despreciais á Mahoma.—Vosotros respetais á Jesucristo, le repliqué, porque en su conducta hay caractéres de santidad que os saltan á los ojos; pero mostradnos en la de Mahoma la sombra siquiera de alguno de esos caractéres divinos. Vosotros respetais á Jesucristo, porque le reconoceis por un profeta enviado de Dios á los hombres, y le reconoceis por tal por señales evidentes á las que vosotros mismos confesais que no se puede resistir. Pero ¿hay alguna que pueda darnos igual idea de Mahoma? ¿Cuál fué su conducta? ¿Qué doctrina enseñó á los hombres? ¿Por qué milagros probó que era enviado de Dios? ¿Qué profetas habian predicho su mision? No os recordaré las vergonzosas circunstancias de su vida, que estoy seguro detestais vos mismo en lo hondo del corazon: no: opino muy bien de vos. No de la conducta de Mahoma por donde podeis juzgar que es profeta.

Su Coran, en que él mismo ha tenido el descaro de publicar sus liviandades, se levantará por los siglos en testimonio contra él. Si poseyéseis en favor suyo los milagros mas ciertos, su vida infame disiparia el esplendor de ellos, y ningun hombre de juicio podria dejarse alucinar. Pero ¿qué milagros alegais en favor suyo? Su viaje al cielo en el caballo Albarac, al cual prometió el paraiso; la luna partida con sus dedos, son unos cuentos para la plebe, y de los cuales se mofan todas las personas decentes; fuera de que Mahoma mismo declara que Dios no le ha concedido el don de los milagros.

"En cuanto á su doctrina, ¡cuántas contradicciones y absurdos esparce en su Coran, que repugnan á las buenas costumbres y recta razon! El mundo sostenido en las astas de un toro; el cielo compuesto de humo; el sol colocado en una fuente de agua hirviendo; una estrella brillante que se desprende del firmamento para derrocar de lo alto de los cielos á los demonios cuando vienen á escuchar lo que allí se dice; Salomon conversando con las hormigas y los pájaros; Dios que jura por unas abejas, y jura algo despues por unas vacas lo contrario de lo que acaba de jurar; el vino prohibido en un capítulo y permitido en otro; y otros mil absurdos de esta raléa, dan bien á conocer cual es su doctrina.

"A lo menos era necesario que Dios manifestase á los hombres con alguna señal evidente, que Mahoma era enviado por él; debia haber predicciones tocante á este nuevo legislador, que determinasen á los hombres á creer en él.

"Pero ¿qué predicciones son esas? ¿qué profetas hablaron de él?—Jesucristo mismo en su Evangelio, replicó el dervis, promete que enviará el espíritu consolador, y este pasaje debe entenderse de Mahoma; Jesucristo le habia señalado por su nombre, pero vosotros le habeis borrado.—Yo le respondí que

no tenian los mahometanos fundamento para acusarnos de esta falsificacion de las Escrituras; que no podian asignar el tiempo en que la habiamos hecho, ni mostrar ningun ejemplar auténtico en que se encontrára el nombre de Mahoma. Añadí, que aquel espíritu que Jesucristo promete á sus Apóstoles debia confirmarlos en todas las instrucciones que de él habian recibido. ¿Es eso lo que ha hecho Mahoma? ¡Qué extraña oposicion entre sus máximas y las de Jesucristo! Jesucristo no habla mas que de mansedumbre, de paciencia, de pobreza, de abnegacion de sí mismo; quiere que llevemos siempre su cruz, que odiemos nuestra propia carne, que amemos á nuestros enemigos, que oremos por ellos, que les hagamos bien, que ahoguemos hasta el menor sentimiento de venganza. ¿Mahoma enseña estas doctrinas? ¿El Coran no inspira, por lo contrario, la violencia, el furor, el orgullo y el amor de los deleites sensuales? Dad voz mismo testimonio de la verdad: ¿no se palpan, leyendo las dos leyes, una contradiccion y una oposicion contínuas? Sin duda en vuestro retiro, en donde os ocupais en meditar las cosas divinas, habeis leido estas santas máximas con satisfaccion; pero quizá no os ha ocurrido aun la curiosidad de comparar atentamente este libro divino con el Coran. ¡Ah! comparadlos, os lo ruego en nombre de aquel gran Dios á cuyo servicio ambos hemos pretendido consagrarnos, renunciando todas las comodidades de la vida; y si vos le buscais con toda la sinceridad de vuestro corazon, ese Dios lleno de misericordia hará que alumbre vuestros ojos la antorcha de su verdadera religion."

Del ramaden ó cuaresma de los turcos.

El gran ramaden ó cuaresma de los turcos es una práctica solemne de religion prescrita en el Coran, y que dura una luna entera. Como ordinariamente la colocan en el invierno, lo largo de las noches mitiga el rigor de los ayunos. En 1715 le estuvo consagrado el mes de enero. Anuncióse el ayuno la víspera con cuatro cañonazos cerca del castillo de Chamakié, ciudad de Persia. El modo de ayunar es este: por la mañana, desde que se puede distinguir una hebrita blanca de otra negra, no es lícito comer, ni beber, ni tomar la pipa antes de donerse el sol. Luego que el astro ha doblado el horizonte, los que tienen el ministerio de avisar al pueblo para la oracion, cuya voz sirve de campanas en toda la Turquía, dan gritos espantosos desde lo alto de todas las mezquitas. A esta señal se vuelve á tomar la pipa y se principia á comer. La primera comida es bastante ligera ordinariamente: sucédenla los paseos, las reuniones y toda especie de divertimientos. Se va por las calles que todas están iluminadas con lámparas, y aun las puertas de la ciudad quedan abiertas. Todo se cree lícito porque se ayuna, y esta penitencia trae consigo los mayores desórdenes.

Despues de estas correrías nocturnas, cada cual vuelve á su casa, y algunas horas antes de que pueda distinguirse la hebrita blanca de la negra, se hace una gran comida, en que se ven juntas la abundancia y la delicadeza de los manjares; como que se reserva para el ramaden todo lo mas suculento y delicioso. Acabada esta gran comida y salido el sol, los mas se acuestan, no en sus casas, sino en diversos puestos á la parte de afuera, á fin de que vea todo el mundo su

penitencia, y no se presentan en público hasta despues del mediodia, á menos que indispensables negocios les interrumpan el sosiego. De suerte que toda la austeridad del ayuno consiste en comer mejor y hacer de la noche dia.

Los ayunadores tienen gran cuidado de desfigurarse con un aire espantoso de severidad y de melancolía. Andan muy despacio, mostrando un rostro extenuado al que dan la expresion que quieren, y en estos géneros de gestos los menos diestros son bastante hábiles todavía para hacerlo bien desde la primera vez. Felicitarlos en tal tiempo por la frescura de su tez, sus buenas carnes y su buena salud, sería hacerles mal cumplido: quieren parecer penitentes á toda costa.

Nunca se administra la justicia peor que durante la tal cuaresma; el ayuno asegura á los culpados una especie de impunidad. Cuando uno que ha sido maltratado cita al ofensor á juicio, le responde el cadí: "Verdad es que te ha maltratado, pero el pobrecito ayuna." Así se terminan comunmente las querellas en el tiempo de la penitencia, sobre todo si el acusado encuentra modo de que llegue secretamente á manos del juez algun regalo de dinero, que esto le mueve infaliblemente á compadecerse de la pretendida debilidad.

Un turco llamó ante un tribunal á otro turco de quien habia recibido una ofensa atroz. El juez ganado se inclinaba á la clemencia, y para autorizarse á contemplar al culpado á quien protegía, y queria salvar, esforzó mucho la excusa del ayuno; mas esta no parecia suficiente razon al acusador, quien obstinándose en sostener que el acusado se hallaba capaz de aguantar el castigo que merecia, alzaba la voz y hablaba con mucho fuego y viveza. El cadí, que no podia oponer á lo que le representaba ninguna razon valedera, respondió de un modo singular, pero eficaz:

“Hola, hola, le dijo, muy fuerte tienes el pecho; se echa de ver que no ayunas como nosotros, pues hablas tanto y no sientes la debilidad que nosotros.” É inmediatamente mandó que le apaleasen como á prevaricador contra la ley de Mahoma que no guardaba el gran ramaden. El triste no pudo responder al argumento mas que con sus alaridos.

Á los treinta días de penitencia suceden tres de regocijos, que se anuncian tambien con cuatro cañonazos. Desde la víspera se empieza á colocar en todos las bazares y en todas las plazas diversos cargados de alfombras y almohadones. Allí se come en público, se reciben las visitas, y se toman asientos para ver con comodidad á los que se hacen columpiar en cuerdas atadas por ambos cabos á las ventanas de la cúpula de la mezquita, descendiendo hasta el suelo, que es el espectáculo mas concurrido y sirve por casi todos los demás.

Antioquia.—Alepo.—Cuaresma de los cristianos.

Hénos aquí, dice el mismo misionero, casi á las puertas de la famosa Antioquía donde S. Pedro puso al principio la silla apostólica. Esta ciudad tuvo la primera la dicha de ver nacer en su seno adoradores fieles, y de encerrar en el recinto de sus muros un pueblo cristiano. Dócil á la voz de los apóstoles, se empapó de su espíritu y siguió sus reglamentos. De ellos aprendió á celebrar las fiestas y todas las demás prácticas de la religion. Muy pronto todas las ciudades del contorno la tomaron por modelo. Siendo la mas cercana la de Alepo, fué tambien entre todas las ciudades del Asia la que mas exactamente se conformó á sus tradiciones y costumbres; y aun goza sobre todas las demás la honra de que nunca en ella se ha

interrumpido el ejercicio de la religion: lo cual hace que sus prácticas sean mas seguras y sus tradiciones mas respetables. Allí se observa un ayuno muy austero y una cuaresma muy rigurosa.

Los maronitas siguen el uso de la Iglesia romana; pero los griegos, los armenios y los surianos no empiezan á comer y beber hasta las tres de la tarde, y no comen pescado, ni queso, ni manteca, ni aceite. A la abstinencia de estos manjares agregan los armenios la del vino. Ni nunca habla nadie de dispensa. Los niños de diez á doce años, los ancianos de setenta ú ochenta ayunan como todos los demás. Las nodrizas y las mujeres encinta se creen sujetas á las mismas leyes, sin que de ahí les resulte ningun daño. En fin, están persuadidos de que ninguna enfermedad puede dispensar de esta obligacion. Si hallándose extremadamente enfermos, se ven obligados á tomar algun alimento para sostenerse en su debilidad, no porque rompan el ayuno, rompen nunca la abstinencia. Si por ventura han comido un huevo durante su enfermedad, lo miran como un pecado casi imperdonable del que no se atreven á confesarse y con mucha dificultad se los absuelve. El médico que al principio de la cuaresma les prohibiese ayunar, ó les mandase comer de carne para conservar su preciosa salud, no haría fortuna; sería tenido por un mónstruo, por un ministro del demonio y mirado con horror.

El dia de Pascua todos adornan sus casas, se ponen sus mejores vestidos, y nadie deja de estrenar alguna cosa. Salen de la Iglesia á eso de las diez, y hasta la noche andan haciendo sus visitas en las que todo respira decencia y cordialidad. En todas partes se ve reinar una inocente alegría, inspirada evidentemente por la religion.

Desde el sábado santo, toda la nacion francesa y todos los religiosos vinieron á darnos las pascuas, y los holandeses é ingleses tuvieron la misma urbani-

dad. No se extrañen este trato mútuo ni estas recíprocas cortesías, porque franceses, italianos, ingleses, holandeses, todos aquí nos miramos como compatriotas relativamente á las naciones entre que vivimos; y estas naciones tratan de francos á todos los européos sin distincion de pais.

Destinamos el lunes á volver visitas. Pasamos por la Judáida ó Ciudad-Nueva, que es donde habitan los cristianos. Todas las calles estaban llenas de gentes de todas naciones y aun de turcos que llevaban canastillos de flores para quien quisiese comprarlas. Veìanse tambien puestas de muestra mil friolerillas para los niños. Los que se encontraban se saludaban diciéndose á porfía: "Regocijaos, que Jesus el Mesías ha resucitado." Durante los tres dias no se oyen mas que estas palabras que la religion pone en boca de todos los cristianos, y todas las lenguas parecen consagradas á anunciar el gran misterio de la resurreccion.

Costumbres y religion de los armenios.

Los armenios son la nacion mas comerciante entre todas las del Oriente, y quizá del mundo entero. Tienen establecimientos en casi toda el Asia. Los mas de ellos son flemáticos y frios como los otros asiáticos: rara vez riñen. Son sóbrios, pero supersticiosos en órden á las carnes que estaban vedadas á los judíos. Tienen ciega confianza en los vertahietos, que son sus doctores y pastores, quienes toman toda su ciencia de libros heréticos que respetan mas que á la Escritura.

Los armenios tienen muchas exterioridades de religion. Ayunan con frecuencia, y hacen oraciones públicas á la mañana y á la tarde. Creerian cometer un pecado, si pasando delante de una iglesia no se

santiguasen. Miran como una cosa vergonzosa el leer en la iglesia en un libro de oraciones; las mujeres hacen gala de no saber leer ni escribir; pero juran mas comunmente que no sus maridos.

Todos los obispos y vertabietos son monjes, todos se visten lo mismo, y viven en los monasterios. El distintivo único de los obispos es el báculo pastoral, que tienen en la mano cuando predican: cuando salen, le lleva delante un novicio. Los monasterios tienen grandes huertas que producen mucho, y reciben limosnas considerables. Los sacerdotes que salen de Julfa, ciudad cercana á Yspahan, donde hay muchos armenios, para ir á las Indias á servir las iglesias armenias, tienen obligacion de pagarles dos tomanes ó ciento veinte francos de moneda de Francia; y estos sacerdotes son muchos. Además, algunos obispos recorren anualmente los lugares, y recogen sumas cuantiosas.

Los infieles, que son hoy dueños de la Armenia, egercen en sus habitantes duro imperio. Los abruman de impuestos que exigen con violencia, la cual los conserva en una timidez que pasa de padres á hijos. Y ellos mismos agravan su servidumbre con el escándalo de sus disensiones y de sus mútuos celos, que sirven de pretesto á sus amos para hacerles extorsiones y sacarles gruesas multas.

El patriarca solo tiene derecho de consagrar á los obispos, y los consagra por dinero; así por dinero ordenan ellos á los sacerdotes. Para elegirle se requiere el consentimiento de los armenios de Julfa y de los de Constantinopla, porque su jurisdiccion se extiende á la Persia y á la Turquía. Necesita la confirmacion del Gran Señor, y se dice que cuando va á recibir el firmán, se sirve de esta fórmula no menos necia que impía: *Pido à vuestra verdadera ley el poder y la autoridad sobre mi ley falsa.* Este gefe de los armenios cismáticos vive ordinariamente en

un monasterio, de donde no sale sino para distribuir por sí mismo el santo crisma á diferentes iglesias; pero nunca le distribuye sino á precio de dinero.

La conducta de este clero cismático, comparada con la de los misioneros, forma un contraste honroso á la religion, y bastante á menudo pone principio á la conversion de muchos de aquellos á quienes no han cerrado enteramente los ojos á la verdad violentas preocupaciones.

Religion de los etiopes.

Los etíopes hacen profesion del cristianismo. Admiten la Escritura y los sacramentos, y creen en la transustanciacion del pan y vino en cuerpo y sangre de Nuestro Señor. Invocan como nosotros á los santos; comulgan con las dos especies, y consagran con pan fermentado como los griegos. Observan cuatro cuaresmas al modo que los orientales. En todas ellas se abstienen de huevos, manteca y queso, y no comen hasta puesto el sol; mas desde entonces pueden comer y beber hasta media noche. Como no hay olivares en Etiopía, usan un aceite que exprimen de cierta semilla del pais, y que es bastante grato al paladar. Con el mismo rigor ayunan tambien todos los miércoles y viernes del año. Siempre á la comida precede la oracion. Una hora antes de ponerse el sol, los labradores sueltan el trabajo para ir á rezar, no queriendo comer antes de haber cumplido con esta obligacion. Nadie hay dispensado del ayuno: los ancianos, los niños y aun los enfermos están obligados á él. Ordinariamente se da á los niños la primera comunion á los diez años, y desde aquel dia se los obliga á ayunar.

La declaracion de sus pecados es muy imperfecta: de rodillas á los pies del sacerdote, que está sentado, se acusan en general de ser unos grandes pecadores y merecedores del infierno: oida la declaracion, el sacerdote, teniendo en la mano izquierda el libro de los Evangelios y en la derecha una cruz, toca con aquella cruz en los ojos, los oidos, la nariz, la boca y las manos del penitente recitando algunas oraciones; lee luego el Evangelio, hace muchas veces la señal de la cruz, le impone una penitencia y le despide.

Los etíopes están con mucha mas modestia y mas respeto en la iglesia que se está ordinariamente en Europa. No entran sino descalzos para lo cual se alfombra el suelo de los templos. A nadie se oye hablar, ni sonarse, ni nadie vuelve nunca la cabeza. Para ir á la iglesia, hay que ponerse siempre de ropa limpia, porque se negaria la entrada á quien se presentase de otro modo. Cuando el sacerdote reparte la comunion, se retiran todos dejándole á solas con los que comulgan.

Las iglesias están muy limpias: en ellas se ven cuadros y otras pinturas, pero no estátuas ni imágenes de relieve. Los sacerdotes hacen incensaciones casi contínuas durante la misa y el oficio. Aunque carecen de libros de música, su canto es ajustado y agradable, y le acompañan con el sonido de los instrumentos. Los religiosos se levantan dos veces por la noche á cantar salmos. Fuera de la iglesia visten casi como los seglares, distinguiéndose no mas que en un solidéo amarillo ó morado; porque estos dos colores distinguen sus diversas órdenes, y son muy respetados.

Los etíopes han conservado la circuncision: circuncidan al niño á los siete dias de nacido, y luego le bautizan, á menos que le sobrevenga peligro de muerte, en cuyo caso no se difiere el bautismo. Pero

la circuncision no pasa entre ellos de una pura ceremonia que practican á ejemplo de Jesucristo, el cual tuvo á bien ser circuncidado.

Cerca de Mesina se ve un célebre monasterio en medio de un bosque y de una espantosa soledad. Está bien edificado y disfruta extensas vistas, descubriendo de allí el Mar Rojo y un dilatado pais. Contiene cien religiosos que hacen vida muy austera y se visten con pieles amarillas y un solidéo del mismo color. Son tan estrechas sus celdas, que con dificultad se extiende un hombre. No comen carne, como ningun otro religioso de Etiopía, y están ocupados incesantemente en la meditacion de las cosas divinas. Allí ví, dice el misionero, autor de la carta de donde hemos tomado estos pormenores, un anciano de cerca de sesenta y seis años, que no se habia sustentado durante siete años, mas que con hojas de acebuche: era hombre de hermosa presencia, muy cortés y hermano del gobernador de Tigré. El abad del monasterio nos recibió muy bien: asi que llegamos, nos lavó los pies y los besó, mientras que sus religiosos rezaban varias oraciones. Despues de esta ceremonia nos condujeron en procesion á la iglesia, prosiguiendo los religiosos el canto. Luego nos retiramos á un aposento, adonde nos trajeron para comer pan empapado en manteca, y nos dieron á beber cerveza, porque en aquel convento no se bebe ni vino ni hidromiel, ni aun se ve nunca mas vino que para decir la misa. El abad nos hizo compañía, pero no comió con nosotros.

Desierto de Sceté en Egipto. — Gruta de la Baja-Tebaida.

El desierto de Sceté, dice el P. Sicard, es famoso por los viajes que hicieron á él santa Paula y santa

Melania, y por mas de cinco mil religiosos que le poblaban. Entonces contenia mas de cien monasterios; hoy no quedan sino cuatro.

El desierto se extiende de Oriente á Occidente como tres jornadas, y otro tanto de Norte á Sur: es una vasta llanura de arena que por Poniente y Mediodia no tiene mas confines que los arenales de Libia y el desierto de Barca; al Norte se termina en la montaña Nitria, habitacion en otro tiempo de una infinidad de solitarios.

Los cuatro monasterios son grandes cercados cuadrados, bastante iguales entre sí, de mas de cien pasos de largo y algo menos de ancho, cerrados de altos y gruesos muros, con sus parapetos á la altura del pecho. Cada monasterio tiene su torre, mitad mas alta que los muros del recinto, y en cada torre una capilla dedicada á S. Miguel, muchas salas llenas de provisiones de boca, una biblioteca que consiste en tres ó cuatro cofres de antiguos manuscritos árabes y coftos, cubiertos de polvo; un pozo de agua potable, un molino, un horno y un puente levadizo. La puerta de cada monasterio es de madera, baja y gruesa, y está vestida de planchas de hierro y dominada por la torre. En cada uno se ven las ruinas de dos ó tres iglesias, de muchos dormitorios y de gran número de celdas de que solo subsisten algunas, y los oficios. La torre sirve de castillo y retirada á los pobres religiosos en las irupciones de los árabes, á quienes no es tan fácil introducirse en ella como lo seria el penetrar en la parte baja del recinto del monasterio.

Un solo religioso forma toda la comunidad del monasterio de S. Macario; la del de S. Richoi se compone de cuatro religiosos, y de doce ó quince la de cada una de los otros dos.

El monasterio de S. Macario encierra dos iglesias: la una pequeña y entera aun, dedicada al santo; la otra mayor y medio arruinada, consagrada á san Juan.

De esta quedan en pie cinco cúpulas sustentadas por unas veinte columnas de mármol, de órden gótico, con cinco altares. En el coro de la iglesia me enseñaron cuatro pequeños sarcófagos en que descansan, al decir de los coftos, los cuerpos de los santos Macario, el primero de los cuales fué discípulo de san Antonio, y el otro, llamado el Jóven, era monge de Alejandría; los otros dos sarcófagos son el de Sanis, el menor y el de otro Macario, que fué obispo y probablemente sectario de Dióscaro.

Las grutas de la Baja-Tebaida empiezan en Suadi. La perspectiva que ofrecen sus diversas filas y sus extrañas aberturas, la inmensa extension del Nilo, que une por medio de una sola cascada de agua las dos cadenas de montañas que ciñen el Egipto por Levante y Poniente, la multitud de barcos de remo y de vela de que se cubre el rio, el prodigioso número de ciudades y aldeas, los bosques de acácias, de sicómoros y palmeras que ostentan su verdor por encima de las aguas, todo esto presenta un espectáculo encantador.

Los gritos se extienden hasta Manfeluth. No se ve mas que un campo avenoso, excepto algunos sitios donde hay habitaciones; solo tiene media legua desde la montaña del Levante hasta el Nilo; pero las tierras al Poniente del rio son fertilísimas, y se extienden por espacio de cinco ó seis leguas hasta las montañas que las limitan.

Todo el mundo, continúa el P. Sicard, sabe que lo horroroso de estas tenebrosas cavernas fué en otro tiempo el atractivo de aquellos varones que, á imitacion del profeta Elías y de S. Juan Bautista, acudieron de todas partes á egercer aquí santos rigores en sus propios cuerpos que miraban como á su mas cruel enemigo. Á la vista de aquellas cavernas repartidas en diferentes celdas muy pequeñas, abiertas en las bóvedas de las canteras y cuyas puertas y ventanas

no tienen mas de un pie cuadrado, mi imaginacion me pintaba en cada capilla á aquellos santos y famosos anacoretas, los Macarios, los Antonios, los Pablos, como si los tuviera delante de mis ojos. Yo me representaba á los unos prosternados con el rostro contra el suelo, bañando con sus lágrimas el crucifijo que en sus manos tenian; creia ver á otros con los rostros macilentos y descarnados por las vigilias, los ayunos y las maceraciones; otros me parecian absortos todos en Dios, y gozando anticipadamente las delicias del cielo.

Confieso que estos grandes objetos se apoderaron tanto de mi alma, que no pude menos de envidiar la suerte de aquellos ángeles de la tierra, de aquellas columnas de la religion, de aquellos grandes modelos de santidad. No me podia apartar de aquellos lugares: trepé con sumo trabajo á todos los rincones donde los valerosos solitarios habian podido habitar; de trecho en trecho encontré cruces, imágenes y oratorios, hechuras de sus manos: y todos estos objetos me inspiraron grandes sentimientos de Dios y de menosprecio del mundo.

Anduve todo el espacio por donde se extienden aquellas grutas embebido en estos pensamientos, y adorando los secretos caminos de la divina Providencia que permite se hallen ahora estos santos lugares infectados del mahometismo y monotelismo.

Monasterio de S. Antonio.

El aspecto de este monasterio y de todo cuanto le rodea no ofrece mas que objetos espantosos y que llenan el alma de honor santo. Entre dos altas montañas hay una vasta llanura, tan estéril como desierta, donde apenas entran los rayos del sol. Pues en este valle, al pie del monte Colzim, á la vista del mar

(Pag. 46).

PROPAGANDA CATÓLICA.



Monasterio de S. Antonio.



Rojo, encunado entre esa montaña y las de la Arabia Pétrea está situado el monasterio de S. Antonio, habitado por coftos cismáticos.

Nos llegamos para entrar en él, prosigue el P. Sicard, buscábamos la puerta, pero nuestros guias nos aseguraron que no encontraríamos ninguna. En efecto, el miedo continuo con que viven los religiosos de que vengan los árabes á sorprender los monasterios para saquearlos, los obligó á no practicar ninguna entrada ordinaria. Nuestros camelleros, sabiendo mejor lo que se habia de hacer en estas ocasiones, cogieron piedras, y á fuerza de tirarlas á la huerta de los montes y de gritar con todas sus fuerzas, consiguieron ser oidos; y al punto vimos á algunos religiosos asomarse al parapeto de una torre muy alta.

Diéronnos con sus ademanes y el tono de su voz la bien venida, y al mismo tiempo nos descolgaron una jarra de agua de que teníamos buena necesidad y luego un gran cesto: en él nos acomodaron nuestros camelleros, y los monges nos levantaron al punto por medio de una polea que nos izó hasta una ventana alta por la cual entramos en el convento.

El superior, avisado de nuestra llegada, vino á saludarnos. Pasadas las primeras cortesías fuimos á la iglesia á orar. Despues el superior y los religiosos nos condujeron á un aposento bastante aseado, pero muy pobre. Al punto dos monges extendieron un gran mantel de cuero sobre una estera en el suelo, y le cubrieron con cinco ó seis platos que no contenian sino un mismo manjar. Este manjar era una pasta cocida en agua con aceite de sisarco, sobre la cual vertieron dos ó tres cucharadas de miel. A instancias del superior nos acuclillamos cruzando los pies uno sobre otro, á estilo del pais: la necesidad de alimento nos dió bastante apetito para comer de la pasta, y luego nos sirvieron á cada cual dos tazas llenas, la una de vino y la otra de café.

Despues de haber descansado algun tiempo, fuimos á visitar el monaaterio. En medio de un patio interior bastante grande están dos iglesias, cuyo mérito todo consiste en su antigüedad: son oscuras, están construidas toscamente, y sus paredes cargadas de pinturas muy tomadas de humo á causa del mucho incienso que se quema durante el oficio divino. La una está dedicada â los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y la otra á S. Antonio, y ambas se comunican por una galería que conduce de una á otra. Esta galería contiene un campanario con su campana, que no tiene sino pie y medio de diámetro. Cerca de las iglesias se alza una torre cuadrada, cuya puerta está como tres toesas mas alta que el piso bajo.

Esta torre es una especie de fortificacion y un punto seguro, donde los monges tienen guardados sus libros y todo lo mas precioso que poseen, por el contínuo temor en que viven de que vengan los árabes y escalen los muros para robarlos, como mas de una vez ha sucedido. Por la misma razon han labrado en la torre misma una capillita donde encierran sus vasos sagrados, y donde harian oracion si se viesen amenazados de una acometida.

Las celdas de los religiosos están edificadas á lo largo del patio; hay unas treinta, casi todas separadas unas de otras y formando callecitas. El refectorio, el horno, el pozo del que está sacando agua casi de contínuo un caballo, y las otras construcciones menores destinadas á los oficios, componen sus calles particulares. Estas celdas, estos oficios y estas calles semejan una corta ciudad situada en medio de un gran desierto; de dia y de noche se observa por regla el silencio.

El monasterio tiene su huerto bastante grande. El patio de que acabo de hablar y la huerta que le rodea forman un cuadrado de nueve ó diez aranzadas de cabida. En la huerta cultivan los monges hortali-

zas de toda especie para su consumo, y han plantado palmas, olivos, algarrobos, albérchigos y albaricoques: convidáronnos á que cogiésemos la fruta que quisiéramos. Vimos tambien en la huerta algunas cepas que les dan un vinito clarete: le reservan para los huéspedes á quienes quieren regalar; pero ellos no le beben sino en las cuatro principales festividades del año. El agua, que es su bebida ordinaria, les llega por tres diferentes canales que la reciben al pie del monte Colzim, donde se halla el manantial, y la conducen por debajo de tierra y de los muros á los oficios y huertas del monasterio regándolas.

No habia mas que quince monges en la casa cuando llegamos á ella, y de ellos solo eran sacerdotes el superior y otro. Su ropage consiste en una camisa de lana blanca, uná túnica de lana parda y una chupa de sarga negra con grandes mangas: la túnica cubre lo demás de la ropa. Se cubren la cabeza con una capucha negra muy estrecha, sobre la cual se ponen un gorro de lana encarnada ó morada, que rodean con un turbante rayado de blanco y azul. Llevan un ceñidor de cuero y zapatos encarnados ó negros que se quitan para entrar en la iglesia ó en sus celdas, cuyo piso bajo visten de esteras. No usan medias; se afeitan la cabeza, y no se descubren nunca, ni aun en la iglesia.

Estos monges tienen por regla guardar obediencia, pobreza y castidad; no comer nunca carne en su convento; ayunar todo el año, menos los sábados y domingos y el tiempo pascual; rezar en pie las horas canónicas, si bien apoyándose en un baston con muletilla; ir al coro á media noche á cantar salmos; acostarse vestidos en una estera; prosternarse todas las noches ciento cincuenta veces con la cara contra el suelo y los brazos extendidos, y hacer la señal de la cruz tantas veces como se levantan.

Si una vida tan pura y penitente tuviese por ci-

miento la fé católica, no nos quedaria mas que bendecir á Dios que tales sucesores habia enviado á los antiguos solitarios de la Tebaida; pero estos sagrados asilos de la virtud, en otro tiempo regados con las lágrimas y teñidos con la sangre de aquellos generosos mártires de la penitencia, están habitados hoy por hombres inficionados del veneno de la herejía; por hombres sumidos en una crasa ignorancia; y sin embargo, tercos en sus errores, preocupados contra los católicos, dedicados á todo género de supersticiones, mezclándose en sortilegios, creyendo que pueden preservar de las enfermedades y hechizar las serpientes, y cometiendo otras mil extravagancias.

Monasterio del monte Sinaí.—Roca de Moisés.

Sinaí, aquella montaña tan célebre en nuestros libros sagrados, posee el mas famoso monasterio del Levante. Es de monges griegos. Habia unos cuarenta, dice el P. Sicard, cuando yo le visité; pero me digeron que antes eran muchos mas. En la forma no difiere del monasterio de san Antonio; sí en la extension, que es mucho mayor la de este. En magnificencia excede á todos los monasterios de Francia por los materiales de los edificios: todo es de granito, muros, suelo de los dormitorios, todos los lugares claustrales, hasta las calles de la huerta.

La iglesia fué edificada por el emperador Justiniano: el mosáico de su pavimento y las columnas que sostienen las bóvedas son tambien de granito y de estilo gótico. Los latinos tienen en el recinto del monasterio una capilla muy linda, en la cual nosotros celebramos la sagrada misa. Tuvimos el contento de hallar allí un retrato de Luis XIV puesto en un hermoso cuadro dorado, y cerca de él otro retrato de Mr. de Colbert.

Despues de haber visitado todos los sitios del monasterio, deseábamos entrar en la biblioteca para examinarla despacio; pero los monges se resistian algo á abrirla, fundados en que nunca la habian enseñado que luego no echasen de menos algunos libros: y en efecto, se dice que les han faltado muchos. Mas á pesar de las pérdidas de que se quejan, su biblioteca es todavía bastante copiosa. Es rica, sobre todo, en manuscritos griegos, rusiotas, árabes, siriacos, abisinios y otros; pero tantas veces se han sacado de sus sitios los libros y manuscritos, que hoy se hallan en una confusion general y bastante maltratados. Habriamos necesitado mas tiempo del que teniamos para enterarnos bien; pero lo que pudimos notar nos mueve á creer que los orientalistas descubririan grandes riquezas si leyesen con atencion aquellos antiguos monumentos.

Hemos observado muchos monùmentos célebres en los libros santos, y sobre todo la roca de que manó el agua en abundancia así que Moisés, por mandato expreso de Dios, la golpeó con su vara. Es tan evidente este prodigio, que considerando atentamente lo que nosotros hemos visto, no tenga por fuerza que confesar la verdad de cuanto refiere el santo legislador de los hebreos.

Como á mitad del valle de Rafidin y á mas de cien pasos del monte Horeb, se descubre yendo por un camino público bastante concurrido, una alta roca entre otras muchas mas pequeñas, que andando los tiempos, ha llegado á desprenderse de las montañas vecinas. Es una gruesa masa de granito encarnado, casi redonda por un lado, y plana por el otro que mira á Horeb. Tiene de altura doce pies y otro tanto de espesor: es mas ancha que alta, y de unos cincuenta pies de circuito. Se ven veinte y cuatro aberturas que se cuentan muy bien, cada una de un pie de largo y una pulgada de ancho: hay doce en la cara plana de

la roca, y en la cara redonda otras doce. Están situadas horizontalmente á dos pies del borde superior de la roca, y distantes unas de otras pocos dedos, faltándoles poco para hallarse en una misma línea.

Las aberturas de la una cara no comunican con las de la otra, ni siquiera caen las unas enfrente de las otras. Importa notar que esta roca y las otras yacen en un terreno muy seco y muy estéril, y en que en todas las cercanías no se descubren ni aun apariencias de manantial ó de cualquiera otra agua silvestre.

Explicada asi la situacion de la roca, vengamos á las circunstancias que prueban manifiestamente el milagro del autor de la naturaleza.

1.ª Se ve claramente un pulimento que reina desde el lábio inferior de cada abertura hasta la tierra.

2.ª Ese pulimento no se ve mas que á lo largo de una canalita ahondada en la superficie de la roca, y que forma la canalita de cabo á cabo.

3.ª Los bordes de las aberturas y de las canalitas están, digámoslo asi, entapizados de un musgo verde y fino, sin que en ninguna otra parte de la roca se vea ni una sola yerba por pequeña que sea. Toda la superficie de la roca por las orillas cerca de las aberturas y de las canalitas es de piedra.

Hechas estas tres advertencias, pregunto yo ¿qué significan ese pulimento de los lábios inferiores de las aberturas, ese musgo que crece solo en las extremidades de las aberturas y á lo largo de las canalitas, sin que tres mil años transcurridos hayan ocasionado la menor alteracion en todo esto? Pregunto otra vez, ¿qué significan esas señales tan sensibles sino que son pruebas incontestables de que en otro tiempo brotó de esas aberturas agua abundante y milagrosa?

El lector no leerá sin interés el siguiente trozo que hemos extractado de la correspondencia de un viagero inglés en Oriente.

Viage al monte Sinaí—Excursiones á la montaña de santa Catalina y á la roca Melibah en uno de estos últimos años.

A poca distancia del convento y en medio de la soledad de Midian, está el sitio donde Moisés, segun la tradicion, guardó los ganados de su suegro Jetro. Es un valle situado detrás del monte Sinaí entre dos cadenas de montañas, en medio del cual se ve un grupo de árboles aislado. El superior del monasterio nos pidió perdon de no podernos dar de comer sino legumbres, y nos aconsejó que compráramos á los árabes una cabra. Les compramos, pues, por siete piastras (1) uno de aquellos pobres animales, condenados á ayunar toda su vida en las rocas de la comarca; subiéronla por una ventana, la mataron para nuestro uso, la guisaron de diferentes maneras, y nos la sirvieron á la mesa por la noche; pero la encontramos tan flaca y de tan mal gusto, que hubimos de renunciar á regalarnos con ella.

Un monge, de ochenta años, el mas anciano del monasterio y de venerable presencia, nos visitó en nuestro aposento. Como llevaba viviendo allí setenta años, le preguntamos de qué manera habia pasado la vida. "Un dia, nos respondió, sucedia á otro dia, y se transcurria como el anterior, sin que yo pudiese contemplar mas que los precipicios, los cielos y el desierto. Ahora todos mis pensamientos están fijos en el otro mundo, y aguardo tranquilamente el instante de mi partida." Luego nos habló de la vanidad de los goces mundanos, y á la postre nos pidió con mucha instancia una botella de rom. Solo nos quedaba una

(1) Sin duda son piastras turcas que solo valen cinco y medio rs. de vn.

que reservábamos para el viaje; pero la dímos por contentar al anciano Padre, quien nos rogó mandáramos á nuestro criado que la tapára debajo de la capa cuando se la llevase á su celda.

Al tercer dia por la mañana salimos del monasterio acompañados de dos guias, para ir á la cumbre del monte Sinaí. Anduvimos subiendo algun tiempo por entre las ruinas de los escalones de piedra que los griegos habian puesto. En muchos parages la senda que seguiamos era estrecha y escarpada, y atravesaba por enormes masas de rocas. Al cabo de media hora de camino, llegamos á un pozo de excelente agua, cerca del cual vimos una capillita arruinada. Mas lejos habia un sitio cubierto de verdor muy agradable, de cuyo centro se elevaba una grandísima palmera aislada, y ceñida de rocas áridas. Poco despues estuvimos ya en la cumbre del monte, que es de muy corta extension, y donde vimos dos reducidos edificios en que probablemente los peregrinos griegos hacían sus devociones. Pero el Sinaí tiene cuatro cumbres: la de Moisés está en medio de las otras tres, y no puede descubrirse desde la falda del monte: de modo, que el lugar donde el profeta recibió la ley, no podia ser visto de la multitud que estaba en torno. El humo y las llamas, de que, como dice la Escritura, se cubrió entonces todo el monte Sinaí, debian formar el mas augusto espectáculo, á causa de sus varias cimas de vasta extension. El modo como se nos refiere el suceso mueve á pensar que la cumbre en que Dios se apareció, estaba encubierta á los ojos de la muchedumbre que rodeaba la montaña. Pero lo que desde la primera mirada excita sorpresa, es lo reducido de los llanos, valles y lugares despejados en que debieron colocarse los hijos de Israel para ser testigos de la gloria de Dios. Imagínanse los mas que alrededor del Sinaí se extienden dilatadas llanuras ó desiertos arenosos, donde debió estar sentado el campo de los

israelitas; donde las familias debieron salir á las puertas de sus tiendas; donde debió trazarse en torno del monte la línea que estaba prohibido traspasar con pena de muerte: pues está muy lejos de haber eso. Excepto el valle por el que llegamos al monte y que tendrá media milla de ancho y algunas de largo, asi como un llanito que atravesamos despues, y donde se levanta una colina peñascosa, se descubren pocos lugares despejados en contorno del Sinaí. Pero no le habiamos examinado aun por todos lados, cuando preguntamos al superior del monasterio en dónde creia que estuvieran los hijos de Israel cuando Dios les dió la ley. Respondiónos señalando con las manos: "En los barrancos, en los valles y en las llanuras."

Pasada una hora en la cumbre del monte, bajamos al lugar agradable que habíamos visitado al subir, y habiendo descansado en él un rato, nos dirigimos con uno de nuestros guias al monte de santa Catalina.

Tomando otra direccion, llegamos á una bajada larga y escarpadísima, desde donde se descubrian los puntos de vista mas variados y magníficos, y entramos por fin en un vallecito en que habíamos de pasar la noche. Alrededor de este valle, que estaba alfombrado del mas hermoso verdor, forman las montañas enormes precipicios. Llamónos la atencion un monasterio abandonado: habia mucho que los árabes expelieron de él á los religiosos que le habitaban; mas su interior, que no estaba degradado aun, ofrecia cómodo albergue á los viajeros. Aquella soledad presentaba cierto aspecto encantador y terrible. Las palmeras mas altas se alzaban inmóviles, sin que las meciera el menor soplo de aire; los huertos y bosquecillos estaban desiertos y descuidados; los muros se desmoronaban; los olivos, los álamos y otros árboles se criaban silvestres. Aun encontramos muchos libros viejos de devocion que se habian dejado los religiosos. Eligiendo en el piso mas alto una estancia que habia servido

á uno de estos, tomamos posesion de ella por aquella noche, y encendiendo lumbre en una ancha piedra que hallamos en un rincon, nos compusimos una buena cena con las toscas provisiones que nos quedaban.

No habia necesidad de ser muy románticos para gozar en nuestra situacion. Pocos cuadros puede pintar la imaginacion que se igualen al estado extraño y salvage de aquel monasterio desamparado y situado enmedio de los desiertos del monte Sinaí. Habíamos tendido por el suelo gran cantidad de yerba seca para que nos sirviese de cama; pero la luna que empezaba á dar en el valle, y uno de nuestros guias que tocaba la guitarra al fin del corredor, nos impedian entregarnos á las dulzuras del sueño. Al cabo, las fatigas de aquel dia nos obligaron á dormirnos.

Al dia siguiente, mucho antes de salir el sol, nos despertaron nuestros árabes, para ir á la cima del monte de santa Catalina. La senda que seguimos era casi siempre escabrosa y escarpada, ceñida á trechos de peligrosos precipicios y llena de gruesas piedras sueltas que se rodaban al sentar el pie. Hacía un viento tan frio, que nuestros árabes podian apenas servirse de sus manos. Llegamos con gran placer á un pozo situado en el fondo de un precipicio perpendicular, que nunca visitan los rayos del sol, y cuya agua estaba tan fria, que hubiera podido dar la muerte. Allí descansamos un rato; y despues subiendo siempre por entre peñascos enormemente altos y de las formas mas imponentes, alcanzamos pronto la cima del monte, que no ofrece sino un pico de como cincuenta pies de circunferencia. El viento era allí tan agudo, que parecia nos traspasaba los cuerpos.

El monte de santa Catalina, que algunos suponen ha de ser el monte *Horeb*, es el mas alto de todos los que se descubren en contorno; pero en todo cuanto los ojos pueden alcanzar desde su cima, no veiamos por todos lados sino cadenas de montes áridos,

sucediéndose unos á otros como las olas de la mar, y barrancos y estrechos valles que cortan aquellas cadenas.

Volvimos á bajar muy luego, y llegamos con nuevo placer al pozo que habiamos visto caminando hacia la cima del monte. Trepamos al borde de la peña junto á la cual está el pozo, encendimos lumbre é hicimos café que bebimos como si fuese néctar.

Tornamos pronto al valle, y dirigiéndonos al monasterio abandonado, tomamos una pipa árabe y nos refrigeramos en aquella antigua mansion de los religiosos hasta que pasó el calor, que sofocaba. Entonces volvimos á emprender el camino; y habiendo andado dos horas, llegamos á la famosa roca de Melibah, que aun ostenta las pruebas mas evidentes del milagro que allí se obró. Se eleva sola enmedio de un estrecho valle de no mas de doscientas varas de ancho, y en la cara de ella se ven cinco ó seis hendiduras una sobre otra, de pie y medio de largo y algunas pulgadas de profundidad cada una.

Los árabes reverencian aun aquella roca, y llenan sus huecos de arbustos á fin de que sus camellos cuando están enfermos encuentren para comer y restablecerse. Dos huecos estaban entonces llenos de cañas para este uso, porque los árabes creen dotado aquel sitio de una virtud particular. La roca es de hermoso granito, y tiene unas cinco varas de largo, cinco de alto y cuatro de ancho.

Yendo mas adelante, aquel estrecho valle se ensancha y se trueca en una llanura capaz de contener una multitud de personas; donde estarian probablemente, así como al rededor de la roca y en el valle, los que recibieron el agua que manó en otro tiempo de la roca.

Los coptos.

Los coptos ó coftos se dicen los habitantes naturales del Egipto y descendientes de los antiguos egipcios. No hay mas que conjeturas sobre el orígen de su nombre. Como no ha comenzado á estar en uso, ni ha sido conocido sino desde que los mahometanos se hicieron dueños del Egipto, ahí es donde se debe buscar la etimología.

Los egipcios ó por conformarse á los usos de sus nuevos amos, ó por granjearse su benevolencia, tomaron la costumbre de circuncidar á sus hijos. Los griegos, escandalizados de tan criminal condescendencia, llamaron á aquellos cobardes cristianos *koptoi* ó circuncidados, coptos. Los mahometanos cuando entendieron lo que significaba aquel nombre, le atribuyeron á los coptos por honor; y así se introdujo en el uso poco á poco, y llegó á ser el nombre apelativo de la nacion. De modo, que en Egipto el decir copto ó egipcio natural, es una misma cosa.

El clero copto se compone de un patriarca que se intitula patriarca de Alejandria, aunque reside ordinariamente en la ciudad del Cairo; de once ó doce obispos, de muchos presbíteros, de gran número de diáconos, de clérigos inferiores, y de los religiosos de S. Antonio, S. Pablo y S. Macario.

El segundo órden de los coptos se compone de los que llaman *mebacheres*, voz árabe que significa hombre de negocios, arrendador de las rentas públicas, recibidor-secretario, apoderado de una casa grande, empleos que se han hecho hereditarios en las familias de sus poseedores. Los mebacheres son muy ricos. Como el bajá que gobierna el Egipto en nombre del Gran Señor y todos los oficiales son incapaces de

manejar por sí mismos sus bienes y negocios, los ponen en manos de los mebacheres fiándose de su fidelidad mas que de la de los turcos y judíos. Y aun por esa estimacion en que es tenida la fidelidad de los coptos, los grandes tambien quieren coptos por criados.

El tercer órden de los coptos comprende á los artesanos y labradores. De los primeros algunos están bastante acomodados; pero los mas no sacan del trabajo lo preciso para su sustento diario.

Los coptos en general viven mezquinamente y con poco aseo; necesitan comer muchas veces al dia, pero no son delicados ni en la eleccion de las viandas ni en el modo de aderezarlas y servirlas.

La nacion es eutiquiana jacobita, es decir, que no reconoce en Jesucristo sino una naturaleza, herejía anatematizada por el concilio de Calcedonia. Fuera de ahí, es muy adherida á los dogmas y prácticas que defendemos nosotros contra los protestantes. Los ayunos son frecuentes y vigorosos: además de los cuatro ayunos principales de las iglesias orientales, guardan otros muchos en diferentes dias de la semana y del año.

MISIONES DE AMÉRICA,

Rasgo de valor de treinta salvajes.

Durante las guerras que hubo en América á principios del siglo XVIII, una partida de treinta salvajes regresaba de una expedicion contra los ingleses. Como los salvajes del Canadá no saben precaverse contra las sorpresas, se tendieron á dormir desde la primer parada sin pensar siquiera en apostar durante la noche un centinela para su seguridad. Persiguiólos un cuerpo de seiscientos ingleses al mando de un coronel hasta el punto donde reposaban; y encontrándolos sumergidos en el sueño los cercó, muy confiado en que no podria escaparse ninguno. Pero habiéndose despertado un salvaje, y viendo á sus enemigos, avisó al instante á sus compañeros gritando: "*Estamos muertos: vendamos caras las vidas.*" En un punto se resuelven todos: los treinta valientes se forman instantáneamente en seis pelotones de á cinco hombres, y con el hacha en una mano y el cuchillo

en la otra se arrojan sobre los ingleses con tanto ímpetu y furor, que despues de matarles mas de sesenta hombres, entre ellos al coronel, ponen á los demás en huida.

Viajes á lo interior de la América. — Guerras de los salvajes.

No deben estos viajes compararse, dice el P. Mareal, con los que se hacen en Europa, donde se encuentran de cuando en cuando lugares, aldeas, casas donde poderse recoger, puentes ó barcas para pasar los rios, sendas trilladas, personas que vuelven á poner en el verdadero camino á quien se ha extraviado. Aquí nada de eso; doce dias hemos andado sin encontrar alma viviente. Unas veces caminábamos por praderías que se pierden de vista, cortadas de arroyos y rios, sin hallar ninguna senda; otras habíamos de abrirnos paso por esposos bosques, entre matorrales, zarzas y abrojos; otras teniamos que pasar lagunas cenagosas donde nos hundiamos tal vez hasta la cintura.

Despues de habernos fatigado bien por el dia, era preciso tomar el descanso de la noche sobre la yerba ó sobre montones de hojas, expuestos al viento y á la lluvia: fortuna cuando corre cerca algun arroyo, que sino por mas sed que uno tenga ha de pasarse la noche sin apagarla. Se enciende lumbre, y cuando de camino se ha matado alguna caza, se asan los pedazos y se comen con algunas mazorcas de maiz, si le hay.

Sobre estas incomodidades hemos tenido la de ayunar mucho durante todo el viaje, no porque no hallásemos multitud de gamos y ciervos, y sobre todo toros, pero no podian matar ninguno nuestros guias, quienes habiendo oido decir la víspera de po-

nernos en camino que la tierra estaba infestada de partidas enemigas, no se habian atrevido á traer sus fusiles, de miedo de ser descubiertos por el ruido de sus tiros, ó de tener este estorbo mas si habia que ponerse en fuga; así, pues, se servian solo de sus flechas, y la caza á que tiraban huyendo con la flecha clavada iba á morirse lejos de nosotros, no sabíamos donde.

Pero aquellas pobres gentes me cuidaban mucho: me llevaban en sus hombros cuando habíamos de pasar los arroyos, y cuando se habia de atravesar un rio profundo juntaban muchos pedazos de leña seca, los ataban unos á otros, y haciéndome sentar encima se echaban á nadar y me iban empujando hacia adelante hasta la otra márgen.

No sin razon temian el encontrarse con alguna partida de guerreros, que no les habria dado cuartel, ó les habria machacado la cabeza, ó los habria cogido prisioneros para quemarlos despues á fuego lento ó echarlos en la caldera. Desde el primer dia del viaje hallamos ya vestigios de una partida de aquellos guerreros. Admiréme de la perspicacia de vista de los salvajes: me mostraban en la yerba las huellas de los otros; distinguian donde habian estado sentados, donde habian andado, cuantos eran, y yo por mas que mirase con atencion, no podia descubrir el menor vestigio. Muy gran felicidad fué para mí que en aquel instante no se apoderára de ellos el miedo, porque me hubieran dejado solo enmedio de las selvas; pero de allí á poco yo mismo les dí, sin pensar, un espantoso susto. Habiéndoseme hinchado los pies, andaba poco á poco, y sin que lo reparase, se me habian adelantado ellos algun tanto. De repente advertí que estaba solo, y ya se puede discurrir mi zozobra. Púseme al punto á llamarlos, pero no me respondieron; grité mas alto, y ellos, no dudando que me hallaba acometido de una partida de guerreros,

arrojaban ya sus zurrones para correr con mas velocidad; yo doblaba mis gritos, y su miedo crecia mas y mas. Los dos salvajes idólatras daban ya á huir; pero el catecúmeno, avergonzándose de abandonarme, se acercó un poquito á examinar lo que era. Cuando se hubo cerciorado de que nada habia que temer, llamó por señas á sus compañeros, y llegándose luego á mí, ¡qué susto nos habeis dado! me dijo temblándole la voz: mis compañeros huian ya; pero yo, yo estaba resuelto á perecer con vos antes que desampararos. Este accidente me enseñó á ir cerca de mis compañeros de viaje, y ellos desde entonces cuidaron mas de no alejarse de mí.

Entre tanto el mal de mis pies se empeoraba. Desde el principio del viaje se me habian hecho ampollas que descuidé. Como el temor de encontrar con partidas enemigas me obligaba á largas jornadas, y pasábamos las noches entre matas y jarales á fin de que el enemigo no pudiera acercársenos sin meter ruido, y además no nos atrevíamos á encender fuego por miedo de ser descubiertos, estas fatigas me redujeron á un estado deplorable. No pudiendo yo pisar ya sino con las llagas mismas, compadecidos los salvajes tomaron la resolucion de llevarme á turnos, servicio que me hicieron dos dias seguidos. En fin, llegamos al rio de los ilineses, distante veinte y cinco leguas de las Peonarias, y entonces persuadí al uno de mis salvajes á que se adelantara á dar á los franceses noticia de mi llegada y del triste estado en que iba. Pero no dejé de proseguir caminando algo otros dos dias, arrastrándome como podia, ó llevado á ratos por los dos salvajes que se habian quedado conmigo.

Al tercer dia al medio dia ví llegar muchos franceses que me traian una canoa y varios refrescos. Me embarqué, y como no tenia mas mal que el de los pies, pronto me restablecí con el descanso y el buen trato.

Anhelo de una doncellita salvaje enferma por recibir el bautismo.

Dos años llevaba yo residiendo entre los ilineses, dice el P. Racle, misionero, cuando fuí llamado á consagrar el resto de mi vida á la nacion abuakisa, que era la primera mision á que habia sido destinado cuando llegué al Canadá. Hube, pues, de regresar á Quebec para ir á juntarme con mis queridos salvajes.

Referiré un suceso de mucha consolacion que me pasó á cuarenta leguas de Quebec. Hallábame en una especie de lugarcito donde habia veinte y cinco casas francesas y un párroco. Cerca del lugarcito se veia una choza de salvajes, en la que vivia una doncella de diez y seis años, á quien una enfermedad de muchos tenia reducida á la última extremidad. No entendiendo el señor cura la lengua de los salvajes, me pidió que fuese á confesar á la enferma, y él mismo me acompañó á la cabaña. En la conversacion que tuve con la doncella tocante á las verdades de la religion, supe que la habia instruido muy bien un misionero, mas que ella no habia recibido el bautismo. Despues que hube empleado dos dias en hacerla todas las preguntas propias para asegurarme de sus buenas disposiciones, “no me niegues, te suplico, me dijo, la gracia del bautismo que te pido: bien ves qué oprimido tengo el pecho, y cuán poco me queda de vivir. ¡Qué desdicha sería la mia y qué remordimiento te quedaria á tí si me muriera sin recibir esta gracia!” La respondí que se preparase para el dia siguiente, y me retiré. Pero el gozo que recibió con mi respuesta reprodujo una mudanza tan grande, que pudo ir muy de madrugada á la capilla. Extraordinariamente sorprendido de verla llegar allí,

la administré inmediatamente el bautismo, tras lo cual se volvió á su choza, donde no cesó de dar gracias á la divina misericordia por tan gran beneficio, y de suspirar por el feliz instante que habia de juntarla con Dios para toda la eternidad. Fueron oidos sus deseos, y yo tuve la fortuna de asistirla en la hora de su muerte. ¡Qué favor de la Providencia para aquella pobre criatura, y qué consuelo para mí haber sido el instrumento de que Dios quiso servirse para sentarla en el cielo!

Costumbres de los abnakis, nacion salvaje del Canadá.

El traje de los hombres consiste en un casacon, ó un tejido encarnado ó azul. El de las mujeres en un pedazo de tela de lana que les llega desde el pescuezo hasta media pierna, y se ciñen con bastante gusto: en la cabeza se ponen otro pedazo de tela que les cae hasta los pies, sirviéndoles de manto. Las medias les llegan desde la rodilla hasta el tobillo solamente, y por zapatos gastan escarpines de piel de dante forrados de pelo ó de lana interiormente. Necesitan indispensablemente este calzado para sentar encima las abarcas, con las cuales andan cómodamente por encima de la nieve: las abarcas son en forma de losange, de dos pies de largo y uno y medio de ancho.

La invencion de las abarcas es muy útil á los salvajes, no solo para correr por la nieve que cubre la tierra mucha parte del año, sino tambien para cazar los animales, sobre todo el oriñac. Este animal mas corpulento que el buey mas disforme de Francia, anda con trabajo por la nieve; de modo que no tienen los salvajes dificultad para alcanzarle, y muchas veces le matan con un simple cuchillo atado á la punta

de un palo. Se sustentan de su carne, y despues de bien adobada la piel, la venden á los franceses é ingleses, que les dan en cambio casacones y telas con que cubrirse, calderos, fusiles, hachas y cuchillos.

Quien quiera formarse la idea de un salvaje, represéntese un hombre alto, vigoroso, ágil, de color atezado, sin barba, con cabellos negros y dientes mas blancos que el marfil. Cuando se quiere adornar, se hace pendientes, collares, ligas y cinturones de cinco ó seis pulgadas de ancho con una especie de conchas ó de piedras labradas en granos menudos, unas negras y otras blancas; y con estas joyas se pone mas envanecido que un europeo con todo su oro y todas sus pedrerías.

La ocupacion de los hombres es la caza ó la guerra. La de las mujeres quedarse en el lugar, haciendo con cortezas de árbol cestos, sacos, cajas, escudillas, platos, etc. Cosen las cortezas con unas raices, y de esto hacen diversos muebles muy bien trabajados. Hacen igualmente las canoas de una corteza sola; pero las mayores no pueden contener mas de seis ó siete personas. Con estas embarcaciones no mas gruesas que el canto de un peso duro, pasan los salvajes brazos de mar, y navegan por los rios mas peligrosos y por lagos de cuatrocientas ó quinientas leguas de circuito.

Nada se parece al tierno amor de los salvajes para con sus hijos. Asi que nacen, los ponen en una tablita cubierta con una corteza de árbol y una pielecita de oso en que le envuelven, y eso es su cuna. Apenas el niño empieza á andar, le ejercitan en disparar el arco, y le adiestran tanto, que á la edad de doce años ninguno deja de matar el pájaro á que tira.

Lo que mas me repugnó cuando principié á vivir con los salvajes, dice el misionero citado, fué el haber de comer con ellos, porque no hay nada mas asqueroso. Llenan sus calderas de carne, las tienen

hirviendo tres cuartos de hora cuando mas; luego la sirven en escudillas de corteza, la reparten entre todos los que hay en la cabaña, y cada uno muerde su pedazo de carne como si fuera un pedazo de pan. El ver esto no me daba en verdad mucho apetito; y notando ellos en breve mi repugnancia: "¿Por qué no comes?" me dijeron. Respondíles que no estaba acostumbrado á comer la carne asi y sin un pedazo de pan. "Pues es menester que te venzas, me replicaron. ¿Tan dificil es eso á un patriarca que tan bien predica? Bien nos vencemos nosotros para creer lo que no vemos." No habia pues que deliberar: era menester hacerse á sus modos y usos á fin de merecer su confianza y ganarlos para Jesucristo.

Son apasionados del tabaco: hombres, mujeres y doncellas están fumando casi de continuo. Quien les da un poco de tabaco los contenta mas que si les diese lo que pesan de oro.

Lengua de los salvajes.

Mi principal ocupacion era aprender la lengua de los salvages entre quienes aprendia á misionero, añade el P. Racle. Es dificilísima de aprender, porque tiene muchos sonidos que expresan con la garganta sola sin ningun movimiento de los lábios. Pasaba yo en sus chozas parte del dia oyéndolos hablar, y necesitaba poner suma atencion para combinar lo que decian y conjeturar la significacion. Unas veces atinaba con ella: las mas me equivocaba, porque no estando habituado al manejo de sus letras guturales, no repetia sino la mitad de la palabra, dándoles motivo de reirse.

En fin, al cabo de cinco meses de continua aplicacion, llegué á entender todos sus términos; pero esto

no me bastaba para expresarme á su gusto. Quedábame mucho que andar aun para alcanzar los modismos y la índole de la lengua, que difiere totalmente de la índole y de los modismos de nuestras lenguas de Europa. Para ahorrar tiempo y ponerme cuanto antes en estado de egercer mi ministerio, elegí los salvajes que hablaban mejor y que tenian mas despejo: yo les chapurreaba algunos artículos del catecismo, y ellos me los repetian en toda la pureza de su idioma. Al punto los ponia por escrito, y por este medio me compuse en poco tiempo un diccionario y un catecismo que contenia los principios y misterios de la religion.

No puede negarse que la lengua de los salvajes ofrece verdaderas bellezas y no se qué energía en su modo de expresarse. Véase un ejemplo. Si yo os preguntase para qué Dios nos ha criado, me responderíais que para conocerle, amarle y servirle, y por este medio alcanzar la vida eterna. Pues haga yo la misma pregunta á un salvaje, y me responderá asi, en un modismo de su lengua: "El gran genio ha pensado de nosotros: conózcanme, ámenme, hónrenme y obedézcanme, que entonces yo les daré entrada en mi ilustre felicidad." Si quisiese yo decir en su estilo que os habia de costar mucho trabajo aprender la lengua de los salvajes, deberia expresarme de este modo: "Pienso de vos, querido hermano, que él tendrá trabajo para aprender la lengua salvaje."

La lengua de los hurones es la lengua madre de los salvajes. Quien la posee, se da á entender en menos de cinco meses, á las naciones iroquesas. Es la mas magestuosa y juntamente la mas dificil de las lenguas salvages. Esta dificultad no proviene solo de sus letras guturales, sino tambien de la diversidad de los acentos, porque á menudo dos palabras compuestas de los mismos caractéres, tienen significaciones del todo diferente. El P. Chaumout, que vivió cincuenta

años con los hurones, compuso una gramática de su lengua muy útil para los que van por primera vez á aquella mision. Pero puede tenerse por afortunado el misionero que, aun con este auxilio, llega en diez años de trabajo asíduo á hablar con elegancia en aquella lengua.

Religion y costumbres de los natchez, salvajes de la Luisiana.

Estos salvajes, dice el P. Le Petit, habitan en uno de los paises mas hermosos y fértiles del mundo. Son los únicos del continente americano que parece tienen un culto arreglado. Su religion, en ciertos puntos, se acerca á la de los antiguos romanos. Tienen un templo lleno de ídolos, que son diferentes figuras de hombres y animales, á los cuales profesan la mayor veneracion. La forma del templo se asemeja á la de un horno de tierra que tuviese cien pies de circunferencia. Éntrase por una puertecita de cuatro pies de alta y tres de ancha, y no se ven ventanas en él. La bóveda está cubierta con tres capas de esteras, una sobre otra, para que las lluvias no degraden el hormigon. Delante de la puerta hay como un colgadizo donde tiene su habitacion el guarda del templo; y todo alrededor reina un recinto de estacas, en cuyas puntas se ven expuestos los cráneos de todas las cabezas que sus guerreros han traido de los combates dados á sus enemigos.

Los natchez tienen cuidado de mantener en el templo un fuego perpétuo, poniendo toda su atencion en impedir que levante llama. Por eso no se sirven sino de leña de nogal ó de encina. Los ancianos están obligados á llevar cada uno cuando le toca, un grueso leño al recinto empalizado. El que está de ser-

vicio se mantiene como en centinela debajo del cobertizo, de donde mira si el fuego está á riesgo de apagarse. Le entretiene con dos ó tres leños gordos que solo están encendidos por la punta, y que para evitar la llama no arriman nunca uno á otro. De todas las mujeres solo las hermanas del gran gefe tienen libertad de entrar en el templo.

El sol es el objeto principal de la veneracion de estos pueblos. El gran gefe se intitula hermano de aquel astro, y la credulidad de la nacion le sostiene en la autoridad despótica que él se atribuye. Su choza, construida como el templo, se alza sobre un cerrilo de tierra traida á brazo. Todas las mañanas honra con su presencia la salida de su hermano mayor, y le saluda con muchos gritos así que le ve sobre el horizonte. Despues da órden de que le enciendan su calumete, gran pipa que usan los salvajes, y le hace la ofrenda de las tres primeras bocanadas de humo; luego juntando sus manos por encima de la cabeza, y volviéndose de Oriente á Occidente le indica el camino que ha de andar en su carrera.

Los ancianos son quienes enseñan las leyes á los demás del pueblo. Una de las principales es guardar un soberano respeto al gran gefe, como á hermano del sol y señor del templo. Creen en la inmortalidad del alma. Dicen que cuando salen de este mundo van á vivir en otro donde serán premiados ó castigados. Los premios que esperan consisten principalmente en comer bien, y el castigo en la privacion de todo placer.

Obedecen ciegamente la menor voluntad del gran gefe: nadie se atreveria á negarle su propia cabeza si el gran gefe la pidiese. Les está prohibido exigir de él salario por el trabajo que les mande, cualquiera que sea. Uno de los principales artículos de su religion, sobre todo para los criados del gefe, es honrar sus exequias muriendo con él, para servirle en

el otro mundo. En tal circunstancia, primero se ponen sus mejores vestidos, y se van á la plaza del templo donde está junto todo el pueblo: despues de haber cantado y bailado bastante tiempo, se rodean al cuello una cuerda de pelo de buey con un nudo corredizo, y al punto los ministros encargados de aquella ejecucion los estrangula, recomendándoles mucho que vayan á juntarse con su amo, y á continuar egerciendo en el otro mundo empleos mas honrosos aun que los que desempeñaban en este.

Las ceremonias del casamiento son muy sencillas entre los natchez. Cuando un jóven se determina á casarse, debe dirigirse al padre de la moza, ó á falta de él, á su hermano mayor. Se ajustan en el precio, que se paga en peleterias ó en otros géneros. Aunque una moza haya sido libertina, no tienen escrúpulo de tomarla, á poco que crean que casada mudará de vida. No los embaraza la calidad de la familia: les basta que la novia les agrade. Puestas de acuerdo las partes, el novio sale á cazar con sus amigos, y en cogiendo caza ó pesca bastante para dar una comida á las dos familias contrayentes, se juntan en casa de los padres de la novia, y se sirve aparte á los desposados que comen juntos en un plato. Acabada la comida, el esposo da de fumar á los parientes de la esposa, luego á los suyos; y despues se retiran los convidados. Los recien casados se quedan juntos hasta el dia siguiente. Despues de amanecido, el marido lleva á su mujer á casa del suegro, y allí se quedan á vivir, hasta que la familia les construye otra choza para ellos. Mientras se la construyen, pasa todo el dia cazando para proveer de comida á los trabajadores.

Muerte gloriosa del P. Racle, misionero en los Abnakis.—Elogio de él.

Odiaban mucho á este misionero los ingleses. Convencidos de que la aplicacion que ponia en fortalecer á los salvajes en la fé, era el mayor obstáculo al designio que ellos tenian de invadir aquellas tierras, le habian proscrito, y habian intentado mas de una vez arrebatarle ó quitarle la vida. En fin, consiguieron satisfacer su furioso ódio, y libertarse de aquel varon apóstólico; pero le proporcionaron una gloriosa muerte, que habia sido siempre el blanco de sus deseos.

Despues de muchas hostilidades entre las dos naciones, un corto ejército de ingleses y de salvajes aliados suyos, en número de mil y cien hombres, acometió de improviso el lugar Nauraufoak. Ayudóles á ocultar su marcha el espeso jaral que rodea el lugar, y como tampoco se hallaba este defendido de empalizada, los salvajes desprevenidos no sintieron que el enemigo se acercaba hasta que oyeron una descarga general de los mosquetes que acribilló todas las cabañas. Solo estaban entonces cincuenta guerreros en el lugar. Al primer estruendo de la mosquetería, tomaron tumultuariamente las armas, y salieron de sus cabañas para hacer frente al enemigo; no con el designio de sostener por temeridad el choque de tantos combatientes, sino para favorecer la huida de las mujeres y de los niños, dándoles tiempo de llegar á la otra márgen del rio, que no ocupaban aun los ingleses.

El P. Racle, avisado por los clamores y el tumulto del peligro de sus neófitos, salió prontamente de su casa y se presentó sin temor á los enemigos. Es-

tos, así que le vieron, alzaron un grito general seguido de una granizada de balas que dispararon contra él. Cayó muerto á los pies de una gran cruz que habia plantado enmedio del lugar por señal de que allí se hacía pública profesion de adorar á Jesus crucificado. Siete salvajes que le rodeaban, arriesgando su vida por conservar la de su padre, tambien fueron muertos á su lado.

La muerte del pastor consternó al rebaño: los salvajes huyeron y pasaron el rio, parte á vado, parte á nado, sufriendo todo el furor del enemigo, hasta que pudieron acogerse á las selvas de la otra márgen del rio, donde se reunieron ciento y cincuenta de ellos. De mas de dos mil tiros que les fueron disparados, solo hubo treinta personas muertas, incluyendo mujeres y niños, y catorce heridos. Los ingleses no se pusieron á perseguir á los fugitivos, contentándose con robar y quemar el lugar; pero al fuego que prendieron á la iglesia, precedió la indigna profanacion de los vasos sagrados y del adorable cuerpo de Jesucristo.

La presurosa retirada de los enemigos permitió á los salvajes regresar á sus moradas. Al otro dia visitaron las ruinas de sus cabañas, mientras las mujeres por su parte buscaban yerbas y plantas propias para curar á los heridos. El primer cuidado fué llorar sobre el cuerpo del santo misionero: encontráronle atravesado de mil tiros, que le habian arrancado la cabellera, partídole el cráneo á hachazos, llenádole de barro la boca y los ojos, quebrantádole los huesos y mutiládole sus miembros todos. Despues de haber lavado y besado muchas veces tan venerable reliquia aquellos fervorosos cristianos, la inhumaron en el mismo sitio donde el dia antes habia celebrado el santo sacrificio de la misa, es decir, en el sitio donde estaba el altar antes del incendio de la iglesia.

Con tan preciosa muerte terminó aquel varon apos-

tólico una carrera de treinta y siete años empleada en las penalidades de aquella mision, y á los sesenta y siete de su vida. A la habilidad que constituye á un excelente misionero, juntaban las virtudes necesarias para egercer con fruto el ministerio evangélico entre los salvajes. Estábamos admirados de la facilidad con que aprendia los diferentes idiomas salvajes, pues no habia ninguna en el continente de que no tuviese alguna tintura. Desde que llegó al Canadá, nunca se le vió desmentir su carácter: siempre firme é intrépido, duro para consigo, tierno y compasivo para con los otros.

Infatigable en los ejercicios de su celo, incesantemente se ocupaba en exhortar á los salvajes á la virtud, y no pensaba mas que en hacerlos fervorosos cristianos. Su modo de predicar, vehemente y patético, les dejaba muy viva impresion. No se contentaba con instruirlos todos los dias en su iglesia, sino los visitaba con frecuencia en sus chozas, los entretenia con sus conversaciones familiares, y como sabia sazonarles con una alegria santa, que agrada á los salvajes mucho mas que un aire grave y triste, les persuadia cuanto queria.

La pobreza religiosa relucia en toda su persona, sus muebles, su modo de vivir, su vestido; se habia prohibido el uso del vino, aun comiendo con franceses. Su ordinario alimento eran gachas de harina de maiz. Durante ciertos inviernos, en que á veces carecen de todo los salvajes, tuvo que sustentarse con bellotas, y lejos de quejarse, nunca se habia mostrado tan contento. No permitia que nadie le ayudase en sus necesidades ordinarias; servíase siempre él mismo, preparaba por sus propias manos su leña, cultivaba su huerto, reparaba su choza, y remendaba sus vestidos rotos. Pero tan duro como era para consigo, tan compasivo y caritativo era para con los demás; no tenia cosa suya, y cuanto recibia lo re-

partia al punto á sus neófitos; así es que los mas de ellos dieron muestras de dolor tan vivas por su muerte, como si hubieran perdido á sus parientes mas cercanos.

Tenia un cuidado extraordinario de adornar y hermosear su iglesia, y como sabia algo de pintura, y torneaba con bastante primor, la tenia adornada con varias obras que él mismo habia ejecutado.

Noticia del P. de Creuilly, misionero en Cayena, escrita por otro misionero jesuita en 1718.

Desde que el P. de Creuillyllegó á esta isla, en donde ha estado treinta tres y años, fué su primer cuidado instruir á los pueblos é inclinarlos á la práctica de las virtudes cristianas. No se contentaba con las instrucciones generales que les daba los domingos, sino los lunes se ponia en camino y se embarcaba con algunos negros, despreciando los peligros que habia de correr en un mar frecuentemente tempestuoso, y al aire abrasador de este clima; daba vuelta á toda la isla recorriendo las habitaciones, y no regresaba de su excursion apostólica hasta el fin de la semana, extenuado de fatiga, pero sostenido de su valor y del consuelo de haber cumplido con los deberes de su ministerio.

Para granjearse la confianza de los pobres colonos, tomaba parte en sus aflicciones, los consolaba en sus dolencias, hacia cultivar sus tierras por los negros que le acompañaban, trabajaha en la separacion de sus chozas arruinadas, él mismo cortaba la madera necesaria y la traia á cuestas, como lo hiciera un esclavo. Tan viva caridad le conquistaba los corazones: oíanle todos con docilidad y le amaban como á un padre.

El segundo objeto de su celo fué la conversion de los indios. Primeramente aprendió su idioma, de que nadie tenia conocimiento: él fué el primero que la redujo á principios generales, y que con un trabajo penoso al par que ingrato, ha facilitado el estudio de ella á los demás misioneros.

Manteníase, como los salvajes, con pescado y casave, especie de pan que hacen con la raiz de la yuca: moraba con ellos en un rincon de su carbet, especie de troj larga construida con cañas, expuesta á las injurias del aire y llena de infinidad de insectos importunos; pero sentia menos tales incomodidades que las pocas disposiciones que en estos pueblos veia para practicar las verdades que les enseñaba. Como su extremada indolencia y natural inconstancia se oponian al deseo que tenia él de convertirlos, no confirió el bautismo sino á unos pocos adultos, con cuya perseverancia podia contar, y limitó su celo á bautizar á los niños que se hallaban en peligro de muerte; pero con su trabajo abrió el camino á otros misioneros que han concluido su obra.

Luego volvió todas sus miras á los negros esclavos, cuya humillada condicion excitó su caridad. Estaba casi siempre en camino, expuesto á los ardores de un sol abrasador ó á lluvias continuadas: si iba en una canoa con negros remaba muchas veces por ellos, y cuando algunos se ponian desazonados les distribuia sus provisiones, sustentándose él para vivir con algunos pedazos de casave que le volvian en cambio; y cuando despues de haberse fatigado mucho por el dia llegaba á una pobre habitacion por la noche, era un deleite para él carecer de todo.

Entre todos los rasgos extraordinarios de su celo, elegiré uno solo para dar á conocer cuan grande era. Supo que un esclavo, que se habia herido, estaba para morirse sin confesion. La cabaña de aquel infeliz distaba mucho de su casa; pero obedeciendo á los or-

dinarios movimientos de su caridad, se puso al instante en camino. Despues de haber andado durante mucho tiempo por un bosque, donde se perdió, hallóse á la entrada de una pradera toda inundada, llena de yerbas picantes y de serpientes cuya mordedura es muy peligrosa. Pero entonces reparó en una miserable cabaña, y creyendo sería la del pobre esclavo, al punto, sin titubear, se arroja á la pradera, y la atraviesa, dándole el agua en los hombros: cuando salió, se vió todo ensangrentado, y tuvo el pesar de no encontrar á nadie en la cabaña. Mas aunque calado, no dejó de proseguir caminando con el mismo ardor hacia el parage que le habian designado. En fin, llegó á la cabaña del negro, cuyo estado era digno de compasion: le confiesa, le consuela y le socorre para sus necesidades con cuanto su pobreza le permite. Cuando llegó de vuelta á su casa, apenas podia tenerse en pie.

Noticia de una jóven salvaje iroquesa, llamada la Genoveva de la Nueva-Francia.

Todos los franceses que habitan en las colonias del Canadá, asi como los salvajes, dice el P. Cholenec, misionero, profesan singular veneracion á esta doncella, que se llamaba Tegakonita, y vienen desde muy lejos á hacer oracion en su sepulcro. Nació en 1666 en una poblacion de los iroqueses inferiores; era su padre iroqués é infiel; su madre algonguina y cristiana: esta habia sido bautizada en la ciudad de *Los Tres-Rios*, donde se educó entre franceses. En el tiempo que se hacía la guerra á los iroqueses, estos salvajes la cogieron y llevaron á su pais, donde conservó la fé hasta espirar. Tuvo de su matrimonio dos hijos, un niño y una niña, pero con el dolor de morir

sin haberles podido proporcionar la gracia del bautismo. Tegakonita, quedando huérfana de edad de cuatro años, pasó al cuidado de sus tias y al poder de un tio, que era la persona mas distinguida de la poblacion. . . . .

Las viruelas, de que habia muerto su madre y su hermano, y enfermado ella, la habian debilitado de la vista. Como esta incomodidad le impidiese salir á la luz, permanecia los dias enteros en su cabaña; aficionóse al retiro poco á poco, y al fin hizo por gusto lo que habia hecho antes por necesidad. Esta inclinacion á la vida retirada, tan contraria al genio de los iroqueses, fué lo que principalmente conservó su inocencia en la mansion misma de la corrupcion.

Cuando adelantó su edad, se ocupó en servir á sus tias en todo aquello de que era capaz. Machacaba el maiz, iba por agua, traía la leña, y gastaba lo demás del tiempo en hacer laborcitas, para las que tenia extraordinaria habilidad.

M. de Fracy, enviado á poner en razon á las naciones iroquesas que asolaban nuestras colonias, incendió tres lugares de los iroqueses inferiores. Esta expedicion aterró á los bárbaros, y los redujo á hacer proposiciones de paz, que se concluyó con provecho de las dos naciones. Aprovechóse la ocasion para enviar misioneros á los iroqueses, quienes habian recibido del P. Joques alguna tintura del Evangelio. Los P. P. Fremin, Brugas y Pierron, que sabian la lengua del pais, fueron elegidos para acompañar á los diputados iroqueses que volvian á su pais, y ratificar por parte de los franceses la paz que se les acababa de conceder; y llevaban regalos que debian de facilitarles la entrada en las tierras bárbaras. Pero llegaron en la temporada en que los salvajes acostumbran á sumergirse en todo género de desórdenes, y no quedaba nadie en estado de recibirlos.

Este contratiempo proporcionó á nuestra doncella

la fortuna de conocer á aquellos de quienes Dios queria servirse para elevarla á grande perfeccion. Como la hubiesen encargado de recibir á los misioneros y de satisfacer sus necesidades, cumplió su encargo con una modestia y una dulzura que los dejó prendados, al paso que ella misma se prendaba de la afabilidad de sus modos y de los piadosos ejercicios en que empleaban el dia.

Pero llegaba ya á la edad nubil, y sus parientes tenian interés en darla esposo, porque segun las costumbres del pais, la caza que el marido mata es de la mujer y de todos los de la familia de ella; mas cuando la propusieron que se casára, alegó sobre todo su demasiada juventud y su poca inclinacion al matrimonio. Sus parientes dieron muestras de aprobar sus razones; pero poco despues habiendo ajustado sin decirlo á ella, su casamiento con un jóven, una noche entró este en la cabaña, y se sentó junto á ella; que es la única ceremonia del matrimonio entre los iroqueses. Muy desconcertada de verle sentarse á su lado, se ruborizó, se levantó presurosa, salió de la cabaña, y no quiso volver á entrar en ella hasta que aquel jóven saliese. Esta firmeza irritó á sus parientes, quienes intentaron nuevos estratagemas sin mas fruto que el de que se manifestase mas la firmeza de su sobrina. Recurrieron entonces á la violencia, y emplearon todos los malos tratamientos para obligarla á mudar de resolucion; mas ella todo lo aguantó con paciencia, inalterable, sirviendo con una docilidad muy superior á sus fuerzas en cuanto la mandaban sus tios.

Á este tiempo llegó al lugar de nuestra pobre iroquesa el P. Santiago de Lamberville. Ella no dejó de asistir á las instrucciones y rezos que habia diariamente en la capilla; pero no se atrevia á declarar su deseo de mucho tiempo ya de ser cristiana. Por último, se la presentó la ocasion cuando menos lo pen-

saba. Habíase tenido que quedar en el lugar por una herida que se le habia hecho en un pie, mientras las otras mujeres estaban recogiendo la cosecha del maiz en el campo. El misionero aprovechó aquel tiempo para instruir despacio á los que se habian quedado en las cabañas. Cuando entró en la de Tegakonita, la doncella no pudo reprimir su contento. Manifestóle en presencia de sus mismas compañeras el deseo que tenia de ser cristiana, y le explicó al propio tiempo los obstáculos que tendria que superar de parte de su propia familia. El misionero enamorado de su conversacion, se aplicó á instruirla particularmente en las verdades cristianas, gastando todo el invierno en esta ocupacion; y despues de haberla instruido suficientemente, y de haber indagado exactamente su conducta, le administró el bautismo el dia de Pascua de 1676 poniéndola por nombre Catalina.

La jóven neófita no pensó ya sino en cumplir los santos empeños que acababa de contraer. Arregló sus oraciones, sus devociones, sus penitencias, y siguió con tanta docilidad el plan de perfeccion que le habian trazado, que en breve tiempo llegó á ser un modelo de virtud.

La exactitud con que todas las fiestas acudia á la capilla, suscitó una tempestad que vino á caer sobre ella de la parte de sus propios parientes. Llevóse á mal en la cabaña que, aquellos dias, no fuese á trabajar con los demás al campo: acúsasela de que el cristianismo la acostumbraba á la pereza, y para obligarla á trabajar, no la dejaban nada de comer. Ella soportó con constancia los regaños, y quiso mas pasarse sin comer los dias de fiesta, que no traspasar el mandamiento de santificarlos, y omitir sus ordinarias prácticas de piedad.

Esta firmeza incontrastable irritó cada vez mas á sus parientes. Cuando iba á la capilla hacian que la persiguiesen á pedradas: hasta los niños la señalaban

con el dedo, llamándola por irrision ¡*la cristiana*! Un dia que estaba retirada en la cabaña, entró precipitadamente un jóven con los ojos centelleando de cólera y en la mano una hacha que levantó en ademán de herirla. Al ver esto la doncella, lejos de asustarse, bajó la cabeza sin proferir palabra y aguardando el golpe mortal. Su intrepidez asombró al salvaje tanto, que dió á huir inmediatamente.

Triste cosa era para Catalina el haber de combatir con tantas contradicciones: así deseaba ardientemente trasladarse á otra mision, y ese era tambien el parecer del P. Lamberville. A pesar del obstáculo que la vigilancia del tio oponia á esta resolucion, la Providencia dispuso las cosas para su descanso y consuelo. Habíase formado poco antes en territorio francés una colonia de iroqueses que despues de haber renunciado su patria, habian recibido el bautismo. Esta colonia, que se denominó *Mision de san Francisco Javier del Salto*, se hizo célebre por el número y el extraordinario fervor de los neófitos. Catalina tenia una hermana adoptiva que con su marido se habia retirado á esta mision. La hermana, resuelta á traérsela consigo, habló de su designio al marido, que le aprobó, y juntándose con otro salvaje, fueron ambos al lugar de Catalina. Cuando á él llegaron, se hallaba ausente el tio de Catalina. Enteráronla del motivo de su viaje, y viéndola enagenada de alegría al oir el elogio que hacian de la mision del Salto, la advirtieron que se preparase á ir allá. Al punto se despidió del misionero, y desapareció con ellos.

Informado el tio, á su regreso, de la evasion de su sobrina, se enfureció, y bramando de cólera, cargó al punto su fusil con tres balas, corrió tras los salvajes, y con tanta velocidad, que en breve los alcanzó. Ellos, previendo que habian de ser perseguidos, habian escondido á Catalina en un espeso bos-

que, y se habian parado como á descansar un rato. El anciano salvaje se admiró de no ver á su sobrina con ellos, y al cabo de una corta conversacion, persuadiéndose de que habia creido muy de ligero una voz vaga, se volvió á su poblacion.

Ya en la mision del Salto, fué á hospedarse Catalina en casa de su cuñado, cuya cabaña pertenecia á una de las mas fervorosas cristianas del lugar, nombrada Anastasia, que se dedicaba á instruir á las personas de su sexo aspirantes á la gracia del bautismo. Para corresponder á este favor del cielo, creyó que debia darse á Dios enteramente, y desde entonces toda su delicia fue el lugar santo. Allá se iba á las cuatro de la mañana, oia la misa de alba, y despues la de los salvajes que se decia al salir el sol. En el discurso del dia, interrumpia de cuando en cuando su trabajo para ir á conversar con Jesucristo al pie del altar, y á la caida de la tarde volvia otra vez á la iglesia, de donde no salia hasta bien entrada la noche.

A su aficion á orar juntaba una casi contínua aplicacion á trabajar. Terminaba la semana con un escrupuloso exámen de sus culpas é imperfecciones, para lavarlas en el sacramento de la penitencia, al que se llegaba todos los sábados por la noche. Cuando participó por la primera vez en su vida de la sagrada Eucaristía, lo hizo con un fervor igual á la alta idea que tenia de esta gracia y á sus ardientes deseos de obtenerla; y cuantas veces se acercó despues á la sagrada mesa, llevó las mismas disposiciones.

Pasadas las fiestas de Navidad, y siendo el tiempo propio para la caza, no pudo escusarse de seguir á las selvas á su hermana y su cuñado; mas no por eso se relajó de sus ejercicios ordinarios; antes su piedad la sugirió santas prácticas que supliesen por las que eran incompatibles con la permanencia en los

bosques. Habia colocado una cruz en el tronco de un árbol que estaba á orillas de un arroyo, y aquel solitario parage la servia de oratorio á las horas que aproximadamente acostumbraba oir misa en la mision; y lo demás del dia se estaba trabajando con las personas de su sexo. Era muy sóbria en la mesa; muchas veces no comia hasta el fin del dia, y aun mezclaba á escondidas ceniza con los manjares que la servian.

Cuando estuvo de vuelta de la mision, se impuso por ley el no salir mas de ella. Llegó por semana santa, y era la primera vez que asistia á las ceremonias de estos santos dias. Profundamente enternecida de los dolores y de la muerte de un Dios crucificado por salvar á los hombres, derramó casi contínuo llanto, y tomó la resolucion de padecer en su propio cuerpo por todo el resto de su vida la mortificacion de Jesucristo; y las conversaciones con Anastasia, que la hablaba frecuentemente de las penas del infierno y de los rigores que habian egercido sobre sí mismos los santos, fortalecieron el amor que ya tenia á las austeridades de la penitencia.

Entretanto, ciertas miras de interés inspiraron á su hermana el designio de casarla. Tomándola, pues, un dia aparte, se lo propuso con la elocuencia tan natural en los salvajes cuando se trata de su interés. Catalina, por un respeto á su hermana, disimuló su afliccion; y contentándose con responderla que el asunto merecia sérias reflexiones, se fué en seguida á ver al misionero. Este, para probarla, esforzaba las razones que podian inclinarla al matrimonio. "¡Ah padre! le dijo ella: yo me he entregado enteramente á Jesucristo, la pobreza con que me amenazan, no me arredra; es menester tan poco para satisfacer las necesidades de esta miserable vida, que mi trabajo puede bastarme, y siempre encontraré algun andrajo con que cubrir mi desnudez.

No bien volvió á la cabaña, cuando su hermana renovó sus instancias, y aun consiguió poner á Anastasia de su parte; pero Catalina permaneció firme, y volviendo en casa del misionero: "Esto es hecho, le dijo, he tomado ya mi partido: no, padre mio, no tendré nunca mas esposo que á Jesucristo." Cuando su hermana y Anastasia fueron sabedoras de esta respuesta, cesaron de solicitarla, trocando en admiracion su descontento.

Llegado el tiempo en que los salvajes acostumbran ponerse en marcha para ir á cazar á las selvas, en invierno, Catalina quiso quedarse en el lugar. Por espacio de muchos meses se sustentó de maiz solo; y no contenta aun con no conceder á su cuerpo otro alimento que este, se entregó, sin aconsejarse con nadie, á austeridades excesivas.

Habiendo pasado muchos dias en Monreal, donde por primera vez vió religiosas y supo que aquellas eran vírgenes cristianas que se habian consagrado á Dios con voto de continencia perpétua, no paró hasta que el misionero le concedió el mismo sacrificio. Eligió para tan grande acto el dia de la Anunciacion de la Santísima Virgen; y así que Nuestro Señor se hubo dado á ella en la sagrada comunion, pronunció su voto de virginidad perpétua con admirable fervor. Desde aquel instante no estuvo mas en la tierra, aspirando incesantemente al cielo, en el que habia puesto todos sus deseos. No hay nada mas admirable que la pureza angelical que conservó hasta el postrer suspiro. Era un milagro de la gracia el que una jóven iroquesa hubiese vivido en tan grande inocencia de costumbres durante veinte años que habia vivido en el centro mismo de la disolucion; y este amor á la pureza era lo que en su corazon engendraba aquel tierno afecto á la Reina de las vírgenes. Catalina no hablaba nunca de Nuestra Señora sin enagenarse. Habia aprendido de memoria todas sus letanías, y

todas las noches las rezaba á solas; y siempre llevába consigo un rosario que rezaba muchas veces al dia.

A tan santa vida debia seguir la mas preciosa muerte. Sintióse Catalina muy enferma por el tiempo en que los hombres están á cazar en las selvas, y las mujeres ocupadas en el campo desde la mañana hasta la noche. Entonces los enfermos se quedan solos en sus cabañas todo el dia, con un plato de maiz y un poco de agua que les ponen por la mañana al lado de su estera. En este abandono pasó Catalina todo el tiempo de su última enfermedad; mas lo que á otra hubiera colmado de tristeza contribuia á aumentar su gozo dándole ocasion de acrecer su mérito.

Aproximábase empero el tiempo de su último sacrificio: de dia en dia iban decayendo sus fuerzas. El martes santo, el misionero, viéndola muy decaecida, la administró el santo Viático, que ella recibió con sus ordinarios sentimientos de piedad, y al siguiente dia por la mañana la Extrema-Uncion, durante la cual manifestó los mismos sentimientos. A eso de las tres de la tarde entró en una dulce agonía y perdió del todo el habla. Media hora despues espiró, como si hubiese caido en blando sueño.

Así murió Catalina Tegakonita á la edad de veinte y cuatro años, llenando la mision del Salto del olor de sus virtudes y de la opinion de su santidad. Su rostro, que sus enfermedades y sus austeridades continuas habian extenuado, pareció tan cambiado y agradable á los pocos momentos de su muerte, que los salvajes que estaban delante no podian volver de su admiracion. Dos franceses que venian de la pradera de la Magdalena á asistir el jueves santo á los oficios, viéndola tendida en la estera con aquella cara tan fresca y apacible, se dijeron uno á otro: "¡Con qué sosiego duerme esa mujer!" Pero quedaron atónitos cuando á poco supieron que aquel era el cuerpo de Catalina, que habia fallecido. Volviendo inmedia-

tamente atrás, se arrodillaron á sus pies encomendándose á sus oraciones, y aun quisieron dar una muestra pública de cuanto la veneraban, mandando construir desde luego un féretro en que se guardasen sus santas reliquias.

Noticia de la mision del Paraguay.

Esta mision consiste en cuarenta crecidas poblaciones habitadas por indios, que están confiados á la inmediata direccion de los jesuitas españoles. Las mayores contienen quince ó veinte mil almas de poblacion. Los jesuitas eligen anualmente el gefe que ha de dirigir al pueblo, y el juez que ha de mantener el órden. El interés, orígen de tantos vicios, se halla desterrado de aquella tierra de bendicion. Los frutos que cada año se cosechan se depositan en almacenes públicos, y se van distribuyendo á las familias en proporcion de las personas de que constan. La sencillez y el candor de estos buenos indios admiran.

Estos pueblos no tienen talento ninguno para inventar, pero le tienen muy grande para imitar cuantas obras llegan á sus manos. Ya han compuesto cuadros hermosísimos, é impreso libros con mucha correccion. Escriben en letra tan primorosa que nos honraria en Europa; son muy comunes entre ellos los órganos y todo género de instrumentos de música. Fabrican relojes, levantan planos, graban mapas; por fin, sobresalen en todas las obras artísticas con tal que se les den los modelos. Sus iglesias son hermosas, y están adornadas con todo lo mas perfecto que pueden ejecutar sus industriosas manos.

Sería dificil el imaginarse bien cuántos cuidados y fatigas ha costado á los misioneros convertir á estos pueblos, antes salvajes y bárbaros, é instruirlos de todas las verdades del cristianismo, y no menos lo se-

ría concebir el tierno cariño con que pagan ellos á quienes los han hecho cristianos. Navegando un misionero en una barca con treinta indios, cayó al agua; al punto los indios se arrojan al rio; los unos nadando entre dos aguas le toman en sus espaldas, los otros le sostienen por los brazos, y todos juntos le llevan hasta la márgen, sin temer para sí mismos el peligro de que le libran.

Los jesuitas se derramaron á principios del siglo XVII por el Nuevo-Mundo, con el fin de conquistar para Jesucristo unos pueblos sometidos ya á la monarquía española, y penetraron en aquellas inmensas selvas con un valor á toda prueba. No es fácil concebir las fatigas que hubieron de padecer para congregar aquellos bárbaros, y hacerlos hombres antes de hacerlos cristianos. Seguíanlos á sus contínuas emigraciones. Pero la paciencia, la dulzura, la complacencia de estos hombres apostólicos hicieron al cabo impresion en aquellos ánimos groseros. Poco á poco se hicieron dóciles, escucharon las instrucciones de los misioneros, y se sometieron en mucho número al Evangelio.

Pero importaba fijar la inconstancia de unos hombres habituados á la vida errante, y para conseguir que amáran el estado social, hacer que disfrutasen las dulzuras de él. Tal fué el primer pensamiento de los jesuitas. Mandaron traer de Buenos-Aires bueyes, vacas, carneros, caballos y mulas, y se multiplicaron tanto estos animales que pronto hubo lo bastante para el alimento de los neófitos. Desde entonces se principió á fundar poblaciones; trajéronse de Buenos-Aires los útiles necesarios, ya para cortar las maderas, ya para labrar las piedras y los materiales que el pais daba de sí, ya para desmontar y cultivar las tierras: hiciéronse provisiones de trigo, legumbres y granos de toda especie: se enseñó á los indios el arte de hacer ladrillo y cal, y se les trazó el plan de las

casas que habian de construir. Los misioneros mismos ayudaban á trabajar, y en breve tuvieron la satisfaccion de ver tres poblaciones formadas.

Los nuevos ciudadanos se apresuraron á noticiar á sus parientes y demás compatriotas el bienestar que disfrutaban. Hacían excursiones á los sitios mas apartados, de donde nunca volvian sin traerse consigo á muchos infieles. Habiéndose acrecentado de este modo el número de los moradores de cada poblacion, se pensó en formar otras nuevas que recibieron ya de las primeras cuanto necesitaban para prosperar.

Por este órden, en menos de un siglo, se reunieron en mas de cien poblaciones muchos miles de salvajes perfectamente instruidos de las verdades cristianas y de costumbres purísimas.

Á medida que se iban formando poblaciones nuevas, se demarcaban sus límites, á fin de precaver quejas y murmuraciones. Asignóse á unas un territorio de treinta ó cuarenta leguas de circuito, á otras mas ó menos, segun lo grande de la poblacion, el número de sus habitantes y la calidad del terreno. Colocóse la mayor parte del ganado en las tierras abundantes de pasto, reservando lo demás para el cultivo. Hiciéronse venir de Buenos-Aires artesanos que enseñasen á los indios no ocupados en las faenas del campo, los oficios mas necesarios á la sociedad civil: por cuyo medio consiguieron fabricar todos los géneros que necesitan. En verano se visten de telas de algodon; en invierno de lana.

Las casas que han construido ellos mismos, son de un piso solo, sólidas y sin ningun adorno de arquitectura. Sus iglesias, cuyo plan les fué llevado de Europa, son grandes, magníficas y de piedra labrada. Interiormente están adornadas de pinturas ejecutadas por ellos: los retablos de los altares son de buen gusto y dorados. Las sacristías están provistas de alhajas y ornamentos preciosísimos.

Ceremonia del paso de la línea.—Tiburon.

El 18 de febrero de 1729, dice el P. Le Cat, misionero, pasamos la línea, y aquel dia será para mi siempre memorable. Celebróse una fiesta sorprendente por su originalidad. La víspera se presentaron sobre cubierta una multitud de marineros, armados de pies á cabeza, y precedidos de un heraldo que mandó á todos los pasageros estuviesen al otro dia y á cierta hora, en el alcázar de popa para dar cuenta al presidente de la funcion, de las razones que les habian empeñado á navegar por aquellos mares, y decirle de quien habian alcanzato el permiso. El edicto se fijó en el palo mayor, y todos los marineros lo leyeron unos tras otros por mandado del presidente; hecho lo cual se retiraron con el mas profundo y respetuoso silencio. Al otro dia por la mañana se puso en la plataforma una mesa de cinco pies de larga y tres de ancha; encima un tapete, tintero, papel y plumas, y al rededor muchas cajas. Los marineros en mucho mas número que el dia antes, vestidos de dragones, y armados de sable y lanza, acudieron al sitio señalado á son de caja, y llevando un oficial á la cabeza. Llegó el último el presidente, que era un catalan viejo, andando con toda la gravedad de un rey de teatro. Sus modales ridiculamente altaneros probaban que no habria podido elegirse otro mejor para representar aquel papel.

Luego que aquel digno personage se hubo sentado en el sillon que le tenian dispuesto, se mandó comparecer ante él á un hombre que tenia todos los defectos del Tersites de Homero. Acusado de haber cometido un crímen antes de pasar la línea, probó á justificarse; mas el presidente, graduando sus ex-

cusas de desacatos, le dió veinte palos con su baston, y le condenó á ser zambullido cinco veces en el agua.

Despues de esta escena, el presidente envió á llamar al capitan del buque, el cual compareció con la cabeza descubierta y el mas profundo respeto. Preguntado por qué habia tenido la osadía de adelantarse hasta aquellos mares, respondió que por órden del rey su señor. La respuesta irritó al presidente, quien le impuso la multa de ciento y veinte frascos de vino. Mas representando el capitan que la multa excedía su caudal, se disputó algun tiempo, y el presidente al cabo tuvo á bien el contentarse con veinte y cinco frascos, seis jamones y doce quesos de Holanda, que fueron entregados al punto.

Citados á su vez los pasageros uno despues de otro, á todos se preguntó lo mismo que al capitan: cada uno respondió como mejor supo, pero de modo chistoso y digno de las disparatadas preguntas del presidente que terminó la audiencia multando á todos.

Cuando se concluyó la ceremonia, el capitan y los oficiales sirvieron al presidente refrescos de todo género, de que tambien á los marineros cupo parte. Mas no habia finalizado con la escena. Al irse todos á separar, el capitan que se habia retirado poco antes, salió de repente de su cámara, y preguntó con tono enojado y arrogante qué significaba aquel tropel. Respondiéronle que era el cortejo del presidente de la línea. "¡El presidente de la línea! repitió con cólera; ¿de quién me quieres hablar? ¿No soy el amo aqui? ¿Quién es el insolente que se atreve á disputarme el mando de mi buque? Que cojan al instante al rebelde y le zambullan en la mar." Al oir estas palabras, el presidente consternado se echó á los pies del capitan, rogándole que le conmutára el castigo; pero inútilmente; fué preciso obedecer. Zambulleron tres veces en la mar á su ridícula excelencia; y el presidente tan respetable, en cuya presencia toda la

tripulacion habia temblado, quedó hecho el juguete y la befa de todos: con lo cual se terminó la funcion.

Pasada la línea, prosigue nuestro misionero, tuvimos calmas que nos amohinaron tanto como nos habia alegrado el pasarla.

Por divertir el tedio, nos ocupábamos en pescar perros marinos, ó por otro nombre, taburones. Son unos pescados muy grandes, ordinariamente de cinco ó seis pies de largo, y muy aficionados á ir siguiendo las embarcaciones. En el vientre de uno de los que cogimos, hallamos dos muy preciosos diamantes, que se apropió el capitan; un brazo de hombre y un par de zapatos. La carne de este pescado es muy desagradable, desabrida, aceitosa y mal sana. Para pescarle no teniamos mas instrumentos que el anzuelo, que cubriamos cüidadosamente entre carne. Atraido por el olor, el animal se venia acompañado de otros muchos peces, llamados pilotos, porque comunmente van delante ó al rededor de él, se tragaba el anzuelo que le presentábamos, y en estando fuera del agua, se le rompia la cabeza á golpes con un palo grueso. Los pescados concomitantes, al verlo preso, saltaban sobre su lomo como queriendo defenderle, y eran cogidos con él.

Descripcion sucinta del rio Marañon, ó rio de las Amazonas.

El Marañon, dice el P. Samuel Fritz, misionero, nace en el lago de Loricoche, no lejos de Guanuco, en el Perú; corre serpenteando el espacio de mil ochocientas leguas en el mar del Norte por ochenta y cuatro embocaduras, donde tiene ochenta y cuatro leguas de ancho, y la dulzura de sus aguas alcanza á mas de treinta leguas dentro del mar. Por norte y

Sur recibe muchos afluentes, que la mayor parte nacen á mas de cien leguas de donde mueren. En él se encuentran pescados de toda clase, y en los campos vecinos grande abundancia de caza.

Este gran rio está cubierto de una multitud de islas de diferente extension: las menores son de cuatro, cinco, diez y veinte leguas. Las inundaciones anuales contribuyen mucho á su fertilidad. Los pueblos que las habitan hacen su pan con raices de yuca; cuando está seco, le deshacen en agua, y esta agua despues de fermentar forma una bebida que embriaga como el vino.

Cerca de la ciudad de Borja hay un estrecho de tres leguas de largo, y que en el sentido de su anchura, se divide en veinte y cinco brazos. Es tan rápido el rio en aquel parage, que los barcos le pasan en un cuarto de hora. A trescientas sesenta leguas del mar se encuentra otro estrecho cerca de la embocadura del rio Topinamba, donde el de las Amazonas corre tan encajonado, que no tienen mas de un cuarto de legua de anchura.

Desde la ciudad de Jaen, donde el rio empieza á llevar barcas hasta el mar, se ven sus dos márgenes cubiertas de árboles frutales de toda especie, abundando los cocos y los cedros: hállanse vides silvestres, una corteza que sirve para los tintes, y muchos bosquecillos que producen todo género de plantas medicinales.

Entre la infinita variedad de pescados que pueblan este rio, ninguno hay mas notable ni delicado que la vaca marina. Este animal anfibio sale á pacer á la orilla, y se alimenta de las yerbas que allí encuentra: la hembra da de mamar á sus hijos. Se hallan tambien muchas tortugas, serpientes, cocodrilos y unas culebras que devoran á las personas.

En las montañas, hay tigres, javalíes y gamos; en las llanuras, toda casta de animales, muchos de ellos

desconocidos en Europa, pero de exquisito sabor; y en los lagos, muchos gansos y otras aves acuáticas. Además de todo esto, los habitantes de aquellas márgenes tienen diversas clases de frutas, como bananas ó plátanos, guayavas, piñas, almendras de monte que se parecen á nuestras castañas, dátiles, ciertas especies de criadillas, etc. Pueblan el pais una infinidad de naciones bárbaras, sobre todo á lo largo de los rios.

Los portugueses poseen algunas colonias á la embocadura del Marañon, y á seiscientas leguas mas arriba han construido un fuertecito en la confluencia del Rio Negro. En este espacio el Marañon tiene veinte y cinco ó treinta brazos de profundidad.

Las misiones que han fundado los jesuitas en las cercanias del Marañon, son trabajosisímas. Entraron en ellas el año de 1658. Su establecimiento principal está en la ciudad de Borja, que es como la capital de la provincia de Mainas, situada á trescientas leguas de Quito. Muchos misioneros han tenido la dicha de sellar con su sangre las verdades del Evangelio que habian ido á predicar. Los pueblos que allí habitan son feroces en extremo, y es increible cuánto trabajo ha costado el reducirlos; ahora están ya mas tratables; pero mucho hay que hacer aun para desarraigar de su corazon ciertos restos de su antigua barbárie.

El motivo de mis superiores para apresurar mi viaje, fué el gran deseo que se tiene mucho há de descubrir el rio Pilomaco y las naciones salvajes que moran á sus márgenes. Se me mandó que viviese con los zamucos para aprender su idioma, que se habla en todas aquellas regiones; y Dios ha bendecido de tal manera este estudio, que al fin de cinco meses que he gastado en él, me hallo capaz de anunciarles las verdades de la religion. Me anuncian que la empresa es muy peligrosa, porque se trata de abrir brecha en el

mas fuerte asilo donde se haya encastillado el demonio en esta provincia, y franquear sus puertas á los varones apostólicos que vengan á trabajar en convertir á todas estas naciones bárbaras, cuyo nombre no se conoce siquiera. No hay ningun camino que allá guie; sino todas sus avenidas se hallan cerradas por selvas que parecen impenetrables, donde para no perderse, hay que andar con la brújula en la mano. En fin, aquel pais, en que nadie ha puesto los pies todavía, es el centro de la infidelidad, de donde los bárbaros salen frecuentemente y en gran número y devastan las comarcas vecinas. Yo espero que los indios que han de acompañarme para romper por aquellas espesísimas selvas, me abandonarán si los infieles nos acometen, y aun cuando tuviesen bastante ánimo para hacerles frente, ¿qué podrian uno contra ciento? Así yo seré la primera presa de su furor; mas pongo toda mi confianza en Dios, quien todo lo dispondrá para su mayor gloria, y puede, si fuere tal su voluntad, hacer que de aquellas piedras nazcan hijos á Abraham.

Ciudad y cercanías de Buenos-Aires.—Caza de toros silvestres.—Rio de la Plata, de Uruguay &c.

La ciudad de Buenos-Aires, dice el P. Le Cat, citado ya, está situada, segun creo, á los treinta y dos grados de latitud meridional. Goza aire bastante templado, si bien se suelen enfriar con algun exceso los vientos que reinan en el rio de la Plata. Los campos de las cercanías son dilatados desiertos, donde no se encuentran sino algunas cabañas esparcidas aquí y allí, pero siempre muy lejos unas de otras. El único árbol frutal que allí se ve es el albérchigo: la vid no puede prosperar por la infinidad de hormigas de que abunda la tierra; así no beben en el pais mas vino

que el que viene de España por mar, ó por tierra de Mendoza, ciudad de Chile, asentada al pie de las cordilleras y á trescientas leguas de Buenos-Aires. A la verdad, aquellos desiertos áridos é incultos están poblados de caballos y toros silvestres. Pocos dias despues que llegué á Buenos-Aires un indio vendió á un conocido mio ocho caballos por un barril de aguardiente, y aun habrian sido caros sino fuesen extremadamente hermosos. Los bueyes no son menos comunes que los caballos, como convence la prodigiosa cantidad de sus pieles que se envian á Europa. Hé aquí como los cogen.

Unos veinte cazadores en caballos se acercan en buen órden al sitio donde preveen que puede haber muchos toros, llevando en las manos un palo largo armado de un hierro en forma de media luna y muy afilado. Con este instrumento hieren á los animales que persiguen, y esto ordinariamente en los remos traseros; pero con tal destreza que nunca dejan de cortarles el nervio de la coyuntura. El animal cae al instante sin poderse levantar mas; y los cazadores, en lugar de detenerse, siguen persiguiendo á los demás é hiriendo del mismo modo á los que alcanzan, los imposibilitan de huir, de modo que en una hora á lo mas, veinte hombres pueden derribar setecientos ú ochocientos toros. Cuando los cazadores se han cansado, se apean de los caballos, y luego que han reposado un rato matan los toros derribados, se llevan la piel, la lengua y el sebo, y abandonan lo demás á los cuervos, tan abundantes en el pais, que muchas veces oscurecen el aire.

El rio de la Plata, á cuya orilla está situada la ciudad, es de los mas peligrosos de la América por los muchísimos escollos que oculta, sobre todo á la embocadura. No lo es menos el Uruguay, que es otro gran rio separado de él solamente por una legua de tierra: si no lleno de bancos de arena como el prime-

ro, está sembrado de rocas ocultas á flor de agua que no permiten navegar á los barcos de velas: las únicas embarcaciones que por su ligereza no corren ningun riesgo, son unas expecies de balsas que allí usan, hechas de dos lanchas.

Dicen que el rio de la Plata es muy abundante de pesca. Se encuentran lobos marinos y una especie de cerdo llamado *capigua*, del nombre de una yerba á que es muy aficionado. Es tan excesivamente familiar, que incomoda por eso á quien quiere criarle. Las dos márgenes del rio están casi enteramente cubiertas de bosques de palmas y de otros árboles muy poco conocidos en Europa, que conservan el verdor todo el año. Son infinitos los pájaros. Uno he visto no menos notable por lo chiquito, que por la hermosura de su pluma: no es mas grande que un reyezuelo; tiene el cuello de color encarnado muy vivo, el vientre de amarillo tirando á oro, y las alas de verde esmeralda, los ojos vivos y brillantes, la lengua larga, el vuelo rápido, y la pluma tan fina que excede á cuanto he visto suave y delicado. Este pajarito, cuyo canto me ha parecido mucho mas melodioso que el del ruiseñor, está siempre en los aires menos por la madrugada y la caida de la tarde, tiempo en que chupa el rocío que se deposita en las flores, el cual dicen que es su único alimento. Anda saltando de rama en rama lo demás del dia, y en cerrando la noche se esconde en una zarza ó se encarama en un algodonero para dormir. Conserva todo su brillo aun despues de muerto, y como es tan chiquito, las mujeres salvajes se los ponen por pendientes, y los españoles los suelen enviar á sus amigos en cartas.

Los bosques que he dicho están poblados de ciervos, corzos, javalíes y tigres. Los últimos son mucho mas corpulentos y feroces que los de Africa. Unos indios me trajeron pocos dias há la piel de uno de estos animales; hice que me la tuvieran derecha, y

apenas pude, alzando el brazo, alcanzar á la boca. Es frecuente el encontrarlos tan grandes como aquel. Ordinariamente huyen en viendo á los cazadores; mas en sintiéndose heridos de una bala ó de una flecha, como no caigan muertos al golpe se arrojan sobre el que los ha herido con ímpetu y furor increibles; dícese que le distinguirian entre ciento.

Unos cazadores cogieron últimamente un tigrecito, que yo mismo he visto y tocado, aunque con miedo. Aunque cachorrillo, espumaba de cólera y despedia rugidos espantosos. Por fortuna no correspondian á su coraje sus fuerzas, porque sino nos habria devorado. Viendo, pues, que no se le podia demesticar, y temiendo cada vez mas que sus rugidos nos atrajesen la visita de los tigres del contorno, le atamos una piedra al pescuezo y le mandamos tirar al Uruguay, á cuyas orillas estábamos.

Heroismo de los misioneros del Paraguay.

Hay regularmente en cada poblacion algo numerosa dos misioneros empleados en instruir á los neófitos en las verdades del cristianismo. Cada año uno de los dos hace excursiones á treinta ó cuarenta leguas á las naciones salvajes, á intento de ganarlas para Jesucristo y de atraerlas á su poblacion. Pónese en camino sin mas que su breviario debajo del brazo izquierdo y una gran cruz en la mano derecha, y sin mas provisiones que su confianza en Dios y lo que pueda encontrar en la tierra. Acompáñanle veinte ó treinta cristianos nuevos, que le sirven de guias y de intérpretes y á veces hacen oficio de predicadores. Con el ayuda de ellos y el hacha en la mano se van abriendo paso por la espesura de los bosques; pero si se encuentran, como frecuentemente sucede, lagunas ó

llanos pantanosos que atravesar, siempre es él quien con el agua á la cintura, va á la cabeza de todos y los anima con su ejemplo. Trepa el primero á las rocas escarpadas y ceñidas de precipicios; va á registrar las cavernas, á riesgo de hallarse con fieras en lugar de los indios que va á buscar. Enmedio de estas fatigas, todo cuanto tiene para regalarse suele consistir en algunos puñados de maiz, raices campestres ú otras silvestres llamadas mataqui. Algunos para mitigar la sed no encuentran mas que el rocío esparcido en las hojas de los árboles. De noche descansa en una especie de hamaca suspendida de los árboles. No hablamos aquí del peligro que corre de perder la vida á manos de los indios, que á menudo están emboscados, armados con sus flechas y mazas, para matar á los desconocidos que lleguen á su tierra.

Mas por penosas y peligrosas que sean estas excursiones, un trabajador evangélico se tiene por bien recompensado de sus fatigas cuando vuelve triunfante á su poblacion acompañado de trescientos ó cuatrocientos indios y se ve otra vez entre sus queridos neófitos, cuyo número acaba de aumentar con su trabajo.

Cierto es que estas fatigas exceden las fuerzas humanas, y nadie podria resistirlas á menos de estar sostenido por una fuerza enteramente divina. No es menos admirable el que de tantos misioneros como trabajan y tantos años há ya en las misiones, los mas despues de haberse afanado veinte y cinco y treinta años, conservan tanta robustez y tanto vigor como los que en Europa disfrutan todas las comodidades de la vida.

[illegible]

MISIONES DE LA INDIA.

Cuadro del cristianismo en la India.

La India católica está repartida en cuatro grandes diócesis, que son: Goa, Cangranor, Cochin y san Tomé ó santo Tomás.

El arzobispo de Goa es el primado de la India. Su cabildo se compone de doce canónigos entre europeos y mulatos.

Se cuentan en la ciudad muchos conventos. La alta comprende los de Dominicos, Franciscanos y Agustinos de Jesus; la metropolitana, la parroquia de san Pedro, el palacio del virey y casas particulares.

El arzobispo reside en el lugar de santa Inés, á orillas del mar. En el lugar de san José están la chancillería portuguesa y el gran convento de recoletos que tiene por anejo al de *Nuestra Señora del Cabo*. Esta casa se alza sobre un promontorio que entra en el mar: la roca en que está fundado da asilo á osos y tigres. Es una situacion tan agradable como pintores-

ca, desde donde la vista se extiende á mas de quince leguas, y cuyo aire es muy vivo y excelente para la salud.

La iglesia de Jesus excede en magnificencia á todas las demás. La capilla que contiene el cuerpo de san Francisco Javier, ofrece un hermoso monumento de arquitectura. La puerta es de madera preciosa: en medio de la capilla se levanta una pirámide formada de diferentes especies de mármol admirablemente trabajado, que en su coronamiento presenta de escultura las acciones principales del apóstol de las Indias, cuyo cuerpo entero, menos el brazo derecho que se envió á Roma, se guarda en una urna revestido con los ornamentos sacerdotales. Á las cuatro esquinas del sepulcro se han esculpido en relieve las acciones principales del santo misionero. Las figuras, de tamaño natural, están perfectamente ejecutadas. El monumento, que concluye en pirámide, tiene en lo mas alto una corona de madreperla. Las paredes de la capilla se ven adornadas de pinturas que representan varios asuntos de la Biblia.

Es de costumbre que las reinas de Portugal borden por sus propias manos la casulla destinada á vestir el cuerpo del apóstol de las Indias. Cada veinte años se abre la urna y se muda la casulla. La vieja se envía á la córte, y la reina la reparte en pedacitos á quienes quiere honrar con este favor.

El arzobispo de Goa tiene cuatrocientas mil almas bajo su jurisdiccion.

El arzobispo de Cangranor, cuya jurisdiccion abraza el Maduré, tiene casi otras tantas. En 1780 se contaban allí muchos misioneros, uno de los cuales estaba encargado de sesenta mil fieles de comunion.

El obispo de Cochin solo tiene que gobernar á cincuenta mil cristianos, comprendiendo á los de la costa de Pesquería, que depende de su jurisdiccion.

El obispo de san Tomé rige un territorio inmenso,

que empezando en los confines del de Cochin, se extiende desde el cabo de Comerin hasta las bocas del Ganges, y desde allí hasta el Pegá que toca con la China. De él dependen todos los católicos de la costa dè Coromandel y de la de Orixa, y le está sujeto el Caunate, de veinte y cinco á treinta leguas de ancho, y ciento y cincuenta de largo. El obispo reside en la pequeña ciudad de san Tomé, situada á corta distancia de Madrás.

Cruz milagrosa.

A dos leguas de san Tomé se elevan dos montes célebres por los monumentos de piedad que atraen á ellas en tropel á los antiguos y nuevos cristianos de la India. Los que moran en las montañas del Malabar acuden desde mas de doscientas leguas.

Por los años de 1551 se principió á allanar para comodidad de los peregrinos, la mas baja de las dos elevaciones que llaman el *Monte chico*, que era muy escarpada y de dificil acceso; y se edificaron en ella varias iglesias, siendo las mas notables la de Nuestra Señora y la de la Resurreccion. La primera, situada en la cima, ha sido muy enriquecida por los armenios asi católicos como cismáticos, y ahora se llama *Nuestra Señora del monte.* Las embarcaciones portuguesas y armenias, en descubriéndola desde el mar, la saludan con una descarga de artillería.

Sobre el altar mayor habian colocado una cruz como de dos pies en cuadro, los cuatro brazos iguales, cerca de una pulgada de relieve y cuatro de superficie. Es tradicion constante de los Indostanes cristianos é idólatras, que aquella cruz es obra de las manos de santo Tomás, y pasa por dotada de hacer milagros. En la iglesia se ven muchos *ex-voto* ofrecidos por el

agradecimiento y la piedad de los fieles que han obtenido la curacion de muchas enfermedades.

Ocho dias antes de Navidad los portugueses celebran con gran solemnidad la festividad de la Expectacion de la Vírgen Santísima. En aquella funcion suele manifestarse de cuando en cuando este prodigio: la cruz milagrosa es una piedra de roca mal pulida, de color ceniciento tirando á negro: pero la piedra cambia repentinamente de color; primero se pone rojiza, luego parda, luego tan blanca que deslumbra; y en fin, cubriéndose de un paño oscuro y húmedo, despide tan abundante sudor que se destila sobre el altar. Á vista de este prodigio que ocurrió un dia en que el aire estaba muy seco por el ardor del sol, un misionero á ruegos de muchos sugetos de gran consideracion, y para asegurarse mas de la verdad, se subió sobre el altar con siete ú ocho pañuelos en la mano, y los devolvió empapados de agua asi que enjugó con ellos la cruz.

Este prodigio referido por unos misioneros que han sido testigos de él dos veces, ha sido certificado además por el testimonio de mas de cuatrocientas personas de todas edades y condiciones, entre ellas muchos ingleses protestantes, quienes despues de haber examinado con la mas escrupulosa atencion si sería algun prestigio forjado para sorprender la credulidad de los pueblos, se vieron obligados á confesar que aquel prodigio no podia haberse obrado por ningun medio natural, y que en todas sus circunstancias mostraba el carácter de un afecto sobrenatural y divino.

Ladrones convertidos.—Iglesia de Maduré.

El Maduré es un reino bastante extenso y mediterráneo de la península de la Iudia acá del Ganges.

Los primeros misioneros que llevaron á él la antorcha del Evangelio, tuvieron la buena dicha de operar muchas conversiones en la casta de los ladrones, y de conciliarse la veneracion aun de aquellos que se resistian á la verdad. Dáse el nombre de ladrones á esta casta de indios, porque los que la componen tienen por profesion el robar en los caminos públicos; y aunque muchos de ellos se han hecho cristianos, y hoy miran ya el robo con horror, no dejan de conservar su nombre antiguo, y los viageros pasan siempre con temor por los bosques donde viven retirados.

Pero como los antiguos hábitos no se pierden pronto ni fácilmente, los misioneros prueban por mucho tiempo á los catecúmenos de esta clase, antes de admitirlos á la gracia del bautismo; mas en recibiendo este sacramento, son enteramente otros hombres. Lejos de proseguir en su latrocinio, se vuelven caritativos, hospitalarios, y se afanan por reducir á los demás á que abandonen su infame oficio. No hay lugar en todo el Maduré, dice el P. Bouchet, donde mejor seamos recibidos y vivamos con mas seguridad, que en los paises habitados por los ladrones convertidos. Si alguno de los que no han abrazado el cristianismo todavía tuviesen el atrevimiento de robar algo á los doctores de la ley del verdadero Dios, nombre que dan á los predicadores del Evangelio, los otros le imponian sin falta un castigo ejemplar.

La mision mas considerable del Maduré es Aour, porque de ella dependen veinte y nueve iglesias. Allí no se admiten á los catecúmenos al bautismo sino al cabo de muchas pruebas y de tres ó cuatro meses de instruccion. En siendo cristianos viven como unos ángeles. La iglesia de Maduré ofrece la perfecta imágen de la Iglesia al nacer. No puede uno contener las lágrimas cuando ve la solicitud de estos pueblos

por oir la palabra de Dios, el ardor con que acuden á todos los ejercicios de piedad, el celo con que se proporcionan mútuamente todos los auxilios de salvacion, y se anticipan á las necesidades de los otros, y adelantan cada dia en el camino de la santidad evangélica. Hacen vida frugal, y no comercian, contentándose para sustentarse y vestirse con lo que les produce el trabajo de sus manos y el cultivo de las tierras; y ricos en medio de su pobreza, aun encuentran en las privaciones personales que voluntariamente se imponen, medios para ser generosos con los necesitados.

Los primeros misioneros habian comprado terreno para edificar una iglesia en Trichinápoli, residencia del rey de Maduré: durante las guerras que asolaron aquel pais, tuvieron que retirarse á los bosques, y en su ausencia, un idólatra se apoderó del terreno y construyó en él un templezuelo que llenó de todo género de ídolos. Habiendo luego la paz reintegrado á cada cual en lo que era suyo, el P. Bouchet se puso nuevamente en posesion de aquel terreno, y obligó al sacerdote de los ídolos á salir de allí. Fué un espectáculo glorioso para la religion y juntamente digno de compasion, ver el afan de aquel hombre para sacar sus dioses. Los cristianos, impacientes por verle desalojado, alcanzaban ellos mismos los ídolos y los ponian en el suelo sin mucha precaucion; quebrábanse muchos, y el idólatra recogia los pedazos esparcidos, ahogando su despecho en muchas lágrimas, pero sin atreverse á dar quejas porque no le quedaba sino un sitio que no era suyo. El templo fue derribado, y en el lugar que ocupara se construyó una iglesia, con una casita para morada de los misioneros.

De las castas en la India.

Llámase *casta* en la India la reunion de muchas familias de una misma clase y profesion: pero esta distincion no se encuentra propiamente sino en el imperio del Mogol, el Bengala, la isla de Ceilan y la gran península acá del Ganges.

Hay cuatro castas principales: la de los bramas, que se tiene por la primera y mas noble; la de los rajas, que pretenden descender de muchas familias reales; la de los trabajadores y la de los parias. Cada casta se divide en varias ramas, mas nobles y elevadas unas que otras. La de los trabajadores es la mas extensa y la que se subdivide en mas ramas, pues comprende á los pintores, escribientes, sastres, carpinteros, albañiles, tejedores etc. Cada oficio está limitado á su rama, y no puede ser egercido sino por aquellos cuyos padres le han profesado; asi el hijo de un sastre no puede ser pintor, ni el de un pintor, sastre. Pero ciertos empleos son comunes á todas las castas: por ejemplo, todos pueden ser mercaderes ó soldados. Tambien hay castas que pueden darse á la labranza; pero no todas. Aunque la de los parias es la única que se mira como infame y cuyos miembros no pueden entrar en casi ningun comercio de la vida civil, hay sin embargo oficios que rebajen á quienes los egercen, á par de los parias: así el zapatero y todo aquel que trabaja en cuero; y en muchos parages, los pescadores y pastores son tenidos por parias.

Como los portugueses, cuando se empezaron á establecer en la India, ignoraban la diferencia existente entre las castas inferiores y las mas elevadas, no pusieron dificultad en tratar indiferentemente con

únas y con otras, en tomar de criados á los parias, y en servirse de ellos en todas ocasiones. Pero esta conducta escandalizó á los indios, y fué muy perjudicial á la religion: desde entonces fueron mirados los pueblos de Europa como infames y despreciables, con los que nadie podia tener trato sin deshonrarse.

Mujeres que se queman en falleciendo sus maridos (1).

Acaba de morir (en 1710), dice el P. Martin, el príncipe de Marava, á la edad de ochenta años. Sus mujeres, que eran cuarenta y siete, se quemaron con el cuerpo del príncipe. Para este efecto se escavó fuera de la ciudad una honda huesa, que se llenó de leña en forma de pira; y colocado encima el cuerpo del difunto ricamente ataviado, se le dió fuego. Entonces compareció aquella miserable turba de mujeres que, como otras tantas víctimas destinadas al sacrificio, se presentaron cubiertas todas de pedrería y coronadas de flores, y dieron muchas vueltas al rededor de la hoguera, cuyo ardor se hacia sentir desde muy lejos. La principal de las mujeres llevaba en la mano el puñal del príncipe; y encarándose al sucesor, "aquí teneis, le dijo, el puñal de que el príncipe se servia para vencer á sus enemigos. Nunca le empleeis mas que en eso, y guardaos bien de teñirle en la sangre de vuestros súbditos; sino gobernadlos cual padre, como él hacia, y vivireis feliz largo tiempo como él. Y, pues, nada hay ya que pueda detenerme en este mundo, no me queda mas que seguirle." Al terminar estas palabras puso el puñal en manos del

(1) Esta cruel costumbre subsiste aun en algunas comarcas de la India, no obstante cuanto han hecho los misioneros y los ingleses para extirparla.

príncipe, que le recibió sin dar muestras de tristeza ni de compasion. "¡Ay! añadió ella, en lo que viene á parar la dicha humana! Ahora veo bien que voy á precipitarme viva en el infierno." Y volviéndose fieramente á la hoguera, é invocando los nombres de sus dioses, se arrojó enmedio de las llamas.

La segunda víctima era hermana de un príncipe raja, que se hallaba presente á la detestable ceremonia. Cuando recibió de manos de su hermana las joyas con que iba adornada, no pudo contener las lágrimas, y arrojándose á su cuello la abrazó tiernamente. Ella no manifestó enternecerse; sino mirando con serenidad, ya la hoguera, ya á los concurrentes, y gritando: *Chiva*, *Chiva*, nombre que dan al dios *Routren*, se precipitó en las llamas como la primera.

Siguiéronla sucesivamente las demás. Unas ostentaban firme continente, otras estaban abatidas y fuera de sí. Una hubo que, mas tímida que las compañeras, corrió á abrazar á un soldado cristiano rogándole la salvara. El neófito, que á pesar de la severa prohibicion que se impone á los cristianos de asistir á tan bárbaros espectáculos, habia tenido la temeridad de concurrir á aquel, se asustó tanto, que sin pensar en lo que hacía empujó fuertemente á la infeliz y dió con ella en la hoguera. El se retiró al punto, pero con temblor de todo el cuerpo, al que se siguió una ardiente calentura con arrebato al cerebro, de que murió la noche inmediata sin haber podido recobrar el juicio.

Las últimas palabras que la primera de aquellas mujeres profirió sobre el infierno, dejaron sorprendidos á todos los espectadores. Habia tenido en su servidumbre á una cristiana, que muchas veces le hablaba de las verdades de la religion, exhortándola á que abrazase el cristianismo. Ella tomaba aficion á estas verdades, pero nunca tuvo valor de renunciar á sus ídolos. Sin embargo, concibió estimacion á

los cristianos, y los protegia en todas ocasiones. El aspecto de las llamas que la iban á devorar la despertó sin duda la memoria de lo que la buena cristiana la habia dicho de los suplicios del infierno.

Aunque tan intrépidas se habian ostentado aquellas infelices víctimas del demonio, no bien sintieron el ardor del fuego, cuando alzando espantosos alaridos se lanzaron, echándose unas sobre otras, á ganar el borde de la huesa. Mas entonces echaron sobre ellas gran cantidad de trozos de leña, tanto para abrumarlas cuanto para aumentar el fuego. Cuando estuvieron consumidas, los bramas se acercaron á la hoguera humeando aun, é hicieron sobre las cenizas ardiendo de aquellas desdichadas mil supersticiosas ceremonias. Al otro dia recogieron los huesos mezclados con las cenizas, y guardándolos en ricas telas los llevaron cerca de la isla de Ramanaucor, donde las echaron en la mar. Luego se llenó la huesa, y se edificó allí un templo en el que todos los dias se ofrecieron sacrificios á honor del príncipe y de sus mujeres, quienes desde entonces quedaron en el número de las diosas.

Costumbres y usos de los Indios.—Trage de los misioneros etc.

Me preguntais lo primero, señora, escribe el padre de Bources á madama de Soudé, si se ven aquí como en Europa distinciones de clases y de precedencia. Así como en todas partes hay montañas y valles, grandes rios y pobres arroyuelos, así en todas partes, y mas que en ninguna en la India, se ven ricos y pobres, personas de elevado nacimiento y otras de nacimiento bajo y oscuro. Los pobres son innumerables; infinidad de ellos han muerto de cuatro ó

cinco años acá, y otros han tenido que vender á sus propios hijos y aun venderse ellos mismos para poder vivir. Los hay que trabajan todo el dia como unos galeotes, y apenas ganan para sustentarse un dia con su familia. Se ven una multitud de viudas que no tienen mas hacienda ni mas rentas que una especie de torno de hilar. Otra multitud se vé, tanto de hombres como de mujeres, cuya indigencia es tal, que para cubrirse no tienen mas que un mal pedazo de tela, todo desgarrado y ni una estera en que acostarse. Las casas de los peones del campo en Europa son palacios en comparacion de los miserables zaquizamíes en que moran los mas de los indios; y todos los muebles de sus cabañas consisten en tres ó cuatro vasijas de barro. Muchos que son cristianos, pasan años enteros sin venir á la iglesia por faltarles la provisioncilla de arroz ó de mijo necesaria para mantenerse en el viaje.

No dejan de encontrarse en la India gentes ricas. La agricultura, el comercio y los empleos son medios ordinarios de enriquecerse; mas el pobre labrador tiene hasta dificultad para salvarse de la opresion, porque en el comercio reinan el fraude y la usura, y el ejercicio de los empleos es un verdadero latrocinio. El robo es el medio mas corto de hacerse ricos; así está aquí muy en uso, y no creo haya pais en el mundo donde mas se detesten los robos pequeños y queden mas impunes los grandes. Hay una casta de indios que no se avergüenzan de tener el nombre y ejercer públicamente la profesion de salteadores de caminos. Los labradores tienen que vigilar, sobre todo de noche, para que no les arrebaten sus bueyes y sus vacas; pero por mas que velen, son robados con muchísima frecuencia. Se ha creido que se cortarian estos robos nocturnos poniendo guardas en todas las poblaciones, pero los guardas son mas ladrones que los ladrones mismos.

Los príncipes amontonan grandes riquezas á fuerza de concesiones; pero ¿cómo usan de ellas? Os admirareis, señora: las entierran; y de este modo la avaricia de los hombres restituye á la tierra lo que esa misma avaricia les ha hecho ir á buscar en sus profundas entrañas: sin eso el oro aquí andaría tirado. El difunto rey de Tanjamur escondió asi muchos millones. De ahí viene el que, si bien hay una infinidad de pobres verdaderos, muchos particulares ricos afectan parecer pobres por miedo de ser despojados, y de ser castigados como reos de opulencia.

Mas si por una parte hay indios que afectan ser pobres en medio de las riquezas, por otra son muy celosos de las distinciones y del puesto que da el nacimiento. Pocas naciones son tan delicadas como esta en lo tocante á esas especies de prerogativas. En Europa siempre las familias mas nobles ocupan los tronos; pero de todos los príncipes del Cannate no conozco á uno solo que sea de la primera casta: aun algunos son de casta muy oscura. De donde nace que hay príncipes cuyos cocineros creerian deshonrarse y se deshonrarían efectivamente comiendo con los príncipes á quien sirven: sus parientes los echarían de su casta como á hombres que habian perdido su honor. En este pais es una ocupacion muy noble la de ser uno su propio cocinero; por eso, queriendo honrarme, me dijeron una vez: "¿Sin duda sois vos, Padre, quien cuida de vuestra cocina?" queriendo darme á entender que no habia nadie bastante distinguido por su nacimiento ó su mérito para ser cocinero mio.

Por una costumbre, afortunadamente poco conocida en Europa, las mujeres indias no tanto son compañeras como esclavas de su marido. Este tutea comunmente á su mujer: pero ella no habla nunca á su marido, ni de él, sino en los términos mas respetuosos: nunca debe pronunciar el nombre de él, y para sustituirle otro, tiene que servirse de circunlo-

quios ridiculísimos. No choca el que un marido pegue á su mujer. Nunca la admite á su mesa, y ella le sirve como si fuera su esclava, y sirve tambien á sus propios hijos como si fuera criada de ellos; de ahí procede que los hijos se van acostumbrando á despreciarla y aun á maltratarla. Por otro lado la suegra es una ama durísima; echa todo el trabajo de la casa á su nuera, y cuando le manda algo, siempre es con aspereza é imperio.

Las mujeres se ocupan en ir por agua, recoger leña, machacar el arroz, cuidar la cocina, asear la casa y el corral, y elaborar aceite con el fruto de un arbusto llamado *palma-christi*. El tiempo que les sobra del cuidado de la casa, le emplean en hilar: no hacen ninguna labor de aguja, que ni siquiera saben manejar. En general el buen tono no permite que una mujer aprenda á leer ni á escribir: ese cuidado se deja á las esclavas de las pagodas, para que puedan cantar las alabanzas de los ídolos y los cánticos impuros que en sus templos resuenan.

La bebida ordinaria de los indios es el agua, no porque allí no se fabriquen licores espirituosos; pero solo los bebe la hez del pueblo; las personas decentes los miran con horror. El vino de que nos servimos para celebrar, se trae de Europa: le ocultamos con cuidado, por temor de que si cayese en manos de los idólatras, se imaginasen que era una cosa como sus licores, segun ya ha sucedido. Habrá tres años que habiendo sido saqueada una de mis iglesias en ausencia mia, un soldado encontró dentro una botella medio llena de vino: alegróse mucho de su descubrimiento, persuadido de que sería alguna droga buena para hacer oro. Colgósela del brazo por el cordon atado á ella, montó á caballo y se la llevó. Desgraciadamente al pasar junto á una roca, se rompe el cordon, se quiebra la botella, y se desvanecen todas sus halagüeñas esperanzas,

El hábito que estilan los misioneros es una simple túnica de algodon ni encarnada ni amarilla, sino de color entre uno y otro. La vasija que llevan es de cobre. Como no se encuentra agua en todas partes, y aun la que se encuentra no es potable siempre, tienen que llevarla siempre consigo para refrescarse en un clima tan ardiente como este. Su calzado consiste en una especie de zueco que solo se sujeta al pie por una clavija colocada entre el dedo gordo y el segundo. Este género de calzado es tambien el de los príncipes y grandes, con la diferencia de que sus zuecos son de plata, y los nuestros de madera.

En los viages que hacemos ordinariamente á pie, no usamos de zuecos; pero no sé cuál sea mas molesto entonces, andar á pie descalzo por estas tierras ardientes y sembradas de menudas piedrezuelas, ó gastar sandalias de cuero como los naturales. Estas sandalias son unas suelas sin empeine, que se atan al pie con unas correas; de modo que fácilmente se introducen la arena y las piedras. No es decente presentarse de sandalias delante de una persona de respeto.

Los grandes señores se visten con primor, segun su gusto y atendido el calor del clima. Consiste su traje en una túnica de tela de algodon muy blanco y muy delgado, que les desciende hasta los talones, sobre pantalones encarnados que les llegan al empeine: el calzado ès una especie de chinelas de cuero encarnado bordado de oro, dobladas por el talon debajo del pie. Llevan pendientes de oro ó de perlas; un ceñidor de tela de seda bordado de oro, brazaletes de plata, y al cuello una cadena de oro ó una expecie de rosario de granos del mismo metal. Las señoras usan casi del mismo traje, distinguiéndose de los hombres solo en los adornos de la cabeza.

Moral de los indios.

Los indios, dice el mismo misionero, admiten cinco pecados que miran como los mas enormes: el dar muerte á un brama, la embriaguez, el adulterio con la mujer del gurú ó doctor, el robo cuando su materia es considerable y la comunicacion con quien han cometido cualquiera de estos pecados. Tambien tienen otros cinco pecados capitales, que son: la lujuria, la ira, la soberbia, la avaricia y la envidia ú odio. No condenan la poligamia, si bien no es tan comun entre ellos como entre los moros. Pero reina una costumbre detestable: los sacerdotes de los ídolos están en uso de buscar cada año una esposa para sus dioses; y en viendo una mujer que les agrade, casada ó no casada, la roban ó la atraen engañada á la pagoda, y allí hacen la ceremonia del casamiento.

La autoridad paterna conserva todos sus derechos en la India, donde en este punto se ven aun las costumbres patriarcales. Cada familia compone un pequeño estado monárquico, que el padre, ó en ausencia suya el hijo mayor, gobierna como soberano: él es el gefe, el juez, el pontífice de la familia, el árbitro de todas las diferencias que en ella se susciten, siendo su voluntad el tribunal supremo.

Los indios son naturalmente hospitalarios; mas al paso que se muestran hermanos y benéficos para con los extranjeros, no pueden admitir para sí propios los mismos servicios en ninguna parte del mundo fuera de la en que han nacido, sin exponerse á los mas severos castigos y sobre todo á los mas humillantes. Por eso les está prohibido salir de su pais y pasar el rio Indo, bajo la pena de decaer de su casta. Solo se rebaja la severidad de esta ley en favor de los peregrinos que

tienen que atravesar los rios de la frontera de la India para ir al lago de Maunsur-War, que este viaje se dispensa por razon de los motivos religiosos que mueven á emprenderle; mas la ley recobra todo su vigor contra cualquiera otro que no pudiese justificar igual motivo de dispensa. Todos están sujetos á esta ley, de cualquier clase ó casta que sean.

El Vedam, libro sagrado de los indios.

Brama, que es la divinidad principal de los indios, dió la ley á los hombres. Los indios, dice el P. Bouchet, miran como infalible el *Vedam* ó libro que contiene aquella ley, que es, segun ellos, la pura palabra de Dios dictada por *Abadam*, esto es por aquel que no puede engañarse. El *Vedam* se divide en cuatro libros. Habia otro mas, que era el quinto, el cual se ha perdido con el transcurso del tiempo y no se ha podido encontrar mas.

Los indios profesan inconcebible estimacion á la ley que han recibido de Brama. El profundo respeto con que la oyen leer, la eleccion de las personas aptas para este ministerio, las disposiciones con que se debe asistir á la lectura y otras mil circunstancias semejantes, son en todo conformes con lo que sabemos de los judíos relativo á la ley santa y á Moisés que se la anunció.

La primera parte del *Vedam*, llamada el *Irrucuredam*, trata de la primera causa y del modo como fué creado el mundo. Lo mas singular que en este punto han dicho los doctores indios es que al principio no existian sino Dios solo y el agua, y que Dios era llevado sobre las aguas. No es dificil de notar la semejanza de este paso con el primer capítulo del Génesis.

Se ha sabido tambien por muchos bramas que el

tercer libro, llamado *Samavedano*, contiene muchos preceptos morales, que en lo que enseñan, parece guardan mucha conformidad con los preceptos morales esparcidos en el Exodo.

El cuarto libro, que llaman *Adaranavedam*, habla de los diferentes sacrificios que deben ofrecerse, las calidades que han de tener las víctimas, el modo de edificar los templos y las fiestas que deben celebrarse. Quizá, sin que sea meterse á adivinar, se haya tomado esta idea del Levítico y del Deuteronomio. En fin, para que nada falte al paralelo del *Vedam* con la ley judáica, así como Moisés recibió la ley en el monte Sinaí, así Brama encontró el *Vedam* en la célebre montaña de Mahamerá, una de las de los indios, llamada *Meras* por los griegos, donde estos dicen que nació Baco y habitaron los dioses. Los indios dicen aun hoy mismo que esta montaña es el paraje donde están situados sus *choeram* ó los diferentes paraisos que ellos reconocen.

Conformidad de muchos dogmas indios con los de la religion cristiana.

Parece, dice el mismo misionero, que los indios de tierra adentro, así como los de las costas, recibieron las instrucciones de santo Tomás y de los primeros discípulos de los apóstoles. En efecto, tienen una idea confusa de la Santísima Trinidad en sus tres dioses principales, Brama, Vichnú y Rutren. Muchos hombres de entre ellos que tratan de la espiritualidad, aseguran que estos tres dioses, aunque separados en apariencia, no son realmente mas de un solo Dios: que este Dios se llama Brama cuando crea y ejerce su omnipotencia; Vichnú cuando conserva los seres creados y da muestras de su bondad; y en fin, Ru-

tren, cuando destruye las ciudades, castiga á los culpados, y hace sentir á los hombres los efectos de su justa indignacion.

Pocos años há, explicaba un brama de este modo lo que concebia de la trinidad fabulosa de sus compatriotas: "Es menester, decia, representarse á Dios y los tres diferentes nombres que corresponden á sus principales atributos, casi bajo la idea de las pirámides triangulares que se ven delante de la puerta de algunos templos."

Mas fábulas aun se han introducido en lo concerniente al misterio de la Encarnacion. Todos los indios convienen en que Dios se ha encarnado muchas veces; casi todos concuerdan en atribuir estas encarnaciones á Vichnú, el segundo dios de su trinidad; y siempre, segun su creencia, se ha encarnado este dios para ser el salvador de los hombres.

Tocante á nuestros sacramentos, dicen los indios, que el baño tomado en ciertos rios borra enteramente los pecados ¿No será esta la idea que se les dió del bautismo?

Yo no habia observado nada en lo concerniente á la divina Eucaristía; pero un brama convertido me llamó la atencion, há algunos años, sobre una circunstancia que merece referirse. Los restos de los sacrificios y el arroz que se reparte de comer en los templos, conservan el nombre de *Prajadam*: esta voz significa en nuestra lengua *gracia divina*, que nosotros expresamos con el vocablo griego *Eucaristía.*

Mas claro está en la confesion. Es como una máxima recibida entre los indios que á quien confesare sus pecados, le serán perdonados. Todos los años celebran una fiesta, durante la cual van á confesarse á las orillas de un rio, á fin de que sus culpas sean borradas enteramente. En un famoso sacrificio llamado *ekiam*, la mujer del que preside tiene obligacion de confesarse, refiriendo muy por menor los

pecados mas humillantes y declarando el número de ellos.

Templo de Jagrenat.

Jagrenat es la pagoda mas célebre y rica de la India; el edificio magnífico y muy alto; el recinto vastísimo. No es menos notable por la multitud de peregrinos que acuden allá de todas partes, y el oro, perlas y pedreria de que está adornada. Se la descubre desde el mar á distancia de diez ó doce leguas en tiempo sereno. No se permite la entrada en él á nadie que no haga pública profesion de idolatría: los moros mismos no se atreverían á acercarse. Se toman sobre todo muchas precauciones contra los franceses, porque se tiene por cosa constante en el pais que un francés disfrazado entró habrá treinta años en el templo, se quedó escondido, y robó durante la noche un rubí de inestimable valor que formaba uno de los ojos del ídolo.

El templo es célebre sobre todo por su antigüedad. La historia de su orígen es muy singular: hé aquí lo que cuenta la tradicion del pais. Despues de un furiosísimo huracan, unos pescadores hallaron en la playa un leño arrojado por la mar. Era de una madera tal, que nadie habia visto otra parecida. Habiéndosela destinado á una obra pública, no sin gran trabajo se la pudo arrastrar hasta la primera poblacion, donde mas tarde se edificó la ciudad de Jagrenat. Al primer hachazo que en él se dió, brotó de él un arroyo de sangre. El carpintero atónito corrió publicando el prodigio; el pueblo acudió allá de todas partes; y los bramas, mas interesados que supersticiosos, no dejaron de aclamar que aquel era un dios que queria ser adorado en el pais.

Nada habia extraordinario en el licor rojo que corrió del leño, dice el misionero de quien tomamos estos pormenores. Yo he visto en Gujam leños semejantes traidos de las montañas vecinas: cuando no se han cortado en buena sazon, le roen por dentro unos gusanos que se introducen hasta el corazon de la madera; si luego se la echa al agua, se llena de ella, que va formando depósitos, y brota con abundancia á poco que penetre el hacha.

El leño era de madera roja. Hay muchos árboles así en el Pegú y en Tenasserim. El agua, al penetrar en el corazon del leño, habia tomado el color de la madera, parecido al de la sangre: asi nada habia que no fuese natural en aquella agua roja; mas aquellos pobres idólatras, engañados por sus bramas, se alegraron infinito de encontrarse con un prodigio. Labraron, pues, del leño una estátua de cinco ó seis pies de alta, y muy mal hecha, mas parecida á mono que á hombre, con brazos extendidos y tronzados algo mas abajo del codo.

El tributo que se exige á los peregrinos es una de las rentas mas pingües del rajá de Jagrenat. Nadie puede imaginarse la muchedumbre y el concurso de idólatras que á la ciudad llegan de toda la India, de allá y de acá del Ganges. Muchos andan trescientas leguas prosternándose á cada paso en el camino. Al salir de sus casas, se echan cuan largos son con las manos extendidas mas allá de la cabeza; vuelven á prosternarse del mismo modo poniendo los pies donde antes tenian las manos, y asi continúan hasta el fin de la peregrinacion, que dura á veces muchos años. Otros arrastran atadas de la cintura largas y pesadas cadenas, y algunos llevan la cabeza encerrada en una jaula de hierro que les descansa en los hombros.

Los habitantes de las costas de Gergelin y de Osira, tienen en la boca siempre el nombre de Jagrenat,

le invocan en todas ocasiones, y pronunciándole es como concluyen sus contratos y prestan sus juramentos.

Conversion de un penitente idólatra.

Lo mas singular que ví durante mi estancia en Gotate, dice un misionero, fué lo ocurrido á un famoso penitente idólatra que andaba recorriendo todo el pais ocho ó nueve años habia. Hallábase el hombre en un estado capaz de inspirar compasion. Se habia mandado echar al cuello un collar muy extraordinario, que era una plancha de hierro de tres pies y medio en cuadro, y gruesa á proporcion, que tenia en medio una abertura bastante ancha. Despues de haber metido por ella la cabeza, habia mandado aplicar al rededor de la abertura una faja de hierro que le ceñia el cuello, y estaba sujeta á la plancha con buenos clavos bien remachados. La ancha plancha le impedia acostarse ó apoyar la cabeza contra cualquiera cosa, y cuando queria descansar algo, era menester ponerle algo que sostuviese el ancho collar por ambos lados. Habíase impuesto él esta penitencia con el fin de ir recogiendo por el pais bastante dinero para mandar construir una vasta cisterna revestida de piedra en una llanura falta de agua, donde los caminantes padecen mucho de la sed; creyendo que para lograr limosnas, nada mejor podia hacer que presentarse en el triste estado que acabo de pintar.

Siete ú ocho dias antes le habia encontrado yo en las calles de Cocate, abrumado con el peso de su enorme collar, pero recibiendo muy abundantes limosnas. Prendéme de su fisonomía que era bastante feliz, y de su modo de pedir; y en aquel momento

me sentí inspirado de pedir á Nuestro Señor se apiadára de aquel infeliz, que sería capaz de padecer mucho por su amor si supiese la obligacion que tienen todos los hombres de no servir ni amar sino á él. Yo no sé si Dios escuchó mi humilde ruego; pero ocho dias despues me sorprendí de ver á la puerta de nuestra iglesia el penitente del collar pidiendo hablar con el gurú, es decir, con el Padre. Creí que querria pedir alguna limosna, y procuraba darle á entender que nada tenia que esperar de nosotros por el motivo que le hacía mendigar; mas como yo hablaba muy mal en malabar, conocí que no me comprendia él. Cuando me explicaron que lo que él buscaba era otra cosa que dinero, avisé al P. Maynard para que tuviera la bondad de hablarle. Vino en efecto, y llegándose al penitente, le dijo: "¿Qué venís á buscar en la iglesia de los cristianos, donde se adora al Dios verdadero, vos que adorais á los ídolos, y sois esclavo de los demonios?"—Yo vengo, respondió con modestia el penitente, á informarme de vuestro Dios y aprender á conocerle para sosegar mi alma, si es posible, porque la traigo agitada mucho há. ¿No es este el templo del Ser supremo, criador del cielo y de la tierra, que premia á quienes le sirven, y castiga eternamente á quienes adoran á otro que á él? Yo hasta ahora no he adorado y servido á mis dioses sino porque no he conocido á otro mas grande que ellos; mas si podeis mostrarme que el vuestro es superior á todos, los renuncio y los abandono para siempre.

Estas palabras nos enternecieron vivamente. "Si quereis, le digimos, conocer al soberano Señor y saber de nuestra boca las infinitas perfecciones que le distinguen de vuestras falsas deidades, es menester que primero os quiteis del cuello ese instrumento de mortificacion exquisita, que os abruma, y que ahora llevais solo á honra del enemigo del supremo

Ser; porque mientras estais cargado con eso, no penetrará en vuestro corazon su divina palabra, ó no le podreis saborear." Algun escrúpulo tenia yo de obligarle á dejar su trage de penitente antes de entrar un poco mas en materia, y de disponerle mas á lo que se quisiera. Temia yo que le desviase la prueba; pero estuvo firme: "Estoy pronto á dejarlo todo nos dijo, si es menester, para conocer al sumo bien; pero no puedo sin ayuda de cerragero." Mandamos que viniese uno, el cual no sin gran trabajo sacó los clavos que fijaban el collar chico al grande: el que los habia clavado pretendia sin duda que nunca se quitasen. La plancha era tan pesada, que dificilmente podia yo levantarla del suelo: colgámosla de la pared, cerca del altar, como un despojo ganado al infierno.

El P. Maynard fué quien empezó á explicar á aquel hombre los misterios de nuestra sagrada religion, y yo á enseñarle las oraciones y el catecismo, porque no me hallaba bastante adelantado en su idioma para conversar con él. Aunque se mostraba satisfecho de nuestras instrucciones y enamorado de cuanto le deciamos de la grandeza de Dios y de su amor á los hombres, leimos en sus ojos muchas veces que en lo íntimo de su alma rodaba algun pensamiento que le traia inquieto. Los que le habian conocido en la ciudad antes que acudiese á nosotros, le reconvenian ágriamente, no ya porque se mudaba de religion, sino porque se hacia discípulo de los doctores *pranguis* (europeos), siendo él de las primeras castas del pais; y en efecto, esta idea del pranguinismo era la causa de todo su pesar. Luego que lo supimos, tomamos la resolucion de enviarle al Maduré á que le bautizára alguno de los que allí viven con el hábito de los religiosos de la India. Digéronle, pues, que nosotros no éramos mas que los gurús ó doctores de las castas inferiores que habitan en las

costas, y que á él, como persona de nacimiento, le convenia dirigirse á los doctores de las clases elevadas de tierra adentro, é inscribirse entre sus discípulos; que los encontraria en el Maduré; que ellos le enseñarian la ley del verdadero Dios, y despues de haberle instruido, le agregarian al número de los fieles. Mucho le costó decidirse por lo que proponiamos; mas habiéndole persuadido de que era lo mejor para él, fué en busca de uno de nuestros padres de la mision de Maduré, quien le bautizó, y luego le despachó á su pais á trabajar en la conversion de sus parientes, por la que nos mostraba mucho celo.

Devocion y fervor de los neófitos indios.

Nuestros neófitos, dice el P. Bouchet, profesan tierna y afectuosa devocion á los santos. Aquellos que invocan con mas frecuencia son el ángel de su guarda, el santo de su nombre, san José, san Juan Bautista, san Miguel, protector de nuestra mision, san Pedro y san Pablo, santo Tomás, apóstol de estas regiones, san Ignacio y san Francisco Javier. Sobre todo se encomiendan á su ángel de guarda cuando han de emprender un viage. "Antes de ponerme en camino, me decia un fervoroso neófito, echo delante á mi ángel de guarda, y le sigo en espíritu como el jóven Tobías á san Rafael." No hay año en que estas buenas gentes no experimenten los efectos de la proteccion de los santos de su mayor devocion, especialmente de san Francisco Javier, que en el cielo no se ha olvidado de los pueblos, primer objeto de su celo. Ahora se me vienen á la memoria dos ejemplos de esta proteccion.

Acusaron á un paria cristiano de que habia mata-

do una vaca, con el intento de insultar á los idólatras que respetan á este animal. Procesáronle brevemente, y le condenaron á muerte. Los soldados empezaron atándole á un árbol, con las manos sujetas por detrás; mas como ya fuese mas tarde, se dilató la ejecucion hasta el dia siguiente. Mientras dormian los soldados que le custodiaban aquella noche, no cesaba él de suspirar; y acordándonse de que san Francisco Javier, su patrono, habia sido milagrosamente curado de las heridas que le causáran las cuerdas con que le habian atado muy fuertemente las piernas, invocó al apóstol de las Indias rogándole obtuviese para él la misma gracia. Fué oida su oracion, y se le rompieron las cuerdas con tal estrépito, que se despertaron los soldados.

El segundo egemplo es aun mas admirable. Habiéndose convertido, con su familia, una mujer idólatra del reino de Tanjaur, tuvo particular devocion á san Francisco Javier. Tenia un hijo, á quien tiernamente amaba, y cuando le llevó á bautizar, quiso le pusiesen el nombre del santo apóstol, con la esperanza de que habia de conservarle la vida y mantenerle en la inocencia. Un año despues de bautizado, el niño que tendria de edad diez ó doce, estaba guardando carneros con otros dos niños de su edad. Cayó un rayo, y mató á los tres. Sus madres, sabedoras de las muertes, vinieron al punto corriendo á llevarse los cadáveres. Dos de ellos, que eran idólatras, no viendo remedio al mal, hicieron enterrar á sus hijos. La cristiana tomó el cuerpo de su Javierito, sin movimiento ni vida como estaba, llevóle á la iglesia, y dirigiéndose al santo apóstol: "Gran santo, le dijo, ¿no sois vos el protector de mi familia? ¿no he afirmado á mis parientes cien veces que nada me quedaba que temer, habiendo puesto en vos mi confianza? Y sin embargo, me he quedado sin hijo. ¿No ha de hacerse alguna diferencia entre esas madres

idólatras que no conocen al verdadero Dios, y yo que hago profesion de servirle y de teneros particular devocion? Consolad á una madre agobiada de dolor: vos, que tantos muertos habeis resucitado, ¿no podeis resucitar tambien á mi hijo? Volvedme, volvedme este hijo querido que yo os dí." No habia aun acabado de hablar, cuando las mujeres cristianas que allí estaban, creyeron que el cuerpo de Javier se movia algo, pero despues abrió los ojos, y abrazándole su madre, le encontró lleno de vida.

Los cristianos de la India, dice el P. Fremblay, misionero en el reino de Cannate, adoran á nuestro Dios en espíritu y en verdad, y su culto es puro y sin mezcla de otra cosa. Su aversion á los ídolos llega hasta el escrúpulo: muchas veces vuelven la vista á otro lado, evitan pasar por delante de sus templos, y tocar nada que pertenezca á las ceremonias de sus adoradores. La hambre, la sed, las persecuciones, la pérdida de sus bienes y los mas sangrientos ultrajes no los quebrantan; y por símbolo de su fé llevan de ordinario grabada la cruz en la frente.

Nunca los soldados que son cristianos se presentan delante de sus príncipes sin una señal de cristianismo. Un dia que se hallaban reunidos á la puerta del palacio cuatrocientos de aquellos valientes: "¿Por qué despreciais á mis dioses, les dijo el rey enojado, y les dais los nombres mas odiosos? — Señor, respondió un capitan, desde que somos cristianos ignoramos la disimulacion, y la verdad que tenemos la dicha de conocer nos hace hablar de ese modo. — Siempre os he mirado como á súbditos fieles, replicó sonriéndose el príncipe; pero os prohibo que os acerqueis ya á mis templos, porque con vuestras oraciones podriais en verdad dar muerte á mis dioses, y muertos ellos seríame necesario adorar al Dios de los cristianos, ó no adorar ya nada." Desde aquel dia, cuando en el palacio se celebra la solemnidad de al-

gun ídolo, los soldados cristianos salen y van al campo á pasearse. El príncipe era antes muy grande enemigo del cristianismo; pero desde entonces manifiesta sentimientos mas humanos.

Martirio del P. Juan de Brito en 1693, referido por el padre Lainez.

En el espacio de quince meses que permaneció en el Maravá el P. Brito, desde que regresó de Europa hasta su muerte, tuvo el consuelo de bautizar á ocho mil catecúmenos, y de convertir al príncipe de Tiriaveden, que es uno de los principales señores del pais; como el nacimiento y mérito de este personaje le hacen muy respetado y amado de todos los de su nacion, su conversion metió mucho ruido y fué causa de la muerte del P. Brito. Acometido el príncipe de una enfermedad que declaraban mortal los médicos, se resolvió á invocar el socorro del Dios de los cristianos, y con este designio envió á rogar repetidas veces al P. Brito que le fuese á ver, ó siquiera le enviase un catequista que le anunciara la doctrina del Evangelio. Apresurándose el padre á concederle lo que pedia, le despachó un catequista que recitó sobre su cabeza el santo Evangelio, y en aquel punto desapareció la enfermedad.

Tan patente milagro avivó más el deseo que abrigaba el príncipe mucho tiempo habia, de ver al predicador de una ley tan santa y portentosa. Gozó esta satisfaccion en breve, pues el P. Brito, no dudando ya de sus sinceras intenciones, se trasladó á las tierras que gobernaba.

Tenia el príncipe cinco mujeres y muchas concubinas. Despues de haberle instruido de los principales dogmas del cristianismo, se vió el P. Brito obli-

gado á hablarle de aquel punto esencial, que hubo el príncipe de renunciár para ser admitido á la gracia del bautismo. "Pronto se quitará este obstáculo, le dijo el príncipe, y tendreis motivo de quedar contento de mí." Al instante llamó á sus mujeres, las habló de su milagrosa cura, y las declaró que resuelto á emplear el resto de su vida en servicio del Dios de los cristianos, no reconoceria sino á una mujer por su legítima esposa; añadiendo, para consuelo de las que despedia, que las cuidaria y respetaria como á sus propias hermanas.

Este inesperado discurso consternó profundamente á las mujeres. La mas jóven no escaseó ni ruegos ni lágrimas para conseguir que el príncipe mudara de resolucion; mas viendo inútiles sus esfuerzos, se fué á ver el principe soberano del Maravá, tio de ella. Llora, gime, le hace presente el triste estado á que se queda reducida, é invoca su autoridad y su justicia; dirígese de allí á los sacerdotes de los ídolos, que buscaban desde mucho antes ocasion favorable para mover guerra á los ministros del Evangelio.

Habia entre ellos un brama llamado Pompavanan, famoso por sus imposturas y su odio irreconciliable á los misioneros, señaladamente al P. Brito. Alegrísimo de hallar tan buena ocasion de vengarse de quien, arrebatándole sus discípulos le reducia con su familia á suma pobreza, juntó á los demás bramas y deliberó con ellos sobre el modo de acabar con el santo misionero. Siendo todos de dictámen de acudir al príncipe, Pompavanan se pone á su cabeza, y hablando por todos, "príncipe, le dice, nos amenaza la mayor de las desgracias: la falta de respeto á los dioses no se castiga; muchas estátuas son derribadas; los templos están abandonados; no se hacen ya sacrificios ni se celebran las fiestas; el pueblo sigue la infame secta de los europeos. Pronto, muy pronto nos veremos forzados á retirarnos á los reinos veci-

nos para no presenciar la venganza que los dioses están para tomar de los desertores de su culto, y de aquellos que debiendo castigar tan enormes crímenes, con tanto escándalo los toleran."

No era necesario tanto para animar al príncipe del Maravá, prevenido ya contra el P. Brito. Ordenó al punto se entraran á saco todas las casas de los cristianos que en sus estados moraban, gruesas multas contra aquellos que permaneciesen firmes en su creencia, y se incendiasen todas las iglesias; órden que se ejecutó con el mayor rigor. En cuanto al P. Brito, mandó el príncipe prenderle y traerle á su presencia. Con efecto, habiendo los satélites descubierto el asilo del santo misionero, se apoderaron de él y de un brama cristiano, por nombre Juan, y los amarraron estrechamente. Dos niños cristianos, de menos de catorce años el mayor, lejos de desalentarse por las crueldades que se egercian en el P. Brito, se afirmaron de tal modo en la fé, que corrieron á abrazarle y no quisieron apartarse mas de él. No pudiendo los soldados alejarlos ni á amenazas ni á golpes, los amarraron tambien y se los llevaron con su padre y su pastor.

El P. Brito, que era de delicada complexion y tenia extenuadas las fuerzas, así por sus largos y penosos trabajos, como por la vida penitente que habia pasado en el Maduré, durante mas de veinte años, se sintió entonces muy débil; pero los guardas le obligaban á andar á fuerza de golpes, aunque le veian con los pies ensangrentados y horriblemente hinchados. Llegado que hubieron á un gran lugar, para complacer á los habitantes que acudian en tropel, pusieron á aquellos generosos confesores de la fé en un alto carro, en que los bramas acostumbraban á llevar sus ídolos en triunfo, y así los dejaron dia y medio, expuestos á los insultos de la turba, y padeciendo mucho de hambre y sed, y de las pesadas cadenas con que estaban atados.

Entre tanto los sacerdotes de los ídolos hacian nuevos esfuerzos para determinar al príncipe de Maravá á que mandase ahorcar al P. Brito en la plaza pública. Decìanle que aquel doctor de la nueva ley era uno de los mas grandes hechiceros del mundo, que no habia resistido á la virtud de los sacrificios que ellos ofrecieron por su destruccion, sino á poder de sus propios encantos. Dejóse el príncipe vencer con harta facilidad de aquellas sugestiones. Mandó traer á su presencia al P. Brito, y le preguntó, mostrándole su Breviario que le habian quitado al cogerle preso, si no era de aquel libro de donde sacaba la virtud que hasta entonces habia hecho impotentes todos los encantos; y habiéndole respondido el santo varon, que indudablemente así era, "pues bien, le dijo, yo quiero ver si ese libro te hace impenetrable á nuestros mosquetes." Al mismo tiempo mandó que con el Breviario atado al pescuezo le pasasen por las armas. Ya los soldados iban á soltar la descarga, cuando Triaveden, el príncipe convertido, que habia ido á la córte del de Maravá, se declaró en alta voz contra la tiranía de la órden, y metiéndodose por entre los soldados, protestó que tambien él queria morir si se quitaba la vida á su maestro. El príncipe de Maravá, notando á la vez algun movimiento entre la tropa, revocó la órden, y mandó restituyesen á la cárcel al confesor de Jesucristo. Mas aquel mismo dia, pronunció su sentencia de muerte, y ordenó le llevasen á su hermano, jefe de una poblacion á dos jornadas de su corte, con expreso mandato de que le hiciese morir sin tardanza. El jefe entregó al P. Brito en manos de cinco verdugos para que le cortasen á pedazos, y luego expusieran sus trozos á la vista del pueblo.

Llegando al sitio del suplicio, rogó el confesor de Jesucristo á los verdugos le dejáran recogerse un instante, lo cual le fué concedido. Entonces, puesto de

rodillas y vuelto al poste á que debia ser atado su cuerpo, separado de su cabeza, pareció en profunda meditacion. Un cuarto de hora despues, alzóse con rostro risueño, y llegándose á los verdugos y abrazándolos con mucho afecto, "podeis ahora, hermanos mios, les dijo, hacer de mí lo que querais." Al punto aquellos hombres, medio borrachos, se echaron sobre él, y le desgarraron el hábito; mas viendo un relicario que le pendia del cuello, retrocedieron llenos de miedo y persuadidos de que en aquella caja estaban los hechizos con que encantaba á los que seguian su doctrina. Uno de ellos, temiendo tocarlos, tomó un sable para cortar el cordon que le sostenia, é hizo al P. una ancha herida que derramó mucha sangre. En fin, los bárbaros, persuadidos de que los encantos mágicos de los cristianos tenian poder bastante para resistir los filos de sus espadas, se hicieron traer una hacha enorme de que en los templos se servian para degollar las víctimas ofrecidas á los ídolos; y luego ataron una cuerda á la barba del santo misionero, y se la rodearon al cuerpo, para que tuviese la cabeza doblada hacia adelante mientras le descargáran el golpe.

El hombre de Dios se hincó al instante de rodillas, y en esta postura aguardaba la corona del martirio, cuando dos cristianos abriéndose paso por entre la multitud de espectadores fueron á arrojarse á los pies de su caritativo pastor pidiendo morir con él. Extrañamente sorprendió su valor á todos los circunstantes; mas no hizo sino irritar á los verdugos, quienes no atreviéndose sin embargo á quitarles la vida sin órden, se aseguraron de las personas de ambos y los pusieron aparte. Despues de lo cual, volvieron al padre Brito y le cortaron la cabeza. El cuerpo, que naturalmente debia caer hacia adelante, porque á esta parte estaba inclinado antes de recibir el golpe, cayó de espaldas con la cabeza que aun no habia quedado

del todo separada. Y cuando la hubieron separado del tronco, los verdugos cortaron las manos y los pies del mártir, y ataron el cuerpo con la cabeza á un poste para que quedáran expuestos á la vista é insultos de los transeuntes.

Acabada la ejecucion, los verdugos llevaron al príncipe los dos cristianos que se habian ofrecido al martirio. El bárbaro mandó que les cortasen las narices y las orejas, y los soltó con ignominia. Uno de ellos, llorando amargamente por no haber alcanzado la gloria de morir por Jesucristo, volvió al sitio del suplicio, consideró despacio las santas reliquias, y recogiendo devotamente los pies y manos que estaban tirados por el suelo, los llevó cerca del poste, y permaneció algun tiempo en oracion antes de retirarse.

Pesca de las perlas.

La costa de la Pesquería, tan famosa por la pesca de las perlas, empieza en el cabo Comesin, y forma una especie de bahía que tiene mas de cuarenta leguas desde el Cabo hasta la punta de Ramaneucor, donde la isla de Ceilan se une casi á Tierra firme por una cadena de rocas que llaman algunos europeos *el Puente de Adan.* En aquel parage la mar en su mayor altura no tiene mas de cuatro ó cinco pies de agua, de suerte que solo pueden entrar en él barcos muy chatos. La costa toda es inabordable á los buques de Europa, porque la mar se rompe contra ellos terriblemente.

Como á principios del año, la compañia holandesa envia diez ó doce barcos al sitio donde se ha determinado pescar las perlas. Estos barcos se separan á diferentes radas, y cada pescador pesca algunos millares de ostras que traen á la playa. Cada millar se abre aparte y tambien se ponen aparte las perlas

que de él se sacan. Si el precio de las que se encuentran en un millar sube á un escudo ó mas 3 francos, es indicio de que la pesca en aquel sitio ha de ser abundante y rica; pero sino llegase á treinta sueldos (franco y medio), como la utilidad no excedería de los gastos indispensables, no se hace la pesca aquel año. Cuando ha salido bien la prueba y se ha publicado que habrá pesca, acuden de todas partes á la costa, para el tiempo señalado, una extraordinaria afluencia de pueblo y barcos cargados de todo género de mercancías. Los comisarios holandeses llegan de Colombos, capital de la isla de Ceilan, para presidir la pesca, que se abre muy de mañana á la señal de un cañonazo. En aquel momento todos los barcos parten y se adelantan en el mar, precedidos de dos lanchas holandesas, que andan la una á la derecha y la otra á la izquierda, para marcar los límites de la pesca; y los buzos de cada barco se sumergen en el agua hasta la profundidad de cuatro ó cinco brazos.

Cada barco lleva muchos buzos que se echan al agua sucesivamente; asi que sale uno, se hunde otro. Van atados á una cuerda sujeta por el otro cabo al palo del barco, y de tal modo dispuesta que los marineros del barco puedan tirarla ó aflojarla fácilmente por medio de una poléa. El que se sumerge lleva atada al pie una gran piedra para bajar mas pronto, y á manera de un saco á la cintura para guardar las ostras que ha pescado. En llegando al fondo del mar, recoge con prontitud cuanto encuentra á la mano y lo mete en el saco. Cuando encuentra mas ostras que las que puede llevarse de una vez, hace un montoncito, y subiendo á la superficie del agua para tomar aliento, vuelve luego á bajar, ó envía algun compañero que recoja el monton. Para volver al aire, nada mas tiene que hacer que tirar fuertemente de una cuerdecita distinta de la que la

ciñe el cuerpo: un marinero del barco, que tiene en la mano la otra punta de la cuerdecita para observar su movimiento, da al instante la señal á los otros, quienes al punto tiran hacia arriba del buzo, quien para subir mas pronto, suelta, si puede, la piedra que lleva al pie. Los barcos no distan tanto unos de otros, que no se peleen los buzos con harta frecuencia bajo el agua, para arrebatarse los montones de ostras que se han formado. Como las gentes de esta costa se acostumbran desde su niñez á hundirse en el agua y retener el aliento, salen muy hábiles buzos.

Sacadas ya y bien lavadas las perlas, se tienen cinco ó seis lebrillos de cobre, taladrados como cribas y de modo que encajen unos en otros, para que quede algun intérvalo entre los de arriba y los de abajo. Los agugeros de cada barreño no son del mismo tamaño que los del otro: el segundo los tiene mas pequeños que el primero, el tercero mas que el segundo, y asi sucesivamente. Se echan en el primer barreño las perlas gruesas y menudas despues de bien lavadas. Las que no pasan se clasifican por de primer órden; las que se quedan en el segundo lebrillo son de segundo órden, prosiguiéndose del mismo modo hasta el último, que no estando taladrado recibe las perlas en simiente. Estos diferentes órdenes dan ordinariamente el precio á las perlas, á no ser que la redondez mas ó menos perfecta ó las aguas mas hermosas aumenten ó disminuyan su valor. Los holandeses se reservan siempre el derecho de comprar las mayores; pero si aquel de quien son no quiere venderlas por el precio que le ofrecen, no le violentan, sino le permiten que las venda á quien le acomode (1).

(1) Despues acá los holandeses han cedido la isla de Çeilan á los ingleses de quienes depende ahora la pesca de las perlas.

Serpientes venenosas de la India.

La serpiente *nalla pambou* (serpiente buena) se encuentra en muchas partes de la India. Los idólatras, imaginándose que estas serpientes están consagradas á uno de sus dioses, les tributan cierto culto, y tienen gran cuidado de conservarlas, dando de comer á muchas á las puertas de sus templos y aun dentro de sus casas. Mas el reptil, aunque le llaman *bueno*, no por eso deja de dar muerte á sus propios adoradores.

El remedio específico contra la mordedura de la serpiente y de otros muchos animales venenosos que en las Indias hay, se llama *veia marondou*, es decir, el remedio contra el veneno. Le usan mas los cristianos que los idólatras, quienes prefieren recurrir á prácticas supersticiosas.

El veneno de las serpientes de la India es tan maravillosamente sutil, que muchas veces no deja una hora de intérvalo entre la mordedura y la muerte; por lo cual cuidan los misioneros de ir provistos de un excelente contra-veneno que dan liberalmente á cristianos, moros é idólatras. "Yo mismo he salvado á muchos por este medio, dice un misionero; pero es menester darle sin dilacion. Oyendo despedir dolorosos gritos á una catecúmena cerca de la Iglesia, corrí allá y vi que la habia mordido una serpiente: mi primer cuidado fué de bautizarla; luego fuí por el contra-veneno; mas cuando volví, la encontré muerta, todo en menos de un cuarto de hora."

Debe decirse á gloria de Dios que en lo que toca á las serpientes, no parece sino que una providencia particular vela por los misioneros: es en efecto inaudito el que ninguno haya sido mordido nunca. Yo las

he encontrado en mi aposento, sobre mi cama, sobre mi ropa, debajo de mis pies, y nunca me han hecho mal. Una noche estaba yo acostado vestido sobre una estera en una pequeña estancia donde guardábamos el Santísimo Sacramento: despertándome, ví sobre mí á la luz de una lámpara una gruesa serpiente cuya cabeza se extendia hasta mi garganta: hice la señal de la cruz, y el animal se deslizó al suelo, y fué muerto por otro misionero que llegó (1).

El Cáucaso.—Cachemira.—Los dos Tibet.

El Cáucaso, dice el P. Desideri, es una alta cordillera de montañas muy altas y escarpadas. En subiendo á una, se halla detrás otra mas alta, despues otra, y cuanto mas se sube, mas se encuentra que subir, hasta que se llega á la mas elevada de todas, llamada *Parpangial.*

Los idólatras miran con gran veneracion esta montaña, á donde llevan ofrendas y rinden un culto lleno de supersticiones á un anciano á quien creen está confiada la guarda de aquel sitio.

Las cumbres de las montañas mas altas están siempre cubiertas de nieve y hielos. Doce dias empleamos

(1) Las grandes serpientes de las Indias se tragan las cabras, los ciervos etc. NUEVO DICCIONARIO DE HISTORIA NATURAL, art SERPIENTE.

De las cuarenta y tres especies de serpientes descritas en la costa de Coromandel por Russel, siete son venenosas. IBIDEM.

Las serpientes de las Indias exparcen un vapor que hace caer en deliquio: los negros le distinguen desde muy lejos. Es parecido al aliento fétido de algunas personas que digieren mal, ó que tienen en el estómago un depósito de mucosidades, efecto de malos alimentos. IBIDEM.

Las grandes serpientes de las Indias, que tienen hasta veinte y cinco pies de largo, son muy fuertes: se enroscan al rededor de un árbol en emboscada. aguardan á que llegue un animal, le prenden, le ahogan en sus tortuosos repliegues, le cubren de una baba espumosa que vierten de rabia para ablandarlos, y se los tragan poco á poco. Las otras serpientes mas pequeñas se encaraman en los árboles, buscan los pájaros en sus nidos, y matan sin compasion los débiles polluelos que no pueden todavia valerse de sus alas La madre tímida, no pudiendo libertarlos del diente devorador, contempla de lejos, piando dolorosamente, su querida nidada que le están devorando los reptiles. IBIDEM.

en pasar la cordillera á pie, atravesando con dificultades increibles impetuosos torrentes formados del deshielo de las nieves, y que se precipitan por entre las piedras y las breñas. Estas breñas y estos torrentes, que hay que resistir sin cesar, hacen dificilísimos los pasos. Muchas veces tuve que atarme á la cola de un buey de carga, que pasaba al mismo tiempo que yo, para que no me llevase la violencia de la corriente.

Pero este pais montañoso no deja de ser muy agradable en muchos sitios por la multitud y variedad de los árboles, la fertilidad de las tierras y las diferentes poblaciones que se hallan; y los caminos no son tan impracticables en todas partes, que no puedan andarlos los viageros á caballo ó en unos á modo de palenquines.

Llegamos á Cachemira. La prodigiosa cantidad de nieve que alli cae durante el invierno cerrando absolutamente los pasos, nos obligaron á detenernos seis meses. Una enfermedad que me puso á las puertas de la muerte, no me impidió proseguir el estudio de lengua persa, y hacer indagaciones sobre el Tibet; pero por mas cuidado que puse, no supe entonces sino de dos Tibet. El uno se extiende de Septentrion á Occidente, y se llama Pequeño Tibet; principia á pocas jornadas de Cachemira, y sus habitantes y los príncipes que los gobiernan son mahometanos. Este pais no puede menos de ser muy estéril para los predicadores del Evangelio: una muy larga experiencia nos ha convencido hasta del poco fruto que se puede recoger en las regiones en que domina el mahometismo.

El otro Tibet, que llaman gran Tibet, se extiende de Norte á Levante, y dista algo mas de Cachemira. El camino que á él conduce, es bastante frecuentado por las caravanas que van anualmente á buscar lanas. Ordinariamente se anda por desfila-

deros: las seis ó siete primeras jornadas no son penosas; pero despues se hacen muy difíciles los caminos por los vientos que allí reinan, las nieves y el rigor del frio; á lo cual hay que añadir la necesidad absoluta de haber de descansar por las noches sobre el desnudo suelo, y aun á veces encima de la nieve ó del hielo.

El gran Tibet principia en la cumbre de una horrible montaña, cubierta de nieve, y llamada *Kautel*, un lado de la cual es territorio de Cachemira, y el otro del Tibet. El camino hasta *Lek*, por otro nombre *Ladak*, fortaleza donde reside el rey, va por entre dos montañas que son la verdadera imágen de la tristeza, del horror y de la muerte misma. Están amontonadas unas sobre otras, y tan contiguas que apenas las separan los torrentes que con ímpetu se precipitan de sus cimas, rompiéndose con tal estruendo contra las rocas que aturde y amedrenta á los mas intrépidos viajeros. Lo alto y lo bajo de estas montañas son igualmente impracticables. Hay que caminar ordinariamente á media pendiente, y el camino por lo comun es tan angosto, que apenas se encuentra espacio bastante para sentar el pie. Así es menester caminar con suma precaucion: al menor desliz, iria uno rodando á los precipicios, con mucho peligro de la vida, ó á lo menos de romperse los brazos y las piernas, como á muchos sucedió de los que con nosotros viajaban. Aun si aquellas montañas tuviesen arbustos á que asirse! pero no se halla ni una mata de yerba. Para pasar de una montaña á otra, es necesario atravesar impetuosos torrentes que las separan, sin encontrar mas puentes que algunas tablas estrechas y temblonas, ó algunas cuerdas tendidas y enlazadas con ramas verdes: á veces es preciso descalzarse para apoyar el pie con menos riesgos: os aseguro que me estremezco aun al acordarme de aquellos horribles pasos.

Noticia de las islas de Francia (1) y de Borbon.

La isla de Francia, llamada antes isla Mauricio, dice el padre Ducros, está al Oriente de Madagascar. Poseyéronla los portugueses y holandeses sucesivamente: los ciervos, los cabritos y cerdos silvestres que allí se hallan, los naranjos y limoneros son pruebas de haberla habitado los primeros.

El aspecto de esta isla, por donde quiera que se la mire, embelesa. En todas partes se ven deliciosos paisages cortados por colinas, rios, valles, prados y bosques, cuyos árboles producen hermosos frutos ó madera propia para construcciones y obras de embutido. Vénse allí infinidad de tortolillas que se dejan coger con la mano, y papagayos verdes y grises que se cogen tambien muy fácilmente, porque al reclamo de uno acuden todos los demás. Yendo de un puerto á otro, cuya travesía será de catorce leguas, me admiré de una llanura, llamada el *Flat*, donde parece que la naturaleza se ha complacido en reunir las cosas mas agradables. Á un lado bosques de frutales; al otro bosques de ébano; aquí aguas corrientes; mas allá vastos estanques. Enmedio de esta llanura estaba acampado un destacamento de soldados franceses, que se regocijaron de que les diese nuevas de su patria. Pernocté con ellos, y me contaron los contínuos peligros á que estaban expuestos noche y dia; de donde tomé ocasion para exhortarlos á conservarse siempre en disposicion de comparecer ante el Supremo Juez. Eran la causa de sus temores los esclavos refugiados en los montes. Me enterneció extremada-

(1) Esta isla situada á mitad de camino entre la extremidad meridional de Africa y de la India, pertenece ya á los ingleses, á quienes la Francia la cedió en 1814, y ha recobrado su nombre de isla Mauricio.

mente la relacion de uno de ellos, que no se conservaba vivo sino porque le habian creido muerto aquellos bárbaros de las heridas que le habian dado: con el brazo roto y abierto el vientre, y sosteniendo con la mano las entrañas, habia llegado arrastrando con el favor de la noche á lo alto de una roca, desde donde á la luz de una grande hoguera que tenian encendida los negros cimarrones, los vió asar á dos compañeros de él, y aquella inhumana caterva bailar al rededor de ellos levantando espantosa gritería.

Cuando llegué á Puerto-Luis, tuve la satisfaccion de egercer las funciones del ministerio apostólico. Como el cura párroco del puerto, creyendo tener justos motivos de disgusto, se hubiese retirado á la isla de Borbon, hice sus veces todo el tiempo que estuve en aquel puerto: dije las misas parroquiales; dí instrucciones á la guarnicion y á los negros; confesé, administré, cuando hubo necesidad, los otros sacramentos; cumplí en fin con todas las obligaciones de un párroco.

Se puede llamar á la isla de Francia el reino de las ratas. Véselas bajar, en cuerpo de ejército, de las montañas, trepar á las rocas mas escarpadas, pasearse por el pais llano, atroparse en los pantanos, asolándolo todo, especialmente por la noche. Yo mismo las he visto á la caida del dia salir del seno de la tierra en la multitud que las hormigas, y llevar el estrago á todas partes: no hay nada libre de sus dientes. ¿Quién ha de dormir tranquilo en medio de tan maldita raléa? Para librarse de sus insultos hay que envolverse como unos muertos, y acostumbrarse á sentir sobre sí aquellos animales, trotando, saltando y riñendo; y al despertarse al otro dia, contarse unos á otros los bocados que han recibido.

Los negros cimarrones ó fugitivos son enemigos mas peligrosos, pero de quienes es mas fácil deshacerse: son esclavos comprados en Madagascar, que

habiendo desertado unos tras otros, se han juntado en las montañas, y de allí hacen muy crueles excursiones contra sus antiguos amos.

La isla de Mascareñas ó de Borbon, es un peñon horrible por de fuera, pero muy alegre y muy fértil por dentro. Esta isla, segun me contó un buen anciano que es el mas antiguo de sus habitadores, sirvió primero de enfermería para los franceses enfermos de Madagascar, y de lugar de destierro para los insubordinados. El degüello de los franceses en aquella grande isla fué la cruel época de nuestro establecimiento en Borbon. Tiene mas de ochenta leguas de circuito y de veinte y cinco á veinte y ocho de diámetro. Aunque aparenta no ser mas que un espantoso peñasco, se divide realmente en tres partes que forman tres montañas. Dos cosas me parecieron muy dignas de notar, el volcan y la montaña de Salases.

El volcan está en la cima de un monte de figura de pilon de azúcar: debajo de la cima hay una sima donde, como en una gran caldera, el volcan vomita torrentes de escoria de hierro inflamada. En llenándose la caldera, la materia rebosa con tanto ímpetu y abundancia, que ha obligado al mar á retirarse bastante lejos; pero las aguas recobran insensiblemente el terreno perdido. El continuo fuego que la montaña alimenta, se vé desde las inmediaciones casi todas las noches, y de cuando en cuando causa pequeños terremotos que varian mucho en cuanto al sitio; es, digámoslo asi, un fuego ambulante.

La montaña de Salases se halla en medio de la isla dominando á las demás que la rodean. La violencia del mar ú otra causa que se quiera, eleva hasta la cima por vias subterráneas una cantidad de agua tan grande, que forma los tres rios principales de la isla, los cuales se precipitan con suma rapidez, haciendo en el camino un prodigioso número de estrepitosas cataratas. Los otros rios son muy impetuosos tambien,

menos el de *Santa Susana*, que es muy manso; pero nacen en otros sitios.

En general la isla de Borbon es tan fecunda, que es inagotable, por decirlo asi, de bastimentos frescos. Los ganados y aves de corral se multiplican infinitamente, y la tierra no requiere labor, bastando solo esparcir el trigo y las demás semillas. El arroz, el maiz y las cañas de azúcar se suceden sin intermision en un mismo suelo. Todos los pájaros son buenos de comer, sobre todo el mirlo, y no hay ningun animal peligroso. El pescado de rio sabe algo á cieno, pero el de mar es esquisito. El vino del pais, que consiste en el jugo esprimido de las cañas de azúcar, es muy agradable de beber cuando ha fermentado ya tres ó cuatro dias en botellas. El aire de la isla se mantiene en todo tiempo tan puro y suave, y son tan sanas las aguas, que los enfermos que allí desembarcan recobran la salud en pocos dias. Dícese que no hay yerba ninguna que no sea medicinal; pero aun no se ha encontrado remedio al calambre, mal vivo y mortal que mata en momentos á quien recibe cualquier magullamiento ó lesion en los nervios.

Los habitantes de la isla de Borbon tienen por curas algunos misioneros de San Lázaro, sacerdotes de vida irreprensible, que egercen su ministerio con una regularidad y un celo superiores á todo elogio, repitiendo las virtudes de su fundador San Vicente de Paul.

MISIONES DE LA CHINA (1)

Y DE OTROS ESTADOS VECINOS.

Mision del Tong-King. — Persecucion de los misioneros.

La mision del Tong-king, reino situado entre la China y la Cochinchina, ha sido largo tiempo de las mas florecientes del Oriente.

La fundaron los PP. jesuitas Alejandro de Rodas y Antonio Marqués en 1627, quienes en menos de tres años bautizaron á mas de seis mil personas, contándose en este número tres bonzos que gozaban mu-

(1) El imperio chino confina con la Mongolia, el mar Amarillo y el de la China, el canal de Fonmosa, el Tong-King, el Tibet y el Sifan. La separa del pais de los Mantchoux la famosa muralla que se prolonga por espacio de quinientas leguas aun por los llanos y valles mas profundos Se divide en quince provincias, que por su extension y poblacion podian pasar por otros tantos reinos. Le cortan cinco ó seis cadenas de montañas, que todas juntas no son sino continuaciones de la gran mesa central del Asia, del Tibet y de la Mongolia.

Una multitud de rios y lagos que atraviesan la China proporcionan incalculables ventajas á la agricultura y á la navegacion interior; á lo cual deben añadirse los canales, que algunos se extienden á trescientas leguas: el mas célebre, que es el que pone en comunicacion á Pekin con Canton, tiene mas de seiscientas leguas de curso, y le mandó abrir á fines del siglo XIII el hijo de Gengis-kan. Siendo tanta la extension del imperio, se experimentan en unas partes calores excesivos, y en otras frios mas rigurosos que en ninguna de las regiones de Europa situadas bajo la misma latitud. En Pekin los extremos del calor y frio son mayores que en Madrid, aunque la latitud es la misma: las heladas principian en noviembre, y continúan sin intermision casi hasta el fin de marzo. Al frio sucede repentinamente un calor excesivo. Hablando con propiedad, no hay mas que dos estaciones en la capital del imperio el invierno y el verano. (Cartas edificantes escogidas.)

cho crédito entre aquellos pueblos y prestaron á los misioneros infinitos servicios.

Asustados los sacerdotes de los ídolos de ver que sus discípulos abrazaban como á porfia la religion cristiana, hicieron cuanto podian para desacreditarla y que el rey entrase en sospechas de los misioneros. Consiguiéronlo, y los PP. fueron expelidos del reino á los tres años de permanencia. Mas los tres bonzos convertidos cuidaron de la nueva cristiandad, y con tanto esmero la cultivaron, que cuando al año siguiente volvieron los misioneros al Tong-King, la encontraron aumentada con cuatro mil neófitos. El rey, que los habia mandado volver porque se habia convencido de la impostura de los sacerdotes idólatras, les concedió permiso de predicar el Evangelio en sus estados. Hiciéronlo con tanto fruto, que muy én breve se contaron en el reino doscientos mil cristianos. Pero los grandes se quejaron al rey de los progresos de la nueva religion, y le representaron con tales razones los males inevitables que, segun ellos habian de causar aquellos extranjeros, que el rey al cabo proscribió el cristianismo y desterró segunda vez á los misioneros.

En 1696 se suscitó nueva persecucion contra los cristianos. El rey prohibió á sus súbditos el que abrazasen la religion de los portugueses, y á cuantos la profesaban; el juntarse á orar y llevar imágenes ó medallas. Tambien mandó prender á los extranjeros; y en su consecuencia el gefe de los catequistas fué encarcelado y cargado de cadenas.

Este edicto asustó á los cristianos y consternó á los misioneros: nadie se atrevia ya á recibirlos. Fueron derribadas casi todas las iglesias y casas de los catequistas en las provincias del Norte, y maltratados en muchos lugares los cristianos. Mas hubo provincias donde los gobernadores, mas moderados, se contentaron con enviar el real edicto á los gefes de

las poblaciones, á fin de que los cristianos se resguardasen.

En 1735 cuatro jesuitas tuvieron valor para entrar secretamente en el reino; pues fueron víctimas de su celo, pagando con sus cabezas su amor á la propagacion de la fé. No obstante estas persecuciones y las continuas pesquisas de los soldados que esparcian el terror por todas partes, no vacilaron los fieles en la fé, y su número se fué acrecentando de dia en dia. Algunos años despues un acontecimiento imprevisto causó un cambio favorable al cristianismo. Habiendo sido asesinado por un eunuco el rey, príncipe afeminado, subió al trono un hermano suyo. Visitando el nuevo monarca en 1748 un arsenal, vió unas piezas de artillería con inscripciones que movieron su curiosidad; pero como los caractéres eran europeos, nadie se los sabia explicar. Preguntó entonces por los dos misioneros que en otro tiempo habia visto en su capital; y le respondieron que ambos habian sido ajusticiados. "¡Oh Dios! exclamó, ¿cómo se atreven los ministros sin órden mia á esos actos arbitrarios? Ahora nos habria sido de suma utilidad la ciencia de aquellos dos extranjeros, que nos hubieran explicado las inscripciones de estos cañones." Al punto mandó se le buscase un europeo que se las explicase. Al oir esta órden un cristiano, prometió que él le encontraría: diósele copia de las inscripciones, y él las comunicó al P. Venceslao Palecenk, superior de la mision. La explicacion que dió el P. fué enviada al rey, quien se manifestó muy satisfecho de haber encontrado un hombre de quien esperaba sacar importantes conocimientos. Envió en busca de él á cuatro mandarines, que le colmaron de distinciones los cinco dias que duró el viaje. Cuando llegó á la capital, le llevaron á palacio, y despues de una corta conversacion con el rey, se fueron al arsenal. Allí le preguntaron cómo se habian de ma-

nejar aquellos cañones: él dijo lo que sabia en la materia, y el dia se terminó con una cena magnífica que de órden del rey se le sirvió.

Desde aquel tiempo los cristianos acudieron á las fiestas al estruendo de las cajas y al sonido de los instrumentos. El príncipe pidió un matemático y un artillero, y declaró además que deseaba viniese un buque de Macao á comerciar en sus puertos con seguridad de que no tendria que pagar ningun derecho. Mientras en Macao se disponian á satisfacerle, el P. Paleceuk hacía muchísimos prosélitos. Los bonzos se llenaban de envidia al ver estos progresos, y queriendo atajarlos, uno persuadió á un eunuco que acusase al misionero de que desenterraba los cadáveres, tomaba sus huesos y con ellos componia unos polvos que eran un verdadero veneno. "Ese europeo es de índole pacífica, y no quiere hacer mal á los vivos ni á los muertos: véte."

No por eso desistieron los bonzos de irritar los ánimos contra el P. Paleceuk. Pasaron tan adelante las cosas, que no se creyó ya seguro. El rey, sabedor de toda aquella efervescencia, la quiso detener: hizo llamar al eunuco, y le mandó que declarára á instigacion de quién habia acusado al europeo. Como el eunuco denunciase el nombre de un bonzo, el rey mandó prender á este y que se le hiciera causa; el sacerdote de los ídolos fué condenado á muerte; pero el P. Paleceuk pidió y obtuvo que se le perdonase. El rey, favorable siempre al misionero, mandó luego publicar que se cortaria la lengua á cualquiera que hablase mal de los europeos.

La conducta del príncipe inspiraba al P. Paleceuk las mas grandes esperanzas en favor de la religion; pero no correspondió el fin á los principios. En Macao se habia necesitado tiempo para cumplir con las intenciones del príncipe. Así que se pudieron reunir las personas aptas para serle presentadas en calidad

de matemáticos, y las cosas necesarias para la expedicion, se hizo esta á la vela, saliendo de Macao el 6 de marzo de 1751 el P. Simonelle con otros cuatro jesuitas de la mision del Japon. Cuando llegaron al Tong-King esperaban ser bien acogidos del rey, que los habia pedido: así fué muy grande su sorpresa cuando en vez de eso recibieron órden de no pasar adelante de las playas. Sin embargo, enviaron al rey los regalos que le traian. Los regalos fueron aceptados; pero los misioneros no alcanzaron por todo favor sino la licencia de construir una casa para su vivienda á la orilla del mar. Atribuyóse el mal éxito de la empresa á la envidia de los ministros, con quienes el P. Paleceuk habia omitido consultarlo antes de llamar á sus compañeros. Sea lo que fuere, viendo el P. Simonelle, anciano ya de setenta años, que nada se podia hacer en el reino, quiso volverse á Macao; para lo cual pidió licencia, que se le otorgó sin dificultad. Sus cuatro compañeros se introdugeron furtivamente en las provincias, donde ejercieron su ministerio para con las gentes sencillas y pobres, con mas fruto que no hubieran logrado de los ricos y de los grandes.

Poblacion, clima y producciones del Tong-King.

Se cuentan en este reino mas de veinte mil lugares, muy poblados todos. El clima es excelente; algo de frio se experimenta cuando sopla con violencia el viento Norte; pero nunca se ha visto alli hielo ni nieve; nunca los árboles han perdido el verdor; nunca el aire se ha infestado de vapores contagiosos; el cielo está siempre tan puro y tan sereno, que no se conocen en aquellos paises la peste, ni la gota, ni las piedras, ni las fiebres malignas, ni otras mil en-

fermedades harto conocidas en Europa. El alimento ordinario de los habitantes es el arroz, con el que hacen tambien un vino tan fuerte como el aguardiente. Las mejores frutas son ias naranjas y una especie de higos encarnados: otra especie de estos ví que se parecen á los de Provenza en figura y sabor; pero no nacen sino al pie del árbol y en mucha abundancia. Tambien se encuentran muchos limones; mas son allí mal sanos, y sirven solo para los tintes de las telas. Se ven otros árboles muy grandes, cuyas ramas no producen hojas ni fruta, sino flores solamente. Otra especie hay cuyas ramas se encorvan hasta el suelo, y echan raices de que nacen otros árboles, los cuales encorvándose despues del mismo modo, echan á su vez otras raices; de suerte, que á la larga llegan estos árboles á ocupar un terreno muy extenso, formando como emparrados, á cuya sombra pudieran descansar muchos miles de hombres.

Los caballos son de rara hermosura y muchísimos. Admiran su fuego, su ligereza y vigor; pero en general son de corta alzada y poco aptos para tiro. No son menos comunes los elefantes, de los cuales se crian mas de quinientos para el servicio del rey, á quien sirven á la mesa aquella carne. No hay leones ni corderos; mas en lugar de ellos hay prodigioso número de ciervos, osos, tigres y monos. Estos últimos son notables por su corpulencia y atrevimiento: se los suele ver entrar, dos ó tres mil juntos, en los campos de mieses, saciarse primero, hacer luego anchas fajas de paja que se rodean al cuerpo, despues de lleno de arroz, y volverse cargados de este botin á la vista de los labradores, sin que nadie tenga valor para atacarlos.

Entre las aves raras y curiosas del pais, hay una especie de gilgueros de tan suave y melodioso canto, que se les ha dado el nombre de pájaros del cielo: tienen los ojos brillantes como rubíes, el pico largo

y afilado, un cordoncito azul al rededor del cüello, y en la cabeza un penachito de varios colores: sus alas, cuando están encaramados, ofrecen una mezcla de colores amarillo, azul y verde; pero pierden todo su brillo cuando vuelan. Este pájaro hace su nido dos veces cada año en los espinos mas espesos: se esconde mientras llueve, mas á los primeros rayos del sol sale de su asilo, vuela por los sotos, y con la dulzura de su canto parece que anuncia la vuelta del buen tiempo. Dicen que es mortal enemigo del kokien, otro pájaro singular que no habita sino en los pantanos. Cuando le ve, se le erizan las plumas del cuello, extiende temblando las alas, abre el pico, y despide un silvido como el de las serpientes. Su actitud es la de un ave que se va á arrojar sobre la presa, y todo su cuerpo anuncia el espanto acompañado del furor. Pero se contenta con mirar á su enemigo con los ojos fijos y turbados, sin acometerle nunca. El kokien tiene las alas, el lomo y la cola tan blancas que deslumbran; la cabeza encarnada, y el vientre amarillo claro con pintas grises y negras. Este ave, que será del tamaño de una codorniz, se anida solo en los cañaverales, y no se aparea mas de una vez al año.

Persecuciones contra los misioneros y cristianos de Cochinchina en 1700.

Este año ha habido, escribe el P. Arnedo, jesuita español, una cruel persecucion en la Cochinchina. Comenzó la tempestad en 14 de marzo de 1698. El rey, muy jóven aun, es sumamente supersticioso y enteramente dado á los bonzos chinos que ha llamado á su reino. Derribáronse muchas iglesias; y quizá la primera persecucion habria pasado á mucho mas, sin una calamidad pública causada por tormentas que distrajeron la atencion de la córte, que además se

inclinó á tratarme con mas favor porque predije un eclipse.

Á poco llegó el año real, que se repite cada doce años. Como durante este año se concede al pueblo mucha libertad, los cristianos la disfrutaron como los demás, de modo que practicábamos los ejercicios religiosos tan públicamente como antes de la persecucion. Mas á principios de este año de 1700, algunos enemigos de los cristianos derribaron y quebraron varios ídolos en el campo. El rey, no dudando que fuésemos los autores del hecho nosotros, mandó que la primera vez que nos juntásemos, fuesen degollados cuantos cristianos estuviesen reunidos: tuve aviso á tiempo, y evité que se reuniesen.

Éramos entonces cinco misioneros europeos. El 12 de marzo vinieron á mano armada á nuestras iglesias, prendieron á nuestros criados, robaron nuestras casas, pusieron á cada misionero preso en su iglesia, y tres dias despues los llevaron á la cárcel, y los pusieron en cepos compuestos de dos tablones muy pesados sesgados por enmedio de su union para apretar el pescuezo. Á mí me prendieron tambien; mas al dia siguiente me restituyeron la libertad por mi calidad de matemático.

En 17 del mismo mes se publicó un edicto del rey, mandando derribar en todo el reino las iglesias de los cristianos, quemar todos los libros de su religion, y prender á todos los misioneros. Ordenábase á cuantos hubiesen abrazado el cristianismo que se volviesen á la religion de su pais, y que en señal de obediencia, fuesen á pisotear la imágen del Salvador, que es siempre la principal que en el altar exponemos. Esta órden se ejecutó primero en el palacio, en las casas de los mandarines, en las calles y plazas públicas de Sinoa. Muchos cristianos obedecieron, otros se escondieron, otros tuvieron bastante valor para merecer la palma del martirio.

El mismo dia se quemaron todos los libros sagrados; pero á mí me devolvieron los mios á pretesto de que podian servir para las matemáticas Á un misionero que habia huido al campo, le prendieron, y le prensaron fuertemente los dedos para obligarle á que declarase los nombres de los mandarines cristianos; pero él soportó valerosamente aquel suplicio, en términos de granjearse la estimacion de los paganos mismos. Un anciano fué muerto á golpes porque no quiso entregar los libros santos ni pisar la sagrada imágen.

El rey habia permitido á los soldados el robo de cuanto pertenecia á los cristianos, menos las cosas que nosotros miramos como sagradas, las cuales mandó se le llevasen. Enseñáronle, entre otros objetos, muchas reliquias, que algunas consistian en huesos enteros. Tomándolos en la mano: "Mirad, dijo, mostrándolos á sus cortesanos, adonde llega la impiedad de los cristianos: sacan de los sepulcros los huesos, cosa que debe darnos horror; y aun hacen mas, pues reduciendo muchos de esos huesos á polvo, y mezclando luego ese polvo en sus brevages, hechizan con eso al pueblo de tal modo, que todos abrazan ciegamente su doctrina." Y notando cómo sus palabras animaban contra nosotros á sus cortesanos, mandó que aquellos huesos se expusiesen en la plaza pública, y se explicase al pueblo el uso que de ellos hacíamos.

Entretanto se atormentaba furiosamente á los cristianos. Un mandarin de importancia del norte del reino se negó esforzadamente á pisar el crucifijo, por lo cual fué conducido á la córte; y presentado al rey: "Es menester al instante, le dijo el príncipe, ó pisotear esa imágen, ó morir."—"Morir mil veces, respondió: pronto á obedeceros en todo lo demás, no puedo hacerlo en lo que toca á mi religion." Indignados de la respuesta los mandarines que estaban

delante, rogaron al rey les permitiera hacerle pedazos; pero el príncipe, mas moderado, ordenó le llevasen á su pais, y allí le decapitasen. Cuando llegó, muchos parientes suyos fueron á echarse á sus pies, rogándole encarecidamente que obedeciese al rey, ó aparentase siquiera obedecerle, acercando un poquito el pie á la sagrada imágen, lo cual bastaría al general de las tropas que deseaba salvarle la vida. Pintáronle todas las desgracias á que su obstinacion arrastraría á su familia, y le suplicaron tuviera compasion de sus temores, pues iban á ser cogidos en la misma ruina. ¡Cosa extraña! el que tanto valor habia manifestado ante el rey, no le tuvo contra las lágrimas y súplicas de sus parientes: fingió que pisaba la imágen, protestando, no obstante, que era por ceder á su importunidad, y no renunciando la religion cristiana. El general escribió al rey que el mandarin habia en fin ejecutado sus órdenes; mas irritado el príncipe de que otro hubiese sabido hacerse obedecer mejor que él, mandó que se cortase la cabeza al mandarin, y asi se hizo. Murió arrepentido de su debilidad.

En 23 de abril fueron presentados al rey los cuatro misioneros, quien mandó los llevasen á otra prision aun mas áspera, donde parecia queria dejarlos á que se murieran de miseria. Tres señoras, conducidas al mismo tiempo á presencia del príncipe, fueron condenadas á ser apaleadas, luego rapadas, y á que por fin se les cortasen los extremos de las orejas y de los dedos. De los hombres, quienes no quisieron obedecer, fueron condenados á muerte. No podria yo enumerar todos los que padecieron y murieron por causa de la religion: hubo mártires de toda edad, sexo y condicion.

Un misionero se murió de miseria en la cárcel, y los otros arrastraban, muriéndose, la vida. Yo vivo en un jardincito que me han dado junto á palacio, y el título de matemático me sirve para andar libre-

mente por todas partes, y visitar y consolar á mis pobres presos.

Noticia de Achen, Malaca, Macao y Canton. = Extracto de una carta del P. Premare al P. Lachaise, confesor de Luis XIV.

En fin, hemos llegado á la China al cabo de siete meses. Lo que he visto en Achen me ha parecido digno de seros referido. No creo que sepais en qué estado se halla este reino en el dia, ni lo que es Achen, su capital; bien que abuso de las palabras, dando el nombre de ciudad capital á un conjunto confuso de árboles y casas. Imaginaos un bosque de cocos, bambúes, piñas y plátanos, por enmedio del cual corre un hermoso rio cubierto de barcos: en este bosque poned un crecido número de casas hechas de cañas, juncos y cortezas, y disponedlas de modo que ya formen calles, ya barrios separados. Contad estos barrios con praderas y sotos; derramad por ese gran bosque tantos hombres como se ven en nuestras mas pobladas ciudades, y habreis de convenir en que una ciudad de esta forma debe interesar á un extranjero. A primera vista me pareció uno de esos paisages que salen de la imaginacion de un pintor ó de un poeta. No puede darse cosa mas agradable, mas risueña: todo es sin estudio, campestre y aun algo salvaje.

La ciudad de Malaca dista de Achen unas ciento cincuenta leguas. Tambien allí se ven verdor y paisages; pero las casas están mejor construidas: hay mas concurrencia de naciones, mas extenso comercio, muchos mas europeos: se nota en todo mas estudio que en Achen, pero sin que el arte oculte á la naturaleza. En la ciudad hay mezquitas para los mahometanos, un templo dedicado á los ídolos de la Chi-

na, y se permite el público ejercicio de todas las sectas, menos el de la verdadera religion; de suerte que los católicos tienen que internarse en los bosques para celebrar á escondidas los santos misterios.

La ciudad de Macao, perteneciente á los portugueses, está edificada en una pequeña península, que solo se une á lo demás de la isla por un istmo muy estrecho, en el cual se ha construido una muralla de separacion. Posee buen puerto. Las casas son á la europea y algo bajas. Habítanla mas chinos que portugueses, los cuales son mestizos casi todos, y como no son ricos, parece que los chinos los desprecian. De Macao fuimos á ver la *Isla Verde*, á la que se ha puesto este nombre porque está muy poblada de árboles: está junto á la gran muralla que separa á Macao de lo demás de la isla; es la casa de campo de los jesuitas portugueses, y la sombra y frescura que allí se gozan, hacen muy agradable el sitio.

Estando en Canton ya, se empieza á tener idea de la China. Desde que se entra en su rio, se ven en sus márgenes vastos arrabales, verdes como hermosas praderas y cortadas de canales. Mas tierra adentro, collados coronados de árboles; y todo esto, mezclado con tantos lugares, que es una delicia el verlo.

La ciudad es mas grande y está tan poblada como París. Las calles son estrechas, y las mas empedradas con grandes piedras anchas. Las casas son muy bajas, y casi todas ocupadas con tiendas. La mayor parte de la gente que llena como hormigas las calles, llevan fardos á cuestas, porque todo allí se transporta en hombros de mozos de carga, desnudos los pies y la cabeza.

Nada es mas singular que el ver calles enteras sin ventana ninguna, porque todo lo ocupan las tiendas, muchas de las cuales solo se cierran con encañizados de bambúes, en forma de puertas. Cada calle tiene su puerta, que se cierra algo mas tarde que las de la

ciudad, y cada cual debe retirarse á su barrio al caer del dia; resultando de esta policía que de noche hay tanto sosiego en la ciudad como si no la viviera mas de una sola familia.

En la ria de Canton se ve como una ciudad flotante, de miles de barcas que se están tocando y forman calles. Cada barca es la vivienda de toda una familia, y contiene varios compartimentos para todos los menesteres del menage. El pueblo pobre, que es el que mora en aquellos cuarteles movibles, sale desde el amanecer á pescar, ó á cultivar el arroz, que se siembra y coge tres veces cada año.

Estado de las misiones de la China en 1703.

Los padres portugueses de nuestra órden, que fueron los primeros fundadores de esta mision, dice el P. Francisco Noél, tenian aquí ya muchas iglesias hermosas cuando llegaron los jesuitas franceses. Contábanse, habrá veinte años, en sola la provincia de Naukin, mas de cien iglesias y de cien mil cristianos: pero la buena dicha que los jesuitas franceses han tenido de captarse el emperador y de persuadirle á que favorezca la religion, ha hecho necesario fundar muchos establecimientos nuevos. Los portugueses han adquirido casas en muchas ciudades y en Pekin, y han edificado una iglesia para las mujeres, cosa muy necesaria, porque no es en China como en Europa, donde las iglesias son comunes para ambos sexos. Las mujeres se juntan en capillitas particulares, adonde los misioneros van, con mucha circunspeccion y prudencia, á predicarles por entre una reja y administrarles los sacramentos. Ellas practican los deberes de la religion con modestia y fervor, y las de Pekin se han despojado de sus propias joyas para

con esto adornar los altares de la nueva iglesia.

Aunque tenemos tres iglesias en esta ciudad, no bastan, y hemos resuelto edificar otra, dedicada á san José, en memoria del famoso edicto publicado por el emperador el dia en que la Iglesia celebra la festividad del santo: edicto que nos permitia predicar la ley de Jesucristo en todas las tierras de su dominio, y que se ha cumplimentado en todos los tribunales de la China.

Además de las iglesias que acabamos de mencionar, hay otras en las provincias de Naukin, de Co-couan, de Fokieu y de Canton. Ahora somos mas de setenta los misioneros esparcidos por este imperio, todos de nuestra compañía.

En 1694 los jesuitas de Pekin bautizaron á ciento y treinta personas: en 1695 á seiscientas catorce; en 1696 á seiscientas treinta y seis, y casi otras tantas en cada uno de los años siguientes. No hablo sino de los adultos, porque son muchos mas los niños que se bautizan, sobre todo de los que todas las mañanas se encuentran abandonados en las calles. Uno de nuestros primeros cuidados es el de enviar todas las mañanas catequistas á los diferentes barrios de la ciudad, á bautizar á todos los niños que encuentren. De veinte ó treinta mil que son abandonados cada año, regeneramos de este modo unos tres mil; y á pocos dejaria de alcanzar nuestro celo, si tuviéramos treinta catequistas empleados solo en esto.

Los progresos que va haciendo la religion son mucho mayores en las provincias del imperio que en Pekin. Los mas de los que abrazan el cristianismo son gente del pueblo. Es verdad que en China todo es pueblo, porque solo son nobles los príncipes de la sangre imperial, un corto número de príncipes tártaros y pocas familias particulares que el emperador ha condecorado con un título de honor. Como estas personas viven en la corte ó en la Tartaria, no es ex-

traño que en las provincias se cuenten tan pocos cristianos que sean personas distinguidas. Con todo, un príncipe tártaro abrazó pocos años há nuestra santa ley, con su mujer y mas de cincuenta criados suyos. Tambien contamos entre los cristianos á muchos mandarines, pero pocos, sino en el tribunal doméstico de Pekin.

Los principales mandarines y todas las gentes de distincion, sin embargo, estiman mucho al cristianismo; le miran como muy conforme á la razon; honran á los que le predican, solicitan su amistad, y gustan de oirlos hablar de nuestras máximas; alaban nuestra moral: pero en tocándoles á que dejen la religion de su pais, ya no nos oyen mas.

Si la China fuera cristiana, llevariamos la fé á la Tartaria, cuya parte oriental se va poblando mas cada dia: el emperador manda construir en ella ciudades, y los lugares mismos son muy poblados. Pero en la Tartaria occidental solo hay ciudades y lugares á la parte de los Usbecks y del mar Caspio. En esa inmensidad de pais habitan diversos pueblos errando con sus ganados, y seria dificilísimo el convertirlos, porque tienen ciega confianza en sus lamas.

No ofrece menos obstáculos la conversion de las señoras chinas, porque no salen nunca de casa, ni reciben hombres de visita. Es máxima fundamental del imperio que una mujer no debe nunca presentarse en público ni tomar parte en los negocios de fuera. Para que les sea imposible violar esta máxima, han sabido persuadirles que la hermosura consiste en lo menudo del pie, de modo que su primer cuidado es privarse de la facultad de andar. Una criatura de un mes tiene mas pie que una señora china. Los misioneros no pueden instruirlas: primero tienen que convertir al marido á fin de que él mismo instruya á su mujer. No obstante, una mujer, cuyo marido idólatra conocia nuestras santas verdades, le rogó,

hallándose muy enferma, que dejára venir á un misionero que la bautizase, y como él la amaba mucho, lo consintió! Pero como los bonzos lo supiesen, le reconvinieron fuertemente, y se retractó. ¡Algunos amigos suyos cristianos le rogaron que cumpliese su promesa. "Ya conozco, les dijo, la astucia de los misioneros: vienen con su aceite á arrancar á los enfermos los ojos para con ellos hacer anteojos de larga vista. No, no pondrá los pies en mi casa: quiero que entierren á mi mujer con sus ojos." No se le pudo desengañar, y su mujer espiró sin haber recibido el bautismo.

Benevolencia del emperador Chang-hi para con los misioneros.—Exequias del P. Verbiest, en Pekin.

Partimos, dice el P. Fontanai en una carta del año 1703 al P. de Lachaise, los PP. Tachard, Billou, Lecomte, Videlou, Bouvet y yo para las misiones de la China y del Japon, y llegamos el 13 de julio de 1687 á Nimpo, puerto del mar oriental de la China enfrente del Japon. Algun tiempo despues supimos que el emperador Chang-hi nos llamaba á Pekin por estas palabras llenas de bondad: "Vengan todos á la córte: los que sepan matemáticas, se quedarán conmigo, y los demás irán á las provincias á donde mejor les pareciere." Así que nos fué entregada la órden imperial, vinieron los principales habitantes á cumplimentarnos por la honra que el emperador nos dispensaba: y nos pusimos en camino acompañándonos un mandarin que cuidaba de cuanto nos era necesario.

Llegamos á Pekin el 7 de febrero de 1688. La córte estaba de luto por el fallecimiento de la emperatriz, abuela del emperador, y nuestros PP. por

el P. Verbiest, á cuyas exequias asistímos. Tal fué el órden que se guardó. Á las siete de la mañana vinieron unos mandarines enviados por el emperador, y todos juntos fuimos á la sala en que estaba el féretro. Se le sacó por las calles en unas andas coronadas de una especie de cúpula ricamente cubierta, y sostenida por cuatro columnas vestidas de adornos de seda blanca, color que es el de luto en China. De una columna á otra pendian muchos festones de seda de otros diversos colores. Llevaban las andas ochenta hombres. Todos los jesuitas se arrodillaron delante del cuerpo enmedio de la calle: luego hicimos tres profundas reverencias, y se rompió á andar en el órden siguiente:

Veíase primero un cuadro de veinte y cinco pies de alto y cuatro de ancho, adornado con festones de seda y cuyo fondo era de tafetan, en el cual se leian el nombre y dignidad del P. Verbiest, escritos en chino y con grandes letras doradas. Delante de esta máquina, que sostenian muchos hombres, iba una porcion de músicos de instrumentos, y detrás otra porcion de personas llevando estandartes, festones y banderolas. Venia luego la cruz en un gran nicho adornado de columnas y varias labores de seda. Seguíanla muchos cristianos con estandartes ó cirios, yendo de dos en dos por enmedio de las anchas calles de Pekin. En otro nicho se veía la imágen de la Vírgen y del niño Jesus, sosteniendo un globo en la mano, y detrás el retrato del P. Verbiest, que se llevaba con todos los símbolos de las dignidades con que le habia honrado el emperador. Aparecíamos despues nosotros con nuestros trages de luto blancos, y de trecho en trecho manifestábamos la tristeza de que estábamos penetrados con repetidos sollozos á estilo del pais. Seguíase el cuerpo del P. Verbiest, acompañado de los mandarines nombrados por el emperador para honrar la memoria del célebre misionero.

que todos iban á caballo, y eran todos de la mayor distincion; cerrando la marcha cincuenta soldados de caballería. Las calles estaban llenas á ambos lados de infinito pueblo que en profundo silencio nos veía pasar.

Tenemos nuestra sepultura fuera de la ciudad, en un jardin, donde se han construido una capilla y pequeños cuerpos de edificio. Llegados á la puerta, nos arrodillamos delante del cadáver, hicimos nuevas reverencias, y volvió á empezar el llanto de los circunstantes. Llevóse el cuerpo junto al sitio donde se habia de inhumar, y despues de algunas preces, nos prosternamos otra vez, y se le metió en la sepultura. Entonces se repitieron con mas violencia los plañidos de los concurrentes. Distante pocos pies del sepulcro se puso una cruz de mármol blanco, en que se habian escrito en chino y latin el nombre, edad y patria del difunto, el año de su fallecimiento, y el tiempo que habia vivido en China.

Pekin.—Provincia de Chan-si.—Nankin.—Llegada del emperador Chang-hi à esta última ciudad.

Pekin se compone de dos ciudades, escribe el padre Fontanay; la primera, en medio de la cual se ve el palacio del emperador, se llama la ciudad de los tártaros; y la segunda, ciudad de los chinos. Están unidas una á otra, teniendo cada una cuatro leguas de circunferencia. Es tanta la muchedumbre del pueblo y tanto el embarazo, que apenas puede andarse por las calles, aunque son muy anchas y no salen á ellas las mujeres.

Fuimos á ver la famosa campana de esta ciudad, que pesa cien mil libras, segun nos han asegurado: tiene de alto vez y media su ancho, y se halla eleva-

da sobre una masa de ladrillo y piedra de forma cuadrada, y cubierta solamente con un techo de esteras, desde que se quemó el de madera.

Las puertas de la ciudad son sumamente altas, y encierran un gran patio cuadrado, ceñido de murallas, sobre las cuales se han construido hermosos salones. Las murallas de Pekin son de ladrillo, de cuarenta pies de elevacion, flanqueadas de veinte en veinte toesas por pequeñas torres cuadradas, y con grandes rampas en parages para que suba la caballería.

Salimos de Pekin, y al cabo de diez y seis dias de viaje llegamos á Kiam-Tcheon, ciudad de la provincia de Chan-si. El camino desde Pekin á esta ciudad es sumamente agradable; pasa por nueve ó diez ciudades. El pais es despejado, y está cultivado; el camino llano, y en muchos sitios plantado de hermosos árboles con muros para defender las heredades. Es un contínuo transitar de hombres, carretas y acémilas. En el espacio de una legua se encuentran siempre dos ó tres lugares. Sobre los rios hay hermosos puentes de varios arcos; el mas considerable es el puente de Lukokiave, á tres leguas de Pekin. Los guardacantones son de mármol: á cada lado se cuentan ciento cuarenta y ocho postes sosteniendo por adorno otros tantos leoncillos en diferentes posturas, y á cada extremo dos elefantes sentados.

Yo salí de Kiam-Tcheon. Pasado el rio Suenho se encuentra, durante diez leguas, un pais llano, cubierto de árboles, bien cultivado y con gran número de lugares. Despues se entra en unas montañas, estériles algunas veces, pero con mas frecuencia cultivadas hasta el mismo borde de los precipicios. Vénse allí llanuras de tres y de cuatro leguas, cercadas de colinas y de otras montañas, y en todas partes lugares y aldeas. Un dia me hallé en un camino estrecho donde en poco tiempo se acumularon de encuentro tantas carretas, que se embarazaban el paso. En

11

Europa los carreteros se hubieran injuriado unos á otros; mas aquellos, con admiracion mia, se saludaban, se hablaban con agrado, y se ayudaban á salir de la dificultad.

Al acabar las montañas, la bajada es muy áspera, aunque está abierta en las rocas. Desde allí se descubre la provincia de Honane y el Hoan-go, que quiere decir el rio Amarillo. Marcan la corriente de este rio unos vapores blancos, á modo de niebla, que el sol atrae. Anduve ochenta leguas de la provincia, siempre por tierra llana, pero tan bien cultivada que no hallé una pulgada perdida, y descubriendo á todos lados infinidad de ciudades y lugares. Pasé el Hoan-go, que es el rio mas rápido que he visto: sus aguas son de color amarillo, porque arrastra mucha tierra, y es del mismo color la que se ve en sus orillas.

De la provincia de Honane se entra en la de Naukin. Llegué á Poukeou, ciudad á las márgenes del Kiam, gran rio que atraviesa toda la China de Occidente á Oriente, y separándola en dos porciones casi iguales, lleva á todas partes la abundancia, por la facilidad con que se le navega en todo tiempo y con toda especie de barcas. Tiene el rio delante de Poukeou una legua de ancho.

La ciudad de Naukin dista tres leguas del Kiam. Puede irse á él por muchos canales, cubiertos siempre de barcas, entre los cuales hay muchos bajeles imperiales casi tan grandes como navíos: estos están enteramente embarnizados por defuera, y dorados por dentro, y contienen salas y cámaras muy bien amuebladas para los mandarines que van á la córte ó que tienen precision de viajar por las provincias.

Rasgos de fervor de dos cristianos chinos.

Dos rasgos os darán idea del fervor de nuestros cristianos, escribia el P. D'Entrecolles al P. Brossia, jesuita, en 1715.

Uno de estos cristianos fué acometido el año pasado de una tísis que no le dejaba esperanza ninguna de sanar. Él miraba con firmeza acercársele la muerte; mas su mujer, que estaba para parir, le causaba mucha inquietud, temeroso de que fuese entregada á algun idólatra que la pervirtiese, ó no la permitiese profesar su fé públicamente. Para preservarla de tal desgracia, propuso á un cristiano, amigo suyo, que muerto él, se casára con ella; y tanto trabajó con ambos, que le prometieron contraer el casamiento.

Segun las costumbres de la China, las viudas de cierto nacimiento no pasan á segundas nupcias; pero no sucede lo mismo á las personas de condicion media, porque los parientes del difunto que quieren recobrar parte del dinero que le costó la mujer, la obligan, á pesar suyo, á nuevo matrimonio, y muchas veces eligen el marido, y perciben el dinero sin que ella tenga la menor noticia. Si tiene una niña de pecho, es vendida con la madre. El único medio que queda á una viuda para librarse de semejante opresion, es tener con qué vivir suyo, ó hacerse bonza; pero esta profesion ha caido en tanto descrédito, que ninguna mujer la puede abrazar sin deshonrarse.

Esta de quien voy hablando, parió una niña tres dias despues del fallecimiento de su marido: como era lo primero que habia parido, la herencia tocaba de derecho á un sobrino del difunto, porque es costumbre de la China que las mujeres no hereden inmuebles; y no la quedaban mas bienes que un labo-

ratorio de porcelana. Aquel sobrino, que era idólatra, vendió al punto la viuda á un infiel, y este no se descuidó de enviar al dia siguiente una litera con gentes de confianza, que arrebataron á la infeliz y la llevaron á casa de su nuevo marido. Desesperada de aquella violencia, hizo pedazos la litera en que la llevaban encerrada, y no hizo mas que gemir y llorar sin querer tomar alimento.

Los cristianos deliberaron sobre el modo de libertarla, esperando poderlo conseguir por algun dinero; y se determinó presentar una queja en el tribunal de un mandarin. Un cristiano, pariente lejano del primer marido, tuvo el valor de hacerse cabeza de la acusacion: fué á casa del mandarin, y dió tres golpes en una especie de timbal colocado junto á la puerta de la sala en que se administra la justicia. Como no se da esta señal sino en los casos urgentes, todo mandarin debe dejar cualquiera otra cosa al instante para dar la audiencia que le piden: verdad es que el que ha alborotado es castigado á palos á menos que se trate de alguna escandalosa injusticia que exija pronto remedio.

Nuestro caritativo cristiano iba preparado al castigo; recibióle, y luego presentó al mandarin su memorial. Pedia justicia por el rapto que se habia cometido, en el supuesto de que la ley prohibe sea vendida una viuda á nuevo esposo antes que ella haya cumplido un mes de luto. En consecuencia no pudo escusarse el mandarin de citar á las partes.

Como la generosa neófita sabia leer, cosa muy rara en China, sus amigos la avisaron por esquelas de las medidas tomadas. Conducida, pues, á la audiencia, sostuvo que casi inmediatamente despues de la muerte de su marido habia sido arrebatada por fuerza; y como viese que el mandarin se torcia y queria componer el negocio, sacó las tijeras é hizo ademan de querer cortarse el cabello, para dar á entender que

preferia renunciar al matrimonio á consentir en ser la esposa de su raptor. El mandarin al cabo se vió obligado á restituirla la libertad; mas apenas habia llegado á la calle, cuando segunda vez la arrebataron. Abandonándose la desgraciada á su vivo dolor, cayó con una violenta calentura; y entonces el pretendido marido consintió entregarla á quien le reembolsase su dinero. El cristiano que habia prometido casarse con ella aceptó la condicion, y el lance se terminó de este modo.

El otro rasgo es el siguiente: un cristiano de edad de cuarenta años habia juntado con mucho trabajo lo bastante para casarse, es decir, lo bastante para comprar una mujer. Despues que se hubo casado supo que ella tenia otro marido; para despedirla no encontraba él dificultad, pero sí para recobrar su dinero, porque el primer marido la habia vendido por pobreza y no le quedaba ya nada del precio que habia recibido.

Los parientes del cristiano, que eran idólatras, le aconsejaban que se quedase con ella ó la vendiese á otro, porque el verdadero marido no la queria recibir como no le dieran tambien con que sustentarla. Delicada era la tentacion para el cristiano; pero conservándose firme acudió al mandarin, le expùso el hecho, y le declaró que siendo discípulo de Jesucristo no queria ni podia quedarse con la mujer de otro; que sin embargo, era justo se le reembolsase ó por el marido que habia cobrado el precio de la mujer, ó por los terceros que le habian engañado dándosela por viuda; mas que si esto no se podia, le suplicaba mandase al marido que recibiese á su mujer. El mandarin, tan sorprendido como edificado de aquella propuesta, hizo grande elogio de una religion que tales sentimientos inspiraba; y mandando buscar al único de los terceros que quedaba, le castigó con mucha severidad. Entre tanto el cristiano no tiene mujer, y

ha perdido toda esperanza de juntar otra vez lo necesario para tenerla. A poco que se sepa cuanto monta para un chino el poder casarse, se graduará esta accion de heróica.

Otros rasgos de fervor de los cristianos nuevos de la China.

Un anciano, dice el P. Lopin, misionero en 1740, vino á ver un dia á un misionero nuestro para decirle el sumo deseo que tenia de que se construyese en su lugar una iglesia. "Muy laudable es vuestro celo, le respondió el misionero, pero no tengo ahora con qué cubrir tanto gasto. — La quiero hacer yo á mis expensas," replicó el aldeano. El misionero que habia muchos años le veia vivir con mucha pobreza, no le creyó en estado de cumplir con lo que prometia. Alabó sus buenas intenciones, representándole que la extension de su lugar requeria una iglesia tan grande como la de la ciudad inmediata; que mas adelante podria contribuir á edificarla segun sus facultades, pero que solo no podria sufragar á unos gastos tan considerables. — Perdonadme, contestó el aldeano: me hallo en estado de hacer lo que propongo.—Pero sabeis que para una obra como esa se necesitan dos mil escudos á lo menos? — Pues yo los tengo prontos, y si no los tuviese me abstendria de venir á importunaros."

Alegróse mucho el misionero de saber que aquel hombre á quien tan pobre habia creido, tuviese tanto dinero y le quisiese emplear tan útilmente; pero se admiró mucho mas cuando preguntándole cómo habia hecho para proporcionarse aquella suma, el labrador le respondió ingénuamente que habia concebido aquel designio cuarenta años antes, y desde en-

tonces ahorraba en el vestir y comer todo cuanto no era absolutamente necesario, por tener el consuelo de dejar en su pueblo antes de morir una iglesia edificada al Dios verdadero.

Aquel buen labrador tenia un hijo á quien habia inspirado igual fervor, y que no venia vez á la iglesia que no rogase al misionero le diera algunas instrucciones que le animaran á cumplir con sus deberes de cristiano. Este hijo, de edad de solos quince años, cayó peligrosamente enfermo. El médico que fué llamado le dió remedio tal que muy pronto hizo desesperar de su vida. Muchos idólatras amigos de su padre le instaban para que recurriese á ciertas ceremonias supersticiosas, asegurándole que eran el modo infalible de sacar á su hijo de las puertas de la muerte. Inconsolable el padre de perder á su hijo, á quien amaba tiernamente, quizá hubiera sucumbido á tentacion tan delicada, si Dios no le hubiese sostenido por la boca misma del hijo moribundo. No bien oyó el mancebo el consejo que daban á su padre, exclamó: "Dejadme morir, padre mio, dejadme morir, y guardaos de hacer ninguna cosa que lleve el menor viso de supersticion." Murió poco despues, y fué á recibir en el cielo la recompensa de su fé.

La mayor parte de nuestros cristianos se hallan poseidos de una fé vivísima, que les atrae con frecuencia del Señor una proteccion y unos auxilios tales que no se puede menos de tenerlos por milagros. En la provincia de *Tche-kiang* se prendió fuego á un lugar, y consumió al principio muchas casas. Los habitantes, idólatras los mas, corrian de una á otra parte por las calles, rogando incesantemente á sus ídolos que detuviesen el incendio. Entre ellos se hallaba un cristiano muy pobre, cuya casa estaba situada en medio de las de los idólatras. Este acudia al verdadero Dios, suplicándole tuviera piedad de su miseria. Entre tanto cundia el fuego y la casa contigua á la

del cristiano ardia ya, cuando se levantaron al aire muchas chispas que, respetando aquella casa, pasaron por encima é incendiaron la que estaba mas allá. El fuego continuó algun tiempo todavía, pero la casa del neófito fué preservada enteramente de las llamas, y subsistió sola en medio de todas las demás, que fueron reducidas á cenizas. El P. Porquet, testigo de lo acaecido, me ha dicho que de resultas habia bautizado él á cincuenta infieles que abrazaron el cristianismo.

Otro rasgo mas reciente referiré de la caridad que reina entre nuestros cristianos. El P. Labbe, que está en la provincia de Kiang-si, acaba de escribirnos: "Una enfermedad contagiosa causaba los mayores estragos en una ciudad de esta provincia. Los cristianos solos no la contrajeron. Era por el tiempo de la cosecha, y los infieles se veian en peligro de perderla. Pero los cristianos no solamente los asistieron en sus enfermedades, sino recogieron las mieses y las guardaron á sus dueños. Como no bastasen ellos solos para aquel trabajo, llamaron á otros cristianos que vinieron de tres leguas á ayudarlos. Es de presumir que tan desinteresada caridad moverá el corazon de los idólatras, é impelerá á muchos á abrazar una religion que inspira tan religiosos sentimientos."

Situacion de los misioneros en Pekin. — Estado de la religion en aquella capital à principios del reinado del emperador Kien-long.

Tocante á los progresos que va haciendo aquí la religion, escribe el hermano Attiret, pintor del emperador, tenemos en esta ciudad tres iglesias y veinte y dos jesuitas; diez franceses en nuestra casa francesa, y en las otras dos doce portugueses, italianos y

alemanes. De estos veinte y dos jesuitas, siete están empleados como yo en servicio del emperador; los demás son sacerdotes, y por consiguiente misioneros. Estos cultivan no solamente la cristiandad que vive en la ciudad de Pekin, sino tambien la que habita en treinta ó cuarenta leguas á la redonda, á donde hacen de cuando en cuando sus excursiones apostólicas. Además de los jesuitas europeos tenemos aquí otros cinco jesuitas chinos que van á las casas y lugares, á donde no podria ir un europeo sin riesgo y con decencia. Hay todavía en diferentes provincias de este imperio treinta ó cuarenta misioneros, jesuitas ó de otros institutos. Nuestra casa francesa bautiza anualmente á mas de quinientos ó seiscientos adultos, tanto en la ciudad como en la Tartária, pasada la gran muralla, y mil doscientos á mil trescientos niños abandonados, hijos de padres infieles. Nuestros padres portugueses, que son mas en número que los franceses, bautizan muchos mas idólatras aun: así cuentan en sola esta provincia con la Tartária veinte y cinco ó treinta mil cristianos, cuando nosotros no tenemos mas de cinco mil en nuestra mision francesa.

Soy testigo cada dia de la piedad con que los cristianos se llegan á los Sacramentos con la mayor frecuencia que pueden, y su modestia y respeto en la iglesia me edifican cada vez que lo reparo. No será, creo, fuera de propósito referiros un afecto singular de la gracia del bautismo que se confirió pocos meses há á una princesa joaca, con motivo de las persecuciones que padeció del último emperador *Yon-Tching*.

Un príncipe cristiano de la ilustre casa de Sounou vino á nuestra iglesia á decir á un padre acababa en aquel punto de saber que una sobrina suya, que muchos meses habia deseaba hacerse cristiana, se hallaba á la última extremidad. No pudiendo el padre ir él mismo á aquella casa de infieles, dió al príncipe

un frasquito de agua bendita para en el caso de que no pudiera encontrarla tan pronto como fuese menester. El príncipe, que está muy instruido de las verdades de la religion, fué aceleradamente á casa de la jóven princesa, que ya habia perdido el habla, y viendo el peligro, anunció á los padres infieles el designio con que venia de bautizarla. No manifestando ellos oposicion, hizo á la enferma las preguntas de costumbre en casos tales; la dijo que le apretase la mano en señal de oir lo que se la proponia, y cuando ella le hubo dado aquella señal, el príncipe la previno de que la iba á echar agua en la cabeza para reengendrarla en Jesucristo. La princesa, aunque moribunda, recogió sus fuerzas y se arrodilló lo mejor que pudo, derramando lágrimas en testimonio de su alegria, y el príncipe la bautizó. Apenas hubo ella recibido el Sacramento, se durmió sosegadamente. Sus padres, aunque idólatras, avisados de que ya quedaba bautizada, dejaron de temer por ella, no dudando de ningun modo que Dios la habia de restituir la salud. Al cabo de algunas horas de sueño despertó exhalando un profundo suspiro. Habia muchos dias que no estaba capaz de recibir ningun alimento; la dieron de comer, lo tragó sin dificultad, y volvió á dormirse. Cuando volvió á despertarse, declaró que se sentia curada. Y efectivamente, disfruta hoy cabal salud.

Catequistas y sacerdotes chinos. — Martirio del obispo de Mauri-Castro. — Conversion y valeroso sacrificio de un idólatra por salvar á un misionero perseguido.

(Extracto de una carta escrita en Macao á 14 *de setiembre de* 1754.*)*

No ignorais que los misioneros por temor de ser conocidos tienen que vestirse al estilo del pais; mas aunque tuviesen la habilidad de tomar el aire, las maneras y el modo de andar de los chinos, siempre se los distinguiría. Para obviar los inconvenientes de estos reconocimientos, se ordenan sacerdotes del pais cuantos se pueden. Los misioneros los educan desde la edad mas tierna, les enseñan el latin, y poco á poco los instruyen del ministerio: euando llegan á cierta edad los hacen catequistas, y en este oficio los prueban hasta la edad de cuarenta años, á la cual los ordenan de sacerdotes. La casa de las misiones extranjeras de París sostiene un seminario del reino de Siano, al cual se envian los niños á que estudien y se formen para el ministerio evangélico. Como estos sacerdotes de la nacion no son conocidos por lo que son, pueden coger mas fruto que los europeos.

Los mandarines, aunque muy enemigos de nuestra santa religion, no impiden el que simples particulares y aun familias enteras vengan á pedirnos el bautismo. A la verdad, cuando pueden haber á las manos á los obispos los cortan la cabeza, mirándolos como á cabezas de las rebeliones. De este modo coronó el de Mauri-Castro años pasados una mision de treinta años. Era un santo prelado. Asi que fué condenado, los cristianos de la ciudad que querian alcan-

zar reliquias del mártir, concertaron con un idólatra por cierta suma, que él esparciria ceniza por el suelo en el sitio donde el apóstol habia de ser decapitado, á fin de que pudiesen recojer su sangre. Aquel hombre que nada deseaba sino ganar dinero, ejecutó perfectamente su encargo; mas cuando recogia la ceniza teñida de la sangre del mártir, se convirtió repentinamente á la fé. Corre á su casa penetrado de devocion al sagrado depósito que lleva, derrama aquella ceniza ensangrentada sobre las cabezas de su mujer y de sus hijos, y los exhorta del modo mas patético á que crean en Jesucristo. No quedaron sus exhortaciones sin efecto, porque apenas fué bautizado consiguió la misma gracia para su familia. Sabiendo algo despues que un misionero de su nacion habia sido preso y sumido en un cabalozo á pocas leguas de allí, fué inmediatamente á la puerta de la cárcel y dijo á los guardas que le querian echar: "¿Por qué quereis impedirme el que vea al padre? Yo os declaro que soy cristiano. Agradecido á los infinitos beneficios que de los misioneros he recibido, queria podérselo manifestar socorriendo á los que yacen en la miseria, y esto es lo que intento cumplir hoy." Este rasgo de valor y de franqueza movió á los soldados tanto que le introdujeron en el calabozo del confesor, á quien dió camisas y vestidos que sabia le hacian falta.

El misionero era un sacerdote chino que por sus virtudes y celo se habia hecho respetable á todos los cristianos. Habiendo ido á una isla á confesar á unos cristianos, el mandarin gobernador de ella no bien lo supo, mandó cercar la casa de soldados, amenazando con incendiarla, si no se les entregaba el misionero. Los cristianos, que habian oido mal las palabras de los soldados, abrieron la puerta para saber de qué se trataba. Al punto vieron arrojarse sobre ellos, que prenden á todas las personas de la casa, y saquean

la capilla del misionero. Como este era tambien chino, no pudieron al principio conocerle. Interrogados los cristianos acerca de su paradero, no quisieron responder; mas el confesor, temeroso de que los maltratasen para obligarlos á delatarle, se delató él mismo. En consecuencia, le prendieron y amarraron como á un malhechor, y le pusieron en la cárcel hasta el siguiente dia. Llegado este, compareció á presencia del mandarin, quien le preguntó si no era él gefe de la religion cristiana; á cuántas personas habia seducido; cuántos cristianos habia en la isla, y cómo se llamaban; para qué servian todos aquellos ornamentos y libros europeos que consigo llevaba; en fin, si una botella de aceite que se habia encontrado entre sus cosas, no era por ventura aquello de que se servia para la mágia (así llamaba las funciones del santo ministerio). El misionero contestó á todas estas preguntas con tanta firmeza como prudencia y precision: "Yo no soy, dijo, gefe de la religion cristiana, ni tengo virtud ni mérito bastante para ocupar tan alto puesto; pero profeso esa santa religion, y la enseño. No he seducido á nadie nunca; sé los nombres de muchos cristianos, sé su número: pero no os diré lo uno ni lo otro, porque sería vender á mis hermanos. En cuanto á los ornamentos y libros que veis, sirven en los sacrificios que ofrezco al verdadero Dios que crió el cielo y la tierra, y á quien debe adorar todo el universo. Mas este aceite, añadió mostrando la botella que le contenia, no sirve para la mágia, porque la mágia es cosa que los cristianos miran con horror." Confundido con tal respuesta el mandarin, se quedó cortado algun tiempo: luego, como queriendo disfrazar su sorpresa, abrió un libro escrito en su lengua y que trataba de los mandamientos de Dios. Y cayendo en el que prohibe el adulterio: "¿Por qué, dijo, aborrecen los cristianos el adulterio?" Y sin aguardar la respuesta, mandó

poner por escrito el interrogatorio y las réplicas del misionero, y despues que le volviesen á la cárcel. Al otro dia le remitió al mandarin superior, quien mandó se le dieran ciento cuarenta bofetadas y ochenta palos. Y como ambos suplicios se hubiesen empleado en vano, fué puesto el confesor á cuestion de tormento. Tomaron dos maderos bastante gruesos, atados entre sí por una punta, y metiéndole entre ambos el tobillo, apretaron por la otra punta con tanta violencia que se desmayó el paciente. Pero pronto le hicieron volver en sí con un licor que le hicieron tragar muchas veces. Este tormento duró mas de tres horas. Por último, el mandarin, picado de la constancia del generoso confesor, le volvió á enviar á la cárcel. Resuelto, sin embargo, á vencerle, al otro dia mandó que se le trajesen y le pusiesen otra vez á tormento desde por la mañana hasta la caida del sol; mas todo fué inútil, porque el misionero aguantó la nueva tortura con un valor que desconcertó al tirano. El cual viendo que no le podia vencer por los tormentos, le propuso una de tres cosas: ó declararle el número, nombres y moradas de los cristianos de la isla, ó hacerse bonzo, ó morir ajusticiado. "Nunca conseguireis, respondió el misionero, la declaracion que me exigís; la probidad y el honor me prohiben la profesion de bonzo; y no temo la muerte; así enviadme al suplicio; seré muy feliz si derramo mi sangre por la causa de Dios, que predico." El mandarin, enfurecido con la firmeza del confesor, pronunció la sentencia, y mandó que le restituyeran á la cárcel. Cuatro dias despues fué remitido á Pekin para que se confirmase y ejecutase la sentencia; pero el emperador, que se precia de clemente y generoso, conmutó la pena, condenándole á destierro. Por fortuna suya, fué destinado á un rincon de una provincia donde habia muchísimos cristianos.

Obras ejecutadas por los misioneros de Pekin para el emperador Kien-long.=Carácter de este monarca

(Extracto de una carta del P. Ventavou, de 1769.)

Cuando llegué á Pekin, fuí llamado cerca del emperador en calidad de relojero, diria mejor, en calidad de maquinista, porque el emperador no nos pide relojes precisamente, sino máquinas curiosas. El hermano Thebaut, que murió algun tiempo antes que llegase yo, le hizo un leon y un tigre que andan solos treinta ó cuarenta pasos. Ocho meses ha que estoy trabajando, y necesitaré otro mas para concluir mi obra. Esto me ha proporcionado muchas veces la ocasion de ver al emperador de cerca; es alto y bien formado; su fisonomía muy agraciada pero muy propia juntamente para infundir respeto. Si usa gran severidad con sus súbditos, creo no sea tanto por carácter, cuanto por la necesidad de contener en los términos de la dependencia y del deber dos imperios tan vastos como la China y la Tartária: así los grandes tiemblan delante de él. Todas las veces que me ha honrado dirigiéndome la palabra, ha sido con un aire de bondad, capaz de inspirarme confianza para hablarle en favor de la religion. Y lo haré seguramente, si otra vez la Divina Providencia me depara la ocasion de conversar con él á solas. La primera vez que le ví, estaba á mi lado preguntándome acerca de lo que estaba trabajando, y yo le contestaba sin conocerle aun, porque no gasta mas insignia que un botoncito de seda encarnada en la gorra, no diferenciándose en nada de los particulares cuando no está de ceremonia Yo le suponia algun grande que, antes que llegase el emperador, que sabía yo habia

de venir, habria sido enviado á informarse del estado en que se hallaban las cosas. No volví de mi error hasta que ví al mandarin ponerse de rodillas para responder á una pregunta que le habia hecho el monarca. Es un gran príncipe, que todo lo ve y lo ejecuta por sí mismo. Al amanecer, así en invierno como en verano, sube á su trono y empieza á despachar los negocios: no comprendo cómo puede descender á tantas menudencias. ¡Quiera Dios conservarle mucho tiempo aun! cuanto mas adelanta en edad, tanto mas favorable se va haciendo á los europeos. Si el Padre de las misericordias se dignára darle á conocer el Evangelio, la religion ganaría pronto en la China lo que va perdiendo quizá todos los dias en Europa.

Yo tengo obligacion de ir todos los dias á palacio, de suerte que no puedo estar en la ciudad con mis hermanos, pues mi empleo me impone el deber de vivir en Haitien donde su magestad reside ordinariamente. Antes tenia yo conmigo al hermano Attiret; pero este santo religioso, cuanto hábil artista, falleció algun tiempo há. Los otros misioneros que entran en palacio, no son franceses y habitan en otras casas. Si yo no tuviera al cabo mas quehaceres que lo que el emperador me encarga, podria respirar; pero los príncipes y los grandes del imperio acuden á los europeos para que cuiden de sus relojes de bolsillo y de los de torre, que son muchísimos aquí, no habiendo sino dos personas capaces de componerlos, un padre de la Propaganda y yo. Así estamos abrumados de trabajo, y ni siquiera tengo tiempo de aprender los caracteres chinos.

Nosotros ejecutamos nuestras obras en el palacio muy tranquilamente, teniendo oficiales que trabajan bajo nuestra direccion: nadie nos estorba. Yo rezo sin embarazo mi oficio y mis demás oraciones delante de los mandarines. Esto os prueba con cuanta libertad ejercemos nuestra religion. Una vez se deseaba dar

color azul á un vaso de acero, y me preguntaron si lo sabia hacer. Ignorando yo para qué era el vaso, respondí primero que probaría: pero en este intermedio alguien me advirtió que aquel vaso estaba destinado á usos supersticiosos, y los mandarines, que lo sabian bien, me lo querian ocultar. Fuí á verlos y les dije sonriendo: "Cuando me propusisteis que preparára este vaso, no añadisteis que era para tales y tales cosas que no se avienen con la santidad de nuestra religion: por tanto, no puedo tomar ese encargo." Los mandarines se echaron á reir, y no me instaron mas, dando bien á entender con eso el poco caso que de sus dioses hacían, y el vaso se quedó tal como estaba. El emperador y los grandes están conformes en que nuestra religion es buena: si se oponen á que sea predicada en público, y si no toleran á los misioneros en lo interior del pais, solo es por razones de política y por el temor de que bajo el pretesto de la religion ocultemos otro designio. Saben por mayor las conquistas que han hecho los europeos en las Indias, y temen no suceda algo parecido á la China.

Favor concedido á los misioneros por el emperador Kien-long.

Hacia fines de agosto de 1777 el emperador concedió á los misioneros un insigne favor. Dió órden de que el señor Sikelpart, ex-jesuita aleman, fuese cierto dia á lo interior de su casa de recreo; era el pretesto para que retocára un cuadro. Apenas llegó, se anunció que venia el emperador. Entró en efecto, y con aquel aire de afabilidad que sabe tomar mejor que nadie cuando quiere, se dirige al P. Sikelpart, que estaba pintando, y aparenta notar por primera vez que le temblaba el pulso. "Os tiembla la mano,

le dijo.—No importa, señor, estoy capaz de trabajar aun.—Pues qué edad teneis? Setenta años.—Y por qué no me lo habeis dicho? ¿No sabeis lo que hice por Castiglione cuando cumplió setenta años? Lo mismo quiero hacer por vos. ¿Cuál es el dia aniversario de vuestro nacimiento?—Señor, el 20 de la octava luna (el 21 de setiembre de 1777)." El emperador se retiró.

Al punto envió un mandarin á la casa de los ex-jesuitas portugueses á saber cómo se habia hecho en tiempo de Castiglione, y qué regalos le habia enviado el emperador.

La gracia concedida al P. Sikelpart era comun á todos los europeos: por lo tanto, el P. de Espinha, que rige la casa de los portugueses, convidó á todas las iglesias por cartas del 18 de setiembre.

El 21 por la mañana, el P. So, misionero y procurador de la casa de los portugueses, se trasladó á la casa de recreo del emperador. Ya estaban dispuestos los regalos y cuanto se necesitaba para la ceremonia. Al entrar en el palacio, encontró al hijo primogénito del emperador, que le habló dándole señales de cariño. Recibió los regalos del emperador, que consistian en seis piezas de sedería de primer órden, un traje de mandarin, un collar de ágatas y otras muchas cosas. Pero lo mas precioso verdaderamente eran cuatro caractéres del propio puño del emperador, que contenian el elogio del P. Sikelpart. El misionero llevaba los regalos por el palacio, teniéndolos elevados con las manos en señal de respeto. Acertó á pasar el octavo hijo del emperador: los mandarines que acompañaban al P. So, le advirtieron que llevando regalos del emperador, no debia reparar en el príncipe; mas ellos le hicieron los sados de costumbre.

A la puerta del palacio estaba preparado un dosel á manera de nicho abierto por todos lados, en el que

se colocaron respetuosamente los regalos encima de una mesa cubierta de seda amarilla. Allí habia veinte y cuatro músicos de instrumentos estrepitosos y ocho silleteros, vestidos de hopalandas con flores, como cuando acompañan ó llevan al emperador.

El acompañamiento se puso en camino: precedian los veinte y cuatro músicos: seguian cuatro mandarines á caballo, y luego el dosel llevado por ocho silleteros, y cerraba la marcha el mandarin encargado de las órdenes del emperador, yendo el misionero á su lado.

Hay cinco cuartos de legua desde Yuen-Min-Yuen hasta la puerta occidental de Pekin, por la que se entra viniendo de la casa de recreo del emperador. Así que pudo distinguirse la librea del monarca, la guardia tomó las armas y destacó dos soldados para que abrieran camino por la ciudad, y metiesen ruido, que es un modo de hacer honores en la China.

La calle que termina en la puerta occidental está á cordel y es anchísima: á ambos lados se habian levantado tiendas, y no obstante el espacio que ocupaban, aun habia terreno para tres calles. Va derecha de Occidente á Oriente, y al cabo de un cuarto de legua corta la calle principal que desde el muro septentrional de la ciudad se prolonga hasta la puerta meridional, cerca de la cual está el colegio. Esta calle tiene una legua de larga, está á cordel, y es tan ancha á lo menos como la otra.

Mientras que los regalos del emperador andaban todo este camino por enmedio de la muchedumbre que á verlos concurria de todas partes, nosotros los de todas las iglesias acudiamos á la casa de los misioneros portugueses. Yo llegué el primero, y ví muy despacio, y puedo decir con gusto, el ornato que se tenia dispuesto. Se habia formado un átrio desde el colegio hasta el otro lado de la calle, y adornado las puertas con festones. En el primer patio se habia

construido un pabellon para las personas del acompañamiento. Entrando en el segundo patio, se veian cuatro salas en una fila. La primera, hecha de esteras, era para los músicos: la seda y los festones de que estaba colgada producian muy agradable efecto. Desde ella se subia á otra en que se tenia preparada una comida en cuatro mesas. Bajábase de allí á otra especie de sala; un patio que separaba dos grandes cuerpos de edificio se habia transformado en habitacion rústica. A derecha é izquierda se unian grandes tejos y otros adornos que por sí solos no son nada, pero que se ordenan como se quiere. Subíase en fin á la última y mas hermosa sala del colegio, enmedio de la cual habia un dosel ó especie de nicho en que habian de ser colocados los regalos.

A cada momento llegaban correos para anunciarnos á donde llegaba el convoy. A cosa de las nueve nos dijeron que ya era tiempo de salir á recibirle. Todos estábamos con trajes de córte como si tuviéramos que ponernos delante del emperador. Las calles de travesía tienen en sus entradas barreras que se cierran por la noche, y se cuentan doce mil en la ciudad tártara. Desde la barrera hasta el colegio que está al Oriente de la calle principal, solo hay doscientos ó trescientos pasos. Allí nos colocamos bajo el átrio en una sola línea, y estuvimos aguardando algun tiempo. Veíamos llegar á los soldados de las calles metiendo mucho ruido; el pueblo hacia lugar ó no le hacia; despues llegaban unos fusileros sin órden ni uniforme, solo para escoltar; y en fin, oimos las trompas y tamboriles. En las barreras habia guardias para contener el gentio, que era muy grande; los soldados de las calles precedian haciendo se abriera paso. La estrepitosa música pasó la barrera, luego los cuatro mandarines á caballo, despues la música que habia enviado el colegio al encuentro de los regalos, detrás el dosel, y el último, el mandarin nom-

brado por el emperador para presidir la ceremonia: era hombre de sesenta años, que venia bien montado y en cuyo continente se veia bien que representaba á gran soberano. Entonces nos arrodillamos conforme al ceremonial chino, al que se someten los príncipes y reyes extranjeros cuando el emperador les concede tal gracia. Ví con enternecimiento que el dosel traia por remate una cruz. Cuando llegó á nosotros, todos nos levantamos para ir detrás; y cuando estuvo á la puerta de la última sala, el mandarin tomó con tiento los presentes de encima de la mesa, y llevándolos con respeto los colocó en el dosel dispuesto para recibirlos.

Entonces todos los misioneros poniéndose de rodillas, tocaron tres veces el suelo con las frentes; alzándose luego en pie volvieron á arrodillarse y repitieron otras dos veces la misma ceremonia, en todo nueve veces, que es el mayor ceremonial que aqui se guarda. Despues saludamos al mandarin unos tras otros, tomándole ambas manos como se estila, y le condujimos al comedor. Preguntó primero si habian concurrido los de todas las iglesias: respondiósele que sí, pero que los de la Propaganda no habian llegado todavía porque era dia de oracion; que eran muy pocos, y vendrian á tomar parte en el agradecimiento de que éramos deudores al emperador. En efecto, vinieron dos, lo cual causó mucha satisfaccion al mandarin. Luego nos honró con las cortesías ordinarias, que consistieron en preguntarnos por nuestros nombres, edad, empleos y pais, y se sirvió el té.

"Es preciso, dijo el mandarin, que yo vuelva con brevedad á informar al emperador del modo como se ha hecho esto, y tambien que el señor Sikelpart venga conmigo á darle gracias; no puede diferirse hasta el dia siguiente: es costumbre escribirlo." Escrito el cumplimiento, quiso leerle y le alabó.

Entonces nos retiramos nosotros para dejarle tiem-

po de tomar algo, no quedando en la sala mas que dos misioneros para darle conversacion. Al fin de la comida los PP. del colegio le regalaron varias curiosidades de Europa de que se mostró muy contento. El emperador lo supo todo. Al otro dia fué á la parte del palacio donde estaban trabajando los misioneros: estaba de excelente humor, y preguntó repetidas veces al P. Sikelpart si estaba bueno.

Crueles tratamientos ejercidos en China contra los cristianos. — Martirio de tres hermanos y de su cuñado.

Cuando una familia es acusada de ser cristiana, escribe Mr. Pottiers, vicario apostólico en 1782, si el mandarin ó el juez local es enemigo de la religion, envia al instante una turba de satélites, ordinariamente sin humanidad, á prender á los acusados y traerlos á su pretorio. No hay excesos á que no se entreguen estos miserables; con pretesto de registrar la casa y buscar objetos religiosos roban cuanto se les antoja, y cuando ya la han expoliado, conducen á los acusados al pretorio para que sean juzgados. Con harta frecuencia se pasan diez ó veinte dias antes de poder comparecer á presencia del mandarin. Durante todo este intérvalo, tienen á los cristianos atados en las posadas cercanas al pretorio, viven con ellos, se hacen servir como quieren, y los obligan á pagar por todos.

Cuando los cristianos han sufrido el interrogatorio y se han empleado contra ellos todo género de tormentos para obligarlos á que abjuren su religion y delaten á los gefes de ella, los cargan con un cepo muy pesado, muchas veces de doscientas ó trescientas libras. Este suplicio seria en cierta manera tole-

rable si no le hubieran precedido otros tormentos que dejan muy debilitado al paciente. Comunmente les han azotado la cara con una especie de férula de cuero de buey bastante gorda, que les llena de cardenales las mejillas y les conmueve la dentadura, de modo que apenas pueden comer. A otros les han desgarrado las espaldas azotándoselas con varas, ó les han molido el cuerpo á palos. A otros los obligan á estar muchos dias consecutivos desde la mañana hasta la noche con las rodillas desnudas sobre una piedra; algunas veces les prensan las pantorrillas con un largo cilindro, que dos hombres aprietan por las dos extremidades con todo el peso de sus cuerpos. A otros los ponen con un tobillo fuertemente apoyado contra una piedra, y en tal estado le dan recios palos en el tobillo opuesto. Actualmente tenemos un sacerdote chino, que hallándose sirviendo de catequista fué cogido con un misionero europeo, y recibió cincuenta palos en los talones. En fin, el tormento mas doloroso, que es la última prueba, es un suplicio que corresponde al tormento de los borceguíes que en Francia se usa contra los mayores criminales (1). Tales son los tormentos ordinarios.

Depende del mandarin particular el inventar nuevas especies de suplicios, y hacérselos padecer á los culpados. Hemos visto cristianos suspendidos en el aire, medio desnudos y azotados con ortigas. Cuando despues de semejantes tormentos vuelven á poner al cristiano de cuello en el cepo, su situacion es extremadamente dura, y se necesita una fé y un valor muy poco comunes para no dejarse vencer. Pero, gracias á Dios, pocos cristianos han renegado su fé, ó vendido á los gefes de su religion, siendo así que estas especies de persecuciones se repiten amenudo. Pue-

(1) Mr Pottiers escribia esto en 1782; pero habia ya seis ó siete años que Luis XVI habia abolido la cuestion preparatoria Sin duda ignoraba aun el prelado aquel grande acto de humanidad del jóven rey.

do decir con verdad, que en los veinte y siete años que llevo de residencia en China, no se ha pasado uno solo sin que haya habido, ya en un lado, ya en otro, de la parte que está á mi cargo, muchas persecuciones de este género. Pero este año en que escribo, es notable entre otros muchos.

Habiendo sido acusada una familia de ser cristiana, han sido encadenados los tres hermanos y el cuñado, y se les han hecho padecer los mas crueles tormentos para obligarlos á apostatar. Viendo el juez que nada conseguia, despues de haberlos hecho desgarrar á golpes, los ha condenado al cepo, prometiendo soltarlos asi que apostaten. No han podido resistir mucho tiempo este tormento. Á los diez dias el mayor de los hermanos ha muerto en su cepo con grandes sentimientos de fé. Diez dias despues, el hermano menor ha terminado del mismo modo su vida, asistido de su madre y de una hermana suya doncella, que le exhortaban al martirio. Unos parientes idólatras vinieron en cuerpo á exhortarlos á la apostasía, y ya el cuñado aflojaba; mas el otro le exhortó á perseverar, y lo consiguió. Pocos dias despues este cuñado murió tambien en el cepo con los mejores sentimientos. Solo quedaba ya el hermano segundo, quien algo mas robusto que los otros, se sostenia aun; pero al cabo cayó malo de la misma enfermedad que se habia llevado á los otros. El mandarin, temiendo entonces ser acusado á sus superiores, y quizá tambien el acabar con una familia entera por una causa en que la ley no le permitia obrar con tanto rigor, mandó soltar al cristiano, quien declaró en términos formales delante del mandarin, sin que este se lo preguntára, que si le ponian en libertad á condicion de que habia de dejar de ser cristiano, no lo consentiría, y queria mas morir en el cepo á ejemplo de sus hermanos. Hoy se halla ya casi restablecido de su enfermedad; continúa egerciendo el ministerio de catequis-

ta, como antes, en el lugar donde mora, y ha convertido á muchos idólatras á la fé. Él es quien sustenta á su familia, que está muy pobre.

Prision é interrogatorio de Mr. de Saint-Martin, obispo de Casadre y coadjutor del vicario apostólico en la provincia de Su-Tchuen, en China, en 1785.

En virtud de una órden del emperador Kien-long, mandando que todos los misioneros de las provincias fuesen aprehendidos y conducidos á Pekin, Mr. de Saint-Martin fué preso y llevado ante un tribunal de mandarines.

Enviaron á nuestra casa, que está junto á la puerta meridional de la ciudad de Tchin-Tou, dice el venerable prelado, muchos mandarines y soldados á prender á mi catequista. Pusieron á los cristianos á tormento; uno me delató como á europeo, y declaró que me hallaba en Tien-Tsuen, nueva colonia cristiana, en las grandes montañas, á cuatro ó cinco jornadas de Tchin-Tou. Con efecto, estaba yo allí habia tres meses visitando á aquellos cristianos, que ascienden á quinientos. Supe la noticia demasiado tarde ya, y estando muy incomodado de un récio constipado y una tos contínua, á causa de las nieves de que están cubiertas estas montañas todo el invierno, por manera que no podia comer. Dos ó tres dias despues me anunciaron, sobre las seis de la tarde, que se descubrian soldados con varios mandarines, y que se encaminaban á nuestras montañas. Apenas uno de los gefes de la barriada que habia venido con los otros á darme la noticia, llegaba de vuelta á su casa, distante un cuarto de legua á lo mas, cuando los soldados entran, le encadenan y le piden cuatro personas de su distrito: á mí, á mi catequista Estéban, á su

hermana, directora de una escuela de niñas, y á otro cristiano al expirar, á quien yo habia administrado los últimos sacramentos, y en cuya casa me suponian hospedado. El gefe de la barriada respondió que de los cuatro que se le pedian no habia mas de uno en la montaña, á saber, el moribundo, y que si encontraban en toda ella un europeo, consentia que le cortasen la cabeza á él. Lleváronle, pues, á casa del enfermo, como á media legua de donde yo estaba.

Los cristianos se apresuraron á darme noticia de lo que sucedia, y yo no titubeé en retirarme. Cinco ó seis de ellos me condujeron á la selva cercana, donde hay muchos tigres; pero esto era lo que menos cuidado me daba. Apenas podia yo andar medio arrastrando entre la oscuridad de la noche; la violenta tos me hacía pedazos, y tenia que trepar por montañas escarpadas. Cuando hube andado media legua, me sentí sin fuerzas, y dije á los cristianos que me dejáran, como lo hicieron, junto á un peñasco. Yo habia tenido la precaucion de llevar un eslabon y con qué encender lumbre, y en esta disposicion aguardamos la luz del dia. Cuando esta apareció, volvimos á emprender el camino para internarnos mas en la selva; pero mi tos se hacía mas violenta cada vez, y dentro de poco ya no pude andar mas. Los cristianos se habian provisto de algunos panes de maiz: convidáronme á comer de esto; tomé algunos bocados, y bebí lo que quedaba de una botella de vino que llevaba conmigo. Este refrigerio me dió fuerzas, que aproveché para escalar otras montañas todavía mas ágrias que las primeras, y cubiertas enteramente de nieve. Los cristianos querian llevarme en hombros; pero sobre que ya les costaba harto trabajo el andar, no quise exponerlos ni exponerme á rodar por los precipicios. Me arrastré como pude hasta la noche, y en todo un dia anduvimos una legua. Al dia siguiente yo no pude andar mas que un cuarto de legua; por lo que me

resolví á no ir mas adelante, viendo sobre todo lo inútil que nos era el alejarnos, no pudiendo borrar la pista del camino que tomábamos. Desde allí envié á uno á informarse del estado de las cosas, el cual volvió á decirme que habian venido muchos mandarines civiles y militares acompañados de mucha tropa, que me buscaban por todos lados, y querian apoderarse de mí á toda costa.

Al otro dia, 8 de febrero de 1785, martes de Carnestolendas y último dia del año chino, me avisaron muy de mañana que habia sido descubierto mi asilo; que dos niños puestos á tormento demasiado duro para su edad habian declarado que yo estaba en las montañas; que se sabia la casa de donde yo habia salido á esconderme, y que el gefe de la barriada atormentado cruelmente lo habia confesado todo. Al instante dije á los cristianos que se retirasen corriendo, que me dejasen solo, que yo aguardaria á los soldados, pero no querian: por mas que les representé yo que era muy peligroso el que los prendiesen conmigo, y que quedándose allí se exponian ellos sin ninguna utilidad mia, se empeñaron absolutamente en quedarse. Un catecúmeno nuevo ofreció llevarme á su casa por una trocha de la selva impracticable para cualquiera otro que él; y yo le seguí para que no me quedase el remordimiento de haber omitido algo, pero sin ninguna esperanza. No habiamos andado cuarenta pasos cuando oimos á los soldados alzar gritos. Apoderáronse de un mancebo, le desnudaron hasta la cintura, y quisieron hacerle fuerza para que declarase donde estaba yo. Respondióles que me habia internado en la selva, y que llevaba zapatos con puntas de hierro. Al punto, pues, distinguieron por las huellas la trocha que habia tomado, y llegaron á mí. Me habia parado junto á un arbol, y cuando los ví cerca les dije: "Yo soy el que buscais, prendedme." Me echaron una cadena al pescuezo, me registraron

y me tomaron la caja de los santos óleos, la *Imitacion de Jesucristo,* un diurno y mi rosario; pero no hicieron reparo en unos pedacitos de plata y algunas otras frioleras. Despues les hablé con cortesía, asegurándoles que no habia sido mi intencion de fatigarlos corriendo por las nieves; pero que sabrian la razon de mi conducta cuando viese al mandarin. Eran ocho ó diez, que recibieron bastante bien lo que les dije. Mi aprehension les valió treinta taels, que son doscientos y cuarenta francos.

Al punto que caí en sus manos me sentí con una fuerza extraordinaria: disminuyóse la violencia de mi tos; comí en su presencia un mendrugo que me quedaba de pan de maiz, y me puse en marcha. Ignorando el camino por donde habian de volver, tomaron una vereda abierta por los pasos de un hombre solo. Perdímonos, y ya empezaban á ponerse de mal humor cuando encontraron al hombre que habia abierto la vereda, que era cabalmente el criado de M. Pottiers, obispo de Agatópolis. Atáronle con la misma cadena que á mí, y nos condujeron á dos leguas de allí á una posada de cristianos. Así que llegamos, propusieron ponerme á tormento para averiguar mis cómplices y demás crímenes, diciendo que yo tenia trazas de un facineroso, que tal me juzgaban por mi barba larga y desaliñada, mi gorro viejo de lana y el barro de que iba cubierto; pero se opusieron los sargentos, y aun me dieron un vaso de vino que me hizo mucho bien. Para expresarles mi agradecimiento, les dije que al registrarme me habian dejado muchas cosas que les causarian sentimiento si lo llegaba á saber el mandarin: eran un cuchillo de Europa, un corta-plumas, mi reloj etc., y se los enseñé advirtiéndoles que mirasen lo que hacian, porque yo no era un hombre ordinario y tendrian que dar cuenta de todo. Pusiéronse muy contentos, y dijeron que los cristianos son gentes de conciencia.

Entretanto fué aviso á los mandarines de que yo habia sido aprehendido; eran seis que estaban cerca de allí con doscientos soldados, y vinieron luego. Cuando llegaron experimenté un valor que no habia sentido en mí hasta entonces. Despues que tomaron su lugar, me hicieron poner de rodillas en su presencia; de allí á un instante, me mandó el presidente que me levantase y me sentase; hizo que me sirviesen de comer, y dijo á todos que yo no era un facineroso sino un hombre de bien; que la religion cristiana era buena, y que se me habia prendido porque era cristiano y el emperador habia mandado se me llevase á Pekin, y luego dió órden de que me quitasen la cadena. Yo respondí para consuelo de los cristianos circunstantes, que yo tenia á mucha honra el llevar aquella cadena por la causa de la religion; que me avergonzaria mucho si la llevase por algun crímen; pero que no tenia ninguno que echarme en cara, pues no habia venido sino á hacer bien á los hombres predicándoles mi religion, sin la cual es imposible se salven; que aquella cadena era para mí collar mas precioso que el de perlas que de su cuello pendia, y que es el distintivo de los mandarines. Me extendí bastante y con mucho calor sobre este punto; él me pareció muy atónito, me dejó decir hasta el cabo, y me respondió: *Como querais.*

Despues me preguntó por qué siendo mi religion tan buena y no teniendo yo motivo de temer la severidad de las leyes, me habia ido sin embargo á esconder durante tres dias en los bosqües en vez de entregarme. Respondíle que era mi intento predicar mi religion todo el mas largo tiempo que me fuera posible. y que como no ignoraba que en siendo aprehendido no podria predicarla mas, era natural que me ocultase para que no me aprehendiesen. Quise inventariar mi equipaje. Yo habia sabido por lo que los soldados hablaban entre ellos, que habian encontrado

mis ornamentos de altar, y otros muebles y libros que yo habia escondido en un monton de hojas de árboles, y supuse que todo se habia entregado al mandarin; por lo tanto le declaré mi capilla, mi caliz, mis libros y demás cosas. Preguntóme si no tenia yo un gorro de ceremonia que describió: díjele que sí, y que aquel gorro estaba en el paquete que contenia mi capilla. Pero los soldados le habian presentado aquel gorro solo y se habian alzado con lo demás. Entonces se encolerizó mucho contra ellos y mandó que le trajesen todas las cosas robadas; mas ya era tarde, porque se habian huido los ladrones. Los mandarines me llevaron aparte y me exhortaron á que no reclamase aquellos efectos ante el teniente criminal, porque haciéndolo, perjudicaria mucho á ellos y á mis cristianos. Respondí que yo no habia venido á China á dar sentimientos á nadie, ni á salvar los bienes que yo pudiese poseer, sino á salvar las almas; y les dí palabra de no reclamar nada. Satisfechos de mi respuesta doblaron sus atenciones para conmigo, me dieron un caballo para ir á dos leguas de allí á descansar en una parada con ellos, y comí con los mandarines militares.

Tuve que volverme á poner en camino para ser juzgado en primera instancia, á cuatro leguas de aquel paraje. á saber, en Ya-Tcheou. Fabricáronme una litera para atravesar las montañas, é hicieron que los aldeanos me llevasen; me trataron bien por el camino, y comí con los mandarines. Era por la cuaresma, y les declaré que mi religion me prohibia comer de ningun género de carne; les dí algunas razones que me parecieron á su alcance sobre la naturaleza de nuestros ayunos, y desde entonces hicieron que se me sirviese de vigilia.

Cuando llegué á Ya-Tcheou me condujeron casi al instánte al primer tribunal de la ciudad, en el que se hallaban reunidos cinco ó seis mandarines. Inter-

rogáronme en regla y puesto de rodillas. El presidente era un hombre chiquito y muy pedante. Declaré que era europeo, y que residia once años habia en la provincia para predicar en ella la religion cristiana, única religion verdadera; que habiendo recorrido la provincia habia hecho cerca de tres mil prosélitos, y que todos, así como yo, siguiendo las máximas de nuestra religion, éramos muy fieles al emperador y muy obedientes á las leyes. "Mientes, me dijo un mandarin, mientes: el emperador prohibe el predicar tu religion, y tú la predicas aquí contra sus órdenes; ¿cómo, pues, te atreves á decir que obedeces las leyes del imperio?" Bien se me previno lo que debia contestar, pero experimenté un movimiento de timidez y de terror, que Dios me dió la gracia de vencer. Respondí: "Dios es mas grande que el emperador: él es el rey de los reyes, y el emperador no es mas que un hombre; así, cuando digo que somos muy obedientes al emperador, es respecto de las leyes que no son contrarias á la de Dios. En habiendo oposicion, yo obedezco á Dios y no al emperador."

Insistieron: "¿Es Dios quien te dijo que vinieras á China? ¿le viste? ¿oiste sus palabras? — Dios, respondí, me lo ha dicho por medio de su ley, que nos manda amarle sobre todas las cosas y amar á los hombres como á nosotros mismos; pues esto he hecho yo viniendo á publicar aquí sus grandezas y sus misericordias, y á abriros el verdadero camino de la felicidad, que yo conozco y vosotros no. — ¿Pero no es mas bien el rey de tu pais quien te ha enviado aquí? — No, seguramente no: el rey de mi pais gobierna sus estados, sin pretender gobernar los de otros soberanos. — ¿A lo menos no sabe que estás tu aquí? — Ni me conoce. — Pues has salido sin permiso suyo, y eres culpado. — Esa no es consecuencia: he obtenido del mandarin encargado de esta clase de negocios, la licencia de salir del reino. El mandarin sabia bien

que era mi intento el predicar la religion; mas ignoraba, como yo, en dónde la debia predicar. — Pero ¿por qué has venido á China antes que á otra parte? — Por toda la tierra andan misioneros predicando la religion. Habiendo visto la lengua china, me sentí con mas aficion y facilidad de aprenderla que ninguna otra; y en consecuencia, me determiné á entrar en China. — ¿Y por qué en Su-Tchuen mas bien que en otra provincia? — Por dos razones: porque los víveres están aquí mas baratos, y porque habiendo leido en las historias que esta provincia, mas de cien años há, fué devastada por el Pa-Tay-Ouang, y renovádose la poblacion, juzgué que aquí hallaria menos abusos y malicia, y consiguientemente menos obstáculos á la verdad.—¿Quién te trajo? Unos paganos á quienes no conozco: yo entendia algo la lengua, y por ciento y cincuenta taels consintieron entodo. — ¿Cómo has podido aprender la lengua?—En nuestro pais tenemos libros que la enseñan, y yo he visto uno escrito por un tal Fourmont, que tiene mas de cincuenta años de fecha. — Pero los libros no enseñan los tonos, sino se necesita oirlos de viva voz." Hice algunas observaciones sobre las notas de música, que se escriben en el papel sin necesidad de oirlas articular ó sonar, y otras cosas de este jaez, que ellos no entendian ni yo tampoco.

Uno, fastidiado de mi disertacion, me interrumpió diciendo: "La respuesta es muy sencilla: teneis en vuestra tierra chinos que han ido allá á aprender vuestros libros, y luego vuelven á China á predicar vuestra religion, y esos son precisamente quienes os han enseñado los tonos. — Nada de eso: los chinos no pueden salir de su pais, y los bajeles europeos que vienen á Canton, temerían recibirlos á su bordo; pero es verdad que en mi tierra hay comerciantes europeos que vienen á traficar á Canton; saben la lengua china, y he hablado con muchos. —¿Cómo vives aquí?

—A mis expensas: traje unos ciento y cincuenta taels, y ya no me quedan mas de diez, que están en vuestro poder. — Si no te hubiesen prendido, no teniendo ya dinero ¿cómo te hubieras sustentado?—Los cristianos no se cuidan del dia de mañana: además, debia suponer naturalmente que unas gentes por quienes todo lo he sacrificado, no me dejarian morir de hambre."

Despues quisieron saber los lugares que habia recorrido, los cristianos á quienes habia predicado, las casas donde habia vivido, y si habia mas europeos en la provincia. A la última pregunta contesté que á ninguno conocia. En cuanto á las otras, "yo os declaro, dije á los mandarines, que segun mi religion he venido aquí, no para salvarme dañando á los demás, sino para salvar á los demás aun con daño mio." El presidente me dijo estas propias palabras: "¿Eres un necio que no sabe pensar? ¿En qué has de perjudicar á los cristianos que nombres? La religion cristiana es buena, ¿qué mal hay en seguir una buena religion?" Nada respondí. Otro me preguntó: ¿Has vivido en casa de fulano y zutano? Le dije: "No reconozco eso. — Tú no has bajado volando del cielo. Ciertamente habrá parajes donde hayas permanecido. — Sí los hay, muchos; pero mi religion me prohibe nombrar ninguno. — Pues los cristianos mismos los han declarado; fulano y mengano han confesado. — Si ellos lo declaran es cuenta de ellos: no soy yo quien les perjudica; pero pido un careo: si lo confiesan delante de mí lo reconoceré."

Fin del interrogatorio de Mr. de Saint Martin.— Le transfieren à Tchin-Tou —Circunstancias de su viaje.—Comparsa ante el teniente criminal.

Despidiéronme hasta otra audiencia, y poco tiempo despues me llamaron. Delante del sitio donde debia arrodillarme habian puesto una férula de abofetear. Preguntáronme cuanto tiempo habia estado en el lugar donde me prendieron; de dónde habia salido para ir allá; quién me habia conducido, y por dónde habia pasado. Yo fijé un tiempo: dije que habia alquilado en el camino á unos hombres que no conocia para que llevasen mi equipaje, y que se habian vuelto; y designé tambien muchos lugares de mercado por donde habia ido, donde no habia cristianos. Interrumpiéronme sobre la época del tiempo, que no se ajustaba á lo que habian declarado los cristianos. Yo dije: "Pues mándese que vengan." Fueron llamados, y el mandarin les dijo: "¿No es verdad que habeis declarado fuisteis á buscar á vuestro amo á tal lugar; que vosotros mismos le llevasteis á vuestra casa, y que estuvo allí desde tal tiempo?" Los cristianos lo afirmaron, y yo dije: "Sea así; ellos lo verán."

Aquí terminó la sesion: dióse órden de que me lleváran á la cárcel, donde me pusieron grillos y esposas muy apretadas. Dos dias despues me pusieron en camino en una litera llevada por cuatro hombres, con una crecida caterva de satélites y mandarines que me acompañaban para conducirme á Tchin-Tou. Á mitad del camino el que ejercia las veces del gobernador de la provincia mandó acelerar el viaje. Hiciéronme andar diez y siete leguas en un dia. De todas partes venian á verme; en todas partes me pregunta-

ban; y yo predicaba la religion, sin que los mandarines que me conducian me lo estorbasen, sino una vez que me llevaron á descansar en un templo de ídolos. El pueblo acudió de tropel, y entre él un bonzo, con quien trabé disputa delante de todo el mundo. Como hubiese un grande ídolo á la puerta, le pregunté de qué materia estaba hecho. "Es de piedra, me respondió. — ¿Sus ojos, sus orejas y sus narices son de piedra tambien?—Sí.—¿Y unos ojos de piedra pueden ver? una nariz de piedra olfatear los olores? unas orejas de piedra oir los sonidos?—No.— Con que tu ídolo no ve nada; cuando te prosternas mil veces delante de él, no lo sabe; tú le quemas inciensos, y él no los huele; tú le haces oraciones, y él no te oye; dí, ¿no es esto manifiestamente engañarse á sí mismos engañando á los demás?— Yo no entiendo nada de eso." El mandarin del pueblo vino á interrumpirnos, diciendo que no era aquel lugar para predicar. Díjele yo que la verdad podia decirse en todas partes. Pero él mandó que me entráran á lo interior de la pagoda, y no permitió que nadie viniese á hablarme. Los mandarines de los lugares por donde pasaba me trataban con mucha cortesía.

En fin, llegué á Tchin-Tou á los diez dias de apresado. El teniente criminal, á cuya casa fuí llevado, mandó que me encerrasen en la prision destinada para los mandarines. Al dia siguiente comparecí en su presencia: hallábanse con él casi todos los mandarines de la ciudad. Preguntóme si tenia yo algunos grados relativos á los estudios de mi pais, y le declaré que era doctor en teología. Las preguntas sobre cómo habia entrado en China, fueron las mismas que en mi primer interrogatorio, y las mismas mis respuestas; mas las de los cristianos, que habian sido apresados en gran número, no estaban conformes con las mias. Entonces dije: "Lo que hasta ahora he declarado, es la verdad; pero no puedo decirlo todo,

porque mi religion me prohibe dañar á nadie. Si los cristianos se acusan á sí mismos, de cuenta es de ellos: yo puedo convenir en cuanto digan, como sea cierto; solo que pido caréo." El presidente me preguntó entonces sino habia sido el llamado Tchang quien me habia conducido á Su-Tchuen, añadiendo que bien podia yo confesarlo, pues él mismo lo afirmaba. Respondí que yo no le reconocia por el que me habia introducido; pero que si él lo confesaba, se le mandase venir. Los mandarines dijeron: "No nos cree por nuestra palabra." Llamóse al cristiano, y yo mismo le interrogué: "¿Es verdad que has declarado haberme introducido y llevado tú á casa de fulano (mi catequista, á cuyo nombre se habia comprado la casa en que vivíamos, y que habia sido denunciada á los mandarines)?—Sí, dijo él.—Acuérdate, le repliqué, de que tú eres quien te acusas, y no yo: dices la verdad." Otras cuatro familias hubo presas, que tambien habian declarado haberme recibido en sus casas.

Luego fué acusado nuestro correo Luis de haber estado yendo todos los años, desde muchos antes, á Canton á buscar mi viático, que habian dicho algunos cristianos ascendia á seiscientas ó setecientas piastras (1). Convine tambien en ello. De modo que quedó averiguado que, once años antes, Juan Bautista Tchang, acreditado con una carta de Mr. Andrés Ly, antiguo misionero chino, habia ido á Canton á buscar un misionero; que habiendo contraido amistad con Pablo Sching, que habia sido cocinero de la procura de los misioneros franceses en Macao, con quien yo habitaba, este le habia proporcionado una entrevista conmigo; que yo habia accedido á ir con él al Su-Tchuen; que así que llegué á Tchin-Tou, á casa de Esteban Tang, nombre de mi catequista, habia empezado á predicar la religion á cuantos que-

(1) Tenemos entendido que en China llaman piastras á los duros españoles.

rian oirme; que de allí habia ido á Ouen-Kiang á casa de la familia tal; á Tsong-Kin-Tcheon, á casa de la familia cual; á Py-Hien y á Tien-Tsuen, á casa de otras dos; todas las cuales se habian denunciado ellas mismas, y donde yo habia predicado, tambien. No se quiso hacer mencion de mis tres mil cristianos: díjose que era menester escribir que habia mucho, y que yo no podia acordarme de cuantos eran, porque de otro modo se enojaría el emperador.

Acabada esta primera sesion, mandó el presidente que me quitasen las cadenas y me tratasen bien, y me envió huevos, pescado y otras cosas de comer. Al otro dia fuí llamado á juicio: preguntóme el presidente si en el pais habia mas europeos, á lo que contesté que yo á ninguno mas conocia. "Pues está, me replicó, el llamado Li-To-Lin, á quien el hermano de Bautista Tchang condujo á Tin-Tchou ocho años há." Sorprendíme extraordinariamente al oir pronunciar aquel nombre, que era el de Mr. Dufresse. Respondí que este sujeto no debia de estar á la sazon en Su-Tchuen; que á la verdad yo le habia conocido; pero que la persecucion le habia obligado á salir de la provincia, donde ya no podia mantenerse oculto, y que habia cinco meses que yo no oia hablar de él. Supusieron que si era como yo decia, Mr. Dufresse estaria en la provincia de Chen-Si.

Mandáronme salir de la audiencia, y me introdujeron en una sala á donde los mandarines y oficiales del pretorio se retiraban á descansar. Allí oí decir que habia órden expresa del gobernador para prender á monsieur Dufresse; que se habian despachado espías á todas partes mandándolos que anduvieran cincuenta leguas al dia para buscarle. Me dijeron no era cosa ignorada que habia dos europeos en la provincia, y que cogido aquel, se terminaria el asunto: y me enviaron á mi prision, donde disfruté bastante libertad.

Pensando en lo sucedido, y temiendo que las seve-

rísimas pesquisas que se hacían para haber á Mr. Dufresse á las manos, diesen ocasion á descubrir á otros compañeros nuestros, concebí el designio de escribirle, persuadiéndole á que se presentára. Recibió efectivamente mi carta, y llegó doce dias despues. En este intérvalo vino otra órden para prender á monsieur Delpou, que habia sido denunciado en Canton por los criados del procurador de la Propaganda, así como todos los demás misioneros de esta congregacion, declarando que estaba en el Su-Tchuen (1). Me interrogaron, y á los otros cristianos tambien. Al principio rehusé confesarlo; pero los cristianos lo confesaron, declarando donde estaba. Dijeron los mandarines que si aquel hombre no era aprehendido, sería la perdicion de todos los mandarines de la provincia, porque le pedia el emperador á quien le habia denunciado. Entonces confesé, diciendo que le habia visto siete ú ocho meses antes, pero que no habia vuelto á saber de él. Fueron á buscarle al parage denunciado, que era la colonia cristiana de Ngan-Yo, y no le encontraron. Los cristianos fueron extremadamente perseguidos con este motivo: uno padeció tres veces el tormento en las piernas, y recibió muchas bofetadas. Los demás, atemorizados, me rogaron le escribiese, persuadiéndole á que se presentára. Le escribí, pues, y se presentó. Pero los mandarines tenian fuertes sospechas de que habia otros europeos mas en la parte oriental, que es tan grande, y donde hay tantos cristianos.

(1) El Su-Tchuen es una vasta provincia del imperio chino, situada al sur oeste, y á 300 leguas de Pekin, lindando con el Gran Tibet. El Chan-Si está al norte del Su-Tchuen.

Continuacion de la persecucion suscitada contra los misioneros y cristianos chinos.—Ida á Pekin de M. de Saint-Martin y de M. Dufresse.—Cómo fueron tratados en aquella capital.—Sentencia dada contra ellos y contra los sacerdotes chinos y otros cristianos.

Interrogado si habia mas europeos en la parte oriental del Su-Tchuen, Mr. de Saint Martin respondió que no los habia, creyendo que Mr. Devaut estaria en la provincia de Kouei-Tcheon. Este misionero, continúa, fué delatado, diciéndose que vivia con la familia Ly en Tchong-Kin-Fou. Yo dije que le buscarian en vano, porque podia asegurarles que no estaba en la provincia; pero no creyeron en mis palabras. Un mandarin comisionado con unos soldados, fué á casa de la familia Ly, la cual declaró que monsieur Devaut habia estado á pasar allí algun tiempo; mas que á la sazon no sabian donde hubiese ido. Hiciéronse, pues, las mas rigurosas pesquisas en aquella parte, y todos los cristianos, hombres y mujeres, se hallaron en la mayor consternacion. Luego, habiendo corrido voces de que Mr. Devaut se habia retirado hácia Soui-Fou, el mandarin fué allá, y afligió aquella parte al modo que habia afligido la otra. Varias vírgenes fueron conducidas al pretorio; monsieur Andrés Yang, sacerdote chino, apresado; monsieur Cleyn estuvo para serlo junto con Mr. Devaut; pero se salvaron no sé cómo.

Al cabo de un mes y mas fueron conducidos á Tchin-Tou muchos cristianos de los distritos de aquellos mis dos queridos compañeros. Muchos de la familia Ly fueron aplicados al tormento: luego se la dejó un mes de plazo, declarándola que si dentro de

él no comparecía el europeo, toda sería aprisionada sin misericordia, porque, decian, el gobernador de la provincia, que habia escrito al emperador no quedaban en ella europeos, sabiendo ahora que Mr. Devaut estaba, queria absolutamente apoderarse de él, y considerando interesada en ello su dignidad, lo sacrificaría todo para conseguirlo.

Habiendo sido conducido á Tin-Tchou Mr. Andrés Yang, me envió á rogar que escribiese á Mr. Devaut; pero no quise. Lo mismo me rogaron muchos cristianos, y del mismo modo me negué. La familia Ly, una de las bienhechoras de la mision, añadió á las de los otros sus instancias. Entonces consulté con Mr. Delpou, á quien tuve la libertad de ver, y juzgó que era conveniente hacerlo. Escribí, pues, y el propio dia salí para Pekin con Mr. Dufresse.

Nos llevaron de la manera mas honrosa. Íbamos cada uno en una litera con cuatro silleteros, y dos mandarines nos ponian á comer á su mesa, á expensas del público ó del emperador. Duró nuestro viaje treinta y ocho dias, y llegamos á Pekin el 28 de abril. Presentados al siguiente dia ante el tribunal llamado Hing-Pou, en que se deciden las causas de los grandes criminales, allí nos cargaron de cadenas muy pesadas, nos aherrojaron de pies y manos, y nos enviaron á la prision destinada para los mandarines. Era esto una gracia particular, que no sé cómo nos fué concedida: fué un gran favor de la Providencia, porque de otro modo, verosímilmente habríamos muerto.

En aquella cárcel nos vimos reducidos á sustentarnos con un poco arroz que da el emperador á los presos. Con algun dinero que nos habian dado de caridad, comprábamos una especie de queso blando hecho de leche de unas habas despachurradas, que se coagula; es alimento muy insípido, con el cual sin embargo nos teníamos que contentar. Los otros mi-

sioneros presos estaban aun peor que nosotros. Cuatro ó cinco dias despues que llegamos, los soldados, esperando algun agradecimiento de dinero, nos quitaron las cadenas en sigilo, y no nos las ponian mas que para las audiencias ó cuando visitaban la prision los mandarines. Pero todo el tiempo estuvimos expuestos á los desprecios é injurias, y roidos de toda especie de insectos.

Los diferentes juicios á que fuimos citados no ofrecieron particularidad, sí solamente que nos preguntaban de quiénes recibíamos medios de mantenernos. Yo respondí que parte me los enviaban nuestras familias, parte nuestros amigos, y parte los cristianos; que embarcaban las sumas en los navíos que de Europa venian á la China; que este dinero, al llegar á Canton, se depositaba en las casas habitadas por Europeos, y que en virtud de letras que yo enviaba con nuestro correo Luis, que me le traia, yo le distribuia entre nosotros segun nuestras necesidades.

Se informaban tambien de si estábamos en comunicacion con las iglesias de Pekin; punto que ansiaban mucho saber. Nosotros lo negamos siempre, y era la verdad. Me preguntaron qué arte sabia. Respondí que no sabia mas que predicar el Evangelio; é insistí mucho en esto, porque sabia que el gobernador interino del Su-Tchuen habia expuesto al emperador su dictámen, reducido á que me retuviesen en Pekin en calidad de artista ó de matemático. Preguntáronme qué bienes traia la religion cristiana. Respondí que una felicidad eterna, y que el cristiana no tiene en la tierra ambicion de dignidades ni de riquezas. Pero todo esto y otras cosas semejantes se recibieron con frialdad.

En fin, el tribunal superior sentenció y el emperador ratificó la sentencia. Los europeos aprehendidos en las provincias fueron condenados á prision perpétua; los correos que los habian introducido, á destierro

perpétuo en un lugar llamado Yli, y á ser marcados en la cara; los sacerdotes chinos, que eran seis, á la misma pena. Uno de ellos era Mr. Adriano Tchou, que ya habia estado desterrado otra vez en la provincia de Chantoug, despues de haber trabajado algun tiempo en la mision del Ton-kin.

Ignoro cuál haya sido la suerte de nuestros correos del Su-Tchuen, que no fueron enviados á Pekin como los de las otras provincias: los mandarines dijeron que su causa no era nada. Han soltado á nuestros sacerdotes chinos que habian aprehendido, y no se ha inquietado á los otros aunque denunciados. Mr. Tomás Nien lo habia sido á presencia mia por un cristiano que perdió el juicio: en poco estuvo que no denunciase tambien al obispo de Agatópolis. Preguntáronle si me conocia. "*Sí*, respondió, añadiendo que *yo era el obispo nuevo.*" Natural era con decir que habia otro obispo antiguo, pero no cayeron los mandarines en la cuenta.

En la cárcel habíamos ignorado el decreto del emperador que nos condenaba á prision perpétua: pero, gracias á Dios, estábamos resignados.

Sin embargo, muchos de nuestros misioneros no podian vivir con el arroz del emperador, siéndoles imposible tragarle. Siete murieron en la cárcel consumidos de inanicion y de miseria. Entre ellos habia dos obispos, el de Miletópolis y el de Domiciópolis, vicarios apostólicos del Chen-Sí y del Chan-Sí. Los señores Devaut y Delpou murieron como unos santos. No los dejó su celo ni aun á la agonía: querian que algunos misioneros allí presentes predicasen á los paganos para impedir los desórdenes que ellos deploraban viéndolos con sus ojos, y se excitaban á morir diciendo: *¡Qué dicha es morir aquí!* Estas son las propias palabras de Mr. Devaut, que me ha referido un misionero presente á sus últimos instantes.

En cuanto á mí, á los tres meses de cautividad

caí enfermo de consuncion y aguardaba morirme. Este pensamiento me consolaba, pero no era digno yo de terminar mi vida en el campo del honor. Mr. Dufresse estaba bastante bueno, con admiracion mia, porque es de salud muy delicada.

En fin, los señores misioneros de las iglesias de Pekin consiguieron, á fuerza de dinero, hacer llegar á nosotros algunos socorros que nos restablecieron. Desde el principio de nuestra prision supimos los reiterados esfuerzos que habian hecho para sostener el honor de la religion calumniada, y romper las cadenas de los confesores; pero no tenian bastante crédito en la corte para alcanzarlo, y parece que se los quiere humillar de todos modos. El orgullo chino advierte con envidia que los grandes talentos se encuentran en los europeos nada mas. Aquellos señores presentaron apologías que quedaron sin respuesta. Pidieron nuestra libertad, como quiera que fuese, ó para que fuésemos restablecidos en nuestras iglesias, ó para que se nos volviese á enviar á Macao. El emperador les respondió con indignacion y desprecio que mereciamos la muerte, y que harta gracia se nos concedia en condenarnos á prision perpétua; y el ministro les prohibió al mismo tiempo que nunca volviesen á presentar memorial sobre este asunto. Han procurado que recibamos socorros ganando á los gefes de los carceleros, que les han exigido sumas inmensas; pero todo lo han sacrificado, y los carceleros, aunque son muy codiciosos, no se han atrevido á aceptar los ofrecimientos que se les hacian hasta despues que fueron sentenciados todos los europeos, y aun temblaban mucho.

Desde entonces no nos ha faltado nada: Todo lo teniamos, vestidos, comida, regalos etc. con profusion, tanto que hube de rogar á aquellos señores pusiesen tasa á sus excesivas larguezas.

Podiamos escribirnos, y yo lo hacia con un lapiz

que me habian enviado á fin de que les expusiésemos nuestras necesidades. Y no satisfecha aun con esto su beneficencia, han buscado modo de proporcionarnos otra prision mas suave, con esperanza de reunirnos en un mismo sitio, de manera que habriamos podido celebrar la santa misa. Ya habian obtenido del ministro el permiso de socorrernos á las claras, sin mas escepcion que la de comunicarnos por cartas.

Todos los cuerpos de los confesores muertos en la cárcel han sido honrosamente sepultados en los cementerios de las iglesias respectivas; pero esta gracia no fué concedida sino á fuerza de dinero respecto de los unos, y á fuerza de vivas y largas instancias respecto de los otros. El emperador, en fin, se ha ablandado en este punto, y por un edicto particular ha permitido que los cuerpos de los confesores, que habian sido echados los mas en la sepultura de los criminales, fuesen entregados á las iglesias. Yo he visto los sepulcros en que descansan: se les han erigido monumentos muy dignos de la piedad y generosidad de los misioneros de Pekin, y he dado gracias, en nombre del cuerpo de los misioneros extranjeros, á los misioneros franceses que se han encargado en particular de las preciosas reliquias de los señores Devaut y Delpou.

Al fin llegó el tiempo señalado por la divina Providencia. Dios, que tiene en sus manos el corazon de los reyes, tocó el del emperador. Cuando no lo aguardábamos, y contra toda esperanza, aquel príncipe dió un edicto poniendo en libertad á los europeos. Salimos de la cárcel el 10 de noviembre de 1785. El edicto nada contiene indecoroso á la religion: declara formalmente que nada hay reprensible en la conducta de los misioneros que á predicarla han venido, sino el haberse introducido furtivamente en el imperio contra las leyes; pero que el emperador, considerando que los europeos no están enterados de es-

(Pag. 205).

PROPAGANDA CATÓLICA.



Para este sagrado óleo es inútil la mágia.

tas leyes, y queriendo usar de clemencia, deroga la severidad de ellas, y restituye á los misioneros en libertad, dejándoles la eleccion entre volverse á Macao ó quedarse en las iglesias de Pekin. Anunciáronnos esta nueva los criados de las iglesias de Pekin, que nos enviaron aquellos señores á dárnosla. Poco despues salimos, y los mas nos estaban aguardaudo ya á la puerta, donde sostuvieron nuestra causa contra el mandarin ejecutor del edicto, que al parecer exigia condiciones odiosas, y fuimos soltados sin condicion.

Nuestro primer cuidado fué ir á la iglesia principal, en la que nos aguardaba el señor obispo de Pekin. Despues de haber dado gracias á Dios, nos convidó á una magnífica comida, y luego fuimos repartidos entre las diferentes iglesias. Nosotros escogimos, como era muy natural, la de los franceses, en la cual permaneceremos hasta que podamos volver libremente á Macao. Nos tienen confundidos la caridad y generosidad con que estos señores nos tratan, haciendo cuanto pueden para consolarnos. El señor obispo de Pekin ha querido se tributen á Dios solemnes gracias por tan gran beneficio: ha habido misa de pontifical, exposicion del Santísimo Sacramento, procesion, música, etc., y yo he tenido el consuelo de predicar aquel dia delante de una multitud de cristianos que habia reunido la novedad de la ceremonia. Este dia ha sido verdaderamente el triunfo de la religion.

Conversacion sobre la religion entre M. de Saint-Martin y unos mandarines.—Número de las principales víctimas de la persecucion etc.

Yo tenia libertad, cuenta el obispo de Caradre, de decir cuanto queria delante de los mandarines, y ellos no se enojaban, porque Dios les habia movido el corazon. Preguntáronme un dia, estando yo de rodillas.

delante de ellos en un juicio, si los mandarines que no seguian la religion cristiana, serían condenados como los demás. Respondíles que la religion cristiana no adula á nadie, y que ciertamente se condenarían. Echáronse á reir, y me preguntaron si teníamos á Confucio por santo. Yo les respondí: "Si por la voz de santo entendeis, como algunos dicen, un hombre de ingenio superior á lo ordinario, cierto que es Confucio un hombre de esa naturaleza; pero si, como dicen vuestros libros, debe entenderse por santo un hombre de conducta íntegra y de suma virtud, digo que Confucio no lo es, porque no ha conocido á Dios, ni la espitualidad del alma, ni su inmortalidad: destruye el gran principio de la diferencia entre el bien y el mal moral, admitiendo un *hado* ú órden del Cielo, que hace que nadie se arrepienta de sus culpas." El presidente me dijo: "Y tú, ¿eres santo?— Por mi desgracia disto mucho de serlo; pero hago por conseguirlo: mas los santos no son declarados por tales hasta despues de su muerte."

Yo olvidaba contar las grandes dificultades que me han suscitado con motivo de los santos óleos y de las hostias para decir misa que me habian cogido: dije que la caja contenia aceite de olivas, que servia para curar muchas enfermedades; que estaba bendito, esto es, consagrado á Dios, y que se usaba para comunicar sus gracias á los hombres dispuestos á recibirlas por medio de buenas obras: dije tambien que las hostias eran la materia para un sacrificio que ofrecíamos á Dios, por el cual reconocíamos su soberano dominio sobre todas las cosas.

Por lo demás, casi la mayor parte de aquellos mandarines conocian todo lo concerniente á la religion, como el bautismo, la confesion, la comunion, etc; solo que se imaginaban que la efigie del crucifijo era la exposicion de un suplicio que amenazaba á los apóstatas, y que con tales imágenes los intimidábamos.

Fuí interrogado jurídicamente sobre este particular: preguntáronme: "El que está clavado en esa imágen ¿lo está por haber renegado vuestra religion? — No: lo está por haberla predicado: porque se oponia á los crímenes de los hombres, los hombres criminales le crucificaron." Muchas objeciones he tenido que resolver sobre este punto, en que he expuesto la divinidad de Jesucristo, su humanidad y su amor á los hombres. Un mandarin me dijo con desprecio: "Si no pudo salvarse él del suplicio, ¿cómo os ha de salvar á vosotros?—Murió porque quiso, y los mismos escritos que refieren sus dolores, refieren tambien su gloria." Cité algunos milagros de los que entonces se obraron; cómo los soldados fueron derribados con una sola palabra, la resurreccion, etc.

Muchas veces me han dicho en el pretorio: "Si el emperador enviára chinos á predicar en vuestro pais la religion de la China, ¿cómo serían recibidos? ¿qué pena se les daría? — Se les pedirían pruebas de su doctrina, y se les probaría además que es falsa y supersticiosa. Aquí yo os doy pruebas racionales de la mia, y respondo á todas las dudas que la oponeis. ¿Qué parangon podeis hacer? Tocante á las leyes de nuestro pais, contra ellos no las hay, porque no se supone que haya gentes bastante locas para andar muchos millares de leguas al efecto de predicar una religion falsa y supersticiosa.

Dios ha permitido esta persecucion para dar á conocer las verdades de la fé á los grandes del imperio. Todo lo han visto, todo lo han examinado, y sabemos con certeza que el emperador ha dicho: *Tienen razon los cristianos.* ¡Ojala se aproveche de este convencimiento, y abra sus vastos estados al Evangelio! Esperamos que no está lejos este término; mas parece que se necesitan aun mártires. Pluguiera á Dios que yo fuese uno de ellos! entretanto yo me pondré en el camino.

Esta persecucion general ha arrebatado á la China diez y ocho misioneros europeos, de los cuales tres eran obispos. Además, ocho sacerdotes chinos, sin comprender á Mr. Mateo Kon que no habia llegado aun á Pekin, ni á los sacerdotes chinos del Su-Tchuen y del Poukien, que no fueron remitidos á la capital. Dos murieron en la cárcel: los otros seis fueron enviados á Yli, á ochocientas ó novecientas leguas de Pekin, marcados con dos letras en la mejilla que significaban *fuera de los lìmites*, y condenados á servir de esclavos á los grandes mandarines que gobiernan por el emperador en aquellas regiones apartadas. Otros muchos cristianos, que habian servido de introductores á los europeos, fueron desterrados igualmente. Quienes los recibieron en sus casas, han sido condenados á destierro de tres años en las provincias del imperio. Ignoramos si sobre los misioneros conducidos á Pekin, habrá habido otros en las provncias, que hayan sido víctimas de esta persecucion, ó por haber muerto en las cárceles sin que el emperador lo haya sabido, ó por haber muerto de otro modo de falta de socorro. Ciertas voces dan motivo de creer que tal ha sido la suerte de muchos.

Pero ya empieza á apagarse la fermentacion: en la corte se piensa muy bien de la religion, y se condenan general y públicamente los escesos que se han cometido en las provincias con motivo de este deplorable acaecimiento.

Parece que se teme, ó á lo menos se ha temido que una vez sueltos nos volveríamos á nuestras provincias; y esta era la razon que alegaba el primer ministro para que nos condenasen á prision perpétua. Sin embargo, el edicto que nos pone en libertad es sin ninguna restriccion. Los misioneros de Pekin han hecho estos dias últimos una tentativa cerca de un grande favorito del emperador, y cerca de uno de sus primeros ministros para saber si podria proponerse á

su magestad permitiera á los misioneros libertados el regresar á sus provincias, á condicion de que no hubiese mas de dos en cada una, con obligacion de ir á Pekin así que el emperador los llamase. Pero otros han aconsejado al príncipe que no haga tal, á pretesto de que habiendo mandado destruir las iglesias no era probable que quisiese favorecer la religion.

Como Mr. Dufresse y yo, continúa el obispo de Caradre, no deseamos hacer gran figura en Macao, ni comer ortolanos, os ruego que envieis al Su-Tchuen la mitad siquiera de nuestro viático: en la cárcel hemos aprendido á contentarnos con poco. Bien conoceis que habiendo en aquella mision muy poco que esperar de los cristianos, casi todos pobres, sería muy dificil en las circunstancias actuales exigirles contribuciones. Y sin embargo, es menester que los sacerdotes chinos se sustenten. Tendré la honra de deciros mas cuando tenga la de veros.

Persecucion en Siam (1) contra unos mandarines cristianos y tres misioneros, en 1779.

Es costumbre muy antigua en el reino de Siam prestar juramento de fidelidad al rey, dice Mr. de Condé, misionero. Esto no se opone á nuestra santa religion; pero el modo de hacerle es este. El dia señalado, todos los mandarines y empleados del reino van por órden del rey á una pagoda atestada de ídolos. Los talapoines, que son los sacerdotes de los falsos dioses, toman agua natural, la preparan con oraciones y ceremonias supersticiosas, y luego sumer-

(1) El reino de Siam está al medio dia de la China entre los de Pegú y Laos. De norte á sur le atraviesa el Menam, gran rio que nace en el Tibet, y desagua en el golfo de Siam. Se divide en Siam alto y bajo. La capital está en el bajo; [illegible]

gen en ella el sable y las armas del rey. Hecho esto, los mandarines, poniendo por testigos á los dioses, beben un poco de aquella agua, que hecha eficaz por las oraciones de los talapoines, tiene, dicen, la virtud de dar la muerte á los que serian traidores al rey.

Entre los cristianos hay muchos mandarines que, como todos los demás, reciben la órden del rey de ir á la pagoda y prestar en ella el juramento de fidelidad al modo de los idólatras. El temor al rey, que es terrible con quien se opone á su voluntad, los habia inducido á juntarse con los demás; pero sin beber el agua de los talapoines, pasaban por haberla bebido, se inscribian sus nombres y quedaba todo concluido. Mas nuestra religion no admite disimulos, y nosotros no cesábamos de decirles que el pasar por haber asistido, era bastante para que fuesen culpables ante Dios.

En setiembre de 1775 estos mandarines se resolvieron por fin á sacrificar su vida antes que faltar á sus deberes de cristianos. El dia señalado para el juramento anual no se presentaron en la pagoda. Al dia siguiente, 22 de setiembre, fueron acusados ante el tribunal de no haber querido prestar el juramento de fidelidad. Ellos persistieron en decir que no le podian prestar á la manera de los idólatras, porque aquello era contrario á nuestra religion, pero que le habian prestado á la manera de los cristianos; y era la verdad. Llevóse la causa al rey, que estaba celebrando entonces una fiesta que habia de durar tres dias. El príncipe mandó que se examinara el negocio, y que si los mandarines cristianos resultasen reos de traicion, se castigasen con pena de muerte. Al punto fueron los tres encarcelados poniéndoles cadenas en los pies, metiéndoles en el cepo de cabeza, y echándoles otros cepos en manos y pies. Nosotros no faltamos, como pastores suyos á visitarlos, consolarlos y fortalecerlos en su cárcel, donde teniamos liber-

tad de entrar, y era un consuelo para nosotros el verlos firmes, contentos y dispuestos á recibir la muerte.

El 25 de setiembre, dia en que se habia de dar al rey cuenta de la causa, el gefe del tribunal nos envió á buscar al señor obispo, á mi compañero y á mí. Ya esperábamos que nos habia de alcanzar alguna parte de los padecimientos de nuestros cristianos. Fuimos á la sala y al instante nos presentaron al rey, que nos aguardaba. Eramos conducidos como unos reos, y no como acostumbrábamos ir á la audiencia en ciertas ocasiones. El príncipe estaba muy encolerizado. Luego que los tres mandarines fueron traidos á su presencia con cadenas á los pies y al cuello, nos hizo varias preguntas á que respondimos, pero la disposicion en que se hallaba le impedia comprendernos. Le repetíamos y le asegurábamos que no impedíamos á nuestros cristianos el que le prestasen juramento de fidelidad; que le habian prestado delante de nosotros; pero que nuestra santa religion prohibe á sus hijos que tomen parte en las supersticiones de lospaganos; que nuestros cristianos no tributaban ningun culto al ídolo; que no tenian en él ninguna confianza; que no temian á los falsos dioses, y consiguientemente no podian jurar por ellos. Queríamos hablarle mas tiempo, pero el rey mandó que se apoderasen de nosotros, que nos desnudasen enteramente y nos amarrasen para azotarnos con bambúes. No bien se dió la órden, los verdugos nos sacaron arrastrando y nos despojaron de la sotana y la camisa. No puedo expresar lo que en mi corazon pasaba entonces. El señor obispo nos dió su bendicion á mi compañero y á mí. Apenas tuvo tiempo de dárnosla, porque se echaron sobre él, y le derribaron de espaldas para arrastrarle fuera de la presencia del rey; que es todo lo que ví.

Condujéronnos á cada uno á una columna, á la orilla del rio, en presencia de todo el público y de to-

da la córte del rey. Gracias al Señor, ningun miedo sentí. Tenia mi crucifijo en la mano, y en nada mas puse la atencion mientras estuvimos amarrados. De este modo nos ataron: estábamos sentados en el suelo, con un cepo de diez ó doce pies de largo al pescuezo, cuyas puntas estaban sujetas á una columna de madera: otra cuerda que nos rodeaba el vientre, nos ataba por la espalda á otra columna: teníamos atadas las manos al cepo que nos pendia del pescuezo; de manera, que no podíamos hacer ningun movimiento. En la misma situacion estaban nuestros tres cristianos. El rey mandó que se les diesen á cada uno cincuenta azotes, como al instante se ejecutó. Nosotros los oíamos gritar al lado de nosotros, sin saber lo que nos sucedería, porque no nos pegaban, de lo cual estaban todos sorprendidos. En fin, nos desamarraron á los seis, con la diferencia de que no nos habian juzgado dignos á nosotros de padecer con nuestros queridos cristianos, cuya sangre estaba corriendo á nuestros ojos. Los consolamos mientras los curaban las heridas en la sala donde con ellos estábamos. Un instante despues trajeron los grillos y cadenas que nos habian de poner: yo las besé con ternura, y me glorié de recibir cadenas en un reino donde no esperaba hallar sino bondad y tranquilidad. Mil veces he bendecido al Señor que me condujo á Siam, contra mi inclinacion, para concederme tan gran favor á los seis meses despues de mi llegada.

Cuando los tres estuvimos aherrojados, nos llevaron á la márgen del rio, á la sala del mandarin encargado de los negocios extranjeros, donde nos echaron el gran cepo al cuello, y otros en las manos y en los pies. Toda la noche nos estuvieron interrogando sin querer escuchar nuestras respuestas. Al dia siguiente, cuando salió el rey á dar audiencia, le hablaron de nuestra causa, y sobre todo de nuestra firmeza en sostener que no es lícito á los cristianos

participar de las ceremonias de los paganos. Por nuestra parte, nos preparábamos á hacer la voluntad del Señor. Á cosa de las siete de la mañana, nos arrastraron á palacio, y á poco rato mandó el rey que compareciésemos á su presencia. Hízonos las mismas preguntas que el dia anterior, y le respondimos con la misma firmeza. Enojóse, y dijo que nos mandaría quitar la vida. En efecto, se apoderaron de nosotros, nos desnudaron como el dia antes, y nos aplicaron á cada uno en las espaldas desnudas cien azotes: contábanlos en voz alta, y el rey estaba presenciándolo. Al primer golpe sentí correr mi sangre, y aguardaba el instante de despedir el último aliento. Mi apoyo era mi crucifijo, que tenia la dicha de estar mirando. Los tres guardábamos silencio: no se nos oia gritar ni quejarnos. Aun los hombres mas robustos del pais desfallecen ordinariamente; pero yo me sentí con mucho vigor. El rey estaba maravillado, porque los verdugos sacudian con todas sus fuerzas.

La escena por fin concluyó, y nos retiramos con los cuerpos desgarrados y chorreando todo él sangre. Lleváronnos á la cárcel, donde hallamos á muchos de nuestros cristianos que nos prodigaron su asistencia. Cuatro ó cinco dias despues fuimos transferidos á dentro del palacio, donde se custodian los presos reos de grandes crímenes contra el rey. Decíannos muchas veces que el rey nos mandaria quitar la vida, y nosotros estábamos muy resignados á la voluntad de Dios; pero reconocíamos nuestra indignidad. ¡ El martirio! ¡ Qué favor!

Nuevo interrogatorio que sufrieron los tres misioneros de Siam.—Vuelven á la gracia del rey y recobran su libertad, con permiso de predicar la religion cristiana.

Permanecimos en cadenas, continúa nuestro misionero, cerca de un año, hasta el 2 de setiembre de 1776. Todos los dias nos decian que el rey nos perdonaría pronto, y aquel dia nunca llegaba. Algun tiempo despues, los birmanes, con un poderoso ejército, vinieron, saquearon dos ó tres provincias, y pusieron sitio á una ciudad de las mas fuertes del reino. No pudieron resistirlos las tropas que el rey habia enviado contra ellos, y él en persona se puso en marcha con los soldados cristianos. Pero su presencia, antes tan capaz de animar á sus tropas, no produjo efecto esta vez. Cuando se supo cómo nos habia tratado, los mas grandes mandarines dijeron que el reino estaba perdido. Los paganos murmuraban públicamente de vernos presos sin causa, y á esta injusticia atribuian el mal éxito de la guerra. La ciudad sitiada fué tomada y dada á saco. El rey mismo parecia haber perdido su valor. Hasta aquella guerra habia salido siempre victorioso; ahora se le oia quejarse de su desgracia. Un dia dijo á los soldados cristianos que á la vuelta pondria en libertad á su obispo y á sus padres. Entretanto nos trataban con miramiento, pero sin quitarnos los grillos ni la cadena con que estábamos atados á la columna, siempre sentados ó de pié, sin poder dar un paso. Pero en fin, estábamos los tres juntos, nadie nos incomodaba, todos nos mostraban estimacion viendo el gozo con que padeciamos. Dos cosas nos afligian, sin embargo que no teniamos el consuelo de celebrar la santa misa, y que nuestras ovejas estaban sin amparo.

El rey, de vuelta del ejército, se mostraba confuso y triste. Nuestros protectores y los mandarines que nos eran propicios, buscaban una ocasion favorable para hablarle de nosotios, pero no la encontraban. Por último, el 14 de agosto, víspera de la Asuncion, queriendo que compareciesen ante él todos los presos, encargó á los principales mandarines que nos examinasen, y nos volviesen á enviar libres á nuestros cristianos. Vinieron, pues, á soltarnos, pero nos llevaron en camisa, con los grillos en los pies y la cadena al cuello, á la sala fuera del palacio, á presencia de los mandarines: estos nos digeron que el rey nos perdonaba, pero que era menester que reconociésemos nuestra culpa por escrito, con promesa de no reincidir mas en ella. Nosotros rehusamos esta condicion, y digimos claramente, que si el rey nos ponia en libertad, continuariamos enseñando la religion como lo habiamos hecho antes de estar presos; que no éramos si no misioneros del verdadero Dios, y no podiamos mudar de religion como los paganos. "Si no sois culpados, nos dijo el mandarin, ¿por qué habeis estado un año presos, y habeis recibido cien azotes de bambú?—Por nada, le respondimos.—¿Por qué no lo declarábais? replicó.—Nadie queria oirnos, y el rey está enojado.—¿Qué quereis que haga yo?—Pueden volvernos á la cárcel, echarnos del reino, quitarnos la vida; pero nosotros no mudaremos nunca."

Era ya de noche y nada se determinaba. El mandarin mandó á los que nos guardaban que nos volvieran á prision, pero fuera del palacio del rey. Entramos, pues, en aquella sala sin saber qué rumbo tomarian las cosas. Pero estábamos mas á gusto, y nos preparábamos á celebrar la festividad de Maria Santísima. Al siguiente dia por la mañana vinieron á quitarnos los grillos y las cadenas; pero como no se habia dado aun cuenta al rey, nos detuvieron en

la sala, y no tuvimos el consuelo de celebrar el santo sacrificio. Miramos como un señalado favor de la Santísima Vírgen el haber recobrado la libertad en aquel dia. Todos nos aseguraban que al siguiente, 17, volveriamos á nuestra iglesia, y nosotros esperábamos aquel momento; pero en la misma mañana vimos traer otra vez los mismos grillos y las cadenas con órden de que se nos pusiesen, y nos condugesen á las prisiones del palacio. Digéronnos, sin embargo, que no tardariamos á vernos en libertad, y que cuatro ó cinco mandarines, que no habian regresado aun del ejército, habian tomado de su cuenta libertarnos.

El 30 de agosto se reunieron todos los mandarines principales y subalternos. Tenian muchos negocios que examinar; pero desde el mismo dia, el gefe de todos, que amaba á los cristianos y estimaba nuestra religion, decidió que debiamos ser puestos en libertad, y todos opinaron lo mismo. Con todo eso, no se atrevieron aun á decirlo al rey, temiendo que acusase la sentencia de parcial. El 1.º de setiembre el principe preguntó por nuestra causa, y le respondieron que se estaba examinando. Al otro dia le digeron que todos eran de sentir que se nos pusiese en libertad. El rey, despues de haber dado las órdenes consiguientes, se retiró. Cuando vinieron á darnos la noticia, rendimos gracias al Señor, y fuimos á nuestra iglesia para en ella bendecirle mas solemnemente. Ya no se habló mas de que prometiésemos nada; no se exigió nada de nosotros, pero se obligó á todos los cristianos á quedar fiadores de que no saldriamos del reino: por manera, que habiendo estado muchas veces para ser espelidos, ahora estábamos mas arraigados que nunca.

Tres semanas despues de estar en libertad, mandó el rey que nos convidaran á su audiencia. Como el señor obispo estaba enfermo, no pudo ir: pero mi

compañero y yo fuimos. El príncipe nos hizo todo género de agasajos: se sentó mas arriba que nosotros, hizo que nos presentasen el té, y nos instó muchas veces á que le tomásemos; no parecia si no que quisiese reparar entonces el modo como nos habia estado tratando un año.

Desde aquel dia hemos vuelto muchas veces á su audiencia. Él nos ha manifestado siempre mucha bondad; pero como nuestra santa religion no se compone con la suya, tenemos precision de contradecirle; y persistiendo él en decir que puede volar por los aires, le hemos repetido tantas veces que eso es imposible, que se ha enfadado, y no nos ha vuelto á enviar á llamar há mas de un año.

No yendo ya á la córte, estendemos cuanto podemos nuestras relaciones entre el pueblo. No nos falta la mies, si no trabajadores apostólicos, llenos de celo y que no teman ni los tormentos ni la muerte. Contínuamente estamos en vísperas de padecer esta suerte; hacemos cuanto podemos por merecerla; pero el Señor se apiada de nuestra debilidad. Los siameses nos estiman, y poco á poco van haciendo justicia á la santidad de nuestra religion: poco á poco pierden los talapoines su crédito: ¿en qué vendrá á parar esto? El Señor lo sabe. Mucho necesitamos que se le ruegue por nosotros. Los párvulos nuestros bautizados este año ascienden á mas de novecientos: eso se ha ganado para el cielo.

Nueva noticia de la Cochinchina, dada en 1820 por Mr. Rey, capitan del buque mercante EL ENRIQUE.

Como la Conchinchina excita hoy vivamente el interés de los franceses, que desean con ánsia propagar el Evangelio entre las naciones infieles, hemos pensado agradar á nuestros lectores añadiendo á las

noticias que sabemos por los misioneros de aquel reino, las que nos da el intrépido marino que acabamos de nombrar.

Mr. Rey habia salido el 3 de febrero de 1819 de la embocadura de la ria de Burdeos para transportar á Cochinchina diferentes objetos, entre ellos diez mil fusiles que el rey Gia-Long le habia pedido en su anterior viaje.

"La ciudad capital, que no era sino un monton de ruinas de la antigua ciudad de Taisos, cuando la ví en mi primer viaje, dice este oficial, habia cambiado enteramente de aspecto en el espacio de dos años, convirtiéndose en una plaza fuerte muy importante y muy regular, en que se han seguido los métodos de Vauban. El emperador ha mandado que se le traduzcan los mejores autores franceses, en todo lo que concierne el arte de la guerra. Su ciudad es sin contradiccion la fortaleza mas hermosa y mas regular de toda la India, sin esceptuar el fuerte Willians en Calcuta y el de san Jorge en Madrás, ambos construidos por los ingleses. Las murallas se artillarán con dos mil cañones de los calibres de veinte y cuatro á treinta y seis: además, nueve piezas de á sesenta y nueve que se colocarán en el baluarte de honor ó torre del emperador, que es un caballete situado enfrente del palacio, el cual es tambien una fortaleza interior ceñida de muraña y foso. Delante de las puertas del palacio está la plaza de armas, y en la orilla de los fosos están construidos los cuarteles que pueden contener treinta mil hombres.

"En el recinto, que podrá ser de cuatro mil toesas en cuadro, se hallan situados los diferentes edificios que habita el soberano. Al rededor, exteriormente, están los palacios de los príncipes, grandes mandarines y embajadores; despues los arsenales, almacenes inmensos de arroz, los bazares y las casas en que mora el pueblo. Todas las calles están á cor-

del, enarenadas y con árboles á los lados, teniendo diez toesas de ancho. Ocho calles principales atraviesan la ciudad, terminándose en diez y seis puertas; y cuatro canales navegables para barcas, facilitan los transportes interiores.

"Deseando aprovecharme de todo el tiempo que debia de durar el exámen de los diez mil fusiles, creí que lo mejor que podria hacer seria ir á preguntar al P. Tnat, sacerdote cristiano natural de Cochinchina, discípulo del obispo de Verrenes, que une á todas las virtudes de su estado los mas vastos conocimientos. Con el auxilio de Mr. Chaigneau, que tuvo la bondad de servirme de intérprete, conseguí algunas nociones ciertas de la historia del reino de Anau. A aquel mismo buen P. That dejé entregado á monsieur Jantel, misionero que habiamos llevado de Fransia, el cual fué enviado inmediatamente al obispo de Verrenes, vicario apostólico de las misiones de la Cochinchina, quien dispuso de él para el Tunkin. Yo confieso que veria cargada mi conciencia en este asunto si hubiese obrado mal en tal circunstancia, pero el gobierno de la Cochinchina no se ha opuesto hasta ahora á que desembarcasen en este pais los misioneros de una religion que no era en él toleıada. Jamás oculté á Mr. Jantel ni aun su estado y á la menor objeccion estaba dispuesto á que regresára á Francia.

En resúmen, lo que he podido saber del P. That es que los cochinchinos no tienen datos cronológicos mas antiguos que de 600 años hasta nuestros dias y que despues de este tiempo solamente suponen por tradiciones chinas, que su pais estaba dividido en otro tiempo en pequeñas poblaciones que se hacian la guerra mútuamente y casi todas tributarias del Ton-Kin que á su vez lo era de la China.

Gia-Long es el padre del príncipe que vino á Francia en 1708 acompañado del obispo de Adran

para pedir socorros á Luis XVI contra un usurpador. Se sabe que no pudieron suministrarle los socorros que pedia y que la mala fé de un gobernador francés en la India hizo fracasar todas las empresas dirigidas por el obispo de Adran.

La forma actual del gobierno de la Cochinchina es altamente despótico: los mandarines tienen igual poder que en la China. Gia-Long, soberano actual, y hombre extraordinario, tanto por sus padecimientos como por su carácter y fortuna, ha procurado corregir algunos abusos introducidos en su gobierno; pero el temor de conceder demasiado al pueblo ó quizá el de indisponerse con sus mandarines, le han alejado del término de sus deseos. Educado en la escuela de la desgracia, es mas instruido de lo que son en general los príncipes del Asia, y ha probado mas de una vez de lo que era capaz de hacer si se hubiese hallado gobernando en otros paises. Pero conocia bien á sus súbditos, y cuando ha nombrado á su sucesor, ha elegido para tal á aquel de sus hijos que mas firmeza mostraba, ó sirviéndome de su propia expresion, al que mejor habia de saber empuñar la vara y aplicarla apropósito á grandes y pequeños. El refran: *Quien bien quiere, bien castiga,* se contornea en aquel pais de otro modo, y se dice: *Si quieres que yo te quiera y te respete, castígame.*

"El código de las leyes, que la Cochinchina ha tomado del grande imperio (la China), es sobremanera difuso, y su interpretacion tan difícil, que mientras no muden de modo de escribirlas, no serán nunca entendidas sino de pocos letrados. De ahí procede que sean interminables los pleitos. Cuando el caso es algo importante, se remite la sentencia al tribunal imperial, el cual la aprueba ó desaprueba; pero casi siempre la devuelve para que se amplíe la instruccion: de modo, que los litigantes no ven nunca terminadas sus diferencias, á menos que un gober-

nador de provincia ó el emperador no tome la iniciativa y juzgue por sí mismo.

"La justicia criminal está mejor entendida. Cada lugar tiene sus jueces que dan la primer sentencia. Luego el proceso con todas las pruebas de conviccion pasa al gran consejo, que le instruye nuevamente. Si encuentra defectos en las formas, multa á los primeros jueces. El emperador debe revisar tres veces, y en épocas diferentes, la sentencia pronunciada por el gran consejo: tiene facultad de modificarla como crea conveniente, pero siempre en favor del condenado: no puede agravar el castigo, y el revisar en tres dias diferentes, es á fin de que tenga todo el tiempo necesario para reflexionar. Esta ley tan sábia fué dada por Gia-Long, quien se la prescribió á sí mismo enmedio de las turbulencias civiles, cuando sus propios súbditos eran hasta enemigos suyos. Al mismo tiempo estableció en favor de algunos personas respetables y á quienes estimaba, que si le pedian tres veces el perdon de un condenado, se lo concedería: "Porque, decia al ilustre maestro (este nombre daba al obispo de Adran), la amistad que me teneis debe retraerme de firmar sentencias demasiado rigorosas, y será gran prueba de que me equivoco el que vos persistais en pedirme un perdon." Muchas veces le concedió á verdaderos reos por quienes nadie se atrevia á solicitarle; pero sabia leer los pensamientos de sus amigos, y lo que debia él pensar cuando ellos callaban.

"Esta conducta sábia y humana le sirvió mas que las armas para recobrar sus derechos al trono. El virey actual de Tunkin era el primer general de sus enemigos: vínose solo al campo del emperador, y le pidió ser castigado como rebelde, ó servirle como soldado, diciéndole que tan dispuesto se hallaba á recibir la muerte que merecia, como á ir á buscarla contra los enemigos de tan gran príncipe. Gia-Long

le confió el mando de su ejército. En abril de 1803 aquel virey, que se llama Haoukoum, trepó el primero al asalto de la ciudad capital de Taysons, hoy Kique, hizo prisionero al usurpador, y le dejó huirse, advirtiéndole que otra vez no tendria quizá tanta fortuna. Haoukoum fué al instante á echarse á los pies de Gia-Long, le confesó lo que acababa de hacer, y le dijo: "Señor, diez años he comido el pan de ese hombre antes que el vuestro; ¿podia yo matarle?

"El emperador le aseguró en presencia de toda su córte, que en su lugar habria hecho él otro tanto. El mismo virey le pidió, estando yo en Hué, licencia para ir á visitar á su madre, que residia en una provincia del sur: "Id, le respondió el monarca, y decid á esa mujer que el emperador la saluda, y la felicita por haber dado al imperio un hombre como vos."

Haoukoum y Thaukoum son los dos primeros generales del ejército cochinchino. Aunque rivales de gloria, están ligados con la mas estrecha amistad. El obispo de Verrenes no habla nunca de estos dos hombres sin admiracion.

"Las fuerzas militares de la Cochinchina se componen actualmente de un ejército de ciento sesenta mil soldados, que puede doblarse en tiempo de guerra. En este número se comprende la marina, que ocupa treinta mil hombres á lo menos. La mayor parte de los soldados están armados y ejercitados á la europea. El ejército se divide en regimientos, y estos en batallones, que comprenden cierto número de compañías.

"Los cochinchinos tienen el orgullo de creerse superiores á los chinos, y yo creo que efectivamente lo son en mas de un punto. Por ejemplo, han progresado muy considerablemente en la marina. Muchos buques imperiales son de la misma forma que los nuestros, y se han construido por los mismos principios. Casi todos los cristianos y aun algunos paga-

nos usan para escribir de los mismos caractéres que nosotros. Si no están mas instruidos en nuestras ciencias, es por falta de maestros. Su inteligencia y sus buenos deseos de aprender darian vasto campo á quien quisiese dedicar su tiempo á enseñarlos. No temo asegurar que se reportarian, de hacerlo, ventajas muy superiores á todas las esperanzas que se pudieran concebir de un establecimiento duradero en aquel pais.

"Gia-Long tiene hoy dia cincuenta y nueve años. Las grandes fatigas y necesidades que ha padecido para reconquistar el reino, han alterado mucho su constitucion física, que está muy débil. Sin embargo, da dos audiencias al dia á sus mandarines: instruye á su heredero en el arte de gobernar, y éste participa ya de los trabajos y poder de su padre. Tiene unos treinta años y mucha instruccion: es el primer letrado del imperio. Posee algunas ciencias de los pueblos ilustrados, como las matemáticas, la astronomía y la geografía universal. Se sirve con frecuencia de nuestros caractéres para escribir; pero no ha querido nunca aprender mas idiomas que el de su pais: casi todas las obras en que ha aprendido lo que sabe, le han sido traducidas. Mr. Chaigneau le ha enseñado á determinar la longitud de un lugar por la observacion de las distancias del sol y de la luna. Es de estatura muy ordinaria, y su exterior muy poco agradable en todo; pero de fisonomía y genio suaves. Quiere á los extranjeros, y pienso que estos continuarán siendo bien recibidos en su reinado. Segun algunos rumores de córte, parece que todos los mandarines le aman igualmente, y que su nombramiento como sucesor en el trono, causó, cuando se hizo, alguna sedicion entre ellos. Era el motivo que este príncipe, habido en una concubina, no podia heredar en perjuicio de los nietos legítimos del emperador, que son los hijos del príncipe que vino á Francia con

el obispo de Adran. Quizá tendrian interés los tales mandarines en esta opinion, porque nacidos tambien de concubinas aquellos cuyas pretensiones sostenian no podian tener derecho sino como hijos del prime heredero nombrado; mas no existiendo ya este, el emperador ha tomado en cuenta solo el mérito en la eleccion del hijo que le ha de suceder.

"El navio el *Enrique* es el primer buque europeo que ha llegado á Cochinchina, pidiendo cargazon á cambio de los productos de la industria francesa. La primera operacion no salió bien; pero abrió la puerta á relaciones mas íntimas, fatilitándonos la ocasion de contratar con el gobierno, que será el único comprador largo tiempo aun. El pueblo; avisado de que volveríamos, se animó á cultivar los géneros que habíamos mostrado desear, y la diferencia de dos años de intérvalo habia producido considerable mejora en la cantidad y calidad de sus producciones. En 1817 no pudimos adquirir mas que cien picles de azúcar y seis pieles de seda cruda (1): en 1819 el informe al gobierno sobre la cantidad de estos géneros calculaba la cosecha del año en treinta mil picles de azúcar y setecientos de seda cruda.

"La tierra es muy productiva en toda la Cochinchina: con poco trabajo del hombre, cria cuanto se deposita en su seno. Puede dar con ventajas las mismas producciones que las Filipinas y el Bengala. Aun se podrian comprar allí los de la China mas barato que en Canton, porque llegan en joucas, barcos chinos, que no están sujetos á tantos derechos como los europeos.

(1) El picle pesa como 130 libras españolas.

COMPENDIO

DE LA HISTORIA DE LOS CALMUCOS,

EXTRACTADA DE LOS VIAJES DE PALLAS Y DE B. BERGMANN.

Estado actual de los Calmucos.

Estas tribus mongolas, que, bajo Tchingiskau y sus sucesores, extendieron su poder por todo el Asia y parte de la Europa, viven ahora como nómadas pacíficos en la parte del mundo (1) que aterraron en otro tiempo sus armas. Concentrados en páramos desiertos, han conservado junto con la vida nómada de sus antepasados, sus usos, sus virtudes y sus vicios. Tienen su lengua particular, su forma de escribir propia; un sistema de religion muy complicado, y han extractado de muchas obras toda la sabiduría de los filósofos indostanes y tibetanos.

(1) La parte del gobierno del Cáucaso (en la Rusia asiática), situada entre el Volga y el Ocral, y que se extiende hacia el mar Caspio.

Caractéres físicos de los calmucos.

Segun Pallas, los calmucos son por lo general de mediana estatura, y pocos llegan á ser altos. El único vicio de conformacion que se advierte con bastante frecuencia entre ellos, dice este autor, es cierta curvatura exterior de los brazos y de las piernas, resultado de una especie de cuchara, sobre la que no cesan de estar como montados á caballo en las cunas, y de que en aprendiendo á andar, á cada mudanza de vivienda tienen que habituarse á la equitacion.

Los calmucos suelen tener el cuello bastante grueso, pero los miembros casi siempre delgados y enjutos. Rara vez se ve un hombre del pueblo que sea gordo, y aun los ricos y principales de la nacion, que pasan una vida muelle en el seno de la abundancia, nunca adquieren una corpulencia excesiva; al paso que los kirguises y otros nómadas tártaros que en la vida y régimen se diferencian poco de ellos, muchos engordan extraordinariamente.

Naturalmente los calmucos son de cuerpo y de rostro bastante blancos; á lo menos tal es el color de todos los niños. Pero la costumbre que tiene el pueblo bajo de dejar correr á los niños desnudos, ya al sol, ya entre el humo de sus tiendas de fieltro, y la que tienen los hombros formados de dormir en verano sin mas ropa que unos calzoncillos, hacen que comunmente sean de color atezado. Al contrario, las mujeres tienen á menudo el cuerpo muy blanco. Aun en la clase elevada se ven caras delicadas y blancas á que da mas realce lo negro del cabello; y en esto, como en el conjunto de las facciones, se asemejan los mongoles á los retratos chinos. Los rasgos generales de la fisonomía calmuca son bastante conocidos

hasta en los paises extranjeros. Si se hubiese de hacer caso de las descripciones de algunos viajeros, deberia creerse que todas las caras en este pueblo son espantosamente feas; algunas, en efecto, lo son; pero en general, la fisonomía de todos los pueblos mongoles anuncian genio abierto, indolente, franco, sociable, y aun se hallan en ambos sexos caras redondas y agradables. Los caractéres de las caras calmucas y generalmente de toda cara mongola, son, además del ángulo del ojo que desciende de plano y en sesgo á lo largo de la nariz, las cejas castañas, estrechas y poco arqueadas; la nariz de forma particular, chata, pequeña, aplastada, á lo menos ordinariamente, y que parece una misma cosa con la frente; los juanetes proeminentes; la cara y la cabeza redondas; las pupilas muy comunmente de color pardo oscuro; los lábios gruesos y carnosos; la barbilla corta; los dientes blancos que duran firmes y sanos hasta la mas extremada vejez; en fin, las orejas largas y muy separadas de la cabeza, para completar la pintura. Estas señales, que en todos se ven, aunque combinadas de diferentes maneras, se encuentran algunas veces en perfecta proporcion.

Los pueblos que hacen vida pastoril no ceden en el ejercicio de ciertos sentidos físicos á las naciones salvajes ó cazadoras mas hábiles. Los calmucos solos poseen el olfato mas fino, el oido mas perfecto y una vista extraordinariamente aguda.

En sus viajes y expediciones militares, el olfato les hace grandes servicios: les revela á larga distancia una hoguera encendida, y el olor de un campamento; les indica el parage favorable para sentar su propio campo, y el objeto de que pueden hacer presa. Basta á muchos de ellos acercarse á la madriguera de un cono ó á la guarida de cualquier animal, para saber si el poseedor está ó no dentro.

Con el oido descubren á distancias mucho mas ex-

horbitantes aun, el ruido de la caballería marchando, el lugar que ocupa un enemigo de que es menester guardarse, un rebaño ó una res extraviada y sola: para todo esto, no hacen mas que tenderse boca abajo y aplicar el oido contra el suelo.

Pero nada hay tan de admirar como la excelencia de su vista y la extraordinaria distancia á que, desde una mediana altura, la mayor parte de los calmucos descubre sobre el páramo desnudo los mas mínimos objetos, el polvo que levanta un rebaño ó un cuerpo de caballería etc.; por mas dificultades que á ello opongan en verano, la ondulacion singular de las superficies, ó los vapores que se elevan en el seno de un aire puro por el gran calor de aquellas regiones. En la expedicion de Oubachi, vice-kan de los torgotes, contra los pueblos que habitan pasado el Kubau, ciertamente el ejército calmuco no habria dado con el enemigo sin un calmuco de la clase comun que apacentaba unos caballos, y que desde un punto poco elevado, á una distancia que se evalúa de treinta werstas (1), descubrió el humo y el polvo del ejército enemigo. Al instante le señaló á otros ojos no menos ejercitados, mientras el coronel Kichiuskoi con su anteojo, no podia descubrir nada. A este perpétuo ejercicio de la vista debe atribuirse tambien la habilidad de los calmucos para buscar y encontrar, por la pista, en soledades yermas de muchas millas, ya reses robadas ó perdidas, ya piezas de caza: porque este arte que poseen todos los nómadas, no debe atribuirse, como pretende el capitan Niebuhr (2), hablando de los árabes, al olfato. Los calmucos, los kirguises y aun los rusos, están habituados en los desiertos del imperio, á seguir con los ojos la pista, y decidir en consecuencia: sin duda no hay cosa mas fácil en tierra blanda ó en nieve endurecida. Pero ello-

(1) Cerca de seis leguas españolas.
(2) Descripcion de la Arabia.

gir entre pistas que se cruzan, la verdadera, y esto en arena ó en nieve movedizas; no perderla de vista entre pantanos y yerbas espesas; en fin, deducir ó de la inclinacion que ha padecido la yerba, ó de la poca profundidad de la huella en la arena ó en la nieve, la edad del animal perseguido, todo eso exige unos sentidos perfectos y una experiencia consumada."

Descripcion de las chozas de los calmucos.

Segun Bergmann, la choza de un calmuco se asemeja á una gran quilla redondeada, sostenida por cilindros de madera de tres ó cuatro pies de alta: tienen de seis á ocho toesas de circunferencia. La armadura consiste, por abajo en una especie de encañado; por arriba es una reunion de muchas pértigas colocadas oblícuamente y que se unen en el vértice por una especie de corona sobre la cual tienden una cubierta de fieltro que se levanta como se quiere para dejar salida al humo.

Como los calmucos no alargan á mas de una semana su estancia en un mismo sitio, no podian inventar cosa mas cómoda que tales chozas, que no solamente resisten las lluvias y mas violentos huracanes, sino tambien se desmontan fácilmente y se transportan á lomo de camellos.

Las tiendas calmucas pertenecientes á una horda ó gran division de este pueblo errante, se colocan á bastante distancia unas de otras, á fin de dejar todo el espacio necesario á sus numerosos ganados. Los principales cuarteles, en cada horda, son el del príncipe, el de los sacerdotes y el mercado, que en la lengua calmuca, como en la rusa y la tártara, se llama *bazar*. Al rededor de estos tres cuarteles se ponen las chozas comunes, que no se diferencian de

las otras de los personages mas distinguidos de la nacion, si no en ser aquellas mas reducidas, y estar mas ó menos sucias y ventiladas.

En qué consiste la riqueza de los calmucos.

Los rebaños son para los calmucos como para todos los pueblos del Asia, la base del alimento y el elemento principal de lä riqueza. "Muchos ricos, dice Pallas, tienen rebaños de cien y de mil cabezas." Es un hombre acomodado el que posee diez vacas, un toro, ocho yeguas y un caballo padre. Los pobres (baigouch) viven con mas escasez, guardan los ganados de los ricos, van á las ciudades á egercer todo género de oficios, ó aun se venden á sus compatriotas mas ricos, en clase de esclavos (jasivas).

Los ganados mas comunes son el caballar, vacuno y lanar. Solo los ricos y el clero poseen camellos, cuyo número se aumenta poco, ya á causa de su temperamento delicado, ya por lo mucho que tardan á crecer. La horda torgota tenia muchos carneros antes; pero una epidemia los ha disminuido mucho en la de los oulones, que se habian quedado á las márgenes del Volga.

Así los calmucos sacan de sus ganados todo lo que basta para su sustento y primeras necesidades: á sus riquezas pecuarias deben la leche, el aguardiente, el queso, la manteca, las carnes, las pieles de que hacen todos sus vestidos; la lana y el pelo que transforman en fieltro, cogines, cintas, cinchas, cuerdas, hilo de tripa tanto para coser como para bordar; en fin, á falta de otros materiales, sus ganados les dan estiercol para quemar. Así un calmuco tiene cuanto necesita para vivir y para vestirse, en sus ganados, que en aquellos páramos distantes de toda na-

cion civilizada, son todo su recurso. Pero como las hordas en sus viajes se acercan á las ciudades muchas veces, y además algunos comerciantes suelen detenerse entre ellos, los nómadas pueden, á cambio de sus reses, proveerse de todas las cosas útiles y agradables que produce la industria, como son, telas adamascadas de toda variedad, mercerías, tabaco que gusta mucho, té en barriles y harinas de todas clases.

Alimentos de los calmucos.

La carne (makhad), dice Pallas, es su manjar mas comun, mas ordinario, y del que nunca se hartan. No se limitan siquiera á las que les proveen sus ganados, caballos, camellos etc., sino comen tambien muchos animales que dan asco á otros pueblos, como lirones, ratones, castores, raposos, nutrias, linces, absteniéndose solo de perros, garduñas, zorras y lobos; y aun en caso de necesidad, no respetan sino á las dos últimos. Son tambien aficionados á javalí, cabras monteses y todas las aves grandes silvestres, menos los de rapiña, bien los maten ellos cazando, bien los haya matado alguna fiera. Notemos que el raton pasa por un bocado exquisito entre los ricos. Ordinariamente le cuecen en leche ágria, y otras veces le ponen á cocer en la caldera en que se destila el aguardiente de leche.

Las gentes de la clase comun y aun los ricos, no gustan de matar sus reses, no por avaricia, sino porque les parece gran pecado dar la muerte á un ser viente (1). Las reses que roban las matan solo de

(1) Las personas religiosas no matan siquiera los piojos, que pueden mirarse como una de las principales incomodidades de la vida de los calmucos. Pregunté dias pasados á un tártaro viejo, que para librarse de ellos los tiraba al suelo, si no mataria uno por dinero —Ciertamente no —¿ Pero por mil rublos ?—Ni por un millon.—Matar un piojo ó un hombre, es lo mismo: los dos tienen alma.

miedo de que sean conocidas y se descubra su robo. Así no acostumbran matar un caballo que está sano: solo los que no pueden servir por viejos ó porque los ha inutilizado alguna herida, se matan para la cocina del calmuco. Todos ellos se recrean con la carne de los animales muertos naturalmente, á no ser de enfermedad contagiosa ó de consuncion, como los camellos.

Cuando los calmucos ricos ó pobres tienen muchos convidados á comer, se sirve la carne con la espuma y el caldo en cazuelas ó en fuentes, sin olvidar, cuando es de carnero la cola, que siempre es grande y gorda. Los convidados sentados en el suelo con las piernas cruzadas, están en círculo. Uno se pone la cazuela delante, asegura la carne con una mano, y la divide en pedacitos que echa en el líquido. En algunas casas se sirve la carne cortada ya. En la de los ricos ponen á cada uno un plato de madera. Como los calmucos no usan de cucharas ni tenedores, los convidados se sirven solo de sus manos. Cuando no hay mas que una fuente ó una cazuela, cada uno tira hacia sí de un pedazo, y sujetándole con el dedo pulgar se le va comiendo, ó bien la fuente da vuelta á la mesa, y el de mas edad se sirve el primero: los criados toman las sobras. La salsa espesa (boudan) se vierte con la espuma y la harina de avena desleida en tazas, y se bebe. Para limpiarse las manos se usa de raspaduras de corteza de sauce ó de madera podrida y desmenuzada. Antes y despues de comer se sirve de beber. La vagilla en que se sirve la comida es tan apropósito para dar apetito como la comida misma; porque, segun la ley del gran Tchingis, mencionada por Aboulghazi, y que ya es uso sagrado entre ellos, nunca se lava una vasija con agua, sino se la limpia con yerba ó con un pedazo de fieltro. No permiten nunca, á lo menos de grado, que laman perros los platos: no hay cosa que mas asco les cause.

En general los calmucos, como todos los pueblos de la misma especie, son comilones é insaciables en beber como comer, si se les ofrece ocasion, y sobre todo ocasion gratuita. En cambio, saben, siendo menester, aguantar con paciencia muchos dias seguidos el hambre y la falta de descanso, no menos que las injurias del tiempo, las intemperies de las estaciones, y el frio á que están habituados.

La bebida ordinaria de los calmucos, bebida que hace parte esencial de ese alimento, consiste en las diversas preparaciones de la leche que les dan sus ganados. Las yeguas dan tanta como las vacas, y la prefieren por muchas razones; estando fresca, tiene un sabor á cebolleta que repugna; mas á medida que se ágria, si la operacion se hace con primor, adquiere cierto sabor vinoso agradable, y no forma nata ni masa coagulada: de ahí sale una bebida sana, refrigerante, y que cuando es en bastante cantidad levanta mucha espuma. Al contrario, la leche de vacas, tanto por sus materias carnosas, cuanto por cierto sabor repugnante, á medida que se agria, se vuelve desagradable de beber, y causa á los no habituados á ella, dolores de vientre y diarreas; aunque á los calmucos no les hace ningun mal, como no hayan omitido hervirla. Así esto es lo primero que hacen, y nunca la beben antes de esta operacion, sin lo cual se espondrian á la incomodidad que la leche ágria produce á los europeos. Los calmucos no gustan tampoco de agua que no esté cocida. Los pobres para no tener que beberla pura, la mezclan con leche, en la proporcion de un tercio ó de una mitad, para aumentar la cantidad.

En verano, y generalmente siempre que sus ganados les dan mucha leche, los calmucos se embriagan con las bebidas espirituosas que de ella sacan. La mas alcohólica es la de yeguas; la de vacas da menos aguardiente, sobre todo en invierno cuando

está seco el forrage. No se sirven nunca de la leche de ovejas que no es espirituosa.

La cantidad de leche que ha de destilarse, no debe estar, en verano, mas de veinte y cuatro horas en las odres sucias para agriarse; pero en invierno y en tiempo fresco se la puede dejar dos ó tres dias para que se ponga mejor de destilar. No se le quita la nata; antes al contrario, se la menea de cuando en cuando fuertemente con el palo de la manteca. Se saca la manteca que se va formando por sí misma, ya sobre la leche, ya en el tchigan ordinario, y se guarda para otros usos.

A pesar del testimonio y de la experiencia diaria, no solo de los nómadas, sino tambien de los rusos, muchas gentes en Europa no pueden aun concebir ni creer que de la leche se extraiga un licor espirituoso y que embriague. Pero no puede sospecharse que los viajeros, que todos repetidas veces han visto con sus propios ojos á aquellos pueblos pastores destilar su aguardiente de leche sin añadir ningun vegetal al líquido primitivo, y luego llevados de su desenfreuada pasion á la intemperancia, beben hasta que la embriaguez los hace tambalearse y caerse, se hayan concertado para engañar al público. Tampoco puede objetarse que la poca firmeza de cabeza de aquellos pueblos los dispone á embriagarse fácilmente con los vapores de la leche; porque los calmucos saben muy bien beberse buenas cantidades de aguardiente de granos sin perder el uso de sus piernas, y hay rusos que hacen profesion de ser tan buenos bebedores, que antes que ellos se embriagan los calmucos con el aguardiente de leche, y muchas veces con la leche ágria; y sin embargo, son tambien apasionados de esta bebida."

Viaje de las hordas calmucas.

Los calmucos y todos los pueblos pastores cambian de habitacion con frecuencia para llevar á pastos nuevos sus ganados. "Todos estos pueblos, dice Pallas, gozan la ventaja de poder pasar el invierno en regiones meridionales, donde siendo el calor mayor y menos espesa la nieve, no cuesta á sus reses tanto trabajo encontrar su alimento." Tambien experimentan antes el temple de la primavera hacia el mes de junio, y muchas veces antes, se agosta la yerba de las parameras meridionales, y los nómadas procuran trasladarse á las regiones del norte que abundan de pastos verdes. Ningun pais puede convenir mejor á la vida pastoril de estas naciones que los desiertos del Volga al Yaik, donde el siglo pasado habitaba la horda torgota, y que hoy están inhabitados.

Cuando una horda ó oulous de calmucos viaja con sus rebaños para ir á nuevos pastos, lo cual acaece cada cuatro, seis, ú ocho dias, van delante dos hombres con encargo de elegir los mejores sitios para el kan ó los gefes, el lama y las tiendas de los ídolos. Luego, despues de haber publicado la partida por un heraldo, parten estos, todo el pueblo los sigue, y cada uno toma el sitio que mas cómodo le parece. En estas emigraciones se transporta todo á lomo de camello ó de toro. El dia antes se empaquetan los efectos, y si el tiempo está bueno, se desmonta parte de la cabaña. Se atan juntos los encañados de los costados y de las pértigas del techo se hacen cuatro lios ó mas, cubriendo las puntas con un casquillo para que no se hieran los animales. De este modo una cabaña ordinaria de cuatro enverjados se

carga en dos toros ó un camello: las grandes dan carga para dos ó mas. La mañana del dia de la salida los hombres reunen los animales cerca de la cabaña; las mujeres aparejan los caballos necesarios para el transporte, y los cargan ayudándolas los hombres y los niños. Sobre los animales se ponen primero los fieltros; á los lados se suspenden las partes de la madera de la cabaña, y encima de todo se colocan los paquetes de cualquiera otra cosa, las cagitas y los utensilios de casa. La corona de la cabaña va sobre los camellos: encima se suspende el equipage del rico, dispuesto con mucho esmero, cubierto con alfombras ó fieltros de colores; y á veces se cuelgan al cuello de los caballos cascabeles ó campanillas. Un hombre que va delante guia los camellos atados en recua; el que lleva los toros los va arreando por detrás. Las mujeres y doncellas se pintan entonces lo mejor que pueden para ser vistas en público. Ellas y los niños son quienes guian los rebaños y acémilas, cantando de camino para entretenerse. Las madres montadas en caballos llevan en los brazos sus hijos de pecho: los que son algo mas crecidos van en cestos hondos colgados de los caballos y los toros: los que pueden tenerse á caballo, tienen que ir montados. Los hijos de los ricos van montados en sillas particulares, que sobre cuatro ramas ó cestas ahorquilladas sostienen un cielo con cortinas de seda con fajas rellenas entre las columnas del techo para que no pueda caerse el niño: y tambien se le escogen los caballos mas dóciles que lleva de la brida su madre ó alguna parienta. Los hombres se limitan á indicar á sus familias el parage á donde deben seguirlos; luego montan á caballo, toman la delantera, se entretienen en cazar, ó aguardan sosegadamente á su comitiva, sentados en la yerba y con la pipa en la mano. Si el tiempo y los caminos están malos, se quedan con sus familias, y cuidan de los animales

que se atollan ó se caen. Ayudan tambien á cargar y montar las tiendas, limpian los pozos y preparan el fuego. Pero toca á las mujeres ordeñar las reses, disponer los manjares y el té y arreglar los utensilios caseros.

Idea del gobierno de los calmucos.

Despues que el vice-kan Oubacha se llevó, en 1771, fuera del imperio de Rusia, mas de 70,000 chozas calmucas, las tribus que se quedaron, estuvieron al principio sin gefe; pero el emperador Pablo puso por fin á la cabeza de ellas al taichi (1) Tchoutchei, descendiente de la casta de los calmucos Derbetes: de este modo recobraron su justicia particular de que habian sido despojados cuando se huyó Oubacha; y aun despues esta justicia, que dependia siempre de la de los calmucos de Astracan y de los comandantes rusos, ha sido declarada exenta de toda dependencia.

"Los príncipes calmucos y mongoles, dice Bergmann, tienen, de tiempo inmemorial, un consejo particular llamado *sarga*, que, sin embargo, nada puede hacer en oposicion á su poder, pues ellos tienen la facultad de deponer, cuando quieran, á los consejeros. El deber del sargatchi ó consejero, es ocuparse con el gefe en los negocios del pueblo. El sarga se compone de ocho miembros. Cuando Oubacha subió á soberano por el año de 1761, el gobierno ruso, queriendo restringir el poder de este príncipe, decidió que los sargatchis fuesen agregados al ministerio de negocios extranjeros; y á fin de

(1) Los principales calmucos de primer órden se intitulan TAICHIS, los de segundo órden, NOJONES.

adherirlos mas á los intereses de la Rusia, les concedió un sueldo anual de cien rublos (1).

Religion de los Calmucos.

Son sectarios de Lama, é invocan con preferencia las divinidades maléficas, creyendo que estas pueden causar mas males, que no bienes las divinidades benéficas.

Celebran todas sus ceremonias religiosas al sonido de muchos instrumentos que acompañan con canto. Tal veneracion tienen á las imágenes de sus dioses y objetos de su culto, que no permiten por lo comun toque ningun extranjero estos objetos, ni aun se acerque á ellos.

De los sacerdotes calmucos.

Los sacerdotes se dividen en tres clases: los de la inferior se llaman *mondehi*; los de la media *ghetzull*, y los de la superior *ghelloang*. Estos últimos son en gran número. Además cada horda posee otro sacerdote de grado mas eminente, que se llama *lama*.

No hay en el mundo, dice Bergmann, hombres mas ociosos que los sacerdotes calmucos. Homero dice, hablando de los cíclopes, que viven sin sembrar ni labrar, confiando solamente en el socorro de los dioses. Los sacerdotes calmucos extienden á mas esta máxima, porque obligan á parte de los de segunda órden y á muchos tartaros á que cuiden de sus ganados, de su mesa y de sus vestidos, no pensando ellos

(1) El rublo vale 15 rs. y 6 mrs.

absolutamente mas que en beber, comer y dormir.

Los dias de fiesta, ó como los tártaros los llaman, los buenos dias, dan á estos sacerdotes ociosos una especie de ocupacion, que consiste en recitar unos tras otros ciertas oraciones, y ejecutar con trompetas, dulzainas y címbalos una música muy poco armoniosa. No es, pues, de maravillar que sus cuerpos indiquen la vida ociosa que hacen, y que se parezcan perfectamente á una masa de gordura cubierta con un pellejo. La grosura que ordinariamente se advierte en los hombres en la parte inferior del cuerpo, en estos parece tener su asiento en el pecho, en lo cual se asemejan á los demás calmucos. Su cara abotargada parece una luna llena, y sus ojos, que por lo comun no pueden entreveerse sino por una estrecha abertura, siempre están medio dormidos.

Segun el mismo autor, el sitio en que se construyen las chozas de los sacerdotes, siempre está próximo al *verguea* ò palacio del príncipe, y consiste en muchas chozas que solo se distinguen de las otras en que tienen mejores cubiertas de fieltro. Se ponen aisladas, á alguna distancia unas de otras, y describiendo un óvalo, que ocupa en el kouroull ó campamento un espacio como de dos wastes. En el vacío de enmedio se levantan las chozas destinadas á la oracion ó chozas sagradas.

Los sacerdotes tienen obligacion de reunirse en estas chozas por las tardes, á la señal que se da con una trompeta. El lama indica para cada dia la especie de oracion que debe hacerse, y la divinidad que debe honrarse. En cada choza hay doce ó quince sacerdotes, la mayor parte de tercera y segunda clase, que, presididos por los de primera, y sentados á la redonda, entonan diversos cánticos; y como solo en las festividades se tocan los timbales y demás instrumentos, muchas veces los que oran, los reemplazan con sus manos.

Este palmotear de una reunion de personas, que los mas inspiran respeto, dice Bergmann, choca tanto, que quien no esté habituado á tal escena, se creería en una reunion de locos. ¿Pero qué pueblo hay sin usos que choquen á otros pueblos?

Al fin de la oracion, continúa el narrador, dos sacerdotes de segunda clase, preparados con correas, ponen enmedio de la choza una gran vasija de aguardiente de leche de yeguas. Convidáronme á que me sentase en una manta de fieltro para participar del refresco, y me presentaron una copa que cabria muy bien una botella. Digéronme los sacerdotes que bien podia beberme tres copas de aquellas sin dejarlos mal; en vano rehusé beber, porque tuve que trasegar la primera copa. Todos los sacerdotes distinguidos tenian copas pequeñas, pero las vaciaban tan de prisa, que aun estaba yo en la primera, cuando ellos llevaban seis ó siete desocupadas. Un mandchi (estos son los sacerdotes mas jóvenes), sentado junto á mí, y que tendria diez ó doce años, hizo esfuerzo para beber cinco copas llenas, del tamaño de la mia, y se manifestaba ufano de la proeza. El primero de los ghelleung presentes, anciano de setenta años, hacía tambien por beberse una docena de copitas, y se quejaba de que su edad no le dejaba beber tanto como los otros. Aquella fué la primera vez que noté que el tchigan de yegua tiene en sí mismo cierta cosa que embriaga; pero los bebedores calmucos se sentian tan bien con los vapores de aquella bebida, que empezaron á hablar en tártaro, en ruso, y aun probaron en aleman. El ghelloung anciano se puso á entonar varias canciones calmucas. Pregunté si era costumbre el beber tanto tchigan, y me respondió el anciano con cierto aire de gravedad: "Todos los dias nos embriagamos." Y los otros me aseguraron que podia considerarse aquella bebida como un excelente remedio, puesto que despues de borracho, se sentia

uno perfectamente. Parecióme mas que dudoso esto último: el fuego y la agitacion que yo notaba en los ojos de todos durante su embriaguez, me inclinaban á creer, por lo contrario, que la leche de yegua debia de ser muy perjudicial al organo de la vista: muy bien podrian provenir del uso de este licor las enfermedades de ojos tan comunes entre los calmucos. Es esto tanto mas probable, cuanto que muchos extranjeros pretenden que despues de haber hecho uso de este licor, experimentaron una picazon muy desagradable en los ojos.

Fiestas religiosas (1).

Todos los años, poco antes de principiar el año nuevo, hacen los calmucos una ofrenda *(gultaicho)*, al dios del fuego. El año nuevo cae á veinte y cinco del mes de las *lámparas* (soula), ó de los *bueyes*. Los calmucos, como los judios en la festividad de pascua, sacrifican tambien ovejas, pero no matando el animal sino como para la carnicería. Siempre se conservan para la ofrenda al fuego los pedazos que mas gordura tienen. Lo que debe comerse, se cuece en la choza, y se pone en grandes copas. Ningun buen creyente calmuco se atreveria en tal ó cual dia *rata* á dejar de ofrecer semejante víctima.

"Yo fuí, continúa el narrador, á la habitacion del príncipe, donde ya se estaban haciendo los preparativos para el sacrificio. Estaba encendida una lámpa-

(1) Los calmucos indican no solo los dias y los meses, sino tambien los años por el nombre de doce animales, que son: la rata, el buey, el tigre, la liebre, el dragon, la serpiente, el caballo, el carnero, el mono, el gallo, el perro y el cerdo. El ciclo ordinario de los mongoles, que es de sesenta años, contiene cinco veces los doce nombres, y cada una de las cinco veces se designa con el nombre de uno de los cinco elementos mongoles, la leña, el fuego, la tierra, el hierro y el agua, que tambien se duplican, distinguiendo el masculino del femenino.

ra sobre el altar, todas las copas de ofrenda llenas, y dos círculos de cuarenta á cincuenta personas al rededor del hogar.

"Mientras construian sobre el fuego de estiércol una pira compuesta de pedacitos de leña, corrian á la redonda copas de aguardiente, y cada cual tenia obligacion de apurar la suya hasta la última gota. En calidad de extranjero, esperaba yo cumplir con probarla; pero me dieron á entender que debia violentarme hasta beberla toda.

"Junto á la pira pusieron triangularmente tres lámparas de barro llenas de grasa. El príncipe, su esposa y su hijo mas pequeño estaban sentados; el hijo segundo (porque el primogénito estaba en otra choza ocupado en el mismo sacrificio), se habia colocado á la izquierda, teniendo agarrado con la mano un cordon de seda blanca que pendia del techo, y al que estaba atado el hueso de un cuarto de carnero sacrificado. Mas abajo, cerca del hijo del príncipe, estaban sentados dos *saisangs* (1); el uno llevaba en un saco de cuero pedazos de carne cocida, y el otro tenia agarrada una maza para matar el carnero. Al otro lado, junto al altar, habia sentados muchos sacerdotes, y se aprovechaban tan perfectamente del permiso que la funcion les concedia de beber aguardiente, que, aun antes del sacrificio, muchos daban ya señales no dudosas de estar ébrios.

"Echáronse al fuego los pedazos de carne destinados, mientras se decia una oracion, cuyo canto fué frecuentemente interrumpido con un *kourou*, *kourou*, para invitar al dios del fuego á bendecir la choza. Á cada *kourou*, *kourou*, se agitaba fuertemente el cordon, se agitaba el saco, y se bajaba la maza. Al primer *kourou*, la hija del príncipe, por mandado de su

(1) Los nobles calmucos son llamados SAISANGS, nombre que corresponde á gentil-hombre, porque SAISANG-RAI significa gentil.

madre, tuvo que levantarse, acercarse al saco de cuero en que estaba el corazon del carnero que hubo de morder tres veces para arrancarle unos pedacitos; lo mismo hizo su hermano, y mientras se agitaba fuertemente el cordon, los dos saisangs y otros muchos mordieron tambien, mientras quedaba algo, del corazon.

"En tanto que la grasa destinada á la ofrenda ardia en el hogar, se echaron al fuego las copas colocadas junto al príncipe: luego se sacaron del saco muchos pedazos de carne que se distribuyeron á los asistentes; y cuando quedaron reducidos á cenizas los huesos del carnero sacrificado, se separó la reunion."

El mismo viajero describe otras dos fiestas no menos interesantes de los calmucos, que vamos á copiar aquí. "La primera, llamada *Soulla*, dice, se celebra al principio del año: la época determinada es el veinte y cinco del primer mes de invierno. Desde muchos dias antes, las oraciones diarias de la kourou por la mañana, el medio dia y la tarde, se hacen con mas ceremonias para prepararse á la fiesta, acompañándolas con los instrumentos de música; al paso que en las chozas particulares se celebra al mismo tiempo con vino tártaro y jugando á los naipes.

"El nombre de esta fiesta viene del modo como se celebra, es decir, encendiendo lámparas (*soulla* en calmuco significa lámpara). Pero los calmucos no consagran aquel dia al año nuevo solamente, sino tambien á festejar su nacimiento comun. La disposicion de la *soulla* es asimismo singular: aquel dia se considera al calmuco que nació la víspera como si cumpliese un año cabal. Llegado el dia de la fiesta, cada cual se ocupa en disponer la ceremonia que se celebra al oscurecer, cuando empiezan á lucir las estrellas. Las lámparas, que se hacen de una especie de pasta, están llenas de sebo, enmedio del cual se fija un tallo de la planta que los botánicos llaman

stipa capillata, rodeada de algodon, para que sirva de mecha. Cada familia calmuca tiene una lámpara comun con tantas mechas como años tienen los miembros de toda la familia reunida. Estas lámparas se colocan juntas ó separadas.

"Las personas de distincion mandan levantar delante de su choza un altar llamado *dender*, que muchas veces se erige tambien junto al *kouroull*. Comunmente tienen la altura de un hombre, tres ó cuatro pasos de largo y la mitad de ancho, y se componen de ramas entrelazadas y puestas sobre pedazos de leña que se cubren con tapas.

"Al acercarse la noche, los sacerdotes se reunieron junto al *dender* de su *kouroull*. Al lado de cada altar ardia una hoguera pequeña, al rededor de la cual estaban los sacerdotes aguardando á que los principales de la *kouroull* rompiesen la procesion..... En la *kouroull* de la córte, el príncipe Tchoutchei y la princesa iban con numeroso acompañamiento detrás de la imágen de Soukoube, que se llevaba en procesion al sonido de una música estrepitosa, tres veces al rededor del altar, y á cada vez se prosternaban el príncipe, su familia y todos los asistentes. El movimiento de la procesion variaba de viveza segun el compás de la música, y reinaba la mas profunda oscuridad en el bosque de Koulua, enmedio del cual se celebraba la fiesta. El sitio donde se hallaba el altar, y al rededor del cual andaba la procesion, estaba lleno de zanjas, hoyos y desigualdades que le habrian hecho peligroso para andarle nosotros; pero los calmucos, que de dia tienen la vista tan aguda como el halcon, y de noche como la lechuza, anduvieron sin el menor recelo su procesion, que de este modo concluyó de dar vuelta á la kouroull: despues de lo cual se volvieron á las chozas á celebrar la fiesta, bebiendo y jugando á los naipes.

"La tercera fiesta que cuenta Bergmann, es la de

ragoam ó fiesta blanca, que los europeos llaman fiesta de la primavera de los calmucos, porque principia en el primer mes de la primavera. "Hábia ya un mes, dice, que se dejaban oir los instrumentos de los kouroull, aunque el excesivo frio que reinaba, obligaba á los sacerdotes á encender fuego en sus chozas de orar, con tanto mas motivo cuanto que estaban sentados sin gorros ni guantos. Estas chozas estaban adornadas por dentro con colgaduras de seda; los altares cargados de copas de ofrendas, guarnecidas casi todas de figuras de pasta: al lado de las copas otros pedazos de pasta mayores, llenos de manteca, y formando una especie de pirámide; y el altar adornado además de eso con magníficos tapices.

"La fiesta del Ragoam fué instituida en honor de una victoria que ganó Dchakdchamouni á sus falsos doctores, contra quienes tuvo que combatir una semana entera; en memoria de lo cual dura la fiesta otra semana. En aquel tiempo de oraciones reinaba en las chocas el mas perfecto silencio, y los devotos iban al kouroull á rezar sus oraciones. Lo mismo hacían el vice-kan y su esposa.

"Los sacerdotes celebraron con canto y juegos la noche del último dia destinado á la oracion, y venida la mañana del dia de la fiesta, se limpió de nieve el frente de cada kouroull. Allí colocaron una imágen de Dchakdchamouni, abrigándola con un quitasol, pero de modo que el bourkhan pudiera recibir los primeros rayos del astro. Á cada lado de la imágen habia copas de ofrenda y *balingas* puestas sobre mesas delante de las cuales se veia en una escudilla una gran balinga de manteca, con unas líneas trazadas encima, que se dirigian hacia la imágen. Al salir el sol, los tres sacerdotes mas distinguidos de la kouroull, llevando una especie de timbales, se sentaron en alfombras de fieltro, mientras otros se ponian al rededor en medio círculo de pié ó sentados. Los sacerdotes

tenian extendidas sobre sus rodillas unas hojas escritas en lengua tongouta. Mientras se cantaba, los calmucos en cuadrillas se acercaban á la imágen, se arrodillaban ante ella, luego daban vuelta en procesion á la choza, donde se reunian; y en fin, venian á colocarse sin distincion en el centro para asistir á las ceremonias religiosas. El frio, que era bastante intenso á causa de lo muy de mañana que se celebraba la funcion, se dejaba sentir mucho; y sin embargo, los sacerdotes que hacian la ceremonia, estaban con la cabeza descubierta, no obstante que casi todos la tenian rapada, sin dar muestras de que les incomodase el frio.

"Terminada la oracion, los sacerdotes y mucha parte de los legos fueron á la gran choza de reunion, á la cual se llevaron la imágen de Dchakdchamouni, las figuras de balinga y las copas de ofrendas. Los sacerdotes cantaron una corta oracion, despues de lo cual se levantaron repentinamente, y cada uno por sí procuró acercarse á otras imágenes colgadas en la choza, y tocarlas con la frente. Otro tanto hizo la multitud que habia entrado; y los sacerdotes y el pueblo, así que habian tocado las imágenes, volvian atrás, se llegaban unos á otros, apretándose recíprocamente la mano, y gritando *mendoa*. Era tan grande el tumulto, que se recibian golpes de todos lados. Los sacerdotes se sentaron despues en las alfombras, se trajo té y aguardiente; al mismo tiempo se distribuyeron á la reunion pedazos de carne fiambre, y acabado el desayuno, se separó la concurrencia.

"Al salir de la ceremonia, continúa Bergmann, fui á la choza del vice-kan, quien, sentado con su esposa junto al hogar, recibia el saludo ragoam de cuantos entraban; y esta audiencia destinada á recibir y devolver el saludo, duró una hora. Durante el tiempo de esta fiesta es costumbre llevar en el cinturon tortas, azúcar, pasas de Corinto, figuras y otras

frutas secas, y se hacen regalos mútuos, diciendo y respondiendo *mendoa.* Los calmucos, aun los mas distinguidos, hacen que les lleven detrás un saquito con las frutas que dan y que reciben.

"Acabado el recibimiento, el vice-kan fué con su esposa á la choza de su madre, á darla la salutacion del ragoam, y de allí á la choza del lama, quien luego le devolvió la visita, durante la cual el príncipe le cedió el lugar de honor. Entonces se sirvieron á los asistentes aguardiente y vino tartaro en copas llenas; los sacerdotes no debian hacer mas que mojar la punta de los dedos; pero pocos guardaron la restriccion.

"Mientras en las chozas del príncipe los que allí estaban, se divertian cantando y bailando, en el kouroull se cumplia con una ceremonia religiosa, que se hace con figuras de una pasta hecha de harina y miel. Veneran tanto estas figuras los calmucos, que no se llegan á ellas sino con muchísimo respeto, ni se atreven á tocarlas con las manos desnudas; nasta tienen por crímen acercar la boca á causa del aliento. Se hacen solo para las grandísimas solemnidades, y cuando han figurado una vez sobre el altar, se arrojan al rio. Así aquella noche se fué en procesion á la orilla del Kouma para echar á él las que habian servido en la fiesta del ragoam, que los sacerdotes y los legos, las mujeres y aun las doncellas, terminaron casi en completa embriaguez, tanto que todos los cincuenta guardias del kan tuvieron que estar en vela al rededor de su choza."

Libros sagrados de los calmucos.

Los calmucos manifiestan de una manera singular su respeto á sus libros sagrados. Estos libros no pueden ponerse en el suelo ni junto á una cama; no pue-

den guardarse con cosas no consagradas, y se los mira como profanados, si alguien los pisa ó se sienta encima. Hay uno sobre todo llamado el *Neligarin Dalai*, que viene á significar *mar de parábolas*, al que profesan particular veneracion. Ningun extranjero le puede tocar sin haberse lavado las manos antes, y los sacerdotes tienen costumbre de estrechar respetuosamente las hojas contra su frente.

Casi todos los libros mongoles-calmucos están escritos en hojas estrechas y largas, cuidadosamente colocadas, y copiadas y puestas á distancias indicadas por órden.

Costumbre tocante à las doncellas calmucas que se casan.

Cuando una doncella calmuca se casa, no se atreve á volver á casa de sus padres en muchos meses, ni aun en un año si el marido lo exige. Pero, cuando él al fin se lo permite, va ella á ponerse de rodillas á la puerta de sus padres, recibe sus abrazos, y participa de la comida que la ofrecen. Mátanse para el festin carneros, bueyes y caballos, circulan las copas entre los convidados, y el padre termina la funcion dando á la hija un regalo análogo á su clase y sus riquezas. Si es príncipe, regala ordinariamente parte de sus vasallos, ó muchos centenares de caballos ú otros animales.

Escrituras mongolas.

“ La escritura mongola, segun la tradiccion del pais, dice Bergmann, fué inventada por Sagdcha-

Bandita, gran lama del Tibet, poco posterior á Tckingis-kea. Soñó una vez que el primer objeto que viera al despertarse, habia de representar la forma de la escritura mongola, en cuya invencion estaba trabajando. La primer cosa que se ofreció á sus ojos fue una mujer llevando en la mano un largo lienzo de curtidor, y desde aquel punto destinó la forma de aquel instrumento para base de las letras. Posible es que la historia sea cierta, porque considerando la escritura mongola, se pueden notar ciertas figuras que tienen analogía en su forma con el instrumento mencionado. Sea lo que fuera, bástanos con saber que aquel lama inventó las primeras figuras de la escritura mongola, que en lo sucesivo se han ido perfeccionando por el cuidado de los príncipes mongoles.

"Como el inventor tomó por modelo los caractéres chinos, el alfabeto en lugar de letras simples se compuso de sílabas cortas. Este alfabeto silábico se abrevió mucho, y se determinó el número de las sílabas por el de las vocales y consonantes.

"El alfabeto mongol-calmuco consta de siete vocales y catorce consonantes, de que resultan noventa y ocho signos silábicos.

"Las letras mongolas y calmucas se trazan perpendicularmente de alto á abajo. Las vocales ocupan el primer lugar del alfabeto, y luego vienen en cierto órden particular las consonantes (1)."

Los instrumentos para escribir se ponen en un estuche puntiagudo por un cabo y bastante ancho por el otro. Contiene además plumas, dos pinceles gordos y tinta de China. Para escribir los calmucos, se ponen el papel sobre las rodillas, en la mano izquierda tienen uno de los pinceles empapados en aquella

(1) Bergmann describe con bastante extension los signos del alfabeto mongol-calmuco; pero como le acompaña con láminas que no podemos poner aquí, á su obra remitimos á los curiosos que deseen conocer los signos.

tinta, y con él llenan la pluma de tinta de alto á bajo.

Los calmucos tenian antes imprentas en las orillas del Volga, y todavía se imprimen en China libros mongoles por mandado del emperador; pero hay motivo de creer que toda la habilidad de los tártaros en tipografía se reduce á ejecutar grabados en madera. Bergmann piensa que fácilmente se imprimirian libros mongoles con caractéres movibles.

De la pintura entre los calmucos.

Segun el mismo viajero, entre los calmucos, los sacerdotes solo se atreven á trabajar de este arte. Los ricos y personages mas distinguidos miran como accion meritoria el encargarles que les pinten las imágenes de los dioses de su veneracion, y se los pagan á un precio exhorbitante, que sin embargo es arbitrario por parte de ellos, puesto que segun sus principios religiosos, nada puede el sacerdote pedir por su trabajo.

El lienzo de que usan para pintar, es de linó: deslien y muelen los colores en agua de cola de pescado con una bola de cristal puesta en mango de madera.

La primera operacion del pintor es clavar un pedazo de lienzo en un marco cuadrado hecho con cuatro palos atados unos á otros. Luego prepara un poco de greda desleida, cuya agua redundante comprime chupándola con la boca.

Mientras se seca la primer capa de greda, pone á cocer en un cazo de hierro otro poco de cola de pescado, para con ella untar los dos lados del lienzo, que luego alisa cuando está seca, como un colmillo de lobo ó de javalí.

Antes de sentar ningun color en el lienzo, tira muchas líneas diagonales para determinar el sitio que ha de ocupar la figura, y para trazar el esquicio se sirve de una hoja de papel chino en que diseña los contornos de la imágen con tinta de China; despues de lo cual mezcla los colores y los extiende; pero el de oro se reserva para lo último. En las esquinas del cuadro pintan ordinariamente unas figuritas formando guarnicion. El todo se encola despues sobre otro pedazo mayor de lienzo forrado de tela de seda, y arriba y abajo se adaptan cañas de madera para arrollar y colgar la pintura.

Juegos de luchas.

El ejercicio de la lucha representa entre los calmucos, lo que eran entre los griegos los juegos olímpicos, entre los romanos los combates del circo y en la edad media los torneos.

Presiden jueces, y segun las reglas establecidas, ningun luchador debe herir á su adversario. Sin embargo, muchas veces el furor de los combatientes sube á tal punto que se rompen brazos y piernas, y aun se ven heridas mortales. Aseguran que en una ocasion semejante, habiendo un luchador hincado el puño á su antagonista, el maltratado así se enfureció tanto, que agarrando al otro por los talones, le alzó en el aire y volvió á tirarle con tal violencia al suelo, que el infeliz quedó en el sitio.

Aunque está prohibido á los luchadores el darse golpes peligrosos, no se pone obstáculo á que se esciten á bofetadas y puñadas, porque este ejercicio alegra mas el combate; pero no se pueden asir de los cabellos.

Acabada la lucha, se da al vencedor el gorro de

su adversario, que los jueces han tenido mucho cuidado de poner aparte antes del combate. Bergmann, de quien copiamos estos pormenores, describe del modo siguiente una de estas luchas que se celebró durante su estancia entre los calmucos, con motivo de una fiesta llamada *el uruss*.

“Entre cuatro chozas y dos pabellones se habia dejado una plaza bastante llana y destinada para este uso. Los cincuenta guardias de la persona del príncipe formaban un círculo entre aquellas chozas y los pabellones, estando colocados á algunos pasos unos de otros, y teniendo en el suelo las picas, cada uno la suya á su frente. La concurrencia estaba dividida en lado derecho y lado izquierdo, lado del príncipe y lado de la princesa. Estos dos personages tomaron sus asientos en chozas separadas, enfrente la una del otro. Los luchadores debian combatir tanto por su propia gloria, cuanto por el honor del lado que defendian. En medio del campo de batalla se sentaron los cuatro jueces del combate, vestidos con trages riveteados de grana. En diversos puntos fuera del espacio indicado para la lucha estaban algunos de á caballo, á fin de separar á los combatientes á latigazos, si llegaba á ser necesario. Los luchadores se adelantaron de los dos lados opuestos á cubierto de unas cortinas que llevaban otros calmucos; fueron hasta dos pasos del pabellon, se arrodillaron, se acercaron mas y se arrodillaron de nuevo. Entonces se corrió la cortina, y pudieron combatir los dos adversarios. Como los luchadores calmucos no salen con mas ropa que los calzas, podia uno formarse idea del combate con solo mirar su musculatura.

“El luchador favorecido del príncipe daba aquel dia las últimas pruebas de su destreza, porque á causa de que sus fuerzas iban ya en decadencia, despues del combate debia ser rayado de la lista de los luchadores. En los grandes juegos de lucha los me-

jores combatientes deben salir primero: pero Tchoutechi por evitar peligros á su protegido y por favorecerle, habia dispuesto secretamente que el primer luchador de la princesa no saliese hasta la segunda escena.

"Los adversarios que no se habian visto, y que aun despues de corrida la cortina parecia no se miraban, se pusieron á correr uno entorno de otro, á distancia de veinte ó treinta pasos con un furor salvage, y luego se acercaron. El primer movimiento fué inclinar el cuerpo adelante, procurando asirse mútuamente; luego que se asieron, me quedé admirado de la destreza y vigor con que recíprocamente burlaban sus esfuerzos. Tenian las manos como hincadas en los brazos uno del otro, y parecia que sus pies habian echado raices en el suelo. En esta posicion estuvieron muchos minutos; pero soltándose de repente, procuraron agarrarse, ya por la cabeza, ya por las piernas, y principalmente por la cintura. A veces derribaba el uno al otro en tierra; mas el caido se volvia á levantar con extraordinaria ligereza, y sabia aprovecharse de aquel momento para poner en la misma situacion al adversario. Habia durado el combate así mas de un cuarto de hora sin que se decidiese la victoria, cuando los jueces refrescaron las fuerzas abatidas de los atletas, echándoles agua sobre el cuerpo. Envistiéronse en seguida de nuevo. Segun ley de combate entre los calmucos, puéde uno ser derribado en el suelo boca abajo ó sobre un lado, sin quedar vencido por eso; solo cuando cae enteramente de espaldas, se proclama al otro vencedor. En fin, el luchador del príncipe consiguió derribar á su adversario de un modo casi permitido por las leyes de la lucha, pero que los jueces del lado derecho consideraron como victoria completa. El proclamado vencedor se acercó á la choza del príncipe, tocó el suelo con la frente, y fué introducido en ella. Tchou-

techi mandó que le trageran una copa de leche cuajada, y le regaló una capa. Luego fué llevado á los partidarios del lado derecho, y sus amigos le dieron diversos vestidos.

"A la verdad, los jueces de la princesa pidieron que los dos luchadores volviesen otra vez á las manos, pero el príncipe no lo permitió.

"Adelantáronse entonces los demás y empezaron á combatir con furor: el luchador de la princesa mostró tanta superioridad, que en pocos segundos derribó á su adversario de espaldas en el suelo. La princesa regaló al vencedor, que se habia acercado á su choza para prosternarse, una pelliza y otras cosas de vestir. Mientras pasaba repetia el grito de WOIK! WOIK! todo el lado izquierdo, y le arrojaba vestidos de regalo."

Carreras de caballos.

Segun el mismo viajero, los calmucos son sobresalientes en este género de ejercicio. Se juntan cincuenta ginetes, y en el espacio de pocos minutos corren treinta ó cuarenta werotes (1), en campo raso, con la cabeza descubierta, y sin mas guia que el cielo. Los hijos del príncipe reciben al vencedor no lejos del término, y le conducen á él llevándole el caballo de la rienda. El premio es ordinariamente un pedazo de tela de seda apropósito para un vestido.

FIN DE LA OBRA.

(1) Seis u ocho leguas españolas próximamente.

LAS MISIONES.

SU ORÍGEN.—SU OBJETO.—SUS VENTAJAS.—APUNTES HISTÓRICOS.—RESUMEN GENERAL.—EXÁMEN DE LAS CARTAS EDIFICANTES.

(APENDICE ORIGINAL, ESCRITO POR EL TRADUCTOR).

Desde tiempo inmemorial, la religion católica apostólica romana fué el objeto constante de las misiones mas respetables, cuyos altos merecimientos ocupan un lugar distinguido en los fastos del cristianismo. Uno de los medios mas poderosos é influyentes para la *Propaganda Católica* fué la peregrinacion arriesgada de muchos ministros del Señor, que dotados de un celo extraordinario y de una fé vivísima consiguieron acercar á las puertas de los templos de la verdadera religion á pueblos enteros, que entregados á la mas ciega ignorancia, tributaban culto á ídolos informes. La historia religio-

sa encierra multitud de ejemplos venerandos que la inpiedad no ha podido recusar con la maledicencia y la ironía de los sofismas mas deslumbradores. La antorcha del catolicismo llegó de uno á otro polo: atravesó los mares y se hizo dueña de los vastos desiertos donde imperaba la idolatría, extendiendo sus negras alas sobre cien generaciones que adoraban, por una monstruosa tradicion, los objetos mas raquíticos y despreciables.

Este estado fué la noche de algunos pueblos, noche sombría, cargada de borrascosas nubes para el espíritu y de asoladoras tormentas para el alma. Despues de este lamentable estado de oscuridad, el sol de la divina gracia alumbró á los pueblos mas incultos y los misioneros fueron los que llevaron hasta los mas lejanos paises el divino reflejo de la verdad evangélica.

Desde los primeros siglos de la Iglesia las peregrinaciones religiosas fueron el alivio y el consuelo de las almas fervorosas. La visitacion de los templos mas remarcables de la cristiandad confundió á las naciones en un pueblo de hermanos y todos los idiomas se comprendieron para celebrar la Redencion de la carne por el hijo de la vírgen María. Reyes y señores, seglares y plebeyos se cubrieron con la esclavina de los *palmeros* (1) para postrarse de hinojos delante del venerable sepulcro del Un-

(1) Se llamaban así por las palmas que traian á Europa los peregrinos.

gido. Delante de esta tumba del mundo antiguo, segun la feliz expresion del religioso Lamartine, y cuna del mundo nuevo, el orbe cristiano dió el ejemplo de una conviccion íntima y de un celo piadoso que ofuscaba á los impíos, dominados por la secreta voz de su conciencia. La fé alejaba de sì á la idolatría, y era demasiado fuerte la luz del Evangelio para la débil vista de los incrédulos. Entonces las persecuciones de la Palestina comenzaron á manchar de sangre las arenas del desierto, y el martirio, siempre elevado y sublime á los ojos de los verdaderos católicos, multiplicó el número de los peregrinos, y por consiguiente de sus padecimientos. La lucha estaba aplazada: la cruz y la media luna iban á pelear, con la divina aureola de la fé la primera, y con el pánico terror de la fuerza la segunda, y á la voz de Pedro el Ermitaño, que humildemente caminaba sobre una pollina, se levantó la Europa como un solo hombre; como un cristiano, que resguardado por el valor de sus abuelos y la conviccion de sus mayores, llevaba consigo la resolucion de los mártires y el prestigio de los verdaderos creyentes.

Las cruzadas fueron la mas solemne expresion del triunfo católico sobre la impiedad, y de su seno san Luis vino á exhalar en su muerte la verdad pura é inmaculada del Evangelio.

De esta suerte la Propaganda Católica tuvo su orígen, y lo que en su dia fué empresa arriesgada, llegó á ser despues mision de paz

y mansedumbre. Desde esta época remota, la persuasion reemplazó à los encuentros guerreros, los libros sagrados á las armas, los monges á los caballeros armados.

Hé aquí como las misiones, despues de tener su principio en un combate religioso, alcanzaron un período no interrumpido de martirios invocados en nombre de la piedad y de sacrificios que aseguraron á la Iglesia largos y dilatados territorios.

Las cruzadas fueron precursoras de las misiones como los peregrinos precedieron á los caballeros de la cruz roja. Desde entonces, á la par que se descubrieron nuevas tierras y se reconocieron paises hasta entonces desconocidos, la voz elevada y magestuosa del sacerdocio católico supo alcanzar nuevos lauros, atrayendo muchas almas que, dominadas por el error, no podrian alcanzar nunca la bienaventuranza eterna. Antes que el conquistador y el inteligente nàutico, el historiador religioso debe apreciar en su verdadero valor al apóstol del cristianismo, sacerdote ó monge que se expuso á todo género de riesgos para arrancar de la idolatrìa á millares de pueblos esclavos y embrutecidos.

Veamos, pues, los bienes que reportaron á la religion católica las misiones que desde tiempo inmemorial llevaron á cabo muchos fieles siervos del Señor, y de esta manera podremos apreciar en su verdadero valor no solo su objeto, sino tambien su importancia y consecuencias.

La Propaganda Católica fué en todos tiempos la bandera de paz y mansedumbre que inauguró en las tierras mas incultas un estado floreciente y bienaventurado. En este religioso tributo dedicado por los mas ardientes ministros del Señor, no se aventuró únicamente el riesgo del peligro, sino las consecuencias deplorables de una empresa arriesgada. Esta obra de Titanes estaba confiada por la voluntad de Dios á los mensageros de la religion católica, apostólica, romana, que no llevaban mas armas de defensa que las verdades del Evangelio, desconocidas para los habitantes de lugares incultos, ni mas prestigio que el de la verdadera elocuencia, fundada en la fé y en la conviccion. No solo se trataba de diseminar en un pais entregado á las aberraciones de la idolatría las costumbres de otros pueblos mas cultos y civilizados, y de esparcir con abundancia los frutos sazonados de la verdadera filosofía y del exacto raciocinio, sino que otro objeto mas noble, mas elevado, mas grande, mas sublime era el que llevaban los misioneros apostólicos sobre sus hombros: su pensamiento primordial era ensanchar la esfera del cristianismo, ganar para el cielo miles de almas sumidas en la mas crasa ignorancia y en la mas lamentable abyeccion; su empresa era, en fin, establecer la verdadera religion sobre la destruccion de la idolatría. De esta suerte los templos profanos dedicados al sol, fueron reemplazados por las iglesias del verdadero Dios, y

sobre el impuro altar de los sacrificios colocaron la divina ara de la Redencion de la carne. Esta empresa era noble y elevada, digna del respetuoso ministerio del sacerdocio, y propicia á la voluntad del Supremo Hacedor.

Todas las órdenes religiosas que se propagaron en Europa desde la època de las cruzadas, y todos los sacerdotes ejemplares que renunciaron á la tranquilidad de su retiro para sufrir las mayores penas y privaciones, peregrinaron con la palabra divina en los lábios, la mansedumbre en sus acciones y la fé en sus revelaciones, para aumentar el número de los hombres que se cobijaban bajo el manto augusto de la religion cristiana. Desde tiempo inmemorial las diversas religiones, á que habian dado orígen ilustres fundadores y respetables ministros del altar, recorrieron las cuatro partes del mundo en busca de martirios, puestos á sacrificar su existencia en holocausto de la propagacion de la verdadera fé. El celo animaba á todos: el ejemplo aumentaba los prosélitos: las privaciones estimulaban á los mas fervientes; y la Iglesia inscribia nombres ilustres en su inmortal martirologio.

A últimos del siglo pasado, cuando las verdaderas creencias se debilitaban al parecer por el hálito emponzoñado de la empírica filosofìa de los incrédulos, y la impiedad se enorgullecía con risa volteriana de los impuros progresos de una escuela incrèdula y excèptica, no faltaron tambien genios arriesgados y dotados

de una fe vivísima, que continuasen la obra de sus mayores, sin vacilar en LA PROPAGANDA CATÓLICA, que tantas almas habia entregado á la verdadera religion. Entre estos celosos defensores del catolicismo merecen particular mencion los dignos hijos del glorioso español san Ignacio de Loyola, que desde los paises mas remotos, y en particular desde las Indias, escribieron cartas edificantes, que no eran mas que pruebas verdaderas y testimonios irrecusables de ejemplos heróicos y de esfuerzos extraordinarios. En sus páginas se encuentran á la par lecciones provechosas de moral y descripciones exactas de aquellas regiones, y se confunden las plegarias mas tiernas y sencillas con los rasgos elocuentes de una uncion evangèlica, digna de ser admirada por todo el orbe católico. De esta suerte se podia comprender la importancia de estas empresas y los inmensos bienes que reportaron á la religion, de la que humildemente se declaraban esclavos. " Los misioneros, como con ferviente celo dice " en su libro un piadoso escritor (1), conquis- " taron á Jesucristo ciudades, provincias y rei- " nos, vencieron imposibles, descubrieron nue- " vas tierras, islas y pueblos, enarbolaron el " estandarte de la cruz en paises donde, por " desconocidos, jamás aparecieron banderas " enemigas, siendo estrechos límites á la ex-

(1) Cartas edificantes, traducidas del francés por el P. Diego Davin.—Madrid.—1753.

"tension de su celo los tèrminos mas dilatados
"de los mas famosos conquistadores."

Hé aquí como esta Propaganda Católica no solo proporcionó ventajas considerables al engrandecimiento y prosperidad del catolicismo, sino que tambien aumentó el campo de las ciencias y las artes, y fue la destinada por el Supremo Hacedor para dirigir con mano hábil los conocimientos mas necesarios è indispensables para el bienestar de los mortales. Al paso que llevaron á opuestas regiones las verdades sublimes del Evangelio, y que dieron á la Iglesia católica, apostólica, romana nuevos dominios en apartados climas hasta el punto de que pudiese exclamar como un monarca español de feliz recordacion, "ya no se pone el sol en nuestras tierras," perfeccionaron las facultades, mejoraron las ciencias, estimularon las artes, esclarecieron la filosofía, y despertaron el entusiasmo con el ejemplo y la conviccion. La geografía se perfeccionó con el estudio de los mapas y cartas náuticas, la medicina contó con nuevos remedios, la verdadera moral se generalizó y practicó en virtud de notables esfuerzos con saludables consejos, y hermanaron el celo, caridad y salvacion de las almas con la utilidad, provecho y ventajas de la sociedad civil. ¡Loable conquista, mas benèfica y elevada que la del guerrero! ¡Sublime espectáculo! ¡Arrojo extraordinario! ¡Celo cristiano, que debió ser en todos tiempos la áncora de salvacion para los pueblos!

Los triunfos de los misioneros, sin llevar detrás de sí la destruccion y la mortandad, fueron mas sólidos y duraderos. No llegaron hasta Europa confundidos con los ayes de las familias desoladas y la agonía de los moribundos, sino ensalzados por las bendiciones de aquellas almas reconocidas y el fervor general de los que dormian perezosamente delante de las gradas de la profanacion. No hubo campo de batalla para esta sublime lucha: la espada de la victoria fue la palabra divina; el lugar de la accion la cátedra del Espíritu Santo. El triunfo era expiado casi siempre con el martirio; pero de entre las cenizas de estos cruentos sacrificios renació como el fènix la verdad evangélica que luego proclamaban los mismos verdugos que, aunque tarde, reconocian el delirio de sus torpes adoraciones.

Igual riesgo amenazaba constantemente á los misioneros. Sacerdotes de la religion católica, apostólica, romana, sufrian los denuestos de los incrédulos; representantes de una generacion que anhelaba alcanzar, aun á costa de su futura felicidad y bienaventuranza, la realizacion de sus admirables empresas, recibian el terrible y mofador sarcasmo de esa impiedad sistemática que envenenó la tranquila conciencia y la fé evangélica que habian heredado de sus abuelos.

A últimos del siglo XVI los jesuitas tuvieron la satisfaccion de extender las verdades sublimes del catolicismo en las islas y tierra

firme de América septentrional, en la Grecia, Anatolia, islas del Archipiélago, Siria, Egipto, Armenia y Persia Sus viajes eran tan dilatados como arriesgados. Detrás de las sagradas peregrinaciones estaban los martirios; pero tambien despues de los sufrimientos se presentaban las recompensas de la bienaventuranza eterna que recaia sobre tan celosos apóstoles del cristianismo.

En 1650, á consecuencia de la persecucion que la iglesia del Japon sufria de los tiranos de este vasto territorio, los misioneros emplearon sus vidas en los trabajos mas penosos, y veinte jesuitas, escogidos entre un número considerable, que se brindaban á este sacrificio, probaron á la faz del mundo cristiano que no retrocedian ante los tormentos, cuando se trataba de extender los límites de la religion católica, y de alcanzar nuevas almas para la gloria eterna. Una carta del P. Fernando Verbiest, escrita con tanta sencillez como uncion religiosa, fué la que inflamó el ánimo de muchos Padres. No en vano habló á los corazones el ilustre misionero: cien voces respondieron á su invitacion, cien voluntades se entregaron á la incertidumbre de lo venidero para arrostrar la terrible prueba de la predicacion del Evangelio en tan incultos lugares.

Entonces un ministro de elevado espìritu y protector de todo lo grande y generoso, se decidió en favor de la elevada mision del apostolado en la China. Tan hábil político como

entendido regularizador de las instituciones, bajo el velo de los adelantos profanos, cooperó al aumento de las peregrinaciones religiosas y hermanó con un talento admirable los adelantos de las ciencias y las artes con el esclarecimiento de la verdad en los paises idólatras y profanos. El ministro Colbert dispuso que personas entendidas y resueltas á sufrir todo género de peligros, dotadas de un temple de alma fuerte y vigoroso, marchasen á explorar los descubrimientos de los chinos y á predicar las revelaciones de una religion sublime, cuya grandeza no podian admirar turbados sus ojos por las groseras personificaciones de unos dioses ridículos y fabulosos.

Sin embargo, una circunstancia deplorable inutilizó estos deseos. La muerte arrebató entre sus negras alas al ministro Colbert, y la ejecucion de la mencionada empresa fué únicamente la esperanza lisonjera de algunos fervorosos ministros del Señor.

Años despues, el marqués de Louvois, animado de las mismas intenciones, y aprovechándose de la embajada que llevaba cerca de uno de los reyes mas poderosos de la India, pidió la cooperacion de algunos misioneros que él llamó con tanta oportunidad como inteligencia *operarios evangélicos.*

El colegio de S. Luis el Grande en París fué el arsenal de donde salieron estos artífices inteligentes de la regeneracion religiosa de aque-

llos paises, hasta entonces casi desconocidos de los europeos.

Entre los muchos Padres que de sus clàustros salieron con direccion á la India, se escogieron los que llevaban el apellido de Fontanay, Tachard, Gorbillon, Lecomte, Bouret y Visdelou.

En seguida atravesaron los mares, y al fijar sus plantas en el territorio que deseaban alcanzar para la Iglesia católica, apostólica, romana, los buenos resultados de esta jornada religiosa fueron tales, que decidieron á otros muchos á vestir el tosco sayal de los misioneros. El monarca francés envió otros quince padres, á quienes siguieron mas de sesenta, que no solo se extendieron por el interior de la India, sino tambien por el Ton-kin, Bengala, Maduré, costa de Coromandel y Surate en los estados del Gran Mogol. De los ochenta misioneros que durante esta época se embarcaron, guiados por la estrella refulgente del martirio evangélico, muchos naufragaron enmedio de las olas, entre los que se contaron los padres Barnabé, Nivet de Thsonville y Philipe Abril, y otros murieron de enfermedades peligrosas y epidemias incurables, entre ellos, los P. P. Rochette, Sarlá de S. Martin, Rutioud, Ducha de Bezè, Archautband, Marcelo de Blanc, Maximino Miguel, Paregaud, Genesis de S. Leu, Barin, Dobre, Parmon, Chomel y Frapenie.

No solo la naturaleza parece se conjuraba contra los misioneros, sino que tambien los ha-

bitantes de este territorio los perseguian encarcelándolos y mortificando sus cuerpos con los suplicios mas lamentables. Entre estas víctimas, arrancadas á la piedad, debe hacerse particular mencion de los P. P. Tachard, Espaguac, muerto en las cadenas del Pegú, Colussou, Comilh, Morner, Reauvoher y otros varios.

El martirio no solo era buscado con el celo mas ardiente sino tambien ocultado por un excesivo pero modesto recogimiento.

La obra de estos misioneros era tan grata á los ojos de los verdaderos cristianos como meritoria para la eterna bienaventuranza á que aspiraban en sus fervientes oraciones. Desprovistos de recursos y expuestos á los rigores del aislamiento y de la persecucion, vivian á espensas de las limosnas que les daban en algunos piadosos establecimientos y aumentaban el rebaño de los fieles con las obejas descarriadas hasta que habian llegado á sus oidos las sublimes doctrinas del Evangelio.

Hè aquí como el P. Goubin se explicaba recordando el fausto de la còrte y haciendo mèrito de las ventajas de las misiones que tenian lugar á principios del siglo pasado.— " ¡Què fruto, decia, no podemos esperar, por " poco que sean socorridos los misioneros, de "la continuacion de esta empresa cuando á pe- "sar de tantas revoluciones, de tantas dificul- "tades y estorbos, excitados de todas partes "y muchas veces de allí mismo, de donde se

"deberia esperar mas auxilio y proteccion ha
"hecho tan estupendos progresos? Y si en
"quince años de tempestades y borrascas han
"adelantado tanto nuestros hermanos esta
"grande obra de la gracia, ¿qué no debe-
"mos prometernos de tiempos mas pacíficos,
"de circunstancias mas favorables, llegando
"este santo ministerio á ser mas conocido y
"estimado de los fieles que no pueden dejar
"de ser de todos aquellos que tienen algun
"amor de Dios y celo de su Iglesia? No nos
"faltaràn con la gracia del Señor operarios
"hábiles para tan grande obra..."

Los misioneros no vacilaban en anteponer los riesgos que corrian á las almas que á tanta costa podian rescatar de las impuras manos del demonio. Precedidos por *los catequistas* que preparaban á los pueblos para recibir los divinos sacramentos, eran esperados con ánsia por los que deseaban abandonar las tinieblas en que vivian para eterna condenacion de sus almas.

La vida ejemplar reprendia la agena disipacion; y vestidos humildemente con una pieza larga de tela por vestido y unas toscas sandalias por zapatos, se abstenian de comer pan, huevos, carne y pescado, no alimentándose mas que de arroz y legumbres. Algunas veces se veian obligados á negar su patria y con las lágrimas de la mas pura contriccion en los ojos veian como los indios aborrecian á los europeos, y como sospecho-

sos del lugar donde habian visto la luz del dia por primera vez, los apellidaban *los bracmanes del Norte.*

Entre los diversos pueblos que voluntariamente subyugaban con el poderoso influjo de la palabra divina, se encontraban nuevas pasiones y distintos caractéres. Los recientes cristianos de la India se dedicaban á una vida ejemplar y fervorosa. Sus juegos eran las oraciones: su mayor consuelo las làgrimas de la piedad y del arrepentimiento. *Los Graves* ó antiguos persas se inclinaban con ánimo resuelto á favor de los nuevos cristianos. En la Cochinchina, por lo contrario, se fraguaban persecuciones horribles contra los misioneros, al paso que el Emperador de la China concedia cerca de su palacio una casa para los misioneros y el terreno para una iglesia dedicada al Salvador del mundo. Algunos chinos creian que el color blanco era peculiar de los demonios, y en Ton-Kin los mas atroces martirios sufrian los P. P. jesuitas, entre los que se debe contar el P. Paregord por su muerte ejemplar y edificativa.

Entretanto, los misioneros, deseosos de pagar una justa deuda de respeto y veneracion al que habia abierto los senderos de tan peligrosa peregrinacion, visitaban en la isla de Sarcian el sepulcro de S. Francisco Javier y los P. P. portugueses construian sobre èl una capilla que era la expresion mas solemne de su fervor y recogimiento. Ya no les bastaba

à los misioneros apelar à la persuasion y à las làgrimas de la conviccion; porque sus palabras de piedad y mansedumbre se estrellaban contra la irreflexiva indiferencia de los chinos. Sus votos eran escarnecidos; sus juramentos violados; sus promesas despreciadas; y sus esperanzas ridiculizadas con las impuras diatribas de la idolatría. Temian perder sus bienes temporales à costa de derribar las torpes imàgenes de los dioses que habian sido el patrimonio de la ignorancia de sus mayores, y preferian ser felices durante una semana de años para sufrir por toda una eternidad de siglos. ¡Funesta obcecacion! El martirio les aterraba, y por esta razon solo lo maravilloso y lo terrible podia desaletargar la cansada imaginacion de estos pueblos entregados à la molicie oriental. "Deben ser "hombres resueltos los misioneros, decia el pa-"dre Chavanac en una carta dirigida al pa-"dre Gobin (1), à mortificarse en un todo "no solamente en las mudanzas del clima, "vestidos y alimentos, sino mucho mas en los "modales opuestos enteramente à nuestras cos-"tumbres y genio de nuestra nacion.... Los "chinos no son capaces de escuchar en un mes "lo que puede un francès decirles en una ho-"ra. Aquí es preciso sufrir con paciencia y

(1) Desde Cho-tchesu en 30 de diciembre de 1701, y copiada por el mismo P. Gobin en sus *Cartas edificantes.*

"sin alterarse su flema y natural lentitud:
"tratar de la religion sin desanimarse con
"una nacion que solo teme al Emperador y
"ama precisamente el dinero, y por consi-
"guiente, mira con frialdad è indiferencia ex-
"cesiva todo lo que se dice de la eternidad.
"Quien no tuviese dulzura, moderacion y
"longanimidad muy probada, se verà aquí en
"una contínua afliccion."

La voz de la verdadera religion, empero, triunfó enmedio de los escollos y peligros mas irremediables y enmedio de esta penosa travesía para aumentar el número de los verdaderos creyentes, los naufragios fueron menores que las victorias. Cada mártir alcanzó gran número de nuevos cristianos; cada mision trajo á Europa numerosos catálogos de sacrificios hechos en favor de las verdades puras è inmaculadas de la verdadera religion.

Desde esta època hasta nuestros dias no faltaron tampoco obreros religiosos que llevaran su piedra para el gran monumento de la Propaganda Católica. Las indulgencias concedidas por los pontífices, y las limosnas que todo el mundo cristiano dedicó para esta empresa â principios del siglo actual, son el testimonio mas elocuente del prestigio y veneracion que merecieron en todos tiempos los misioneros apostólicos. Una grande asociacion dedicada á este objeto es el escudo que defiende á la Propaganda Católica de los tiros envenenados que le ha dirigido la impiedad, temerosa de una

irremediable derrota. Los misioneros apostólicos se dirigen en la actualidad á ultramar, difundidas como se encuentran ya las verdades del Evangelio en los paises donde años hà eran apenas conocidas de miles de habitantes entregados á las lamentables elucubraciones de la idolatría.

Esta obra de la *propagacion de la fé*, favorecida por la bendicion de la Santa Sede, fue recomendada por el sumo Pontífice Gregorio XVI à todos los fieles. Los papas Pio VII, Leon XII, Pio VIII y el mencionado Gregorio XVI por rescriptos de 15 de marzo de 1823, 11 de mayo de 1824, 18 de setiembre de 1829, 25 de setiembre de 1831 y 15 de noviembre de 1835, han concedido á todas las personas asociadas á esta grande obra, en las diócesis donde se instaláre, diversas indulgencias plenarias, concedidas en el dia de la Invencion de la Santa Cruz, aniversario de la fundacion de la obra en Lyon en 1822; en el de San Francisco Javier y la titulada *de los cien dias*, que se alcanza todas las veces que, estando los asociados contritos, diesen alguna limosna para los misioneros ó ejercitaren cualquier acto de piadosa caridad.

En el presente siglo la PROPAGANDA CATÓLICA recorrió muchos y dilatados territorios. En Siria y Grecia el delegado apostólico, Ilmo. Sr. Blancis, obtuvo las bendiciones de muchos afiliados á la religion del Evangelio. En Constantinopla el vicario apostólico, ilus-

trísimo señor Hillercan, y en la China los lazaristas MM. Faivre, Mouli y Ramean, alcanzaron los triunfos mas lisonjeros. En Macao, Su-Tchuen, Cochinchina, Ton-Kin oriental y occidental y Siam, los lazaristas Thion, Delamarre, Perocheau, Hermosilla, Dumoulin, Borie, Jacard y Miche, si no sufrieron los tormentos del martirio, como aconteciò à algunos, recibieron en su mayor parte, como prueba de su celo y mansedumbre, la persecucion y el òdio de algunos habitantes de estas apartadas regiones. En las Indias los PP. jesuitas Bertrand y Garmer, así como en el vicariato del monte Líbano el Ilustrísimo Sr. Vilardell y el R. P. Riccadonna alcanzaron nuevas y señaladas muestras de aprecio entre los propagandistas por su constancia y mansedumbre. En el Africa el obispo de Argel, Ilmo. Sr. Dupuch, y en la América el Ilmo. Sr. Gaulein, hicieron tambien los esfuerzos mas heròicos para la propagacion de la verdadera fè. En las misiones de los Estados Unidos, los Ilmos. Sres. Loras, Flaget y Hugnes, y en las de Oceania el obispo de Nicópolis Mr. Liansu, Carret y Pompallier, vicario apostólico, hicieron mas dilatados los tèrminos del catolicismo, aumentando considerablemente el número de los nuevos siervos del Señor.

La sublime obra de los misioneros removerà en todas èpocas los estorbos de la impiedad, aunque la invoquen con las palabras mas brillantes y los principios mas alhagüeños. La

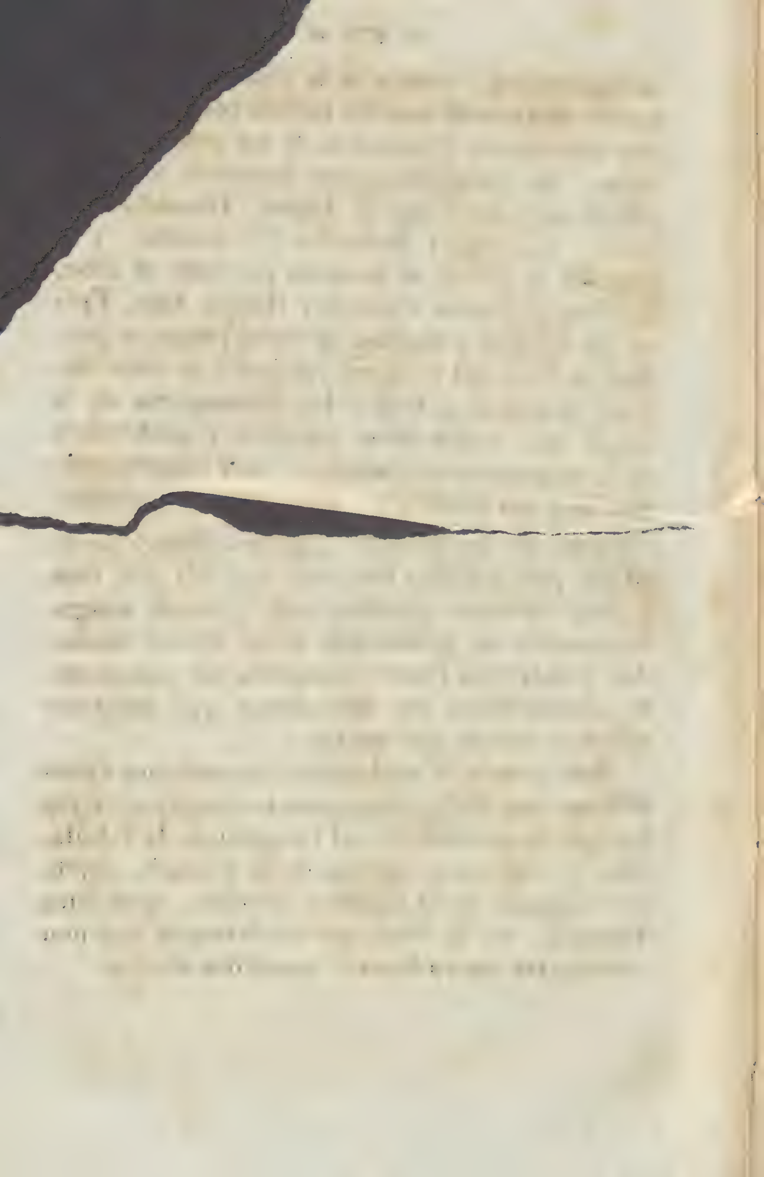
Iglesia contarà con nuevos siervos que bendeciràn à los peregrinos, que, movidos de la mas ardiente fè, llamaràn à su puerta para predicarles las verdades de la religion revelada. Por otra parte, las relaciones sucintas è imparciales de los misioneros despertaràn los pensamientos mas religiosos en el ànimo de sus lectores, y el celo y la piedad cristianas seràn la dote preciosa que heredaràn nuestros hijos en medio de la corrupcion, que, como el dragon de la fàbula, revive à medida que la espada de la fé corta sus asquerosas cabezas.

Nosotros hemos creido que prestàbamos un servicio señalado à las personas que voluntariamente se afiliaron à nuestro pensamiento, popularizando en nuestra patria las *Cartas edificantes* que alcanzaron tanta boga en Francia cuando aun no estaban cicatrizadas las llagas producidas por la monstruosa bacanal de 1779.

Las *Bellezas de las Cartas edificantes antiguas y modernas* de Mr. Caillot es un libro tan ameno como interesante. Sus descripciones son sencillas; sus ejemplos admirables; sus consejos edificantes; sus màximas eminentemente católicas: con ellas tenemos una prueba, entre otras muchas, de que en la Iglesia catòlica, apostòlica, romana, siempre hubo, y nunca faltarán almas heróicas, que, postergando los mentidos alicientes del mundo falaz, ofrezcan su bienestar, su paz y hasta su vida en la Ara Augusta de la Religion: por amor à esta divi-

na institucion , vemos en la vi[illegible] neros continuada aquella mision ce[illegible] con admiracion y asombro de las gen[illegible] todas , tan cumplidamente llenaron lo[illegible] pobres marineros de la Judea. *Docete o[illegible] gentes* , les dijo el Redentor del mundo , y reino de la gracia se anuncia por todo el orbe; la Siria, el Ponto, Galatia y Roma, Asia, Epiro, las Frigias é Indias, en todas partes se predica al Dios del Gòlgota ; el judío se escandaliza , el gentil se befa y los mensageros de la nueva por miles años esperada y profetizada de la redencion del hombre , son correspondidos con las prision[illegible] y cadalsos. ¡ Esposa de Jesucristo ! ¡ Iglesia santa ! no te aflijas, *pro patribus tuis nati sunt tibi filii*; cien y cien sucesores produce cada gota de sangre derramada en testimonio de tu divino fundador, y entre tan ilustre compañía son justamente considerados los misioneros que motivan nuestras cartas edificantes.

Esta obra es el epílogo de las misiones apostòlicas: una bella é interesante epopeya, cuyos hechos no pertenecen al imperio de la fàbula, sino al respetuoso campo de la verdad , objeto privilegiado de la religion catòlica , apostòlica romana , de la cual nos declaramos sus mas constantes adoradores y humildes siervos.



ERRATAS IMPORTANTES.

Por un olvido involuntario se ha repetido en el texto de la obra la palabra *Calnuecos* por la de *Calmucos.*

En la página 35, línea primera, donde dice *Ramaden*, léase *Ramadan.*

En la página 119, línea tercera, donde dice *Jagrenat*, léase *Jaguanat.*

INDICE.

Páginas.

Reflexiones preeliminares sobre la predicacion evangélica . . V
Bellezas de las Cartas Edificantes.—Misiones del Levante.—Viaje de dos jesuitas misioneros al monte Líbano............ 15
Orígen y religion de los drusos. 18
Ceremonias de los curas sirios para administrar la Eucaristía y Extrema-Uncion............... 19
Jerusalem.—Iglesia del Santo Sepulcro. — Oficios de Semana Santa.................................. 20
Peregrinacion del P. Neret á Belen.—Descripcion de la iglesia y de la gruta en que nació Jesucristo 23

Páginas.

Montañas de Judea.—Monasterio de S. Sabas.—Nazaret.—El monte Tabor.—El monte Carmelo.......... 25
Concilio de los obispos maronitas.......... 27
Religion de los persas.—Conversacion de un misionero jesuita con un dervis.......... 30
Del ramadan ó cuaresma de los turcos.......... 35
Antioquía.— Alepo. — Cuaresma de los cristianos.......... 37
Costumbres y religion de los armenios.......... 39
Religion de los etíopes.......... 41
Desierto de Sceté en Egipto.—Gruta de la baja Tebaida.......... 43
Monasterio de S. Antonio.......... 46
Monasterio del monte Sinaí.—Roca de Moisés.......... 50
Viaje al monte Sinaí..—Excursiones á la montaña de santa Catalina y á la roca Melibah en uno de estos últimos años.......... 53
Los coptos.......... 58
Misiones de América.—Rasgo de valor de treinta salvajes.......... 61

Páginas.

Viajes á lo interior de la América. — Guerras de los salvajes... 62
Anhelo de una doncellita salvaje enferma por recibir el bautismo. 65
Costumbres de los abnakis, nacion salvaje del Canadá................ 66
Lengua de los salvajes............... 68
Religion y costumbres de los natchez, salvajes de la Luisiana..... 70
Muerte gloriosa del P. Racle, misionero en los Abnakis. — Elogio de él.......................... 73
Noticia del padre de Creuilly, misionero en Cayena, escrita por otro misionero jesuita en 1718. 76
Noticia de una jóven salvaje iroquesa, llamada la Genoveva de la Nueva-Francia................. 78
Noticia de la mision del Paraguay. 87
Ceremonia del paso de la línea.— Tiburon.......................... 90
Descripcion sucinta del rio Marañon ó rio de las Amazonas... 92
Ciudad y cercanías de Buenos Aires.—Caza de toros silvestres.—Rio de la Plata, de Uruguay etc........................ 95
Heroismo de los misioneros del

Páginas.

Paraguay 98
Misiones de la India.—Cuadro del cristianismo en la India......... 101
Cruz milagrosa........................ 103
Ladrones convertidos.—Iglesia de Maduré............................. 104
De las castas en la India........... 107
Mujeres que se queman en falleciendo sus maridos............... 108
Cuadros y usos de los indios.—Traje de los misioneros......... 110
Moral de los indios.................. 115
El Vedam, libro sagrado de los indios.................................. 116
Conformidad de muchos dogmas indios con los de la religion cristiana................................ 117
Templo de Jaguanat.................. 119
Conversion de un penitente idólatras...................................... 121
Devocion y fervor de los acólitos indios.................................. 124
Martirio del P. Brito en 1693, referido por el P. Lacnez......... 127
Pesca de las perlas........ 132
Serpientes venenosas de la India.
El Cáucaso. — Cachemira. — Los dos Tibet............................ 136

Páginas.

Noticia de las islas de Francia y de Borbon........................ 139
Misiones de la China y de otros estados vecinos. — Mision del Tong-King.—Persecucion de los misioneros........................ 143
Poblacion, clima y producciones del Tong-King........................ 147
Persecuciones contra los misioneros y cristianos de Cochinchina de 1700........................ 149
Noticia de Achen, Malaca, Macao y Canton.—Extracto una carta del P. Premaré al padre Lachaise, confesor de Luis XIV........................ 153
Estado de las misiones en la China en 1703........................ 155
Benevolencia y favor del Emperador Chang-hi con los misioros.—Exequias del P. Verbiest en Pekin........................ 158
Pekin.—Provincia de Chan-Si.—Naukin. — Llegada del Emperador Chan-hi á esta última ciudad........................ 160
Rasgos de fervor de dos cristianos chinos........................ 163

Páginas.

Otros rasgos de fervor de los cristianos nuevos de la China..... 166
Situacion de los misioneros en Pekin.—Estado de la religion en aquella capital á principios del reinado del emperador Kien-long 168
Catequistas y sacerdotes chinos.—Martirios del obispo Mauri-Castro.—Conversion y valeroso sacrificio de un idólatra por salvar á un misionero perseguido. 171
Obras ejecutadas por los misioneros de Pekin para el emperador Kien-long.— Carácter de este monarca................. 175
Favor concedido á los misioneros por el emperador Kien-long.... 179
Crueles tratamientos egercidos en China contra los cristianos.—Martirio de tres hermanos y de su cuñado........................... 182
Prision é interrogatorio de Mr. de Sáint-Martin, obispo de Caradre y coadyutor del vicario apostólico en la provincia de Su-Tchuen en China en 1785...... 185
Fin del interrogatorio de Mr. de

Páginas.

Saint-Martin.—Se trasfieren á Tchin-tou.—Circunstancias de su viaje.—Comparece ante el teniente criminal................. 194

Continuacion de la persecucion suscitada contra los misioneros y cristianos chinos.—Ida á Pekin de Mr. de Saint-Martin y de M. Dufresse.—Cómo fueron tratados en aquella capital.—Sentencia dada contra ellos y contra los sacerdotes chinos y otros cristianos.................. [illegible]

Conversacion sobre la religion entre Mr. de Saint-Martin y unos mandarines.— Número de las principales víctimas de la persecucion etc........................ 205

Persecucion en Siam contra unos mandarines cristianos y tres misioneros, en 1779............ 209

Nuevo interrogatorio que sufrieron los tres misioneros de Siam. —Vuelven á la gracia del rey y recobran su libertad, con permiso de predicar la religion cristiana.................................. 214

Nueva noticia de la Cochinchina,

Páginas.

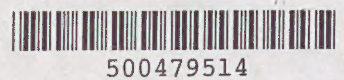
dado en 1820 por Mr. Rey, capitan del buque mercante *El Enrique*.............................. 217
Compendio de la historia de los calmucos.--Estado actual de los calmucos.............................. 225
Caractéres físicos de los calmucos. 226
Descripcion de las chozas de los calmucos.............................. 229
En qué consiste la riqueza de los calmucos.............................. 230
Alimentos de los calmucos......... 231
Viaje de las hordas calmucas...... 235
Idea del gobierno de los calmucos. 237
Religion de los calmucos.—De los sacerdotes calmucos............... 238
Fiestas religiosas......................... 241
Libros sagrados de los calmucos.. 247
Costumbres tocante á las doncellas calmucas que se casan...... 248
Escrituras mongolas................ 248
De la pintura entre los calmucos. 250
Juegos de luchas...................... 251
Carreras de caballos.................. 254

Las misiones.—Su orígen.—Su

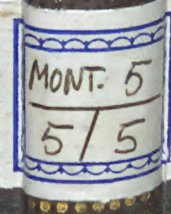
Páginas.

objeto.—Sus ventajas.—Apuntes históricos.—Resúmen general.—Exámen de las Cartas edificantes. - (*Apéndice original, escrito por el traductor*)......... 255

FIN.




CARTAS
EDIFICANTES


MONT. 5
5/5

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm